La Guerra Civil
Una historia total
FERNANDO CALVO
GONZÁLEZ-REGUERAL

Fernando Calvo González-Regueral

(Madrid, 1971) es un profundo conocedor de la historia militar y se ha especializado en diversos aspectos de la guerra civil española. Entre sus libros destacan Batallas de la guerra civil española (2019), La Guerra Civil en la Ciudad Universitaria (2014); «Lincolns». Voluntarios norteamericanos en la guerra civil española (2010); Los últimos días de la República (2015); Guerra civil española. Los libros que nos la contaron (2017) o La Legión. 100 años, 100 imágenes (2020). En 2019 dirigió la «Biblioteca de la Guerra Civil contada por sus protagonistas» con motivo del ochenta aniversario de su finalización. En 2021 publicó en Arzalia Ediciones Homo bellicus. Una historia de la humanidad a través de la guerra. Es colaborador de varias publicaciones periódicas –Revista de Historia Militar, Ilustración de Madrid, ARES–, ponente habitual en los Cursos de Verano de El Escorial y asesor histórico para producciones audiovisuales tanto de ficción como de no-ficción.

Al igual que otros países, España ha vivido a lo largo de su historia luchas fratricidas, pero solo la que comenzó el 18 de julio de 1936 es recordada como la guerra civil por antonomasia. Ese conflicto fue total pues movilizó todo tipo de recursos como quizá nunca hasta entonces: desde los económicos, sociales y políticos, hasta los ideológicos, culturales y diplomáticos, y, por supuesto, los militares.

Su carácter global obliga a estudiar esa guerra de manera integral, pues, como dice Fernando Calvo González-Regueral, «no gana o pierde quien mejor emplee sus ejércitos, sino quien sepa reunir a su favor todos los recursos disponibles para alzarse con la victoria». Eso incluyó, en el caso de nuestra guerra civil, las muy manidas ayudas extranjeras, «más importantes de lo que algunos sospechan, pero no tan decisivas como otros afirman».

La Guerra Civil. Una historia total pretende ser la versión del siglo XXI de un conflicto con sobreabundancia de publicaciones, pero escasez de novedades historiográficas y aspiraciones de equilibrio. Este es el libro que se puede recomendar a quien quiera tener una visión rápida, exhaustiva y equilibrada del episodio más dramático de nuestra historia contemporánea.

Esta obra se complementa, de manera sistemática, con una original selección de imágenes históricas, una cartografía a color absolutamente innovadora y unos anexos que permiten completar esa visión integral a la que aspira este libro.

LA GUERRA CIVIL

Fernando Calvo
González-Regueral

LA GUERRA CIVIL

Una historia total

ARZALIA
ediciones

La Guerra Civil

Una historia total

© 2022, Fernando Calvo González-Regueral

© 2022, Arzalia Ediciones, S. L.

Calle Zurbano, 85, 3.º-1. 28003 Madrid

Diseño de cubierta, interior y maquetación: Luis Brea

Diseño y realización de los mapas: © Ricardo Sánchez

Todas las fotografías son imágenes procedentes de los fondos de la Biblioteca Nacional de España (Biblioteca Digital Hispánica).

ISBN: 978-84-19018-21-2

Producción del ePub: booqlab

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso por escrito de la editorial.

Impreso en España — Printed in Spain

Índice

PRÓLOGO. ¿La herida interminable?

I. 1936. EL TERREMOTO

1. Antes…

2. 18 de julio. Explosión de odios

3. Paisaje después del cataclismo

II. 1937. EL EQUILIBRIO

4. «Rompeolas de todas las Españas»

5. Mirando al norte

6. Sofocos de verano, batallas de desgaste

7. ¿Quién paga todo esto?

8. Fuego en el cielo

9. La invernada

III. 1938. LA RUPTURA

10. ¿Guerra «relámpago»?

11. Dos Gobiernos…

12. … Y dos retaguardias

13. El Ebro

14. Múnich

15. Cataluña

IV. 1939. EL DESENLACE

16. ¿Qué pasa en Madrid?

17. Primero de abril. Ha estallado la paz

18. Después…

EPÍLOGO. ¿Por quién doblan las campanas?

ANEXOS

I. Arco político en febrero de 1936

II. Organigrama del Ejército español en 1936

III. Evolución de ambos ejércitos

IV. Evolución de ambas flotas

SEMBLANZAS

CRONOLOGÍA

TERMINOLOGÍA

BIBLIOGRAFÍA COMENTADA

YA SABES MI PARADERO - IMÁGENES

CARTOGRAFÍA DE LA GUERRA CIVIL

¡Cuídate, España, de tu propia España!

CÉSAR VALLEJO

Prólogo

¿La herida interminable?

¿C uánto tiempo necesita un país para superar los traumas provocados por una guerra civil? ¿Años, decenios, acaso siglos? Como cualquier otro hecho de tal trascendencia, el drama de una contienda fratricida pertenece al pasado, no cabe extirparlo de él. Tal vez siga vivo incluso en el presente, con sus fantasmas proyectando una alargada sombra. Pero lo que nunca debiera condicionar es el futuro de una comunidad, ese horizonte hacia el que conviene avanzar siempre de forma conjunta e ilusionada. Para ello, sanar heridas se dibuja como un imperativo moral, casi como una necesidad.

Es posible que la historia contemporánea de España no sea tan anómala como sus propios habitantes gustan de repetir en una especie de bucle infinito. O como cierta parte de la literatura extranjera, quizá cegada por los tópicos —Spain is different—, se ha encargado de recordarnos periódicamente. Al menos no lo es en mayor medida que la de Alemania, Francia o Italia, por citar solo tres ejemplos próximos y relevantes. Porque la historia de cada nación es siempre única; porque la historia de cada nación es similar a la de otras, pues no en vano todas forman un conjunto estrechamente interrelacionado. Si bien es cierto que ninguno de los países citados sufrió en el siglo XX un conflicto entre hermanos tan virulento, no lo es menos el hecho de que España supiera o pudiera eludir el sacrificio de toda una generación en la Primera Guerra Mundial (1914-1918) y los peores estragos de la segunda (1939-1945).

La perspectiva histórica nos empuja a abordar conjuntamente, como si de un único bloque se tratara, una trilogía de hechos que, aun encadenados, presentan perfiles diferenciados: la II República, la Guerra Civil y el franquismo. La trampa estriba en que el observador de cualquier ciclo pretérito juega con las cartas marcadas, porque conoce lo que ocurrió y puede así establecer vinculaciones entre distintas épocas, cuando la vida real, que transcurre en un presente continuo, no admite esa ventaja. El 14 de abril de 1931 ningún español podía adivinar el futuro de la República que ese día echaba a andar… Y el 18 de julio de 1936 ningún español estaba en disposición de aventurar cuán destructiva iba a resultar la lucha que entonces estallaba. El 1 de abril de 1939 nadie habría intuido que la dictadura

vencedora se prolongaría durante casi cuatro décadas… Y el 20 de noviembre de 1975 nadie habría osado profetizar sobre el fenómeno que pronto se conocería como la Transición. Convendría, por tanto, estudiar los tres períodos de forma secuenciada con el fin de valorar los contornos de cada uno de ellos y sopesarlos en su justa medida. Este libro tratará exclusivamente de los años bélicos, con unas referencias previas para enmarcar las causas de la quiebra y unas meras claves que buscan dejar encauzada la comprensión de sus consecuencias.

Por otro lado, la contienda fue exactamente eso: una guerra —'lucha armada entre dos bandos'— civil —'la que tienen entre sí los habitantes de un mismo pueblo o nación'— y española —'perteneciente o relativo a España'—. Es preciso aclararlo cuando ciertos sectores académicos o de la propia sociedad, hoy como ayer, a derechas e izquierdas, persisten en buscar eufemismos para maquillar la cruda realidad: cruzada, guerra revolucionaria, conflicto nacional o de liberación, guerra de independencia, prólogo de la Segunda Guerra Mundial… Todas ellas son expresiones equívocas que apenas difuminan el carácter esencial de una conflagración que, en todo caso, fue un sumatorio de guerras civiles. Por eso la presente obra subrayará por encima de otras consideraciones los acontecimientos militares que, curiosamente, han sido los menos estudiados en una bibliografía por momentos inabarcable y sumamente ideologizada.

Aunque para otro conflicto de otro tiempo y de otro lugar, la periodista Deborah Scroggins explicó a la perfección la sinergia de odios en su obra La guerra de Emma (Barcelona, Marbot, 2011):

Se necesita una especie de cartografía de estratos para entender una guerra civil, un mapa con diversas capas: la de los conflictos políticos…, la de las luchas religiosas…, la de las divisiones sectarias y sociales…, la de los factores lingüísticos…, la de las diferencias económicas…, la de las consideraciones educativas… Y así sucesivamente hasta comprender que la guerra, al igual que el país, no era una sino múltiples. Un ecosistema violento capaz de generar un número infinito de cosas nuevas por las que pelear, pero sin perder siquiera uno solo de los viejos motivos. Además, detrás de la guerra existían muchos agravios, y cuanto más se alargaba, más agravios se generaban.

Porque la sangre llama a la sangre. Otra guerra civil distinta y distante, mas con asombrosos parecidos a la española, la de los Estados Unidos de América (1861-1865), necesitó de cien años hasta dar con una obra sintética pero al mismo tiempo global, divulgativa, carente de adjetivos dañinos para cualquiera de los implicados o sus descendientes y objetiva, equilibrada en su tono conciliador. Se trataba de The Civil War. A History, de Harry Hansen, en cuyo prólogo se recalcaba algo tan exigible al investigador como difícil de conseguir ante traumas de profundas cicatrices: «Hansen apunta las controversias… pero nunca toma partido». O, dicho de otra manera, el cronista no puede eludir precisamente los debates más candentes, que necesitan ser explicados, pero no debiera mostrar sus preferencias. Documentar y aclarar, ordenar y sistematizar, narrar y sugerir vías para profundizar en el estudio de los hechos serían, así, los verbos que cualquier historiador debiera conjugar. Por ello, este estudio se vertebra sobre dos vocaciones: la que cuenta lo sucedido —en la acepción del verbo contar de 'referir un suceso'— y la que cuenta las cifras —en su significado de 'numerar o computar las cosas'—.

Todo libro es un contrato no firmado entre el autor y su lector potencial. El primero se compromete a hacer su mejor esfuerzo de síntesis e imparcialidad guiado por un ánimo de concordia. Una síntesis que explique lo ocurrido en España entre 1936 y 1939; una imparcialidad levantada sobre el andamiaje de los muchos datos de que hoy disponemos gracias a los avances en la historiografía y a la apertura de los principales archivos. Y solicita del segundo algo tan sencillo y al mismo tiempo tan complicado como olvidar su propia historia familiar, que todavía tiene gran peso en la valoración de unos acontecimientos cada vez más lejanos en el tiempo. También, que deseche por un momento lo que conozca o crea conocer del conflicto. Solo empezando de cero, tomando como base hechos y dejando al margen los prejuicios, podrán lectores y escritor ir construyendo una senda que será tanto más balsámica cuanto mejor se acerque a un triple objetivo: renunciar a saldar cuentas pasadas; evitar la tentación de contaminar el presente con ideologías caducas y sumar anhelos para mirar con esperanza hacia el futuro. Por eso, las fotografías y los mapas que acompañan al texto han sido seleccionadas y elaborados, respectivamente, con la idea de que el lector pueda ver con sus propios ojos los desastres de la guerra.

Desde luego, este empeño no es el primero ni será el último que se realice, pero sin duda al menos merecerá la pena ensayar nuevos intentos de entendimiento. Quizá vaya sonando ya la hora de que los españoles nos reconciliemos con nuestra propia memoria compartida. Porque puede que la verdadera anomalía de la historia de la contienda

del 36 al 39 estribe en que todavía no sabemos con certeza el número total de víctimas que provocó. Si no hemos sido capaces de llegar a consensos para recontar los muertos, difícilmente podremos identificarlos con sus nombres y apellidos, individualizarlos en su drama y circunstancias particulares. Y si no acertamos a nombrar a los difuntos, nunca tendremos la capacidad de dejarlos en el recuerdo y seguir nosotros caminando hacia adelante con infinito respeto y la conciencia común al fin aliviada. Se lo debemos a todos nuestros muertos…, porque todos son muertos nuestros: no nos es lícito segregarlos, seleccionarlos, volver a separarlos en bandos; la tragedia los unió para siempre. Y nos lo debemos a nosotros mismos. Se lo debemos, por último, a las generaciones venideras: ellas demandarán, si no lo están haciendo ya, obras que al arrojar luz sobre el trauma ayuden a descansar en paz y a situar en el lugar que honrosamente les corresponde, el pasado, a todas las víctimas de la guerra civil española.

Y este ánimo reparador es la más cabal intención de esta obra.

I

1936. EL TERREMOTO

«España renuncia a la guerra como instrumento de política nacional».

Artículo 6.º

CONSTITUCIÓN DE LA REPÚBLICA ESPAÑOLA

Dicen los viejos que en este país hubo una guerra…

JARCHA

Antes…

El 1 de enero de 1936 España estaba constituida políticamente en régimen de república desde el año 1931 y se disponía a afrontar una convocatoria de elecciones generales para el mes de febrero. A su tradicional superficie territorial, estimada en medio millón de kilómetros cuadrados, correspondientes a península, archipiélagos y plazas de soberanía, sumaba unos 25 000 más en el protectorado que mantenía en el norte de África (Marruecos) y alrededor de 300 000 en las posesiones coloniales de Ifni, Sáhara y Guinea Ecuatorial. Existían cincuenta provincias distribuidas en quince demarcaciones regionales, entonces denominadas Andalucía, Aragón, Asturias, Baleares, Canarias, Castilla la Nueva, Castilla la Vieja, Cataluña, Extremadura, Galicia, León, Murcia, Navarra, Valencia y (Provincias) Vascongadas. Capital, Madrid. 1

Aunque el último censo oficial se había realizado en 1930 y arrojaba una cifra algo menor, las estadísticas vigentes estimaban para aquel entonces una población residente de casi veinticinco millones de almas. La esperanza de vida era de cincuenta años, muy por debajo de una media superior a los sesenta en algunos países occidentales. La tasa de natalidad se acercaba a los treinta nacimientos por cada mil habitantes, la de mortalidad rondaba las quince defunciones por millar —una de las más altas de Europa— y la densidad de población era baja e irregular, con menos de cincuenta ciudadanos por kilómetro cuadrado. Las principales causas de mortalidad eran los ataques al corazón, el cólera en sus distintas manifestaciones, la varicela y la rubeola, y las neumonías u otras afecciones pulmonares (el doctor Fleming aún no había descubierto la penicilina). Si bien continuaba en descenso desde principios del siglo XX, el índice de analfabetismo seguía frisando el alto porcentaje del 40%, una lacra aún mayor en el caso de las mujeres.

Aproximadamente la mitad de la población empleada laboraba en el sector primario, con predominio de jornaleros en las zonas latifundistas de Andalucía, Extremadura y Castilla la Nueva, seguidos de los propietarios minifundistas en Galicia y otras partes de la franja

norteña, más arrendatarios bajo diferentes fórmulas de explotación en las parcelas de mediano tamaño del resto de España. El proletariado se nutría de casi un 30% de obreros, concentrados principalmente en torno a los nueve núcleos más populosos del momento: Madrid, Barcelona y alrededores, Valencia, Sevilla, Málaga, Zaragoza, Bilbao y provincia, el eje Murcia-Cartagena y el triángulo Oviedo-Gijón-Avilés. El resto de la población se dedicaba al sector servicios o al funcionariado y venía a representar una incipiente clase media, que todavía no era media por falta de peso específico. Con aproximadamente un millón de trabajadoras, la población femenina escasamente rebasaba el 10% de la masa laboral. Y el paro forzoso batía récords con 850 000 desempleados, una cifra de por sí elevada que, además, no tenía en consideración las actividades informales —o economía sumergida— propias de una nación en precarias vías de desarrollo.

La triada mediterránea —trigo, vid y olivo—, la cabaña ganadera y la producción hortofrutícola constituían la base de la economía y suponían más del 50% de sus exportaciones, cuyo conjunto no alcanzaba para compensar el flujo de importaciones proveniente en su mayoría de Alemania, Estados Unidos, Francia, Italia, Países Bajos o Reino Unido, que incluía entre sus capítulos principales algodón, maquinaria, productos manufacturados, metales, abonos, recursos químicos, vehículos, instrumentos de precisión y alimentos. España explotaba y vendía al extranjero gran parte de la producción de ciertos yacimientos de materias primas estratégicas, tales como azufre, piritas, mercurio, cobre, manganeso, cinc, plomo, fósforo, lignito o el escaso pero crucial wolframio (tungsteno).

La red nacional de carreteras, con su forma radial y en fase de modernización, rondaba los 100 000 kilómetros de tendido, y existían 350 000 vehículos matriculados, de los cuales 60 000 eran camiones o autobuses. El complejo ferroviario —unos 10 000 kilómetros de vías principales— se encontraba en manos de empresas privadas, que contaban con un equipamiento global de casi 100 000 vagones y alrededor de 4000 locomotoras para recorrer un entramado dotado de aceptables conexiones y en crecimiento. Una flota compuesta por un millar de buques de mediano o gran porte superaba el millón de toneladas de registro bruto y realizaba el tráfico mercante, por entonces el más importante medio de transporte pesado. La Compañía Arrendataria del Monopolio del Petróleo, CAMPSA, administraba las importaciones de crudo, lo cargaba en modernos barcos de su propiedad, asumía parcialmente el procesado y almacenaba reservas para un período estimado de seis a doce meses. Por su parte, la recién creada Compañía Española de Petróleos Sociedad Anónima, CEPSA,

gestionaba una refinería en Tenerife.

Gracias a su neutralidad y a la actividad comercial desarrollada durante la Primera Guerra Mundial con todos los beligerantes, España ocupaba la cuarta posición por sus reservas de oro, solo por detrás de la Reserva Federal estadounidense, el Banco de Inglaterra —The Old Lady— y la Banque de France. Se trataba de 707 toneladas del preciado metal, custodiadas en su mayor parte en la bóveda del Banco de España, junto a las que descansaban, además, 1225 toneladas de plata. Algo más de cien bancos y casi otras tantas cajas de ahorro trataban de bancarizar el país favoreciendo la apertura de cuentas a través de un sistema compuesto por unas dos mil sucursales. Las acciones de las principales firmas cotizaban en las bolsas de Madrid, Barcelona o Bilbao con una marcada tendencia a la baja tanto por las fluctuaciones externas como por las convulsiones internas de la política económica, que ahuyentaban la inversión extranjera. Los dos últimos años habían visto una caída en el dato de creación de nuevas empresas. Y si España había eludido o al menos retardado los peores estragos de la crisis de 1929, fue precisamente por su atraso más que por la fortaleza de su sistema.

El salario medio se situaba entre las 6 y las 9 pesetas diarias según los gremios, un magro jornal con el que llenar una cesta de la compra en la que la barra de pan costaba 15 céntimos; un kilo de patatas, 30; el de lentejas, unos 70; un litro de leche, 75; el paquete de azúcar, 1,50 pesetas; la botella de aceite, 2; una docena de huevos, casi 3 y las chuletas de cerdo, 4. El precio del periódico era 10 céntimos; el del cuarterón de picadura de tabaco, 30, y por la frasca de vino tinto se pagaban 50 en una taberna. Por su parte, un alquiler modesto rondaba las 50 pesetas al mes. Más de 300 000 receptores de radio sintonizaban setenta emisoras registradas, y unos 250 000 teléfonos conectaban a organismos públicos, empresas y particulares. Pero el correo postal seguía siendo la forma de comunicación preferida y mayoritaria: alrededor de ochocientos millones de servicios anuales (que habían visto incrementada su velocidad de remite y llegada gracias a los aeroplanos de las Líneas Aéreas Postales Españolas, LAPE).

En uno de los países del mundo con más salas de cine per cápita, el espectador podía disfrutar de Greta Garbo en Ana Karenina o de las comedias del Gordo y el Flaco. La zarzuela y los espectáculos de variedades seguían gozando del calor del público. Pío Baroja daba a la imprenta Locuras de carnaval, los versos de Juan Ramón Jiménez eran esperados por sus fieles lectores y Federico García Lorca acababa de estrenar su Doña Rosita la soltera. La prensa disfrutaba de una gran

variedad de formatos y contenidos, así como convivían variadas líneas editoriales y posiciones ideológicas, si bien la normativa vigente daba amplio margen a la censura. Los diarios eran el altavoz de los primeros tiempos de la publicidad masiva: maquinillas de afeitar, cremas de belleza, discos de música...

Mediado aquel 1936 todo esto había saltado por los aires, dejando un cuerpo colectivo mutilado con dos porciones antagónicas dispuestas a batirse en lucha a garrotazos sin ánimo de demandar o conceder cuartel… Era lo que desde tiempo atrás venía conociéndose como las dos Españas.

La República, estrella fugaz

La Constitución nació el 9 de diciembre de 1931 y murió el 18 de julio de 1936 […]. En estos cuatro años y medio vivió España tres fases distintas de vida pública: a la izquierda (9 de diciembre de 1931 a 3 de diciembre de 1933); a la derecha (3 de diciembre de 1933 a 16 de febrero de 1936); y a la izquierda otra vez (16 de febrero de 1936 a 18 de julio de 1936). Durante el primer período, la izquierda en el poder tuvo que hacer frente a un alzamiento armado de la derecha (agosto 1932). Durante el segundo período, la derecha en el poder tuvo que hacer frente a un alzamiento de la izquierda (octubre 1934). Durante el tercer período, la izquierda en el poder tuvo que hacer frente a un alzamiento armado de la derecha. La República sucumbió a estas violentas sacudidas.

Lo demás es retórica.2

Aunque la retórica sea importante, puede que no haya mejor resumen de la historia de la II República española y de sus avatares que este párrafo redactado por Salvador de Madariaga para su clásico España. Ensayo de historia contemporánea. El régimen del 14 de abril del 31 fue un proyecto político de vida tan breve como apasionante e intensa, tan esperanzador como frustrado, durante cuyo desarrollo fue enconándose el debate entre las fuerzas que podríamos denominar genéricamente como «conservadoras» y las que pudieran ser catalogadas como «progresistas». Se trataba de las dos tendencias que en las democracias consolidadas coexisten y, si lo hacen en armonía,

contribuyen conjuntamente al bienestar de una nación. Por desgracia no fue el caso, tal vez porque, como dijera el socialista Julián Besteiro, la República había llegado con una generación de adelanto.

La primera fase de vida pública fue el bienio «transformador» o azañista, así llamado por la labor realizada como presidente del Ejecutivo por Manuel Azaña durante tres Gobiernos consecutivos. Cuando a resultas de unas elecciones municipales consideradas como plebiscitarias cayó el rey Alfonso XIII y se proclamó la República, Azaña era probablemente la única persona con una idea clara del nuevo Estado en la cabeza. Y esto, que quizás fuera su mayor virtud, sería también su gran error cuando terminó por considerar dicha concepción como la única viable. Se emprendieron en aquellos vertiginosos meses reformas normativas en ámbitos tan importantes como el económico (Ley de Reforma Agraria, Ley de Jurados Mixtos), político (Ley de Defensa de la República), social (Ley de Divorcio), territorial (Estatuto de Autonomía de Cataluña), militar (conjunto de decretos tendentes a la modernización del Ejército), religioso (Ley de Confesiones y Congregaciones Religiosas), orden público, obras e infraestructuras y educación (renovación de los planes de estudio bajo el espíritu del artículo 48 de la Constitución: «La enseñanza será laica»).

Sin duda necesarias muchas de ellas, todas generarían polémica, granjeándose la República casi desde sus inicios al menos dos poderosos enemigos. A la izquierda más radical, el nutrido movimiento ácrata de la CNT/FAI (Confederación Nacional del Trabajo/Federación Anarquista Ibérica), que no cesaría en sus acciones violentas de todo tipo para acabar con un régimen que consideraba burgués, inhábil para realizar la revolución que anhelaba e implantar el comunismo «libertario» o sin Estado. Es de destacar que su central obrera alcanzaba por aquellos tiempos la nada despreciable cifra de un millón largo de afiliados, el 40% de la masa laboral sindicada. Era un caso único en el mundo. Y en la derecha más reaccionaria y devota, grupúsculos en su mayoría monárquicos pero de diferentes tendencias animarían al general José Sanjurjo para lanzar la primera violenta sacudida al nuevo Estado (la fallida intentona golpista de agosto del año 1932 conocida como «la Sanjurjada»).

La segunda fase de vida pública fue el bienio «conservador» o cedista, así llamado por haber ganado las elecciones de 1933 una formación denominada Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), liderada por el abogado José María Gil Robles. Aunque él mismo no presidiría ningún gabinete, su partido sustentó los más de diez

Gobiernos que se sucedieron en poco más de dos años. Y aunque no se derogaron las leyes aprobadas en el período anterior, se ralentizó su aplicación con la idea de reelaborar la Constitución de 1931, que consideraban sectaria. Ciertamente, sus propios redactores habían reconocido que era «una Constitución avanzada, no socialista […]; pero es una Constitución de izquierda. Esta Constitución quiere ser así para que no nos digan que hemos defraudado las ansias del pueblo»3. Rehacer la carta magna de arriba abajo no parecía ser la solución, que solo hubiera podido ser hallada en el camino del consenso. Por otro lado, tratar de elevar el nivel socioeconómico de los tiempos a base de decretos, sin dar tiempo a que las reformas estructurales se fueran consolidando, fue un error común a ambos bienios, al despertar falsas expectativas.

Fue en este período cuando a los antiguos enemigos de la República se sumaron como mínimo otros dos. Por la extrema derecha, una formación de corte fascista minoritaria que proclamó desde su origen la «dialéctica de los puños y las pistolas» como alternativa a las urnas. Era Falange Española de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (FE-JONS), de José Antonio Primo de Rivera. Y por la izquierda, las tendencias radicales del Partido Socialista Obrero Español (PSOE), que demostrarían con la Revolución de octubre del año 1934 su capacidad para aglutinar a la clase obrera más combativa y organizar una rebelión de gran calado. Se trataba de un partido fundamental para la gobernanza del país, que mostraría una traumática división en sus filas muy perniciosa para la estabilidad de la nación. Se calcula que por entonces su sindicato, la Unión General de Trabajadores (UGT), contaba con un millón y medio de afiliados. En cualquier caso, la insurrección de Asturias fue la segunda violenta sacudida al sistema y supuso, con su reguero de muertes, odio, destrucción y detenciones, una quiebra de la convivencia ya muy difícil de sanar.

La última fase de vida pública mencionada por Salvador de Madariaga fue el período que medió entre las últimas elecciones de la República y la sublevación de una parte del ejército, secundada por sectores civiles, en julio de 1936, la tercera —y definitiva— violenta sacudida. A los comicios convocados para el 16 de febrero concurrieron básicamente dos grandes formaciones. Por un lado una especie de coalición antirrevolucionaria de derechas, con la CEDA como principal partido pero desgastado tras dos años apuntalando un Gobierno salpicado en sus últimos tiempos por casos de corrupción. Y por otro un Frente Popular que, recuperando la coalición republicano-socialista del primer bienio, aglutinaba ahora además grupos minoritarios pero tan influyentes como el Partido Comunista de España (PCE), el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) o el Partido Sindicalista (PS).

Este bloque seguía la estela de otros similares que ya se estaban formando en Europa a raíz del VII Congreso de la Internacional Comunista (Komintern, 1935), si bien su forja fue netamente española y, en principio, solo impulsada por el ánimo de contener a la «reacción». La CNT/FAI declinaba la invitación a unirse, pero favoreció entre sus bases una libertad de voto que ayudaría a que la balanza se decantase hacia la izquierda.

Aunque los resultados fueron reñidos, mostraban dos realidades. Una, que «progresistas» y «conservadores» estaban en franco equilibrio: más de cuatro millones y medio de votos para los primeros (47%), una cifra algo menor para los segundos (45%). Y la otra, que el espectro central había quedado laminado y apenas alcanzaba en el recuento más generoso los 750.000 electores (el 8%).4 Estos datos podían ser interpretados de dos formas, bien como una división insalvable, bien como una invitación al diálogo. A juzgar por las incendiarias proclamas de sus líderes, por las alteraciones del orden público —ese cáncer de la II República— y por la trayectoria de inestabilidad (veinte Gobiernos en cinco años), los hechos parecían apuntar hacia la primera dirección: no fue posible la paz. «Si el resultado es contrario a los destinos de España, la Falange relegará con sus fuerzas las actas del escrutinio al último lugar del menosprecio»; «Cuando las hordas rojas del comunismo avanzan, solo se concibe un freno: la fuerza del Estado»; «El único problema vital de España es el aplastamiento de la revolución»; «El triunfo de la República no puede ser pactado; tiene que ser total, a banderas desplegadas, con todos los enemigos delante»; «Ganando las derechas tendremos que ir a la Guerra Civil declarada. Esto no es una amenaza, es una advertencia»; «Para que sea efectiva la revolución, hay que destruir completamente el actual régimen».5

El panorama internacional tampoco ayudaba a calmar los ánimos, sino que los exacerbaba. Las naciones occidentales continuaban noqueadas por la crisis de 1929, lo que hacía dudar no solo de las ventajas de la economía de mercado, sino de las bondades de la propia democracia parlamentaria. Por el contrario, dos movimientos totalitarios pero de signo contrario parecían aumentar la prosperidad de sus respectivos pueblos y se alzaban como modelos para las juventudes del mundo: el comunismo, triunfante en la URSS desde 1917, y el fascismo de Mussolini, en auge en Italia desde 1922. El nazismo se asentaba en Alemania mostrando sus apetitos expansionistas, y países como Portugal, Hungría, Polonia, Yugoslavia o los Estados bálticos, por citar solo algunos ejemplos, abrazaban la senda del autoritarismo. Aunque hoy nos parezcan regímenes monstruosos, eran entonces tenidos como sistemas válidos a imitar, pues prometían superar los traumas de la

posguerra mundial y soluciones fáciles para el desengaño de las clases trabajadoras junto a fórmulas no transitadas hacia un «brillante porvenir».

¿Qué ocurre en el Ejército?

El Ejército español de los años treinta del siglo XX no era el de una gran potencia pero tampoco era la obsoleta fuerza que algunos han señalado (no en vano, se calcula que durante la II República los gastos en defensa superaron la media anual del 10% de los presupuestos del Estado). En primer lugar, gran parte de sus oficiales se había curtido en las campañas del norte de África, adquiriendo experiencia bélica y recuperando un espíritu de cuerpo que había tocado fondo durante el desastre de 1898. Por otro lado, su equipamiento era aceptable, con una buena panoplia de armamento ligero así como de artillería, materiales suministrados en buena medida por una interesante industria bélica autóctona. Por último, su distribución territorial en divisiones orgánicas —las antiguas capitanías generales— cubría prácticamente la totalidad de las provincias del país.

Además, contaba con un servicio de aviación militar mejorable en la cantidad y la calidad de sus aparatos, pero servido por tripulaciones y personal de tierra bien instruidos. Por su parte, la Armada presentaba dos viejos acorazados, pero un buen número de eficaces cruceros, valiosos destructores, diversas unidades y una muy respetable flotilla de sumergibles. Las fuerzas de orden público —Guardia Civil, Cuerpo de Seguridad y Asalto, Instituto de Carabineros— también estaban bien dotadas, con plantillas en muchas ocasiones mejor surtidas que las de las propias unidades castrenses, y sus miembros curtidos en centenares de actuaciones tanto en el ámbito rural como en los núcleos urbanos.

Una pésima herencia del siglo XIX, plagado de pronunciamientos a favor, bien de movimientos radicales, bien de movimientos retrógrados, hacía pensar a muchos —dentro y fuera de la institución, conservadores o progresistas— que el Ejército podía actuar como una especie de «Estado de reserva», interviniendo en política interior como había demostrado la dictadura del general Miguel Primo de Rivera en los últimos tiempos de la monarquía de Alfonso XIII (1923-1930). Dos agrupaciones minoritarias pero influyentes y entre sí enfrentadas, la Unión Militar Española (UME) y la Unión Militar Republicana

Antifascista (UMRA), eran la prueba de que este espíritu seguía latente y, más grave aún, dividían a la oficialidad, algo que no pasaba desapercibido para las formaciones políticas. Si la extrema derecha agitaba con mayor o menor credibilidad el fantasma de la revolución para que los militares actuaran, la extrema izquierda hacía lo propio con el fantasma del fascismo, recurriendo a profesionales de carrera para instruir a sus cada vez mejor organizadas milicias. Pero convocar tales amenazas, aunque solo fuera de palabra, bien podía cristalizar fatalmente en un escenario de profecía autocumplida…

Llegados a la primavera de 1936, el deterioro socioeconómico se acentuaba con un gobierno del Frente Popular incapaz de contener el proceso: paro, huelgas y cierres patronales, detenciones sumarias, manifestaciones, pistolerismo o «guerra de las esquinas». En su discurso de Cuenca del Primero de Mayo, Indalecio Prieto, uno de los principales líderes del socialismo, escarmentado por la experiencia insurreccional de Asturias que él mismo había fomentado, sentenciaba:

La convulsión de una revolución, con un resultado u otro, la puede soportar un país. Lo que no puede soportar es la sangría constante del desorden público sin una finalidad revolucionaria inmediata. Lo que no soporta una nación es el desgaste de su poder público y de su vitalidad económica manteniendo el desasosiego y la zozobra.6

Y advertía a continuación del peligro de un inminente golpe de Estado.

Desde el mes de marzo algunos altos jefes comenzaron a conspirar, revitalizando proyectos apenas esbozados en el pasado reciente que, por irreales, los llevaron a dos conclusiones. La primera, que, por su prestigio, solo un general podría encabezar una sublevación, el mencionado Sanjurjo, vencedor del Rif. La segunda, que únicamente otro estaba capacitado para organizarla, Emilio Mola. Nacido en Cuba, veterano de África, conocido por sus compañeros como «el Prusiano», Mola, que había sido director general de Seguridad, comprendía que el empuje adquirido por los partidos proletarios haría imposible cualquier pronunciamiento de corte decimonónico. En 1935, cumpliendo órdenes, había preparado un plan de movilización del ejército para caso de emergencia, lo que le permitió conocer la situación real de los acuartelamientos y salas de banderas. Por todo

ello llegó al convencimiento de que una rebelión generalizada iba a exigir secreto en la planificación, coordinación con elementos cívicos, sustento ideológico, rapidez en la acción y suma violencia en su ejecución. Entre abril y julio de 1936, el general dictaría desde Pamplona trece instrucciones firmadas con el seudónimo de El Director, que circularon de manera clandestina en ciertos ámbitos militares. El conjunto permite conocer las motivaciones y los planes de los conspiradores:

Las circunstancias gravísimas por las que atraviesa la Nación, debido a un pacto electoral que ha tenido como consecuencia inmediata que el Gobierno sea hecho prisionero de las Organizaciones revolucionarias, llevan fatalmente a España a una situación caótica, que no existe otro medio de evitar que mediante la acción violenta. Para ello, los elementos amantes de la Patria tienen forzosamente que organizarse para la rebeldía, con el objeto de conquistar el Poder […]. Ha de efectuarse aprovechando el primer momento favorable [y] se tendrá en cuenta que la acción ha de ser en extremo violenta para reducir lo antes posible al enemigo, que es fuerte y bien organizado. […] Se constituirá un Directorio [que] ejercerá el Poder con toda su amplitud; tendrá la iniciativa de los Decretos-Leyes […], los cuales serán refrendados en su día por el Parlamento constituyente elegido por sufragio. El Directorio se comprometerá durante su gestión a no cambiar el régimen republicano [y] mantener en todo las reivindicaciones obreras legalmente logradas.7

Si la idea inicial parecía consistir en derribar al Gobierno, no a la República, el plan calculaba que, ante la imposibilidad de hacerse con la capital, cuatro divisiones debían adoptar una actitud ofensiva y realizar una maniobra centrípeta sobre ella. Eran las de Zaragoza, Burgos y Valladolid desde el norte más la de Valencia desde levante. Solo el 24 de junio Mola consideró necesario redactar una directiva específica para sumar al esfuerzo las nutridas fuerzas de Marruecos «una vez desembarcadas», sin ofrecer mayor detalle. Sus órdenes adolecerían de una incomprensible falta de coordinación con la Armada (como tampoco consideraron seriamente la posibilidad de recabar ayudas extranjeras, al menos a gran escala y sin perjuicio de algunos contactos con la Italia fascista). En cuanto al resto de divisiones —Sevilla, Barcelona, La Coruña y las comandancias de las islas—, o bien se daba por descartada su adhesión al movimiento insurreccional o se esperaba de ellas que adoptaran una posición de

benévola pasividad.

Pero tanto los propósitos como los planes cambian. Y pronto tendría lugar ese «momento favorable» para iniciar la sedición. Cuando en la noche del 12 al 13 de julio, como represalia al asesinato del teniente Castillo, instructor de milicias obreras, miembros de las fuerzas de orden público mataron a uno de los más significados diputados de las derechas, José Calvo Sotelo, los conspiradores comprendieron que esa ocasión había llegado. Las izquierdas fueron también conscientes de ello, como prueba la declaración realizada por Julián Zugazagoitia, director del diario El Socialista: «¡Este atentado es la guerra!». La policía gubernativa disponía ya de informaciones genéricas sobre la insurrección y había puesto bajo sospecha a militares desafectos. Si la tensión se había ido incrementando durante los últimos meses, desde la comisión de estos dos crímenes la presión de la «caldera» subiría a cada jornada, prácticamente a cada hora.

El terremoto más grave de la historia de España estaba a punto de estallar. Solo faltaba saber dónde, cuándo, cómo, la intensidad de su «extrema violencia» y la respuesta del Gobierno de un régimen republicano que, de momento, los insurgentes aseguraban no querer cambiar.

_____

1Se recomienda acompañar la lectura de este primer apartado con una consulta a los mapas «España, 1 de enero de 1936», «Datos económicos sector primario» y «Datos sector secundario».

2Salvo expresión en contrario, todas las cursivas dentro de citas textuales han sido realizadas por el autor. Se omiten en el texto circunstancias de edición cuando la obra citada aparece en la bibliografía.

3Discurso de Luis Jiménez de Asúa presentando el Proyecto de Constitución. Diario de Sesiones de las Cortes, 27 de agosto de 1931.

4Ver mapa «Elecciones de febrero de 1936».

5Las citas entrecomilladas corresponden, por orden de aparición, al discurso del Cinema Europa de José Antonio Primo de Rivera (FE-JONS), a la proclama «A las minorías monárquicas» de Calvo Sotelo (Renovación Española), al manifiesto de las Juventudes de Acción Popular (CEDA), al discurso de Comillas de Manuel Azaña (Izquierda Republicana, IR), a las declaraciones de Largo Caballero (PSOE/UGT) y al resumen de la Conferencia Extraordinaria de la CNT/FAI. Todas fueron emitidas durante lo que muy elocuentemente se dio en llamar la «batalla electoral» de octubre de 1935 a febrero de 1936. Nótese el «talante» agresivo de un extremo a otro, pasando incluso por posiciones intermedias. Ver Anexo I. Arco político en febrero de 1936.

6Extraído de la antología PRIETO, Indalecio: Socialista a fuer de liberal. Orígenes, desarrollo y consecuencias de la Guerra Civil según un ministro del PSOE , Córdoba, Almuzara, 2019. Su antagonista en las Cortes, José María Gil Robles, hacía por aquellas mismas fechas una proclama sorprendentemente parecida. Sus densas memorias, No fue posible la paz , Barcelona, Ariel, 1968, son de gran interés.

7Extractos de la «Instrucción reservada n.º 1» y de la titulada «El Directorio y su obra inicial». Una colección completa de estos documentos se conserva en el Archivo General Militar de Ávila (AGMAV), Armario 31, Leg. 4, Cp. 8. Al parecer, fue el propio Franco quien no quiso que estas instrucciones fueran publicadas en las Obras completas del general Mola en su edición de 1940 (Valladolid, Santarén).

18 de julio. Explosión de odios

La noche del 16 de julio de 1936 una unidad de las Fuerzas de Regulares Indígenas de Marruecos recibía órdenes de abandonar su base en las cercanías de Alhucemas para iniciar una marcha nocturna con destino final en la ciudad de Melilla. No se trataba ni de unas maniobras ni de un mandato cursado por el conducto reglamentario, sino de una iniciativa ilegal adoptada por un enlace de la conspiración planificada por el general Mola. Cuando aquellos soldados emprendieron el movimiento con su comandante al frente estaban dando ya en realidad un golpe de Estado, en rigor, la primera acción de la guerra civil española.

Aunque en el imaginario colectivo la fecha del 18 de julio del 36 está cargada de simbolismo, lo cierto es que habría que alterar ligeramente el sentido del lenguaje para que el marco temporal de ese único día abarcara, desde el punto de vista histórico, al menos dos semanas: las que transcurren desde el 17 hasta finales de mes. Serán unas vertiginosas jornadas en las que se irán sucediendo alzamientos locales desde el norte de África hasta el último rincón de la península, sin olvidar Canarias y Baleares, con variada suerte: triunfo de la rebelión o su aplastamiento por reacción de las fuerzas leales al Gobierno. Así, en fecha tan temprana como primeros de agosto los frentes habrán quedado claramente deslindados, si bien nadie podía prever cuán demoledora y larga iba a resultar la contienda. En cualquier caso, cuatro van a ser los principales factores que determinarán el éxito inicial de unos u otros y que condicionarán los primeros compases de la guerra:8

En primer lugar, el signo político de cada región. En la mayoría de las provincias en que había triunfado el Frente Popular, el golpe fracasó. Y la respuesta de partidos y organizaciones sindicales izquierdistas consistió en gran parte de los casos en declarar la huelga general y exigir a las autoridades la entrega inmediata de «armas para el pueblo». (Así sucedió en Badajoz o Murcia, esta última junto a la importante base naval de Cartagena).

Además, hay que mencionar la actitud de las guarniciones. En aquellas ciudades en que las unidades no se acuartelaron y salieron a la calle siguiendo a sus mandos naturales, normalmente el golpe triunfó. Y lo hizo previa publicación de un bando que declaraba el estado de guerra, cuyo contenido varió en función del general firmante. (Fue lo que ocurrió en las islas Canarias, Zaragoza, Burgos y Valladolid).

En tercer lugar hay que atender al posicionamiento de las fuerzas de orden público, en especial de la Guardia Civil. En las zonas en que el instituto permaneció leal al Gobierno, por regla general la insurrección fracasó. Los guardias impondrían su superioridad numérica y procederían a armar y encuadrar milicias populares. (Por ejemplo, en Barcelona, secundada por el resto de Cataluña, o en la capital, Madrid).

En cuarto lugar, la importancia del factor sorpresa, del elemento humano y del azar. En algunas circunscripciones ciertas actitudes individuales, enérgicas y decididas, iban a conseguir que el golpe triunfara. Así, en determinadas plazas de fuerte población obrera, los alzados conseguirían imponerse mediante contundentes golpes de mano. (Como en Sevilla, la base de El Ferrol y en Oviedo).

Es difícil sintetizar los hechos ocurridos en unos días tan frenéticos como decisivos. Y más complicado aún explicar la multitud de dramas que tuvieron lugar durante aquellas jornadas, pues si en algo acertó de pleno el general Mola fue en que el movimiento provocado y la respuesta resultante conducirían al país a un auténtico baño de sangre, no solo en las líneas de combate sino en ambas retaguardias, donde todo desmán encontró cómoda justificación. Así, empezaron a proliferar los juicios sumarísimos, los crímenes arbitrarios o perfectamente organizados, los asesinatos discriminados e indiscriminados. Porque en cierto sentido podría afirmarse que la sublevación militar iba a desencadenar la revolución que pretendía impedir. Con ello, el choque de dos fuerzas de similar potencia pero de signo contrario estaba asegurado. Se intentará a continuación seguir cierto orden cronológico en el relato de los acontecimientos, pero teniendo en cuenta que muchas acciones fueron simultáneas, aunque a menudo inconexas, y que la fractura geográfica del territorio impidió las más de las veces tanto a rebeldes como a leales saber qué estaba ocurriendo realmente en otros lugares del país. Ello podía significar una ventaja o un inconveniente. La incertidumbre presidiría aquellos días amargos.

No bien comenzada la tarde del 17 de julio de 1936, una fuerza policial intenta practicar un registro en una instalación militar, la

denominada Comisión de Límites de África sita en la ciudad de Melilla. Los oficiales allí presentes, que efectivamente estaban imprimiendo el bando de declaración del estado de guerra y realizando acopio de armas, se resisten al piquete alegando su falta de jurisdicción para dicha actuación. Y alertan furtivamente a un pequeño contingente de legionarios en demanda de auxilio. Cuando estos, fusil a la bayoneta calada y bombas de mano prestas, acuden con su teniente a la cabeza, los guardias de asalto se ponen de su parte tras unos tensos instantes de duda. Era un acto conjunto de franca insurgencia que no podía ser ocultado. El reloj marcaba las cuatro y veinte minutos de un tórrido viernes (la famosa consigna de «el 17 a las 17» no existió como tal y parece ser fruto de una fórmula legendaria acuñada a posteriori). Inmediatamente las unidades implicadas en la conspiración comienzan a adueñarse de la localidad y a alertar al resto de plazas del protectorado, que también van a sublevarse… no sin incidentes y con los primeros derramamientos de sangre.

Aunque el general Franco, comandante general de Canarias, todavía no ha llegado al norte de África, se proclama públicamente en su nombre el bando de guerra:

Una vez más, el Ejército, unido a las demás fuerzas de la nación, se ve obligado a recoger el anhelo de la gran mayoría de los españoles que veían con amargura infinita desaparecer lo que a todos puede unirnos en un ideal común: España. Se trata de restablecer el imperio del orden dentro de la República […]. El restablecimiento [del] principio de autoridad, olvidado en los últimos años, exige inexcusablemente que los castigos sean ejemplares […]. Espero la colaboración activa de todas las personas patrióticas, amantes del orden y de la paz, que suspiraban por este movimiento.

Cuando a la noche el golpe ha triunfado o está en vías de hacerlo en las principales localidades del protectorado —la propia Melilla, Alhucemas, la capital Tetuán, Larache, Alcazarquivir, Arcila, Xauen, Ceuta—, el presidente del Gobierno, Santiago Casares Quiroga, al parecer ofreció a los periodistas un frívolo titular: «¿Así que los militares se han levantado en Marruecos? Pues yo me voy a acostar».

Porque el factor tiempo iba a ser crucial. En cuestión de horas, el signo de las acciones emprendidas podía verse alterado y el resultado

en un territorio decantarse a favor de la revuelta o, por el contrario, ser yugulado de raíz. El día 18 comienzan los pronunciamientos en algunos lugares —pocos— de la península, mientras que el Gobierno moviliza la flota con rumbo al estrecho de Gibraltar y ordena el bombardeo de Tetuán, lo que no hará sino aglutinar a la población marroquí en torno a las fuerzas sublevadas. Al amanecer del día siguiente, Franco aterriza en el protectorado y toma el mando de la situación en África. Lo ha hecho dejando sublevada su comandancia de Canarias, demandando disciplina y fe en el triunfo e invocando, «por este orden, la trilogía Fraternidad, Libertad e Igualdad». Con algunas zonas del sur de Andalucía alzadas, Marruecos asegurado y el archipiélago canario prácticamente dominado, se puede decir que la conspiración ha comenzado a triunfar en fuerza por el sur, precisamente la región que Mola, el director, había considerado muy tardíamente en sus planes y solo como mero apoyo al esfuerzo principal de las divisiones del norte. La necesidad de hacer pasar las tropas de Marruecos y de las islas a la península comienza a mostrarse asunto prioritario… y problemático.

De cualquier manera, y contra todo pronóstico, Sevilla, a despecho de su combativo proletariado, va a caer en manos de los sublevados gracias a la acción del general Gonzalo Queipo de Llano. De trayectoria republicana, Queipo era a la sazón inspector general del nutrido Cuerpo de Carabineros, encargado de la vigilancia en costas y fronteras, lo que le permitía cierta libertad de movimientos. So pretexto de una visita de inspección a Huelva, se traslada clandestinamente a Sevilla y, en un patrón que se iba a repetir en otros lugares, arrebata expeditivamente el mando de la 2.ª División Orgánica a su legítimo titular. Apoyándose en jóvenes oficiales, a su vez secundados por parte de la tropa, guardias y milicianos del Requeté o la Falange, declara el estado de guerra y se dispone a controlar la ciudad. Pronto acudirá en ayuda de todos ellos un puñado de legionarios junto a tiradores marroquíes llegados precariamente desde el protectorado y oportunamente empleados para recorrer en una especie de carrusel las calles hispalenses con la intención de dar impresión de dominio. Comienza la guerra psicológica de las ondas con la emisión en Radio Sevilla de unas alocuciones del general tan incendiarias como eficaces, bien para sembrar el pánico entre los contrarios, bien para tranquilizar a la población favorable, bien para animar a hacer lo propio a otros jefes que en esos momentos están en situación dubitativa en Andalucía:

Sevillanos: ¡A las armas! La Patria está en peligro y, para salvarla,

unos cuantos hombres de corazón, unos cuantos generales, hemos asumido la responsabilidad de ponernos al frente de un movimiento salvador que triunfa por todas partes. El ejército de África se apresta a trasladarse a España para tomar parte en la tarea de aplastar a ese Gobierno indigno que se había propuesto destruir a España para convertirla en una colonia de Moscú. […] Las tropas de Andalucía, con cuyos jefes he comunicado por teléfono, obedecen mis órdenes y se encuentran ya en las calles. […] La suerte está echada y es inútil que la canalla resista. Tropas del Tercio y Regulares se encuentran ya en camino de Sevilla, y en cuanto lleguen, esos alborotadores serán cazados como alimañas. ¡Viva España! ¡Viva la República!

Lo cierto es que al anochecer del 18 solo se habrán unido a la acción Cádiz y la muy importante base naval de San Fernando, Algeciras con parte del Campo de Gibraltar, la ciudad de Córdoba y, en principio, Málaga «la roja»… que sucumbirá en las próximas jornadas, las mismas durante las cuales Granada, por el contrario, se alzará, si bien quedando aislada en medio del territorio enemigo. Aprovechando la sorpresa y todavía la falta de control efectivo del estrecho por parte del Gobierno, llega desde Marruecos otro contingente de tropas. No es grande pero sí suficiente para que los alzados dispongan de una suerte de corredor en Andalucía occidental que les va a servir de base operativa. Madrid sigue respondiendo: tras radiar alocuciones asegurando el dominio de la insurrección, Casares destituye a los generales Franco y Queipo, disuelve las unidades insurrectas, licencia a las tropas cuyos oficiales «se han colocado frente a la legalidad republicana», exime de obediencia a los soldados de tales regimientos y continúa cursando órdenes a la Aviación y a la Armada para realizar bombardeos, incitando al mismo tiempo a las dotaciones para hacerse con el control de los buques. No se decide a dar respuesta a la exigencia de las formaciones obreras, que demandan armas y han decretado la huelga general a lo largo y ancho de todo el país.

Desde el Ministerio de Gobernación, Dolores Ibárruri, Pasionaria, se dirige en nombre del Partido Comunista por Unión Radio a toda España, contestando así a la guerra de las ondas iniciada por los sediciosos:

¡Obreros! ¡Campesinos! ¡Antifascistas! ¡Españoles patriotas! Frente a la sublevación militar fascista, ¡todos en pie, a defender la República, a defender las libertades populares y las conquistas democráticas del

pueblo! […] Al grito de ¡el fascismo no pasará, no pasarán los verdugos de Octubre! […], los comunistas, los socialistas y anarquistas, los republicanos demócratas, los soldados y las fuerzas fieles a la República han infligido las primeras derrotas a los facciosos. […] Todo el país vibra de indignación ante esos desalmados que quieren hundir la España democrática y popular en un infierno de terror y de muerte. Pero ¡no pasarán! ¡Que nadie vacile! Todos dispuestos para la acción. Cada obrero, cada antifascista, debe considerarse un soldado en armas. […] El Partido Comunista os llama a la lucha […] ¡Viva el Frente Popular! ¡Viva la unión de todos los antifascistas! ¡Viva la República del Pueblo! ¡Los fascistas no pasarán! ¡No pasarán!9

Los acontecimientos comienzan a precipitarse. Sobre las diez de la noche de ese día 18, el presidente de la República, Manuel Azaña, acepta la dimisión de un desbordado Casares Quiroga y encarga la formación de un nuevo Gobierno a Diego Martínez Barrio, quien propone un gabinete de conciliación para entablar negociaciones con los sublevados… Demasiado tarde. A esa hora ya se sabe que el general Saliquet se está haciendo a punta de pistola con el mando en la 7.ª División de Valladolid, desde donde el movimiento comenzará a irradiar hacia el resto de Castilla la Vieja y León, así como a la mayor parte de la 6.ª División (Burgos). Su bando añade a los de otros sediciosos un matiz para la construcción del argumentario de lo que pronto ellos mismos empezarán a denominar como Alzamiento nacional: «Hemos sido dominados hasta ahora por unas minorías audaces, sujetas a órdenes de Internacionales de índole varia, pero todas igualmente antiespañolas». Quizá fueran estas aseveraciones, junto a otras similares del bando contrario, las que llevaran a Miguel de Unamuno a escribir con tino en su póstumo El resentimiento trágico de la vida que «no son unos españoles contra otros —no hay Anti-España—, sino toda España, una, contra sí misma. Suicidio colectivo».

Por su parte, en Zaragoza, el único general con mando en la península que se unirá a la insurgencia, el miembro de la masonería Miguel Cabanellas Ferrer, proclama el estado de guerra en la demarcación de la 5.ª División Orgánica (Aragón y Soria), cuidándose de remarcar que

nuestro Movimiento es exclusivamente patriótico y republicano, que no tiene matiz político de ninguna clase siempre que se esté en esos

dos conceptos. Ningún partido político ha de predominar: yo he aceptado y acepto todas las colaboraciones, vengan de cualquier campo, sin que nadie odie a sus compatriotas.

Por su parte, el bando del general Fanjul en Madrid apelará a los obreros, exhortándolos a mantener

una actitud patriótica de acatamiento, porque este movimiento tiende […] a librarlos de la dictadura de los hombres que los rigen y que los están sumiendo en la mayor miseria. ¡Tened presente que el Ejército, cuya masa sale de vuestras filas y por cuyas venas corre vuestra sangre, no os abandonará en la obra de justicia que hay que realizar! ¡Viva España! ¡Viva la Republica! ¡Viva el Ejército!10

De esta suerte, con Marruecos, Canarias y ciertos enclaves en el sur de la península movilizados para la revuelta, con Castilla la Vieja y parte de Aragón rugiendo en armas contra el Gobierno, va despuntando el día 19 de julio de 1936, decisivo.

La contrarrevolución precipita la revolución

Se ha discutido mucho la decisión del general Mola, como ya sabemos coordinador de la conspiración desde Navarra, de no unirse a ella hasta esta fecha del 19. Se olvida que Mola era un hombre profundamente ordenancista y, ante una realidad que se le estaba yendo de las manos, prefirió ceñirse al plan, concebido de forma escalonada para ir generando tal estado de insurgencia que diese la sensación de triunfo global. Esto le permitiría, además, ganar tiempo para sopesar la reacción de las autoridades centrales mientras organizaba las primeras columnas hacia un Madrid que siempre dio por perdido.

De cualquier modo, los tradicionalistas navarros, enemigos acérrimos de la República desde sus inicios, afluyen aquella jornada desde todos los rincones de la región a la plaza del Castillo de Pamplona mientras

su general mantiene conversaciones animando a otros mandos a lanzarse a las calles. Estos voluntarios, llamados requetés o carlistas por su origen en las guerras del siglo XIX, oyen misa, entonan en vascuence el Gernikako Arbola y el Oriamendi, van precedidos por sus crucifijos y, contraviniendo órdenes de los conspiradores, pues los generales habían insistido en que la sublevación debía hacerse dentro del marco de la República y manteniendo la enseña tricolor, algo que aquellos nunca estuvieron dispuestos a aceptar, enarbolan banderas rojigualdas. De esta forma describirían el ambiente de la región Luis Redondo y Juan de Zavala para su obra El Requeté (La tradición no muere):11

Hasta ocho mil requetés pamplonicas había ya en la calle cuando empezaron a llegar los de los pueblos. […] Con aire de romería, no cesaban de llegar centenares de boinas rojas. Se llenaron los soportales, los «cubiertos», y no se cabía debajo de los arcos. Estaba allí, en la Plaza del Castillo, «patio de armas de la España nacional», toda la juventud de las alegres fiestas de San Fermín. […] Se gritaba ¡Viva Cristo Rey! Y se formaban colas ante los sacerdotes, que confesaban en las mismas calles. Las boinas disponibles se terminaron enseguida. […] Algo parecido ocurrió con la bandera, pues faltó tela roja para sustituir la franja morada, que se arrancaba. El aire se fue llenando de canciones: «Cálzame las alpargatas, / ponme la boina, dame el fusil, / que voy a matar más “rojos” / que flores tienen mayo y abril… / No llores madre, no llores, / moriremos defendiendo la bandera / de Dios, Fueros, Patria y Rey».

Pero a esas alturas todos los ojos están ya puestos en Madrid (1.ª División Orgánica) y Barcelona (4.ª), capitales, respectivamente, de la nación y del anarquismo más combativo.

El movimiento libertario español del primer tercio de siglo era caso único en Europa. Con dos ramas bien diferenciadas, la partidaria de una fórmula sindicalista (CNT) y la puramente ácrata (FAI), sus representantes habían abogado en una espectacular reunión de militantes en Zaragoza por la creación de un «Ejército revolucionario», y su empuje había quedado demostrado en infinidad de atentados contra la II República. Aunque su predicamento era grande en Aragón y Andalucía, su capital espiritual era Barcelona, ciudad que conocían a la perfección, circunstancia que favorecía el desarrollo de acciones de guerrilla urbana. Por su parte, la guarnición de la ciudad era

numerosa, si bien adolecía de tener los batallones en cuadro, bien por no estar debidamente surtidas las plantillas, bien por los permisos veraniegos. Los mandos del golpe, además, iban a repetir los movimientos realizados para sofocar la revolución del 34, por lo que tanto las aquí leales fuerzas de orden público como los libertarios sabían dónde posicionarse: cruces de avenidas, edificios clave, azoteas y bocas de metro. Por otra parte, los soldados de reemplazo salían a las calles sin saber a ciencia cierta si iban a defender la República o marchaban contra ella… Tal como estaba convenido, se hacen sonar las sirenas de las fábricas, lo que enardece a las milicias y desmoraliza a las tropas alzadas.

Tras horas de indecisión y duros combates callejeros que se fueron recrudeciendo desde la madrugada hasta el mediodía, ameriza en aguas del puerto barcelonés el general Manuel Goded quien, proveniente de la por él sublevada comandancia de Baleares, pretende destituir al jefe de la división y hacerse con el mando en toda Cataluña. Era exactamente el mismo esquema seguido por Queipo de Llano en Sevilla. Pero lo cierto es que cuando desciende del hidroavión sobre la una de la tarde, las columnas procedentes de las afueras están prácticamente batidas o desmoralizadas por la resistencia encontrada en el centro de la ciudad. Dos fuerzas tan ibéricas —y tan opuestas entre sí— como la Guardia Civil, junto a la de Asalto, y el anarquismo colaboran ya decididamente para abortar la revuelta en Barcelona y en toda la región. Guarnición tras guarnición, desde Lérida a Gerona, desde la Seo a Mataró, van cayendo como un castillo de naipes.

Al atardecer, el general Goded se da por vencido y, cautivo, certifica por radio su fracaso: «La suerte me ha sido adversa y yo he caído prisionero; por lo tanto, para evitar derramamiento de sangre, soldados que me acompañabais, quedáis libres de todo compromiso». Esa noche la Rosa de Foc, la Rosa de fuego, vuelve a arder de punta a punta, con las turbas enseñoreándose de las calles sin que la Generalitat pueda hacer de momento otra cosa que dejarse arrastrar por la ola revolucionaria y aceptar los hechos consumados. Se impone el autodenominado Comité Central de Milicias Antifascistas, dominado por la CNT/FAI, que detentará el poder hasta que tanto las fuerzas nacionalistas como las del influyente Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC, sección del partido comunista en la región) —entre otras formaciones— reaccionen, aúnen esfuerzos y vayan recuperando parcelas de gobierno.

Ese mismo día 19, el jefe encargado de la sublevación en Madrid, el general Joaquín Fanjul Goñi, exdiputado en las Cortes republicanas,

tomaba una decisión fatal para los planes de la conspiración: encerrarse en el cuartel de la Montaña del Príncipe Pío con su menguada guarnición y un puñado de voluntarios. Pensaba que los llamados cantones de los alrededores de la capital —que albergaban varios regimientos— tenían más posibilidades de triunfar y, al hacerlo, quedar en condiciones de marchar en un movimiento de ventosa para reunirse con él en una posición central. Tal y como le había advertido Mola, Fanjul no tenía en cuenta la mayor potencia de las fuerzas de orden público en Madrid, en su gran mayoría fieles al Gobierno. Tampoco las dudas de ciertos mandos en las unidades de las cercanías ni la actitud de la aviación, que bien podía con sus aparatos de Cuatro Vientos y Getafe bombardear cualquier reducto sedicioso, como así harían. Por último, centenares de militantes, principalmente de UGT pero también de otras formaciones, sabían muy bien lo que querían hacer: lanzarse a la calle, tomar las armas con o sin permiso oficial e imponer su voluntad… pasando por encima de los sediciosos, pero también de las autoridades republicanas.

Sometido a cerco, el día 20 de julio el cuartel es bombardeado, lo que va minando tanto el edificio como la moral de los rebeldes. A eso de las diez, unos soldados muestran por los balcones sábanas en aparente señal de rendición; cuando algunos de los sitiadores se acercan a parlamentar, son tiroteados por otros que no han enarbolado bandera blanca. Las masas se encrespan y se lanzan en tromba sobre el recinto, cuyo patio quedará sembrado de muertos. Fotos icónicas del dantesco espectáculo proclaman este triunfo y muestran al mundo entero la violencia que ya recorría España entera. El semanario Estampa publicaría al día siguiente una noticia demostrativa de que el término «guerra entre hermanos» era más que una expresión retórica:

Uno de los oficiales sublevados del regimiento murió a manos de uno de los asaltantes, hermano suyo estudiante de Medicina, quien a su vez cayó muerto sobre el cadáver de aquel en la rampa de Ferraz. El padre recogió los dos cuerpos, que hoy yacen bajo la misma losa con un epitafio cariñoso.

Y en el clásico Tres días de julio Luis Romero describía de esta vívida manera la escena:

A tiros de fusil rematan a algunos heridos que se agitan en el suelo. […] «¡Ésta es, camaradas, la justicia del Pueblo!». El patio está cubierto de cadáveres, de muebles rotos, de cajas vacías, de papeles, de cascotes… Más cadáveres en mangas de camisa o con uniforme están amontonados en un rincón. Les han agrupado y ametrallado por la espalda… Huele a sangre, huele como en una carnicería, como huelen las naves de un matadero… Los cadáveres en distintas posturas, acribillados, carecen de solemnidad [y] aparecen extendidos a todo lo largo del patio. Echados en el suelo, bocarriba o bocabajo, es como un muestrario del horror a pleno sol. Soldados precedidos de un capitán entonan La Internacional. Con el puño en alto, seguidos de paisanos y de unos cuantos guardias de asalto con las guerreras abiertas o en mangas de camisa, desfilan hacia la puerta del cuartel. Pasan sobre los cadáveres, sorteándolos: «¡Viva la República! ¡Viva la Libertad!» […] Son los héroes de la jornada.

Si Mola puede sobrellevar los fracasos ante Madrid y Barcelona por esperados, se irrita cuando en una división tan importante para sus planes como la 3.ª, con cabecera en Valencia, las incertidumbres hacen fracasar el movimiento. Las demarcaciones levantinas eran claves, pues su posesión podía haber supuesto tanto una amenaza para Madrid desde el este como sobre Cataluña por el sur. Por no mencionar el control de la base naval principal de Cartagena, con algunas de las mejores unidades de la Armada fondeadas en su puerto, o de las nada desdeñables instalaciones aeronavales del mar Menor.

Entre los días 19 y 20 el coronel Antonio Aranda, simpatizante de la francmasonería, se suma sorpresivamente al estallido en Oviedo, y la 8.ª División de Galicia también; cae en manos de los rebeldes el importante puerto militar de El Ferrol. Allí se producirán auténticos duelos en las cubiertas de los buques por hacerse con su control, lo que permite a los alzados contar con un reducido pero eficaz número de navíos de guerra. No obstante, el resto de Asturias —salvo los cuarteles de Gijón—, Santander, Vizcaya y gran parte de Guipúzcoa permanecerán leales al Gobierno, que mantiene con el dominio de la cornisa cantábrica una espada sobre la retaguardia enemiga. Controla, además, las más destacadas industrias pesadas, ubicadas precisamente en el norte del país, así como importantes puertos que permiten mantener abiertas las rutas navales internacionales del Cantábrico.

Un sentimiento de euforia recorre la zona controlada por las autoridades gubernamentales. Así, desde Cataluña comienzan a partir columnas hacia las tres capitales aragonesas, en manos rebeldes pero

pronto amenazadas y convertidas en primera línea de fuego. Guardias civiles con tricornio y libertarios de mono azul continúan a la ofensiva hombro con hombro. La líder anarcosindicalista Federica Montseny se emocionaba con el espectáculo del pueblo «encarado a su destino, con él en las manos, jugando con la muerte y con la vida. Una nueva era empezaba en la madrugada del día 20 sobre la Barcelona humeante» (Mis primeros cuarenta años12). Por su parte, el antiguo pistolero y próximo ministro de Justicia, García Oliver, contaría en su autobiografía El eco de los pasos13 cómo se presentaron en el palacio de la Generalitat: «Íbamos armados hasta los dientes: fusiles, ametralladoras y pistolas. Descamisados y sucios de polvo y de humo: "Somos los representantes de la CNT/FAI y venimos a ver al presidente [de la Generalitat] Companys"». Y Diego Abad de Santillán recordaba así el espíritu exultante de aquellos días en Por qué perdimos la guerra14:

La guerra debía absorberlo todo, hombres, armas, trabajo, pensamiento, vida, todo. […] Los milicianos voluntarios que salieron lo hicieron con una alegría, un orgullo y un espíritu inenarrables. En lugar de esperar que el fascismo atacase al pueblo libre, buscando las mejores posiciones estratégicas, le obligaron a parapetarse al otro lado del Ebro. A los dos meses teníamos formado en tierras de Aragón un frente de más de trescientos kilómetros, con treinta mil milicianos armados dependientes de varias columnas, que realizaron operaciones con buen éxito, capturaron material y prisioneros al enemigo y no dieron un paso atrás. […] Los únicos triunfos iniciales fueron los del frente aragonés, formado y sostenido por nosotros, los anarquistas.

Ambos contendientes inician en sus respectivas retaguardias una implacable depuración. Los dos se dedicarán a liquidar enclaves contrarios situados en los territorios que dominan y a aplicar una represión tan dura como amplia. Comienzan las matanzas, los registros al amanecer, los ignominiosos paseos. El día 19 Martínez Barrio ha sido sustituido al frente del Gobierno por José Giral —tercer gabinete en veinticuatro horas—, quien finalmente autoriza la entrega de armas al pueblo… a costa de desarmar a parte del ejército leal: es la revolución. Y el 20, el general Sanjurjo, llamado a encabezar la insurgencia, fallece en un accidente de aviación en Portugal, lo que obligará a los rebeldes a constituir una Junta de Defensa Nacional en Burgos: es la dictadura. Dicha junta será un órgano colegiado de mando político-militar, variado en su composición y no siempre bien

avenido, bajo la presidencia del general Cabanellas. El diario ABC, partido en dos como el resto del país, reflejaba en sus portadas la fractura ocasionada: «¡Viva la República! Segunda Guerra de Independencia» (ABC edición de Madrid, zona republicana); «¡Viva España! Guerra a muerte entre la Rusia roja y la España sagrada» (ABC de Sevilla, zona nacional)15.

Por su parte, el presidente de la República, Manuel Azaña Díaz, abandonaba su mutismo para proclamar:

hemos triunfado ya. […] Las unidades del Ejército que se han mantenido fieles…, la Guardia Civil…, la aviación republicana…, las muchedumbres populares…, nuestra Cataluña indomable, el proletariado andaluz, el pueblo madrileño… se lanzan al frente del combate alegremente, como si fuesen a una fiesta, porque saben defender lo más preciado de su tesoro moral, que es nuestra libertad. […] Seguid las indicaciones del Gobierno y ayudaos unos a otros, sed disciplinados, aunad y redoblad los esfuerzos, combatid con furor, con energía, con fe, y mañana tendremos, con la paz y la justicia restauradas, al pueblo vigorizado y la promesa segura y para siempre inquebrantable [de que] España saldrá de esto permanentemente unida a la República y a la libertad.

Se podría concluir este capítulo afirmando que los conspiradores cometieron cuando menos dos grandes errores: por un lado, subestimar al potencial adversario; por otro, sobrevalorar su predicamento en el seno del propio Ejército. Pero si el alzamiento ha fracasado en seis de las ocho capitales más importantes —Madrid, Barcelona, Valencia, Bilbao, Málaga y Murcia—, lo cierto es que está triunfando en amplias regiones de España; pronto se alcanzará una situación de equilibrio que solo podrá ser rota por medio de una guerra total… y con ayuda exterior.

_____

8Para toda esta parte, ver mapa «España, 18 de julio de 1936».

9Para consultar una versión completa de esta arenga, ver ALONSO LÓPEZ, Javier: Discursos históricos , Madrid, Arzalia Ediciones, 2022.

10 Los bandos y proclamas de los militares sublevados pueden ser consultados en multitud de fuentes. Aquí los tomamos principalmente de la colección por fascículos Crónica de la Guerra de España. No apta para irreconciliables , CODEX, 1966 y ss.

11 Barcelona, Editorial AHR, 1957.

12 Barcelona, Plaza y Janés, 1987.

13 París, Ruedo Ibérico, 1978.

14 Córdoba, Almuzara, 2018.

15 Durante la Transición, Prensa Española tuvo el acierto de publicar, en ochenta fascículos, extractos de ambas ediciones bajo el rótulo de ABC Doble diario de la Guerra Civil , «el único periódico del mundo que se publicó, con el mismo nombre, en dos zonas contendientes», Madrid, 1978-1980. Todo un curioso y esclarecedor experimento de historia periodística.

Paisaje después del cataclismo

Tras el estallido de odios del 18 de julio, en torno al primero de agosto de 1936 España aparece dividida en dos mitades ideológicamente irreconciliables y con características socioeconómicas perfectamente contrapuestas. Son dos estados de hecho surgidos de la quiebra de la convivencia ocurrida durante aquellos días. Cualquier guerra, especialmente una moderna, precisa de factores de todo tipo para ser alimentada: agrarios, industriales, financieros, políticos, culturales, diplomáticos y, por supuesto, militares: aéreos, navales y terrestres. Ambos bandos disponían de recursos suficientes para afrontar una contienda, probablemente limitada en cuanto a los medios a emplear y no muy prolongada en el tiempo, dado el atraso del país, siempre que no mediasen intervenciones exógenas… que pronto, no obstante, empezarán a verificarse.

La zona bajo control del Gobierno contaba con unos trece millones y medio de habitantes —no necesariamente simpatizantes—, lo que representaba el 55% de la población total del país. Se configuraba como una economía industrial, con el 80% del complejo fabril en su poder pero solo el 30% de la producción agraria, un serio inconveniente de cara a la atención de las necesidades alimenticias caso de un alargamiento del conflicto. Dominaba aproximadamente dos tercios tanto del parque de vehículos automóviles como del entramado ferroviario, si bien la fractura del sistema radial iba a complicar las comunicaciones de ambos contrincantes. El litoral mediterráneo peninsular y la mayoría del cantábrico, junto con gran parte de la flota mercante, quedaban en su poder. Al mantener la capital, conservaba en sus manos todos los resortes de un Estado moderno: ministerios, organismos públicos y, en principio, las legaciones diplomáticas de y en el exterior. Su mayor ventaja, que podía resultar decisiva, no era bélica sino financiera: la práctica totalidad de las abundantes reservas de oro y plata. La mayoría de las sedes de las principales empresas públicas y privadas quedaban dentro de esta zona, donde los líderes sociales y políticos se verán obligadas a decidir entre hacer la revolución o la guerra.16

Abarcaba un territorio considerable: más de 265.000 kilómetros cuadrados, desde Cataluña hasta Andalucía, pasando por el levante valenciano, el eje Murcia-Cartagena, la meseta castellana del sur, la provincia de Badajoz y Madrid, ciudad desde la que ya salían columnas armadas de soldados, guardias y voluntarios para contener en la sierra a los enemigos procedentes del norte. La franja cantábrica quedaba aislada, pero, desde Asturias a la frontera guipuzcoana con Francia, formaba un conjunto continuo y (relativamente) autosuficiente. Si dicho aislamiento suponía un hándicap, su gran potencial en términos industriales, su capacidad para mantener abierto el comercio exterior, su densidad de población y su mera presencia geográfica representaban una amenaza para la retaguardia rival. El Gobierno controlaba zonas del valle del Ebro, gran parte del Tajo, en principio todo el recorrido del Guadiana en su vertiente española y, con interrupciones, el del Guadalquivir. También las fructíferas cuencas paralelas de los ríos Turia, Júcar y Segura. Disponía de acceso a las principales fuentes de energía en provincias como Lérida, Vizcaya o Ciudad Real.

Dominaba o tenía una considerable presencia en las principales cordilleras del país, lo que podía favorecer actuaciones defensivas. La frontera con Francia, nación vecina también gobernada por una coalición de Frente Popular, estaba asegurada por el paso de Irún, no obstante precario, pero sobre todo por los de la zona pirenaica oriental, consolidados. Desde el punto de vista geográfico, la mayor debilidad de este sector radicaba en las islas, pues únicamente controlaba la de Menorca, bien situada pero lejana y perfectamente aislada. Salvo en el caso de parte de Galicia, la actual Castilla la Mancha y alguna otra provincia, este mapa coincidía con el de las regiones en que las izquierdas habían triunfado por mayoría en las elecciones de febrero de 1936. Aunque cercenado, el que enseguida se constituirá en bando republicano disponía por tanto de recursos suficientes para conformar un entorno socioeconómico viable que le habilitaba para gozar de la iniciativa geoestratégica inicial.

La zona bajo control de la sublevación disponía de más de once millones de habitantes —tampoco necesariamente simpatizantes—, un 45% de la población según índices previos a la guerra. Se configuraba como una economía eminentemente agraria, con una producción que representaba un 70% del volumen nacional, pero solo englobaba un 20% de la capacidad industrial del país. Disponía de considerables recursos energéticos —en Zamora, Huesca o Sevilla—, y ciertos yacimientos de materias primas estratégicas se localizaban en su esfera de influencia. El litoral atlántico, tanto en su vertiente gallega como andaluza, con sus bancos de faenar y numerosas embarcaciones

pesqueras, quedaba bajo su dominio, así como los dos archipiélagos (salvo Menorca), el protectorado de Marruecos, Ifni-Sáhara y Guinea. Aunque una junta de generales imperará en este territorio provisionalmente, la ausencia de un mando único y la falta de legitimidad suponían dos graves problemas para su gobernanza. Por otro lado, la carencia de reservas auríferas podría ser compensada con ayudas a crédito, provenientes principalmente del exterior, primero de particulares adinerados —como Juan March— y del Portugal de Salazar, enemigo declarado de la II República desde sus orígenes, y con posterioridad también de la Alemania nazi y de Italia. Su principal ventaja era militar: las fuerzas de choque de África, que, no obstante, de momento no podían trasladar en masa a la península por no contar con el dominio de los mares ni con suficientes aviones para realizar el que pronto sería el primer puente aéreo de la historia.

El territorio peninsular dominado por la rebelión —240.000 kilómetros cuadrados— mostraba una porción principal, continua y segura, que abarcaba desde Galicia a la línea formada por las tres capitales aragonesas, pasando por la práctica totalidad de León y Castilla la Vieja, una avanzada en Cáceres, la provincia vasca de Álava y la totalidad de Navarra, estas dos últimas, auténticos viveros de fervorosos voluntarios con los que completar las unidades castrenses. El estrecho corredor del occidente andaluz era de gran importancia geoestratégica como base de operaciones en el sur, pero sumamente endeble y con cuatro importantes capitales —Cádiz, Sevilla, Córdoba y Granada— pendientes de consolidar su unión hasta formar la sólida cabeza de puente que los insurgentes necesitaban para trasladar allí a los contingentes del protectorado marroquí. Salvo excepciones, el mapa resultante coincidía con las regiones más tradicionalistas, católicas y de mayoría conservadora. Aunque incompleta y con menos recursos que la otra parte, esta mitad de España también conformaba un todo socioeconómico capacitado para afrontar un conflicto… restringido.

Los rebeldes controlaban toda la cuenca del Duero en su tramo español, la del río Miño, las tierras medias del Ebro y partes del valle del Guadalquivir. Es preciso detenerse a entender este aspecto topográfico que José Manuel Martínez Bande analizó con precisión en su obra Los años críticos17:

El dominio del valle del Duero era importantísimo y, junto con el triunfo en Navarra y Aragón, representaba la gran baza que esperaba tener en sus manos Mola para adueñarse de más de media España.

Aquella ancha franja que iba desde La Rioja a Portugal y de la cordillera Cantábrica al Sistema Central tenía un valor estratégico decisivo, pues representaba la base necesaria para unirse al sur, a la posible zona dominada en Andalucía, y para contener a través de las cordilleras que la definían los embates que pudieran llegar de Madrid y el centro y de más allá de la cordillera Cantábrica. Era, pues, un territorio pobre en recursos y hombres pero vital como base geográfica y expansiva y, a la vez, como contención del enemigo; casi un verdadero castillo-fortaleza.

Conviene, en cualquier caso, no engañarse con la ilusión óptica que provocan los mapas. Porque ya Julián Marías nos advirtió en uno de los más breves pero clarividentes ensayos sobre la contienda, La Guerra Civil, ¿cómo pudo ocurrir?, de que la fractura de España no era meramente geográfica, sino transversal, algo mucho más preocupante al partir en dos el torso social del país y los mismos corazones de sus ciudadanos:

Se deslizó en la mente de los españoles la idea de una radical discordia que condujo a la guerra. Y entiendo por discordia no la discrepancia, ni el enfrentamiento, ni siquiera la lucha, sino la voluntad de no convivir, la consideración del «otro» como inaceptable, intolerable, insoportable. […] Se produjo una tendencia a la abstracción, a la deshumanización, condición necesaria de la violencia generalizada [junto a] la pereza para pensar, para buscar soluciones inteligentes a los problemas, para imaginar a los demás, ponerse en su punto de vista, comprender su parte de razón o sus temores. […] Lo grave es que muchos españoles quisieron lo que resultó ser una Guerra Civil. Quisieron: a) Dividir al país en dos bandos. b) Identificar al «otro» con el mal. c) No tenerlo en cuenta, ni siquiera como peligro real, como adversario eficaz. d) Eliminarlo, quitarlo de en medio (políticamente, físicamente si era necesario). […] La consecuencia inevitable fue el envilecimiento. Al cabo de unos meses, millones de españoles estaban enloquecidos, sin duda, pero llenos de entusiasmo patriótico, dedicados a destruir España por amor de ella.

En efecto, y como en todo conflicto fratricida, el «enemigo social» se ubicaba en la otra zona pero también en la propia…, y era un adversario considerado irredimible, al que no se iba a conceder

reivindicación alguna ni un atisbo de piedad. Los dirigentes de ambos bandos y sus partidarios más extremistas parecieron llegar a una conclusión escalofriante: no había que convencer al rival, ni siquiera bastaría con vencerlo. Lo más expeditivo y conveniente era su total aniquilación. Es preciso tener en mente este radicalismo, pues constituirá el carácter esencial de la guerra civil española y presidirá su extrema violencia.

Las fuerzas armadas, partidas en dos

Que un golpe de Estado fracase y que el resultado sea un enfrentamiento abierto implica dos realidades: la sociedad está profundamente dividida y sus fuerzas armadas también. Esto fue precisamente lo que ocurrió el verano de 1936 en España. La imagen de un ejército levantado de forma monolítica contra unas masas populares inermes puede resultar sugerente, pero no se corresponde con los hechos. Ni con la duración del conflicto: por más ayudas foráneas que recibieran ambos bandos —como así sería—, treinta y tres meses de guerra son muchos y nos hablan del ánimo de los contrincantes de luchar hasta el fin movilizando todos los efectivos disponibles. Y arrostrando gravísimas consecuencias sin contemplar soluciones de compromiso. Si hubo una fractura en el Ejército y la Armada —lo que explica que se llegara a una guerra más allá de un mero pronunciamiento—, también la hubo en el pueblo español —lo que explica la virulencia del drama humano—. Además de los datos socioeconómicos esbozados anteriormente, conviene por tanto detenerse a estudiar los efectivos militares presentes en cada territorio.18

El Ejército de Tierra de la II República se estructuraba en torno a la «división orgánica», una gran unidad compuesta por elementos de las armas combatientes (Infantería, Caballería, Artillería, Ingenieros) y de los diferentes cuerpos y servicios (Intendencia, Sanidad, Tren —transporte—, Intervención, Jurídico, Estado Mayor). Cada una de las ocho existentes desplegaba en una región militar, basadas estas a su vez en las tradicionales —y suprimidas— capitanías generales. Constituían las llamadas fuerzas de primera línea, y vale repetir una vez más que todas estaban en cuadro, es decir, no llegaban a cubrir las plantillas asignadas: a pesar de ser un Ejército de recluta obligatoria, se hallaba sobredimensionado y había multitud de unidades que

nutrir, de ahí las carencias. Así, disponer de un 50% de efectivos reales sobre los teóricos ya era un buen dato.19

Existían, además, una división de Caballería con tres brigadas repartidas por diversas plazas, dos agrupaciones de montaña en las cercanías de los Pirineos, tres comandancias militares (una por cada archipiélago más la exenta de Asturias, creada a raíz de los sucesos revolucionarios de 1934), varios regimientos y batallones independientes, efectivos de segunda línea o de reserva, guarniciones de cobertura para las bases navales de la Armada dotadas de artillería de costa, grupos antiaéreos, (pocas) unidades de vehículos blindados o carros de combate, las denominadas Fuerzas de Ocupación de Marruecos y pequeños destacamentos desperdigados por el África Occidental Española. Más un sinfín de dependencias como parques y depósitos, escuelas y academias, laboratorios, recintos de remonta, hospitales, farmacias, etcétera.

En la zona leal al Gobierno quedarían la totalidad de los territorios comprendidos en las divisiones 1.ª (cuartel general con cabecera en Madrid), 3.ª (Valencia) y 4.ª (Barcelona), además de gran parte de los de la 2.ª (Andalucía), de los comprendidos al norte de la 6.ª (Santander, Vizcaya y Guipúzcoa), la mayor parte de Asturias y la isla menorquina. Por el contrario, el alzamiento había triunfado en las 5.ª (Zaragoza), 7.ª (Valladolid) y 8.ª (La Coruña), en las cuatro capitales de la 2.ª mencionadas anteriormente (Sevilla, Cádiz, Córdoba y Granada), en la mayor parte de la 6.ª (Burgos), en la brigada autónoma de Oviedo, en la comandancia de Canarias y en la mayor parte de la de Baleares, además de en el protectorado de Marruecos.

Las divisiones se vertebraban a su vez en regimientos, la unidad administrativa tradicional del Ejército español. La plantilla teórica de cada uno de ellos oscilaba entre mil y mil doscientos soldados, si bien el regimiento era importante por ser además la célula de creación de nuevos núcleos combatientes (eran los grupos y batallones). La posesión de su orgánica y de sus infraestructuras —cuarteles, dependencias varias, armerías, depósitos de munición, órganos administrativos— era crucial, pues sobre ellas descansaba la capacidad de organización de nuevos contingentes cuando se requiriera un esfuerzo prolongado en el tiempo, como iba a ser el caso. Así, cada unidad regimental, con su estructura y capacidad de encuadramiento, podía convertirse en «madre» de numerosas unidades de primera línea. Los nacionales explotarían al máximo esta ventaja —hubo regimientos que alumbraron más de treinta batallones— y los republicanos en menor medida, si bien el 5.º Regimiento comunista cumpliría en parte esta función.

Según el Anuario Militar de España de 1936, en el mes de abril existían alrededor de 100 unidades equivalentes a regimiento. Redondeando, 44 de ellas quedarían en la zona leal (21 de Infantería, 3 de Caballería, 13 de Artillería y 7 de Ingenieros en sus diferentes especialidades), el 44% del total. El resto, 56 unidades (27 de Infantería, 7 de Caballería, 17 de Artillería y 5 de Ingenieros), para la sublevación. Esta contaba, además, con las fuerzas de África —6 banderas del Tercio o la Legión (más otras dos de depósito, es decir, sobre el papel disponibles y listas para ser cubiertas sus plantillas), 5 Grupos de Regulares (a 3 «tabores» o batallones cada uno), 6 unidades de Cazadores o infantes ligeros, unidades de caballería, artillería y zapadores—, poderosas pero con la complicación de su traslado a la península. La virtual disolución del ejército en territorio del Gobierno en virtud del decreto de Casares Quiroga antes comentado privaría a la zona leal de mandos, capacidad organizativa y tropas encuadradas, craso error que la creación de milicias solo iba a compensar en parte y con deficiencias (gracias a la formación más adelante de un ejército popular de nueva planta, pero a costa del recurso más importante para cualquier fuerza armada en época de guerra: el tiempo)20.

Existe un debate difícil de zanjar sobre el número real de soldados disponibles a 18 de julio de 1936. Algunos autores se han fijado en las plantillas, nunca cubiertas al 100%. Otros obvian los permisos veraniegos, alegando que los permisionarios podían regresar a sus regimientos en cualquier momento, algo que debe ser puesto en duda dado el caos inicial. Un legajo del Archivo General Militar de Ávila contiene una lista de revista de «personal en los cuarteles» a esa fecha que arroja los siguientes datos: 34 000 hombres para la zona republicana y unos 31 000 en la nacional, a los que habría que añadir los 35 000 soldados inmovilizados en el protectorado21. Puede que la suma de esta relación —cien mil hombres— se quede corta, pero desde luego es más realista que el total teórico de 169 819 tantas veces citado en la bibliografía (96 generales, 11 668 jefes y oficiales, 9373 clases/suboficiales y 148 682 de tropa).

Las fuerzas de orden público constituían contingentes muy a tener en cuenta por cuatro motivos: la cantidad y calidad de su personal, su armamento y equipos, su experiencia en luchas callejeras y rurales, y su omnipresente despliegue capilar. Existían cuatro cuerpos o institutos: la Guardia Civil, los Carabineros, el Cuerpo de Seguridad y Asalto y diferentes organismos policiales. Habida cuenta de que los guardias de los diseminados puestos habían recibido órdenes la semana previa al golpe para concentrarse en capitales de provincia o localidades mayores caso de un estallido, conviene fijarse en el número de tercios y grupos: 29 comandancias de la Benemérita, 10 de

Carabineros y 11 grupos de Asalto con el Gobierno (35 000 hombres), frente a 30, 10 y 7, respectivamente, con los alzados (25 000). De ello se desprende que tanto la Guardia Civil como la de Asalto sufrieron, al igual que el Ejército, una división en su seno, por más que persista la creencia de que ambos cuerpos permanecieron mayoritariamente con el Gobierno. Así, por ejemplo, si la primera fue decisiva para que Barcelona se mantuviera leal a la República, la segunda supondría un gran refuerzo para el coronel Aranda en Oviedo.

Además, unos 15 000 marineros y soldados del servicio de Aviación quedaban en zona leal y alrededor de 9000 en la alzada. Dando todas estas cifras por válidas como las más aproximadas o realistas, el total general arrojaría un saldo de 184 000 hombres en armas disponibles de forma inmediata, con los siguientes saldos para cada contrincante:

Con el Gobierno: 34 000 soldados + 35 000 guardias + 15 000 marinos y soldados del Servicio de Aviación = 84 000 hombres (45%);

Con la sublevación: 31 000 soldados en península y archipiélagos + 35 000 de Marruecos + 25 000 guardias + 9000 Marina y Aviación = 100 000 hombres (55%).

A estos números habría que sumar el de los primeros contingentes de milicianos, si bien conviene aclarar el significado de este término, usual pero erróneamente asociado de forma exclusiva al bando republicano en el lenguaje común. Según el Diccionario de la Lengua Española, miliciano es todo «voluntario armado no perteneciente al Ejército regular», y de estos hubo en ambas zonas: anarquistas, socialistas, comunistas y separatistas con el Gobierno; requetés, falangistas, monárquicos y otros con los nacionales. Dada la preparación previa de muchos de ellos y la capacidad de ambos contendientes para armarlos, constituirían un factor clave, bien en la formación de nuevas unidades, bien para terminar de encuadrar las existentes (aunque con el tiempo su flujo iría decreciendo a la par que aumentaba el de recluta forzosa). Solo para el verano de 1936 se calcula en más de 100 000 los milicianos que afluyeron a las filas gubernamentales y unos 75 000 a las insurgentes, lo que equilibraría al menos teóricamente los datos esbozados arriba (algo menos de 185 000 soldados, guardias y voluntarios con el Gobierno, algo más de 175 000 con los alzados).

Precisamente por ser una contienda en la que ambos ejércitos de tierra iban a necesitar recurrir a las levas masivas, es importante conocer el número de jefes y oficiales en cada bando, pues ellos serían los encargados de instruir y mandar a los nuevos reclutas. El investigador Carlos Engel22 calculó en su momento que unos 5500 permanecieron en el territorio controlado por el Gobierno (43%) y 7500 en el alzado (57%), si bien en ambos campos se produciría una criba de individuos considerados desafectos a sus respectivas causas (y al decir «criba» decimos asesinato o encarcelamiento prolongado). Al ser mayor la realizada en el bando gubernamental, probablemente la cifra de jefes y oficiales activos para esta facción no sobrepasaría los 3000 (datos solo referidos al Ejército de Tierra).

Estas cantidades iban a resultar, en cualquier caso, escasas, lo que con el tiempo llevaría a ambos ejércitos a crear academias de formación de oficiales provisionales o de complemento. Por otro lado, es de reseñar que de los ocho generales con mando de división orgánica, solamente uno se sublevó, el de Zaragoza (Miguel Cabanellas, al que habría que añadir los dos de las comandancias insulares, Franco en Canarias y Goded en Baleares). Los otros siete más el de la división de Caballería y el comandante en jefe de las fuerzas del protectorado de Marruecos no se sumaron al levantamiento, lo que les costaría la vida a algunos de ellos, como Domingo Batet, jefe de la 6.ª División, o Enrique Salcedo, de la 8.ª. El fracaso de la rebeldía también se pagaba con sangre: los generales Joaquín Fanjul en Madrid o el citado Manuel Goded Llopis en Barcelona.

De los dieciséis centros de movilización y reserva, encargados con sus cajas de recluta del encuadramiento de nuevas quintas, seis permanecieron en la zona del Gobierno y el resto en la de la rebelión, un dato de suma importancia cuando la afluencia de voluntarios a los dos ejércitos enfrentados fuera decayendo y se precisara de centenares de miles de conscriptos. El reparto de armas estaba, también, relativamente equilibrado: unos 300 000 fusiles y 1000 ametralladoras en cada zona y alrededor del millar de piezas de artillería reglamentarias para los rebeldes (57%) frente a las 750 de los gubernamentales (43%), sin contar las bocas de fuego obsoletas o dadas de baja, a las que habría que recurrir. Los vehículos blindados existentes en aquel momento eran pocos, muy anticuados y de escaso valor bélico, quedando en su mayoría —poco más de cincuenta unidades— para la República. Por otra parte, la industria de armamento (pública o privada) obraba en su mayoría en poder de las autoridades de Madrid, dato a tener en cuenta dada la óptima calidad de la producción.

Donde el Gobierno contaba con una gran ventaja inicial era en mares y cielos. La flota bajo su control quedaría conformada por 1 acorazado (obsoleto pero operativo), 3 cruceros, 16 modernos destructores (5 de ellos en fase de avanzada construcción), 6 torpederos, 1 cañonero, 12 submarinos (todos los disponibles, de buenas prestaciones, más 3 nuevos encargados) y 18 de otro tipo, lo que totalizaba casi 60 buques de guerra. Contaban con la Base Naval Principal de Cartagena, la Secundaria de Mahón y dos modernos complejos aeronavales en Barcelona y el mar Menor (San Javier y Los Alcázares). Los sublevados solo pudieron disponer en principio de 1 acorazado (arrumbado), 4 cruceros (uno de ellos inoperante y dos en construcción), 1 destructor (en gran reparación), 5 torpederos y 3 cañoneras, además de unas 18 unidades de otros tipos; total, una treintena de barcos. Tenían dos bases navales principales, El Ferrol y Cádiz-San Fernando, más la secundaria de Marín. Si en Cartagena se construía todo lo relativo a destructores, torpederos, cañoneros y submarinos, en El Ferrol se hacía lo propio con lo referente a casco y máquinas de grandes unidades —acorazados y cruceros—.

El Gobierno podía contar, además, con unos 200 aviones de algún valor militar (el 67% de la disponibilidad total) y algo menos de 250 pilotos, frente a los casi 100 aeroplanos (33%) y algo más de 250 pilotos de los sublevados. Cabe decir que la Aviación era por aquel entonces un arma dependiente de Tierra o Marina —Aeronáutica Naval— y no formaba aún un ejército del aire independiente, sino una dirección general encargada también de las aeronaves civiles. El caza reglamentario era el Nieuport-52, un biplano obsoleto pero robusto. Las misiones de reconocimiento y bombardeo ligero estaban cubiertas por los Breguet XIX, superados pero fiables. Y la aviación naval se nutría de torpederos e hidroaviones, siendo los más destacados de estos últimos los Dornier Wal. Pero en una guerra intestina, siempre que no medien ayudas externas o innovaciones técnicas que marquen la diferencia, cualquier material es útil, por lo que el término «obsoleto» debe ser matizado. De hecho, ambos bandos arañarían de arsenales, parques y depósitos cualquier arma terrestre, aérea o marítima apta para ser puesta en servicio, por anticuada que fuera y con la única condición de que sirviera para acumular poder destructivo.23

Son fríos los datos en bruto, pero los mencionados arriba nos bastan para comprender los medios disponibles en cada una de las dos Españas; muy distinto iba a ser el uso que cada cual hiciera de ellos, pues no en vano se configurarían dos Estados antagónicos y aun se diría asimétricos, por lo que la concepción y ejecución de la guerra por parte de los rebeldes, eminentemente militar y autoritaria, sería

muy diferente a la del Gobierno, política, sometida a un proceso revolucionario y a tensiones autonomistas que iban a complicar su unidad de acción. Pero a comienzos de aquel mes de agosto de 1936 las espadas, más bien los fusiles, estaban en todo lo alto y la suerte había quedado echada. Solo podía haber un vencedor: «El enemigo ni pide ni da cuartel. Ni lo pidamos ni lo demos nosotros… No habrá abrazo de Vergara, no puede haber zurcido»24. «Ni rendimiento, ni abrazos de Vergara, ni pactos, ni nada que no sea la victoria aplastante»25.

Todos los españoles, civiles o militares, parecían ser muy conscientes de ello…

Y ahora, ¿qué?

Verificado el fracaso del golpe de Estado en la mitad de España, las opciones estratégicas para ambos contendientes parecían claras o, cuando menos, limitadas26.

Para el Gobierno:

1. Sofocar la rebelión en sus focos de partida (cerrando especialmente el estrecho de Gibraltar para evitar el cruce de las fuerzas de Marruecos). Impedir su progresión hacia Madrid y defender, llegado el caso y a toda costa, la capital.

2. Tratar de comunicar su principal porción de territorio (Cataluña-Levante-Castilla la Nueva-parte de Extremadura-Andalucía) con la franja cantábrica aislada en el norte.

3. Eliminar enclaves activos de los rebeldes en el territorio bajo su control (Oviedo, los cuarteles de Gijón, el Alcázar de Toledo, el santuario de la Virgen de la Cabeza en Jaén, entre otros).

4. Con carácter subsidiario, pero interesante en caso de una guerra larga, ocupación de Mallorca para asegurar el control sobre el Mediterráneo, reforzando a la aislada Menorca.

5. Mantener la presión sobre las capitales aragonesas (Huesca, Zaragoza y Teruel), realizar acciones ofensivas en Andalucía occidental y consolidar posiciones en el resto de frentes.

6. En un plano político, económico y diplomático, deslegitimar la sublevación, asfixiarla financieramente y conseguir su aislamiento del exterior. Recabar apoyos de Francia y otros países.

7. En el interior, embridar la oleada revolucionaria y cantonalista que estaba produciendo despilfarro de recursos. Dar cabida en el Gobierno a socialistas, comunistas e incluso anarquistas como forma para que sus bases abandonaran las calles y sus líderes ocuparan puestos de responsabilidad en la lucha.

Para los rebeldes:

1. Marchar con rapidez sobre la capital con todas las columnas que fueran capaces de ser articuladas (las tres del norte previstas por Mola más la que empezaba a formarse en el sur de España). Madrid como objetivo político primordial.

2. Forzar el estrecho —por vía aérea o marítima, las dos al mismo tiempo a ser posible— al objeto de trasladar el Ejército de África a la península. Reforzar su exigua flota de combate.

3. Consolidar su base de operaciones en Andalucía, con la consolidación del corredor formado por Cádiz-Sevilla-Córdoba-Granada; neutralizar Huelva por el oeste y Málaga hacia el este.

4. De camino a Madrid con la columna del sur, unir vía Cáceres la base de operaciones del sur con el grueso de su territorio (Galicia-León-Castilla la Vieja-Álava-Navarra-Aragón).

5. Subsidiariamente, pero de muy importante consideración, cerrar la frontera francesa en Guipúzcoa; enlazar con la simbólica Oviedo y aguantar posiciones en el resto de frentes.

6. En política exterior, legitimarse y reafirmar la provechosa amistad con Portugal, recabando apoyos de Alemania e Italia (sin olvidar otros, como los provenientes de Estados Unidos).

7. En política interior, designar un mando único político-militar y

reunir en un solo bloque las diferentes tendencias ideológicas. Paliar las carencias económico-financieras.

Todos estos objetivos podían resumirse en dos cruciales desde el punto de vista estratégico, uno para cada contendiente y opuestos entre sí, y demostrativos del carácter asimétrico que tendría siempre la conducción de las operaciones en la guerra civil española. Para los republicanos, prohibir la unión de las dos porciones enemigas, anulando por los valles del Guadiana y del Guadalquivir su base operativa en el sur; para los alzados, ocupar Madrid y, caso de no conseguirlo, llevar el esfuerzo de la campaña al norte de España al objeto de apoderarse de su industria. Porque un conflicto fratricida es eminentemente ideológico, pero si no se alcanzan rápidamente los fines políticos, se transforma en una lucha económica.

Es de destacar que muy pronto comenzarían ambos bandos a cursar solicitudes al extranjero en demanda de ayuda. Entre el 19 y el 20 de julio, el nuevo presidente de Gobierno, José Giral, enviaba mensajes a su homólogo Léon Blum en París: «Sorprendidos por un peligroso golpe militar. Le ruego nos ayude inmediatamente con armas y aviones». El francés accede a realizar un primer envío de armamento… hasta que Gran Bretaña le hace ver la peligrosidad de una guerra en la península ibérica. Y el propio presidente de la república vecina, Albert Lebrun, advertía a su ejecutivo de que «eso que se piensa hacer, entregar armas a España, puede ser la guerra europea o la revolución en Francia». Ambas democracias optarán por una fórmula tan precaria como (relativamente) ineficiente: crear un Comité de No Intervención que prevenga de la propagación del incendio al resto de Europa. Forma parte de su política de apaciguamiento de los totalitarismos. Esto terminará por empujar a la República a buscar un lejano —y peligroso— compañero de viaje, la Unión Soviética de Stalin.

Pero a esas mismas horas alguien más solicitaba apoyos: los generales sublevados envían emisarios a la Italia fascista solicitando aviones de transporte para el puente aéreo que planean realizar sobre el estrecho de Gibraltar, así como de bombardeo para neutralizar las acciones de la flota contraria. Pronto los recibirán no solo de Mussolini, sino de un lejano —y peligroso— aliado, la Alemania de Hitler:

Nos es indiferente quién gobierne [en España], así como también lo es

la cuestión de los principios y de las ideas que allí predominen. No es nuestro propósito propagar en España el nacionalsocialismo […]. Para nosotros lo único deseable es que allí no se establezca un estado bolchevista que constituya un puente entre Francia y el norte de África.27

Los nazis pronto se dieron cuenta de que en el subsuelo español se encontraba un raro elemento de nombre teutón, el wolframio, fundamental para la industria bélica. Veremos a lo largo del libro cómo se fue escalonando, ampliando, prolongando y retroalimentando la ayuda extranjera, lo que iba a complicar el gran conflicto que acababa de estallar en el «reñidero español».

El día 8 de agosto de 1936, Prieto, futuro ministro de Defensa y a quien vimos vaticinar la posibilidad de un estallido, se acercaba a la radio con un mensaje tranquilizador:

El tiempo, a medida que corre, es un factor favorable a la República [pues le] permite ir encauzando el entusiasmo popular […]. Una guerra la gana aquella de las partes que disponga de más medios. Una guerra no es simplemente heroísmo, es infinitamente más que eso […]. ¿De quién pueden ser las mayores posibilidades de triunfo? De quien disponga de más elementos. Pues bien; extensa, cual es, la sublevación militar que estamos combatiendo, los medios de que dispone son inferiorísimos a los del Estado español y a los medios del Gobierno. Si la guerra, cual dijo Napoleón, se gana principalmente a base de «dinero, dinero, dinero», la superioridad financiera de la República es evidente.28

Lo cierto es que por esas fechas una columna cada vez más poderosa de fuerzas sublevadas se dirigía desde Sevilla hacia Madrid por la antigua Vía de la Plata con el objetivo de tomar la capital. Los campesinos alistados en las milicias de ambos bandos soltaban la azada, empuñaban el fusil y prometían a sus mujeres que volverían a casa a tiempo para la siega…

Pero la verdadera guerra a campo abierto recién comenzaba y todo sentimiento de optimismo por un feliz y temprano término de las hostilidades pronto se desvanecería como lágrimas en la lluvia.

_____

16 Para esta parte, consultar mapa «División de recursos en julio de 1936».

17 José Manuel Martínez Bande fue durante muchos años director de la ponencia de Guerra Civil del antiguo Servicio Histórico Militar y escribió dieciocho monografías sobre la historia bélica de la contienda. A título póstumo y fuera de colección publicó Los años críticos , Madrid, Encuentro, 2007, que trata precisamente sobre la sublevación.

18 Ver mapas «Fractura del Ejército», «Alzamiento en la Marina y Aviación» y «División Fuerzas de Orden Público».

19 La mejor fuente para comprender la estructura del Ejército de Tierra anterior a la guerra es, sin duda, el Anuario Militar de España del Año 1936 , Imprenta y talleres del Ministerio de la Guerra, Madrid. Incomprensiblemente, muchos historiadores han pasado por alto tan rico documento.

20 Ver Anexo II. Organigrama del Ejército español en 1936.

21 La información sobre efectivos teóricos y reales está contenida en legajos varios de los armarios A1 y A9, AGMAV.

22 ENGEL, Carlos: El cuerpo de oficiales en la guerra de España , Valladolid, AF Editores, 2008.

23 Seguimos a MOLINA, Lucas: Las armas de la guerra civil española , Madrid, La Esfera, 2006.

24 Manuel Chaves Nogales, Ahora , 11 de agosto de 1936.

25 Alocución radiada del general Mola.

26 Ver mapa «Opciones estratégicas».

27 Recogido por VIÑAS, Ángel: La Alemania nazi y el 18 de julio , Madrid, Alianza, 1974.

28 Extraído de la antología Socialista a fuer de liberal… op. cit.

II

1937. EL EQUILIBRIO

Hoy, sobre el horizonte de España, aparecen dos fantasmas: el de la revolución, agitado por unos, y el de la represión, sostenido por los del bando opuesto. ¿No habrá nada más que eso en el inmediato porvenir de España? ¿No se sabrá elegir un camino ancho y limpio?

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

… Y a un pueblo que se muere de Guerra Civil le dais como remedio la Guerra Civil.

SALVADOR DE MADARIAGA

«Rompeolas de todas las Españas»

Madrid, Madrid, ¡qué bien tu nombre suena, rompeolas de todas las Españas! La tierra se desgarra, el cielo truena, tú sonríes con plomo en las entrañas.

ANTONIO MACHADO

Una vez delimitados a partir del mes de agosto los frentes tras el fracaso del golpe de Estado de julio, los sublevados han conseguido —o están en vías de hacerlo— la mayoría de sus objetivos iniciales. Por el contrario, las fuerzas leales, incapaces de contener el movimiento antagonista ni la dinámica revolucionaria desatada en su propia zona, apenas han cumplido con algunos de los suyos. Aunque es escasa, la primera ayuda recibida por la zona que ya empieza a ser llamada en la prensa extranjera como nationalist —de donde deriva probablemente la denominación «los nacionales»— se mostrará decisiva. Se trata de menos de una cincuentena de aeroplanos procedentes de Alemania e Italia con los que van a realizar un puente aéreo para transportar las tropas de Marruecos a la península; es la primera vez en la historia que se va a intentar semejante desafío. A medida que estas unidades van llegando son organizadas en columnas. Unas, de entidad menor, servirán para enlazar mediante corredores los territorios que los rebeldes ya controlan en Huelva, Cádiz y Sevilla con las aisladas plazas de Córdoba (primero de agosto) y Granada (día 18); el resto, las más aguerridas, irán conformando la denominada «columna Madrid».

El 14 de agosto estos contingentes entrarán a sangre y fuego en Badajoz, una ciudad clave para asegurar el flanco de su avance en la raya con una favorable Portugal, preparar la unión de sus dos porciones territoriales (Castilla-León y Andalucía occidental vía Ruta de la Plata) y asentar una base avanzada para continuar la ofensiva sobre la capital. Si la resistencia encontrada hasta esa fecha ha sido

débil, desde entonces irá endureciéndose ante sus siguientes objetivos, como también lo hará la represión de los rebeldes en los lugares que vayan ocupando: «Claro que los fusilamos. ¿Qué esperaba? ¿Suponía que iba a llevar a 4.000 rojos (sic) conmigo mientras mi columna avanzaba contrarreloj? ¿Suponía que iba a dejarlos sueltos a mi espalda y permitir que volvieran a edificar una Badajoz roja?29. Los pasquines de propaganda lanzados sobre la zona republicana no avisaban en balde: «Sabed que cuanto mayor sea el obstáculo, mayor será por nuestra parte el castigo».

Se dirigen en septiembre hacia el Alcázar de Toledo, una fortaleza sede de la Academia de Infantería y donde resiste desde el inicio de la insurgencia un núcleo defensivo al mando del coronel José Moscardó (algo más de un millar de combatientes, en su mayoría guardias civiles). Los republicanos han estado a punto de tomarlo en varias ocasiones y para septiembre los sitiados y sus familias se encuentran al borde del colapso: los bombardeos y las minas subterráneas, el hostigamiento continuo y la penuria de alimentos los están abocando al cese de la resistencia. Alguien muy cercano al círculo de toma de decisiones del bando nacional, el general Alfredo Kindelán, futuro jefe de sus fuerzas aéreas, ofrece en el ineludible Mis cuadernos de guerra una explicación sobre el porqué de Franco para desviarse hacia Toledo al objeto de liberar el baluarte, justificando el retraso que ello entrañaba para el avance sobre Madrid y que hoy día sigue siendo objeto de debate en la historiografía:

Sabía el Generalísimo, al mandar a sus tropas oblicuar hacia Toledo, lo que podía costarnos el retraso que ello implicaba. A mayor abundamiento me permití yo hacérselo presente.

—¿Sabe mi general que Toledo puede costarle Madrid? —le dije.

—Sí, lo sé, he meditado mucho sobre las consecuencias de mi decisión. ¿Usted qué haría?

Yo —le contesté sin vacilar—, iría a Toledo, aunque con ello me expusiera a no tomar Madrid.

—Yo así lo tengo decidido —me respondió— por apreciar que en toda guerra, y más en las civiles, los factores espirituales cuentan de modo extraordinario; hemos de impresionar al enemigo por el convencimiento llevado a su ánimo de que cuanto nos proponemos lo realizamos sin que puedan impedirlo.

Cuando el cerco al fin fue roto el 27 de septiembre y Moscardó pronunciaba entre ruinas la frase «Sin novedad en el Alcázar», Franco había logrado algo más que demostrar que cuanto se proponía lo iba a realizar. «Ese día tuve la convicción de que había ganado la guerra», confesaría al cronista Manuel Aznar. Primero, cosechaba un sonado éxito —los periódicos del mundo recogieron la noticia en primera plana—. Segundo, elevaba la moral de su bando, cuando el factor psicológico es un intangible de altísimo valor. Y, tercero, presentaba sus credenciales para ser nombrado «jefe del Gobierno del Estado español» y «generalísimo de las fuerzas nacionales de Tierra, Mar y Aire». Del decreto finalmente publicado había desaparecido la limitación temporal del cargo contenida en la expresión «mientras dure la guerra», lo que tendría incalculables repercusiones para el futuro de España. Comienza a crearse todo un aparato propagandístico en torno a su figura, poco conocida más allá de quienes recordaban sus hazañas en Marruecos: «Una Patria, un Estado, un Caudillo». Pero, efectivamente, el desvío para enlazar con Toledo supondrá un claro retraso en el avance hacia Madrid, pues a los días perdidos en la ofensiva habría que sumar todo el mes de octubre, en que sus tropas han de ser reorganizadas.30

Por su parte, el denominado Ejército del Norte, bajo el mando del general Mola, si bien ha quedado detenido en los pasos de Guadarrama, Navacerrada y Somosierra — tanto por la tenaz resistencia de los republicanos como por su propia escasez de fuerzas y municiones—, ha cosechado al menos dos importantes triunfos. El 4 de septiembre sus fuerzas ocupan Irún, cerrando el tráfico rodado del territorio republicano en el Cantábrico con Francia, y el 13 entran en San Sebastián, anotándose así un importante éxito propagandístico dada la notoriedad simbólica de la ciudad. Para octubre dominarán la práctica totalidad de la provincia de Guipúzcoa, por lo que la presencia de sus rivales en el País Vasco se limitará a Vizcaya, crucial por la industria y el abra de Bilbao. En el otro extremo de ese mismo frente septentrional, el 17 de octubre columnas procedentes de Galicia enlazan con las tropas de Aranda en la sitiada Oviedo, que seguirá siendo sometida a castigo, pero al menos con un pasillo que comunica la plaza con el resto del territorio rebelde. No han podido lograr, por contra, que los cuarteles de Gijón permanezcan en su poder, quedando desde el 21 de agosto tanto la ciudad como su importante puerto para la República. Y en diciembre frustrarán un intento de sus rivales que tenía por objetivo la toma de la ciudad de Vitoria (batalla de Villarreal).

Porque como ya ha sido apuntado, durante este tiempo los republicanos cosechan éxitos locales pero ninguno estratégico. Su escuadra no solo no ha conseguido impedir el paso del estrecho, sino que su superioridad cuantitativa se ve mermada cualitativamente por la eliminación violenta de la mayoría de los oficiales, lo que deja a los buques sin cabeza. Tampoco han logrado detener el avance de la columna del sur hacia Madrid, si bien a partir de Talavera van ralentizando la ofensiva y ganando tiempo para reforzarse. En Aragón, las columnas procedentes de Cataluña y Valencia han conquistado buena parte de la zona oriental de las tres provincias, llevando la línea de frente a las puertas de sendas capitales: Huesca, prácticamente cercada; Zaragoza —defendida al grito de «¡No pasarán!»— y Teruel, en muy precaria situación. El 16 de agosto efectivos leales realizan una proeza: desembarcar en Mallorca e Ibiza… solo para verse obligados a reembarcar un mes después. El caos en su cadena de mando —con fuerzas sujetas a la disciplina de la Generalitat, otras procedentes de Valencia y algunas columnas libertarias fuera de todo orden— influye más en el fracaso de la operación anfibia que la propia resistencia encontrada, por más que esta fuera decidida. El propio jefe de la maniobra, el comandante Alberto Bayo, reconocería en sus memorias que su columna «batió en Mallorca grandes récords de sangre»31.

El cambio más importante durante este período en la zona republicana es, sin embargo, de índole política. El 4 de septiembre se forma un nuevo Gobierno, siendo desalojada la mayoría republicana existente hasta el momento para situar en su lugar a representantes de los partidos obreros del Frente Popular con una clara vocación «antifascista». Su titular y ministro de la Guerra, Francisco Largo Caballero, aclamado por los medios de agitación y propaganda como el Lenin español, es secretario general de UGT y líder del ala radical del PSOE, formación a la que pertenecen otros cinco ministros en las cruciales carteras de Asuntos Exteriores, Marina y Aire, Gobernación, Industria-Comercio y Hacienda (dos más serán del PCE, y en noviembre se incorporarán cuatro anarquistas, entre los que por vez primera en la historia de España figura una mujer, Federica Montseny, de la CNT, quien se haría cargo de Sanidad).

El objetivo de este cambio es triple. En el orden interno, intentar domeñar la revolución, que está generando el despilfarro de recursos junto a un grave descrédito internacional, y lograr una especie de mando único que intente coordinar al Gobierno central con las autoridades vascas, catalanas y otras, unos territorios que vienen actuando de forma autónoma, cuando no independiente. El razonamiento era que, si dirigentes socialistas, comunistas y ácratas

ocupaban cargos en el Gobierno, sus bases perderían crédito para continuar de facto la revolución en las calles. En el aspecto militar, (re)crear el ejército, que será popular y de nueva hechura, pero aprovechará los restos del antiguo y parte de las fuerzas de orden público. En el ámbito externo, mantener abierta la comunicación con Francia y tranquilizar al cauto Reino Unido, pero además lograr el apoyo de la Unión Soviética. Comienzan ahora las negociaciones en virtud de las cuales el oro español irá a parar a las arcas de Moscú en pago por el armamento recibido y la ayuda de un selecto pero nebuloso grupo de asesores. El gabinete de Largo Caballero parece agradar a Stalin, que lo supone dócil… Se empieza a hablar de «República democrática» o «Democracia popular» como reclamo para alinearse plenamente con los sistemas parlamentarios occidentales.

Conviene aclarar que, por más que cierta propaganda —de entonces y de ahora, de un lado o de otro— se empecine en lo contrario, ninguna investigación histórica ha logrado demostrar que la Alemania nazi o la URSS estalinista conspirasen en España antes de julio de 1936 (más allá de las acciones de proselitismo que todos los totalitarismos desarrollaban por entonces en el exterior). De hecho, la actitud inicial de ambos dictadores fue tibia; los dos estaban muy ocupados con sus inminentes movimientos en el tablero internacional. Hitler acababa de desafiar a las democracias con la remilitarización de Renania, afianzaba el control interno del país y se centraba en su programa de rearme. Stalin preparaba las grandes purgas del 37, sopesaba sus opciones a futuro en política exterior… y se centraba en su programa de rearme. Solo cuando ambos se percataron de la gran ocasión que les brindaba un estallido de tal magnitud en un extremo de Europa tan alejado de sus auténticas pretensiones, tanto para ganar tiempo como para desviar el foco de la atención pública, comenzarían a intervenir en gran escala.

Sin perjuicio de algunas ayudas previas de entidad menor, se puede afirmar que la URSS y el III Reich comenzaron lo que llegaría a ser una auténtica carrera de armamento hacia el otoño de 1936. Una escalada centrada principalmente en artillería y aviación y que se iba a caracterizar por el equilibrio tanto en cantidad como en calidad. Cada remesa de una de las dos potencias iba a ser contrarrestada por otra similar del contrario, lo que acrecía el poder de los ejércitos contendientes en España y la dureza de la guerra. Los soviéticos eligen la fórmula del envío de técnicos y los alemanes la de la creación de un cuerpo semiautónomo, la Legión Cóndor. Pero ambos se mostrarán cautos en lo tocante a mandar combatientes, asunto que preferirán dejar en manos de las Brigadas Internacionales para la República y de la Italia fascista para el bando insurrecto. Ya que iban a convertir la

guerra civil española en una demostración de fuerza —y en campo de «maniobras»—, tampoco convenía generalizar una lucha que era preferible mantener localizada en el espacio ibérico y controlada en el tiempo: alargar o acortar a conveniencia la liza, una decisión en buena medida dependiente de los centros de decisión de Berlín y Moscú, era la espita que ambos dictadores pretendían graduar en todo momento.

He aquí algunos datos significativos. Hasta el último día de diciembre de 1936 los nacionales habrán recibido unas doscientas piezas de artillería procedentes de Alemania e Italia y alrededor de 350 aeroplanos de combate. Por su parte, los gubernamentales se habrán beneficiado de más de tres centenares de obuses y cañones y de unos 330 aparatos, la mayoría procedentes de la URSS y, en menor medida, de Francia. Si la ayuda nazi-fascista había jugado un papel decisivo en el paso del estrecho para los nacionales, el decidido apoyo comunista resultará crucial para el éxito defensivo de los republicanos en la batalla de Madrid. Porque además de en las cifras y cualidades de las armas enviadas, es en el tempo en el que hay que centrar la atención a la hora de estudiar la intervención extranjera en la Guerra Civil.32 De momento, el material recibido por los dos contendientes les habilitaba para continuar con una lucha que se complicaba a cada paso. Y todo ello, como veremos, dependerá de un contexto internacional más amplio y global sin el que la mayor parte de las veces resulta imposible entender cabalmente el desarrollo de la Guerra Civil. Y viceversa…

«Madrid, ¡qué bien resistes!»

En lenguaje bélico se denomina masa de maniobra al conjunto de fuerzas principales que actúan en una determinada campaña. La de los nacionales que la noche del 6 al 7 de noviembre de 1936 pernoctaba entre las carreteras de Andalucía y Extremadura antes de comenzar el ataque frontal a Madrid se compone básicamente de ocho a nueve columnas más una de caballería, que conforma una agrupación bajo el mando conjunto del general Enrique Varela, famoso por su acometividad. Cada una está compuesta por tres unidades tipo batallón, con apoyo aéreo y acompañamiento de artillería, zapadores, servicios y, en algunos casos, vehículos blindados livianos. No es difícil ver en ellas la herencia de las formaciones que muchos de los jefes y oficiales del Ejército español habían aprendido en las campañas

norteafricanas del primer tercio del siglo XX.

No superan, en la mejor de las estimaciones, los 25 000 soldados, que a pesar de su elevada moral y capacidad combativa, llegan cansados tras la campaña que desde Sevilla los ha traído a uña de caballo y sin cesar de combatir hasta los arrabales madrileños. Peor: no van a poder ser reforzados a corto plazo pues constituyen el núcleo combatiente más importante de la España que, desde el primero de octubre, ya puede ser llamada con propiedad franquista. Con multitud de teatros de operaciones que atender —norte, Aragón, Andalucía, Extremadura —, este ejército no tiene sencillamente reservas significativas que movilizar, al menos a corto plazo. Quizá fuera el propio Franco uno de los más conscientes de la dificultad del reto que se les presentaba, no en vano esgrimirá ante los miembros de su cuartel general un inquietante argumento: «Dejemos que Varela lo intente, siempre ha tenido mucha baraka [‘suerte’]»33.

Porque enfrente se alza una ciudad con más de un millón de almas, un entramado urbanístico complicado para la lucha callejera y un obstáculo natural como el foso del río Manzanares. Otros factores van a facilitar la defensa de los gubernamentales. En primer lugar, y junto a la ayuda facilitada por los soviéticos, la llegada de un contingente de voluntarios extranjeros que se une a la lucha formando las primeras Brigadas Internacionales, bien encuadradas. El espectáculo de verlas desfilar por la Gran Vía camino del frente enardece los ánimos de los defensores. Por otro lado, la población favorable se dispone a soportar la batalla con la tenacidad que confiere el no tener dónde retirarse (y soliviantada porque el Gobierno, en una medida de precaución, sí lo ha hecho a Valencia). Más: debido al rodeo realizado por sus contrarios para llegar al Alcázar, la capital ha tenido tiempo de ser fortificada y, bajo el mando de profesionales del arma de Ingenieros, cuadrillas de trabajadores han cavado trincheras, cerrado los accesos y preparado cargas de demolición en los puentes: «¡Necesitamos fortificarlo todo, incluso el aire!» es la consigna.

Mientras tanto, una eficaz propaganda del cada vez más influyente Partido Comunista lanza el electrizante y muy efectivo grito de «¡No pasarán!», elevado a categoría de mito gracias a las arengas de La Pasionaria. En último lugar, pero quizá el más importante, se encomienda la dirección de la defensa a un conjunto de jefes y oficiales de carrera encabezados por el general José Miaja y su jefe de Estado Mayor, el entonces teniente coronel Vicente Rojo. Cuentan al menos con 35 000 hombres, de fácil refresco por combatir en una posición central, y podrían llegar a alcanzar fácilmente los 50 000 de seguir las proclamas del órgano encargado de la custodia de la villa, la

Junta de Defensa de Madrid. Si los militares leales habían estado en entredicho, la fuerza de las circunstancias obligará a confiar en ellos. Debemos precisamente a Rojo un párrafo que resume la importancia del combate que va a comenzar:34

El objetivo que se planteaba categóricamente a ambos beligerantes era, para uno: conquistar la capital a viva fuerza; para otro: defenderla a todo trance. Pocas veces el objetivo de una acción bélica se ha mostrado con tan sobresaliente poder como en el caso de la batalla de Madrid, por cuanto era, al propio tiempo, un objetivo de valor estratégico y táctico, político y social, económico y geográfico. Podía ser también el objetivo decisivo de la contienda.

Efectivamente, y aunque la geografía de España es centrífuga y las guerras bien pueden ser continuadas en otros lugares a pesar de la caída de su capital, algo que no ocurre en otros países, el choque será de unas proporciones desconocidas: la toma de Madrid por parte de los rebeldes puede resultar un golpe definitivo. La épica defensa de los leales lo impedirá. Una defensa con un reverso tenebroso: las matanzas de Paracuellos del Jarama. Se suele atribuir a Mola la acuñación del término que proporcionaría la coartada para los crímenes al hablar de cuatro formaciones atacando la ciudad y una «quinta columna» en el interior. Entre el 7 de noviembre y la primera quincena de diciembre de 1936, camiones repletos de presos «sacados» de las cárceles con el conocimiento de ciertos responsables de la Junta de Defensa se dirigieron a los desmontes de aquella localidad, donde serían eliminados expeditivamente. «Comienza la masacre… Sin piedad… ¡No te importe equivocarte!», leemos en las memorias del comunista arrepentido Enrique Castro Delgado, Hombres made in Moscú. Tales asesinatos fríamente planificados —¿un mínimo de 2500?, ¿un máximo de 5000?—, difíciles de ocultar, contribuirían al desprestigio de la República en el exterior.

En cualquier caso, si el plan del general Varela contaba con haber ocupado la Casa de Campo en dos o tres días, lo cierto es que las vanguardias nacionales no alcanzarán las tapias de su límite noreste hasta la noche del 14 de noviembre. En menos de una semana las órdenes de su rival, el general Miaja, han cambiado desde la de «resistir sin ceder un palmo de terreno» a la de «destruir al enemigo». El diario de una de las columnas atacantes —la del teniente coronel Barrón— reflejaba la situación:

[…] la guerra ha tomado otro carácter. Los enemigos ya no gritan «Nos copan» y salen corriendo. Pelean en cada esquina, no con una resistencia obstinada, sino con una defensa sistemática. Además de un laberíntico campo de trincheras, cada casa se ha convertido en un baluarte.

Líster, famoso jefe de milicias, también expresaba en Nuestra guerra35 la crudeza de la lucha en los arrabales: «Comenzó una sucesión de combates feroces donde las armas principales eran la bomba de mano y la bayoneta, en cada calle, en cada casa, en cada habitación, no sabiendo ya muchas veces si se mataba a un enemigo o a un compañero…».

Ante la imposibilidad de tomar alguno de los puentes, la idea de los sublevados es ahora cruzar el Manzanares aguas arriba del de los Franceses, por donde el río discurre sin estar canalizado y es, por tanto, relativamente fácil de vadear. Entre duros combates, la tarde del 15 de noviembre lograrán sus avanzadas cruzar a la meseta de la Ciudad Universitaria, cuya ocupación es necesaria como catapulta si los rebeldes quieren forzar la entrada en Madrid por el noroeste (plaza de la Moncloa o Cuatro Caminos). La batalla por la capital de España entra en una segunda fase en la que ambos contendientes luchan por cada facultad, por cada escuela, por cada pasillo del Hospital Clínico con una dureza extrema: se calcula en más del 50% el porcentaje de bajas de jefes y oficiales en ambos bandos. Comienza el estallido de las minas y el destrozo de un campus que aún se encontraba en construcción al inicio de 1936… Así de vívidamente lo relataron desde campos opuestos el socialista Julián Zugazagoitia en Guerra y vicisitudes de los españoles y el entonces capitán de la Legión Iniesta Cano en sus Memorias y recuerdos36:

En la Casa de Velázquez se había instalado una compañía de internacionales […]. Los hombres iban cayendo muertos o heridos. El fuego les entraba por la derecha y por la izquierda. Los fusileros que quedaban seguían disparando sin preguntar nada, sin apartar los ojos del adversario. […] El capitán, tieso ante una ventana, hacía fuego con su fusil. Era entre todos el único que no preservaba su cuerpo. Los heridos le miraban con ojos incrédulos, conteniendo los lamentos, dejándose desangrar. Después de cinco horas llegó el relevo. De la

compañía solo quedaban en pie seis hombres y el capitán.

La lucha por el Clínico fue constante y de emoción tremenda, pues cuando menos se pensaba, por cualquier parte aparecía un grupo enemigo con el que era preciso combatir. Luchábamos de pasillo en pasillo, de habitación en habitación, en escaleras, quirófanos, etc. […] La confusión es tremenda pues nosotros íbamos desastrados, con las barbas crecidas y pasamontañas: debieron confundirnos con algunos de ellos, pues unos milicianos se acercaron a nosotros tranquilamente [cayeron prisioneros]. Conforme se ganaban habitaciones o trozos de pasillo, se establecían parapetos de sacos terreros para ir marcando el frente… Ellos disparaban de manera constante.

Los gubernamentales, ahora con la moral robustecida, pueden reforzar sus unidades al disponer de una mayor «musculatura» castrense gracias a la aparición de las primeras brigadas mixtas de su nuevo ejército regular. Tienen la retaguardia asegurada en la propia urbe y gozan de superioridad artillera, también aérea en algunas fases. Por el contrario, relevar unidades es algo que, de momento, está vedado a los nacionales, tanto por falta de tropas de refresco como por su delicado despliegue. Franco es consciente de algo peor: lo más granado de su oficialidad está siendo baja y, si bien podrá movilizar nuevas formaciones, instruir jefes aptos para el mando es asunto que no se improvisa. Tras reunirse en Leganés con los jefes responsables de la operación, ordena el día 23 suspender el ataque sobre Madrid, so pena de no poder continuar la guerra.

Es hora de reorganizarse, aunque ello suponga reconocer implícitamente el éxito defensivo de sus contrincantes, que han realizado la hazaña de detener a los rebeldes haciendo realidad su eslogan de «¡No pasarán!». Clavar un espolón en la Ciudad Universitaria apuntando a la plaza de la Moncloa no es consuelo para los nacionales y supondrá desde entonces hasta el final de la conflagración un serio problema logístico y una sangría constante. La moral de la República se eleva a cotas desconocidas hasta entonces.

Cuatro ejércitos entre el Tajuña y el Jarama

Rara vez en la historia de las conflagraciones el año natural es una unidad de medida o un hito a tener en consideración, pero en la guerra de España parece que así fue. Como venimos viendo, los casi seis meses de combates en 1936 se caracterizaron por la acción de las columnas, un conjunto de unidades mixtas de naturaleza casi siempre improvisada que van acudiendo allá donde se las requiera de forma más urgente. El objetivo de la recién comenzada contienda es político: la posesión de la capital de la nación. Si 1936 fue el año del estallido y la fijación territorial, 1937 va a ser el año del equilibrio, en especial su primera mitad; también es el período en que ambos bandos, haciendo un esfuerzo organizativo titánico, crean a partir de aquellas rudimentarias columnas sendos ejércitos poderosos, el Popular de la República y el Nacional de Franco.37 Será también el de mayor afluencia de voluntarios y armamento extranjeros, y el objetivo pasará de ser político a económico: el control del norte del país y de su potencial industrial. La guerra será, especialmente durante los primeros meses, el centro neurálgico del panorama geoestratégico internacional, que entra en una vorágine de radicalización.

Si el de Madrid en noviembre de 1936 fue el primer encuentro importante de la contienda, la del Jarama en febrero de 1937 será la primera gran batalla a campo abierto, con los ejércitos rivales formando ya abigarrados contingentes (de treinta a cuarenta mil soldados por cada bando, probablemente más en el lado republicano por la cercanía de la capital). El objetivo de los franquistas es amagar desde el sureste una maniobra de envolvimiento de la capital, cortando la carretera de Valencia. Un objetivo que no conseguirán por la tenaz resistencia ofrecida por los frentepopulistas y los brigadistas internacionales, quienes conjuntamente cosecharán otro éxito defensivo, si bien a costa de ceder terreno y teniendo que soportar que la mencionada vía de comunicación quede batida por el fuego hasta el final de la guerra. Todo ello complicará su logística, amenazará el despliegue de las fuerzas de Miaja en Madrid y entorpecerá el sustento de su población, que pronto comienza a pasar penalidades, después hambre. Casi doscientos aviones se enfrentan sobre el Jarama, por lo que los expertos resaltarán el protagonismo del factor aéreo en esta batalla. Los cazas soviéticos e italianos, muchos de ellos ya tripulados por españoles, inician en los cielos del río madrileño un pulso épico que, con altibajos favorables, ora para unos, ora para otros, se mantendrá hasta los últimos días de la contienda.

A esta batalla sigue inmediatamente la de Guadalajara en el mes de marzo, con aproximadamente igual número de efectivos y el mismo objetivo de envolver la capital, pero esta vez con las fuerzas nacionales atacando desde el noreste. Del peso de la operación se

encargará el Corpo di Truppe Volontarie o CTV (Cuerpo de Tropas Voluntarias), un nutrido contingente italiano que Mussolini ha enviado a España…, y que sufrirá una sonada derrota. Constaba entonces, entre otras unidades, de tres divisiones de voluntarios fascistas más una motorizada del ejército regular, y acababan de combatir en la ruda captura de Málaga (8 de febrero), por lo que acudían al teatro de operaciones principal con ánimos ensoberbecidos. No solo era la expedición internacional más grande del momento, sino sencillamente la fuerza mejor dotada y organizada de ambos ejércitos en liza por aquel entonces. Uno de los artífices de la victoria gubernamental en aquella ocasión, el albañil Cipriano Mera, convertido en un curtido mando del Ejército Popular de la República, resumió bien las vicisitudes principales de lo ocurrido en sus honestas memorias:38

Tal vez creyeron que iba a repetirse lo de Málaga. Para ellos —las órdenes de operaciones lo demuestran— la marcha hacia Guadalajara sería un simple paseo militar. Resultó, en cambio, tan distinta a sus sueños que todo el Cuerpo expedicionario se desplomó como un castillo de naipes. Nuestro contraataque acabó el 21 o 22 de marzo, más por agotamiento de nuestras fuerzas, pues carecíamos de reservas para relevarlas, que por la oposición del enemigo. […] No cabe duda de que la llamada batalla de Guadalajara significó uno de los más limpios triunfos militares de la República, consiguiendo en el extranjero la mayor repercusión […]. La victoria consistió en haber sido la primera intervención coordinada que llevó a efecto el Ejército republicano, lográndose no solo parar en pocos días el avance del cuerpo expedicionario italiano, sino contraatacarle acto seguido y destrozarlo casi por completo.

Lo cierto es que ambas operaciones, la del Jarama y la de Guadalajara, debieron haberse emprendido de forma simultánea para lograr un doble envolvimiento, lo que las fuerzas franquistas no pudieron hacer sin duda por falta de efectivos, por lo que las realizaron de forma sucesiva, facilitando al rival su detención por partes. Se han enfrentado, en realidad, cuatro ejércitos de muy diferentes idiosincrasias: por parte nacional, el Ejército regular y el CTV italiano; por parte republicana, el Ejército Popular y el de la Komintern o las Brigadas Internacionales.

Si los republicanos celebran en su propaganda la derrota del fascismo,

Franco aprovechará la ocasión para embridar a los italianos, que estaban actuando peligrosamente de forma autónoma, acaso pensando que en España sus tropas iban a repetir el paseo militar que acababan de realizar en Abisinia. También le servirá al caudillo para llevarse la guerra lejos de Madrid: «Esto nos viene perfectamente, porque ahora podré montar la operación del frente norte, que tanta importancia estratégica tiene», manifiesta a sus asesores. Es su forma de reconocer que no han conseguido domeñar la capital, por más que quede amenazada para el resto del conflicto. Verificado el fracaso ante este objetivo ideológico, correspondía ahora mirar hacia la cornisa cantábrica y, pensando ya en una guerra mucho más larga de lo previsto, alcanzar un objetivo económico que permitiese abastecer sus filas.

_____

29 Declaraciones del jefe del asalto a la capital pacense, teniente coronel Juan Yagüe, al periodista Jay Allen, del Chicago Tribune . Aunque la cifra estaba abultada, no ocurría lo mismo con el sentido de la expresión: avanzar a contrarreloj y liquidando bolsas contrarias de la retaguardia.

30 Michael Alpert sugiere que el inconveniente de ir a Toledo fue más temporal que espacial: «Esto permitiría atacar Madrid desde el sur y el este, protegiendo los flancos en el Tajo y contando con dos carreteras de primera categoría en lugar de una» («La historia militar», en Stanley Payne y Javier Tusell (eds.): La Guerra Civil. Una nueva visión , Madrid, Temas de Hoy, 1996).

31 BAYO GIROUD, Alberto: Mi desembarco en Mallorca, Guadalajara, México, 1944.

32 Ver mapas «Artillería. Material español e importado» y «Dos Fuerzas Aéreas».

33 Para esta y otras citas relativas a las batallas por Madrid ver CALVO, Fernando: La Guerra Civil en la Ciudad Universitaria, Madrid, La Librería, 2012.

34 El que fuera general jefe del Estado Mayor republicano publicó varias obras de gran importancia para comprender la conducción de la guerra ejercida por los mandos políticos y militares de su bando. La cita aquí empleada corresponde a Así fue la defensa de Madrid , México, Era, 1967.

35 LÍSTER, Enrique: Nuestra guerra , París, Librairie du Globe, 1966.

36 El primero, en Barcelona, Tusquets, 2001 (última edición conocida), y el segundo en la colección «Espejo de España», Barcelona, Planeta, 1984.

37 Ver mapa «Operaciones entre agosto de 1936 y abril de 1937».

38 MERA, Cipriano: Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista , París, Ruedo Ibérico, 1976.

Mirando al norte

Podría afirmarse que el primer semestre de 1937 fue el que más equilibrio mostró en la relación de fuerzas entre los dos bandos de una guerra cuyo alcance y proporciones habían desbordado las hipótesis más pesimistas de cualquier observador. Durante el transcurso de este año se desarrollarían en ambas zonas acontecimientos políticos de gran trascendencia, además de sucesos sociales, económicos, internacionales y bélicos de vital importancia para las operaciones en curso y para las venideras.

La economía de la zona rebelde sigue siendo la propia de un Estado fundamentalmente agrario y fuertemente centralizado, pero con margen para la iniciativa privada; las ayudas foráneas se pagan a crédito —con la inestimable pero no exclusiva colaboración de la Banca March— y el Gobierno de Franco, la denominada Junta Técnica del Estado, comienza a ser reconocido en el extranjero. La del Frente Popular es industrial, pero vive inmersa en un período de colectivizaciones y brotes autonomistas que le restan eficiencia; las remesas de Moscú y otras ayudas son pagadas al contado con las reservas de oro y plata del Banco de España. La represión en ambas retaguardias disminuye, sin llegar a desaparecer, y se encomienda respectivamente a consejos de guerra y tribunales populares igualmente caprichosos e inmisericordes, sin olvidar hechos luctuosos incontrolados: paseos al amanecer, venganzas personales, asesinatos a sangre fría.

Las intervenciones exteriores adoptarán, si no lo habían hecho ya, las formas que iban a caracterizarlas para el resto de la contienda. Como ya ha sido señalado, la de la Alemania nazi se concentra en la experimental Legión Cóndor, una formación con un fuerte componente aéreo y, en menor medida, terrestre; afluirán a España a lo largo de todo el conflicto unos 16 000 hombres, con un promedio estable de unos 6500 (Hitler deseaba rotar al personal para que gran parte de su oficialidad adquiriera experiencia en combate). La URSS se decanta por el envío masivo de material y un cuerpo no superior a los 2500 o 3000 asesores (es la denominada Operación X).

Por su parte, Mussolini forma un cuerpo mixto de fascistas y unidades regulares del Ejército italiano, el citado CTV; por sus filas pasan un total aproximado de 75 000 combatientes, con un promedio estable de entre 40 000 y 45 000 (según datos del Ufficio Storico Militare, más de la mitad pertenecían al Regio Esercito, no al Fascio). Su por entonces flamante Marina y su Aviación también intervendrán a gran escala en favor de los franquistas. Las Brigadas Internacionales, de inspiración comunista, encuadrarán unos 55 000 voluntarios, con un máximo en un momento dado de en torno a 40 000. Procedían de 65 nacionalidades distintas, entre las que no se cuenta la soviética, pues Stalin prohibió expresamente el enrolamiento en ellas a sus conciudadanos por precaución. De hecho, «¡Manténganse alejados del fuego de la artillería!» fue, al parecer, la consigna dada a los técnicos llegados a España. Se calcula en más de un tercio de bajas, entre muertos, heridos y desaparecidos, las habidas entre los interbrigadistas, lo que da idea de su empleo como vanguardia en las principales acciones. No obstante, cabe señalar que para muchos observadores dubitativos, la presencia de una especie de «ejército de Stalin» —real o aparente— bastó para decantarse en favor de la reacción.

Por su parte, franceses e ingleses practicarán su fórmula de no intervención —aunque no intervenir ya es una forma de hacerlo— y, a partir del verano de 1937, también mediante un sistema de patrullas marítimas sobre el litoral español tendente a reducir la tensión provocada por el conflicto en el sensible escenario del mar Mediterráneo. Si Francia no quiere problemas con unos alemanes cada vez más agresivos, Gran Bretaña trata de llegar a un acuerdo «de caballeros» con Mussolini precisamente al objeto de asegurarse la vital arteria mediterránea. Portugal sigue prestando un apoyo incondicional al bando sublevado, asegurando su retaguardia, manteniendo abierta la amplia frontera, ofreciendo sus puertos, concediendo créditos blandos y favoreciendo solapadamente la afluencia de voluntarios, por regla general enrolados en la Legión (popularmente conocidos como viriatos). Los Estados Unidos de Roosevelt abogan por una especie de neutralidad… y dejan hacer a sus empresas no armamentísticas.

También se consolidarán durante este tiempo cambios orgánicos muy diferentes en ambas fuerzas armadas que condicionarán tanto la táctica como la estrategia de la dirección de la guerra: afianzamiento del mando único y creación de la masa de maniobra por el lado de los rebeldes; disensiones en el alto mando político-militar y reforzamiento del nuevo Ejército Popular por el lado de los gubernamentales. El Cuartel General de Franco, para lograr una mayor operatividad y reducir las complicaciones logísticas, reorganizará sus fuerzas

tomando como base la división, unidad de combate compuesta por un número variable de batallones de infantería y un mínimo de bocas de fuego y servicios de acompañamiento, centralizando los recursos clave en niveles superiores.

Así, crea una reserva general de Artillería, una competente comandancia de Ingenieros, unas fuerzas aéreas conjuntas bajo la dirección del general Kindelán, una sección cartográfica de gran categoría —punto débil del Ejército español de preguerra—, un eficiente servicio de recuperación de materiales capturados al enemigo, una jefatura de movilización y un nutrido parque de vehículos de transporte. Todos estos organismos están a disposición inmediata de Franco, quien al emplearlos de forma concentrada encuentra muchas facilidades para obtener de ellos un rendimiento eficaz en campaña. Además, se crean por estos tiempos academias de mando, con cursillos acelerados de adiestramiento de los que saldrán numerosos oficiales, los famosos «alféreces provisionales» (los 30 000 del general Orgaz).

Aunque el ejército republicano se adelanta al de los nacionales en su proceso de renovación orgánica, el sistema elegido mostrará pronto sus carencias. Es el de la brigada mixta, una unidad pensada para ser autónoma al disponer de infantería, artillería, ingenieros, servicios e incluso caballería propia, pero precisamente por ello gran consumidora de recursos, lo que complica la intendencia del conjunto. Los cuerpos clave no están convenientemente centralizados, con lo que el mando gubernamental no dispondrá, por ejemplo, de una masa artillera capaz de medirse con la de su oponente. Cuando formen divisiones (normalmente agrupando a tres brigadas mixtas), multiplicarán los servicios por cuatro, como cuatro serán los cuarteles generales (el divisionario más los de las tres brigadas… Demasiados mandos). La compartimentación territorial tampoco ayuda: cuerpos de ejército como el vasco —el Euzko Gudarostea— actúan de forma cuasi independiente. Los gubernamentales, para paliar la carencia de oficiales, recurren también a escuelas con el fin de formar oficiales de forma rápida, los «tenientes en campaña».

En definitiva, frente a las más de doscientas brigadas mixtas levantadas por el Ejército Popular, el Ejército Nacional creará una cincuentena de divisiones, más versátiles pero fáciles de sustentar precisamente por su reducido y manejable número. Por eso, a partir de 1937 es erróneo identificar a las fuerzas republicanas con los milicianos de primera hora, pues estos se han diluido en el proceso de militarización y aquellas constituyen ya un poderoso ejército… de reemplazo.

El esfuerzo realizado por ambos bandos es realmente titánico para un país pobre como la España de los años treinta: en la primavera del 37 cada uno de ellos cuenta con más de 300 000 hombres en armas. En total llegarán a superar el millón de soldados, en su inmensa mayoría procedentes de recluta obligatoria. Se calcula que los republicanos movilizaron un total de veintiocho quintas, equivalente a 1 700 000 hombres, y los nacionales, quince reemplazos, con 1 260 000 conscriptos (los primeros habrían de modificar su política de reclutamiento, pues las levas precipitadas dejaban campos y fábricas sin mano de obra). En su conjunto —casi tres millones de soldados, centenares de miles de fusiles y ametralladoras, miles de piezas de artillería, más de tres mil aeroplanos, centenares de vehículos y dos nutridas flotas— conformaban las fuerzas armadas más formidables jamás vistas en la península ibérica (y probablemente las más aguerridas de Europa por aquellas fechas: recuérdese que el III Reich atacó Polonia en 1939 con un millón y medio de hombres y que la Francia de 1940 alineaba unos dos millones). Esto suponía que el 12% de la población total que había en el país antes de la guerra resultó movilizada, el doble si tenemos en cuenta únicamente la población masculina39.

Es fácil deducir de estos números que los contingentes tanto de milicianos como de extranjeros fueron un mero complemento al esfuerzo bélico principal (en ninguno de los ejércitos el porcentaje de voluntarios superaría el 15%). Definitivamente, fue una guerra de soldados de reemplazo, movilizados allá donde estuviesen sin importar sus preferencias ideológicas… si es que las tenían. Algunos autores señalan que, contra lo que pudiera parecer por su motivación política, las cifras de deserción eran más altas entre los voluntarios que entre los conscriptos. Como afirma Matthews, «ambos bandos utilizaron técnicas muy similares para la recluta, basadas en directrices que existían ya antes de la guerra. En este sentido, y pese a sus diferentes ideologías, ambos ejércitos se asemejaban más de lo que parece a primera vista». Y sugiere que el nacional, si no de nombre, también era en efecto un ejército popular.40

La orgánica de las fuerzas armadas condiciona irremisiblemente su uso operacional. La recíproca también es válida: el uso que se quiera dar a unas determinadas tropas establece la forma en que son organizadas. Porque todo ejército es reflejo de la sociedad a la que sirve; porque cada soldado es un destilado de dicha sociedad. De esta manera, las fuerzas nacionales reflejaban la monolítica idiosincrasia de su zona, mientras que las republicanas eran un espejo de la diversidad sociopolítica de su retaguardia. Las más eficientes de las dos reseñadas resultarán las franquistas, pues permitieron a este bando gozar de la

iniciativa estratégica en todo momento, sin perjuicio de que los gubernamentales llegaran a plantear batallas donde momentáneamente adquirirán la superioridad local táctica u operativa.

Así, donde los sublevados plantean campañas de gran envergadura y hasta cierto punto muy dinámicas, en una forma de combatir más parecida a la de la Segunda Guerra Mundial (Vizcaya, marzo-julio de 1937; Santander, agosto; Asturias, septiembre-octubre), los leales se concentran en el planteamiento de encuentros decisivos, normalmente ideados para distraer a su oponente (Brunete, julio; Belchite, agosto; Teruel, diciembre). Buscan mantener en tensión todos los frentes y dar una batalla que desgaste materialmente al ejército enemigo, hunda moralmente su retaguardia y quiebre, en definitiva, su voluntad de luchar. Es una concepción bélica heredera de la Gran Guerra de 1914, que no solo se resolverá con el fracaso de los atacantes, sino que devendrá en contundentes contraofensivas por parte de los nacionales. Por eso el conflicto hispano será una sucesión de campañas proactivas (iniciativa estratégica nacional) interrumpida por batallas reactivas (iniciativa táctica republicana). Un híbrido entre ambas guerras mundiales, pues no en vano al empezar la contienda no habían transcurrido ni veinte años desde el fin de la primera y al acabar tan solo restaban unos meses para el comienzo de la segunda.

Toma forma durante estos tiempos en ciertos sectores del mando gubernamental una opción operativa interesante, defendida fundamentalmente por mandos profesionales. Se trata del Plan P, una ofensiva sobre los frentes andaluz y extremeño que parta en dos el territorio de los contrarios y amenace su base de operaciones: «1) Aislar Andalucía del resto de España; 2) obligar al enemigo a descongestionar el Frente Norte; 3) obligar al enemigo a descongestionar el cerco de Madrid»41. Entre los valles del Guadiana y del Guadalquivir, fáciles para la maniobra, difíciles para ser defendidos en amplitud y profundidad, podría haber residido la clave de la victoria para los gubernamentales.

Hay autores que señalan que el encomiable derroche de energía desplegado por el Ejército Popular durante todo este año habría sido mucho más rentable de haberse realizado esa campaña de altos vuelos, a la que se opondrán los técnicos soviéticos, quienes llegaron a comunicar al Gobierno español la retirada de todo tipo de apoyo si emprendían aquellas operaciones por el sur. Como sabemos, tanto Stalin como Hitler querían ganar tiempo a costa de la tragedia española, por lo que quizá ninguno de ellos, al menos a esas alturas de la contienda, desearan su pronta finalización: «En noviembre de 1937

Hitler expresaba que desde el punto de vista alemán no era conveniente la victoria de Franco al cien por cien. “Lo que nos interesa más es que la guerra en España se prolongue y preservar las tensiones en el Mediterráneo”»42. Su objetivo parecía más evitar la victoria republicana que conseguir un rápido triunfo de Franco. A la inversa para el dictador de Moscú.

Fue en este período cuando el alto mando del bando nacional, libre de injerencias desde la designación de Franco como «generalísimo» (octubre de 1936) y el Decreto de Unificación de Partidos Políticos (mayo de 1937), tomó al menos tres decisiones que se mostrarían fundamentales para la consecución de su victoria final:

En primer lugar, cancelar sine die las operaciones sobre la capital y desplazar el eje de la guerra a la cornisa cantábrica, al efecto de apoderarse de su industria, riquezas minerales, situación geoestratégica y plazas densamente pobladas con miras a la movilización masiva requerida por una guerra larga. Esto supone la aceptación de la situación de equilibrio a que se ha llegado y que solo podrá ser rota lejos de Madrid.

Como derivada de la anterior, pasar a la defensiva en los restantes teatros de operaciones, por importantes que fueran, y solo aceptar aquellas batallas planteadas por el enemigo siempre y cuando pudieran quebrantarlo de forma contundente o decisiva. Esto «condenaba» a los sectores locales de sus ejércitos a valerse por sus propios medios, incluso a costa de graves carencias de armamento y otros materiales. Responde al criterio de economía de fuerzas.

Y en tercer lugar, potenciar las operaciones de un elemento «silencioso y silenciado» pero a la postre decisivo, la Armada, que desde una exigua fuerza inicial se reforzaría durante los meses sucesivos con nuevas unidades y la inestimable colaboración de sumergibles italianos y de las fuerzas aéreas, bloqueando las costas contrarias y desarrollando acciones de guerra al corso dirigidas a asfixiar la economía republicana. La inexplicable inactividad de la flota gubernamental, encerrada en sus puertos salvo contadas excepciones, ayudaría a la consecución de estos objetivos navales por parte de los rebeldes.

En la práctica, los tres puntos anteriores configuraban un plan global de aproximación indirecta y una estrategia mixta económico-militar que los franquistas irían desgranando sin prisa pero sin pausa y que marcará radicalmente el curso de la guerra. Así lo resumió Ramón Salas Larrazábal:

Los nacionales […] abandonaron su hasta entonces obsesiva atracción por la capital y decidieron variar el punto de aplicación de su esfuerzo orientándolo hacia el norte […]. La decisión era no solo adecuada sino la única razonable. El equilibrio de fuerzas a que se había llegado en lo militar no podía romperse más que en los frentes periféricos […]. Para ello, el general Franco dispuso que pasaran a una situación defensiva todos los frentes del Centro, Sur y Levante, en los que no se permitiría la iniciación de ninguna acción ofensiva sin autorización previa y expresa del Generalísimo; colocaba a todos estos sectores, deliberadamente, en condiciones de franca inferioridad de efectivos y medios, lo que le permitía acumular sus mejores tropas y la casi totalidad de sus elementos artilleros y aéreos en el frente [por él elegido] que pasaba a ser el principal y decisivo.43

El Cinturón de Hierro se desvanece

La orografía de la provincia de Vizcaya es ciertamente abrupta, enrevesada y compartimentada por infinidad de verdes valles y rojas colinas que se suceden sin solución de continuidad, a veces de forma paralela, otras en caída perpendicular hacia la costa. Quizá por las facilidades que esto conlleva para su defensa, desde tiempos inmemoriales la conquista de estas tierras ha sido complicada para cualquier atacante.

No obstante, el 31 de marzo de 1937, tras una concienzuda preparación artillera, las fuerzas del Ejército del Norte al mando del general Mola comienzan una ofensiva que contempla dos fases: la primera, ruptura del frente y acercamiento a Bilbao por el este y desde el sur; la segunda, contra la propia capital vizcaína tras salvar el poderoso anillo de construcciones defensivas conocido como el Cinturón de Hierro (consistente en cinco sectores con centro en Bilbao y un perímetro total de 120 kilómetros). Vizcaya está casi rodeada por tres frentes: el de Guipúzcoa, el de Álava y el de Burgos. Tras más de un mes de duros combates, estas fuerzas habrán saltado desde sus bases de partida a la línea conformada por Guernica-Durango-Ochandiano, ocupando a duras penas ciertas alturas al oeste de estas localidades —como el Sollube o Peña Lemona— que les habilitan para pasar a la siguiente etapa. El terreno ocupado no es mucho y el avance ha sido lento, pues la resistencia ofrecida por los republicanos es

tenaz, lo que unido a las malas condiciones climatológicas obliga a los asaltantes a realizar continuas paradas.

La principal debilidad de los defensores radica en la aviación, pues, aunque sus fuerzas del norte disponen de aparatos propios, no pueden oponerse a la superioridad aérea que Kindelán ha logrado combinando la acción de tres contingentes: la Legión Cóndor germana, la Aviación legionaria italiana y las propias fuerzas aéreas del bando nacional (Brigada Aérea Hispana). Es a las dos primeras a las que se debe el tristemente famoso bombardeo de Guernica el 26 de abril de 1937. Aunque la dura incursión aérea fue una más de las muchas que, bien por castigo, bien por interés táctico, realizaron ambos contendientes sobre las retaguardias rivales a lo largo del conflicto, el efecto propagandístico se mostraría demoledor en contra del bando sublevado. Las imágenes de una población civil abrasada por las llamas y el icónico mural de Picasso darán la vuelta al mundo como un grito contra el horror. Quien ha sido reconocido como máxima autoridad en la materia en diferentes foros, Jesús Salas, puntualiza los siguientes datos: Por lo que respecta al número de aviones participantes, confirma la presencia de 25 (40 como máximo); el total de bombas arrojadas fue de 39 de 250 k; entre 244 y 260 de 50; y 5272 de un kilo. En cuanto al número de edificaciones destruidas en el municipio de Guernica-Lumo, fueron 271 (el 75% del total). Fallecieron un mínimo de 126 personas referenciadas con nombre y apellidos y un máximo estimado en 300. Finalmente, no consta orden escrita dando el visto bueno a la operación, atribuyéndose la decisión a la jefatura de la Cóndor nazi.44

Es el momento de decir que tanto el bombardeo de Guernica como los de Madrid realizados por los nacionales o los de Toledo o Cabra practicados por los republicanos, cualquier acción aérea efectuada contra poblaciones civiles es siempre deplorable, si bien afortunadamente ninguna de las fuerzas aéreas presentes en España durante la conflagración dispusieron de bombarderos estratégicos de gran envergadura como las «fortalezas volantes» de la Segunda Guerra Mundial, capaces de arrasar ciudades enteras. Los aeroplanos con que se contaba en España eran de tipo táctico, cuya capacidad destructiva era (relativamente) menor, al estar concebidos para la cooperación con tierra… Porque, dada la dureza de la lucha, nadie habría dudado en aprovechar el máximo efecto devastador de las armas de sus arsenales. No obstante, la mera presencia de aviones infundía en los civiles un comprensible pánico, por lo que el terror aéreo logró uno de sus principales efectos morales, el de atormentar a las retaguardias. También, cómo no, a los soldados de primera línea.

En el frente terrestre, lo que sin duda despliegan los nacionales en esta campaña es un auténtico alarde de poder artillero, con verdaderas tempestades de acero descargadas sobre la infantería rival, como atestiguaría muchos años después el gudari Regino Biain, del Batallón Itxarkundia:

A tiro limpio anduve en el monte Archanda, con el enemigo a 150 metros de mí. Ver morir a mi amigo y no poder recoger su cuerpo fue muy duro. El bombardeo al que nos sometieron fue de lo más aterrador. Mordí un palo para que los tímpanos no me estallaran.45

Por otro lado, la lucha en una tierra con tantas peculiaridades cobraba gran valor sentimental; así lo recordaba el carlista Eduardo Bustindui para la obra colectiva Requetés. De las trincheras al olvido:

Teníamos a los rojos muy cerca y varios requetés de nuestra compañía se pusieron a hablar en vascuence con [los] gudaris de enfrente, de trinchera a trinchera. Al rato, Pedro Arzak me dijo: «Mi capitán, que está mi hermano enfrente». «Pues tráetelo, hombre. Convéncele para que se pase», y así lo hizo. Pasó Juanito Arzak, y en cuanto se pasó le pusieron la boina roja y luego se portó muy bien con nosotros, de perillas. Un tío muy valiente que estuvo dos veces herido de bala en combate.

Tras otro lento y costoso salto, esta vez hacia el monte Bizcargui por el este y el Gorbea por el sur, hacia el 11 de junio los nacionales están en condiciones de asaltar Bilbao y su anillo defensivo. Han ocurrido para ellos dos novedades, una mala, la muerte del general Mola en accidente de aviación, y otra buena, la deserción del capitán de Ingenieros Alejandro Goicoechea, jefe de las fortificaciones y futuro diseñador de los famosos trenes Talgo, quien se pasa a los rebeldes con los planos del Cinturón de Hierro. Ello permite a los atacantes infiltrarse por diferentes puntos y rodear en siete días Bilbao, que cae definitivamente en su poder la tarde del 19. Es un duro golpe para la República. El primer lendakari de la historia, José Antonio Aguirre, anima a los restos del ejército vasco a continuar la lucha en Santander…, aunque muchos gudaris ya se están pasando al otro bando y encontrando cómodo asiento en las filas del Requeté vasco-

navarro.

La tensión en el mar Cantábrico ha alcanzado máximos durante los días previos, con buques de los sublevados llegando prácticamente al enfrentamiento abierto con la marina británica, que patrulla aquellas aguas en protección de sus intereses comerciales (en particular, el mítico acorazado británico Hood estuvo a punto de abrir fuego contra el crucero nacional Almirante Cervera por una disputa sobre la interpretación del número de millas que constituían las aguas territoriales). La ofensiva continuará hasta finales de mes, en que los asaltantes llegan al límite con la provincia de Santander. Aunque algunos extremistas presionaron a las autoridades vascas para practicar una política de tierra quemada, destruyendo fábricas e instalaciones diversas, estas —salvo excepciones— no consintieron, por lo que Bilbao, su puerto y su capacidad fabril pasaban prácticamente intactos a poder de los sublevados. La ofensiva sobre Vizcaya había concluido.

Cuando la moral de las fuerzas nacionales en el norte está en todo lo alto por el éxito cosechado y se disponen a continuar la progresión lógica sobre Cantabria, los gubernamentales atacan en el frente de Madrid con el doble objetivo de anular la amenaza sobre la capital y demorar, precisamente, los planes del contrario en el Cantábrico. Es la batalla de Brunete, que se desarrolla con extrema dureza en el tórrido mes de julio, como veremos. Franco se verá obligado a suspender los planes previstos y a acudir con su masa de maniobra en socorro de las tropas atacadas en el frente capitalino. Pero en agosto, tras reponerse del encuentro, los nacionales reemprenden su actividad y el día 26 toman con relativa facilidad Santander, entre el clamor de una población mayoritariamente conservadora que recibe a las brigadas navarras y a los italianos del CTV como libertadores. La lucha, no obstante, continúa hasta mediados de septiembre, cuando caerá la última localidad occidental de la provincia.

Ya solo queda en poder de los republicanos parte de Asturias, que con sus propias unidades más las que ha ido recibiendo como refuerzo tras las retiradas de Vizcaya y Cantabria se dispone a dar batalla. Los asturianos, mayoritariamente izquierdistas, no recibían bien a los nacionalistas vascos, católicos en su gran mayoría: «Primero a por los de enfrente. Después a por vosotros», se podía oír en sus soflamas propagandísticas. El terreno, al igual que el vasco, es complicado; el enemigo, correoso y la provincia, todo un símbolo para el Frente Popular por el recuerdo de la revolución de 1934.

Cuentan con diez grandes unidades tipo división (27 brigadas mixtas,

menos de 80 000 hombres bajo el mando de uno de los mejores generales republicanos, Adolfo Prada). Frente a ellos, casi 100 000 soldados nacionales, acompañados por una rica artillería, unas potentes fuerzas aéreas y buques de guerra para apoyar la maniobra. Por tanto, esta tercera fase de la campaña del norte, además de decisiva, puede resultar agotadora no solo para los defensores sino también para los atacantes, quienes, si bien se van reforzando con cada éxito, sufren fuerte desgaste, en especial sus unidades de vanguardia. Valles y montañas volverán a ser el escenario de los combates, pues, como afirmaban los soldados, en Asturias todo se volvía montes… y en cada monte, un fuerte.

Lo cierto es que la situación para el denominado Consejo Soberano de Asturias y León se volverá punto menos que insostenible. Con capital en Gijón, la defensa del territorio ha de atender aquí a tres frentes: el de la raya compartida con Santander, el de la linde leonesa y el de Galicia. Sus fuerzas están completamente aisladas del resto del territorio republicano, con lo que tienen vedado cualquier apoyo. Como en Vizcaya, los franquistas planean una operación en dos fases: la primera de aproximación al núcleo Gijón-Avilés y la segunda de asalto final a ambas localidades. Hasta primeros de octubre avanzarán desde los Picos de Europa sobre la línea Ribadesella-Cangas de Onís por el este y, saltando el puerto de Pajares, sobre la cuenca minera por el sur (Pola de Lena-Mieres). Las fuerzas del general Aranda realizan una salida desde Oviedo para hacer tenaza con las columnas provenientes de aquellos lugares, sellando el destino de la campaña. Mientras las autoridades republicanas se debaten entre una evacuación masiva o la resistencia a ultranza, el día 17 el frente se desploma y los nacionales ocupan los últimos reductos defensivos.

Unos días antes, el delegado del Gobierno en Asturias, ante las peticiones de los altos mandos afincados en Valencia solicitando una resistencia a ultranza, envía un cable desesperado:

Recibí su telegrama en el que pide Asturias haga milagros para resistir. Aquí se terminaron los milagros. Los hicimos hasta ahora sin ayuda de nadie. La que llegó no resuelve problema… Temo que dentro de pocos días seremos carne de las fieras fascistas.

Con los partes de guerra que se reproducen a continuación ambos ejércitos daban por finalizada la guerra en Asturias; el de los

vencedores resulta exultante, el de los derrotados, neutro, apenas logra encubrir entre líneas la pesadumbre:

El frente asturiano ha sido derrumbado por nuestras tropas. El enemigo, derrotado y abandonado por sus cabecillas, entrega sus armas a las columnas nacionales, [que] avanzan desde Pravia y Escamplero sobre Avilés, al compás que otras lo han hecho desde Oviedo y Villaviciosa sobre Gijón. En la tarde de hoy ambas ciudades quedaron en poder del Ejército Nacional. El pueblo, en enorme manifestación, se lanza a la calle […]. El frente del norte ha desaparecido.

Parte del Ejército del Norte, bando nacional, 21/X/37.

Las tropas facciosas han proseguido su avance en dirección a Gijón, ciudad con la que no existe comunicación de ninguna clase.

Parte del Ejército de Tierra, bando republicano, misma fecha que el anterior.

Fue en el norte donde más claramente se manifestaron las disensiones internas, tanto de partido como territoriales, que acabarían por socavar la consistencia del bando republicano. En el libro Guerra y revolución en España coordinado por Dolores Ibárruri para la editorial Progreso de Moscú, se aseveraba que

los millares de combatientes de los batallones republicanos hicieron gala de heroísmo y firmeza ejemplares. Lamentablemente, los frutos y la eficacia de su lucha quedaron disminuidos a consecuencia de las tendencias cantonalistas, que surgidas en la zona norte como verdadero cáncer, causaron gravísimos daños a la causa de la República. Ese cantonalismo político y militar impidió la creación de un mando único, obstaculizó la unificación y militarización de las milicias y determinó que el potencial industrial y los considerables recursos humanos existentes en el norte fuesen utilizados de la forma más deplorable.

Y añade que las «líneas aduaneras» entre el País Vasco, Cantabria y Asturias impidieron la circulación de ayuda mutua entre provincias en algo tan crítico como los productos destinados a la alimentación.

La campaña del norte ha finalizado en siete meses desde su comienzo. Entre otras muchas ventajas, los nacionales podrán redirigir su masa de maniobra a otros teatros de operaciones y su ahora temida flota, que ha cooperado mediante bombardeos con las fuerzas terrestres, podrá concentrarse en el mar Mediterráneo al objeto de completar el bloqueo a las costas rivales con el consiguiente estrangulamiento de su comercio. La profesora Elena San Román nos recuerda la importancia de esta fase de la conflagración, a partir de la cual al menos el 50% de la capacidad productiva instalada anterior a la guerra cae en poder del bando nacional:

La Guerra Civil fue para España su primera guerra industrial, el primer conflicto que movilizó todos los recursos industriales del país. […] La caída de Bilbao cambió el panorama económico del bando franquista [pues] amplió la organización fabril mediante la creación de comisiones militares de incorporación y movilización industrial. Eran organismos que se hacían cargo de las industrias en las zonas que se iban conquistando. Su objetivo era lograr su incorporación a la vida industrial de la España de Franco en el menor tiempo posible. Una vez solucionados los posibles problemas, las industrias recuperadas, si estaban relacionadas con la guerra, pasaban a depender de las jefaturas de producción del ejército.46

Se calcula que la República, perdiendo su faja cantábrica, perdía al menos una cuarta parte de todo su potencial bélico, tanto humano como material y territorial. Por otro lado, no solo las fábricas, puestas enseguida a pleno rendimiento, pasaban a poder de los nacionales a partir de octubre de 1937; también la zona más densamente poblada de España, sobre la que pivotaría el esfuerzo de movilización general a partir de entonces. Un dato: durante los catorce meses en que la importante fábrica de armas de Trubia de Oviedo permaneció en manos de los leales, solo se construyeron veinte obuses y unos pocos cañones de acompañamiento. Sin embargo, en los diecisiete meses en que estuvo en poder de los nacionales, se pusieron en producción, y se concluyeron, más de cien piezas de artillería.

Postergado el objetivo político, la toma de Madrid, y conseguido en el

norte el objetivo económico, la guerra se decantaba claramente a favor de Franco. Su zona estaba ahora constituida por más del 65% del territorio peninsular, contaba aproximadamente con el 60% de la población, disponía del 65% de la flota mercante y controlaba el 90% de la producción de carbón, el 80% de la de acero y el 70% de la de explosivos. Su ejército superaba los 750 000 hombres, su aviación dominaba los cielos y su marina de combate podía abandonar aguas atlánticas para establecer su grueso en Mallorca y controlar de forma efectiva todo el litoral mediterráneo.

No obstante, restaba por decidir el objetivo militar: la derrota del ejército contrario. Y quedaban aún muchas batallas por reñir, mucho sufrimiento por ser padecido…

_____

39 Ver Anexo III. Evolución ambos ejércitos.

40 MATTHEWS, James: Soldados a la fuerza. Reclutamiento obligatorio durante la Guerra Civil 1936-1939, Madrid, Alianza, 2013.

41 Directivas para la potencial operación firmadas por el coronel Álvarez Coque. Estado Mayor republicano, 22 de abril de 1937, Archivo General Militar de Ávila.

42 Declaración contenida en el llamado protocolo o memorándum de Hossbach, esgrimido durante los procesos de Núremberg. Hossbach, coronel ayudante personal de Hitler, se dedicó a transcribir conversaciones secretas mantenidas por este con altos mandos de los tres ejércitos y con el responsable de Asuntos Exteriores.

43 SALAS LARRAZÁBAL, Ramón: Historia del Ejército Popular de la República , 4 vols., Madrid, Editora Nacional, 1973. Hay reedición posterior en La Esfera de los Libros.

44 SALAS LARRAZÁBAL, Jesús: Guernica. El bombardeo (edición definitiva), Valladolid, Galland Books, 2012. El autor puntualiza que, tras la incursión, Franco reiteraría que «no debía bombardearse ninguna población sin orden expresa, que solo podría ser dada por el "Generalísimo" o por la Jefatura del Aire».

45 Recogido en AA.VV.: Batallas decisivas de la Guerra Civil española , Madrid, La Esfera de los Libros, 2016.

46 De la obra colectiva coordinada por el benemérito profesor Enrique Fuentes Quintana Economía y economistas españoles en la Guerra Civil.

Sofocos de verano, batallas de desgaste

En la madrugada del 6 de julio de 1937, las avanzadillas de dos poderosos cuerpos de ejército republicanos se infiltran tras las líneas enemigas con gran sigilo y pericia entre Navalagamella y Villanueva del Pardillo, unas pequeñas localidades al oeste de Madrid. Aunque las órdenes dictadas por el mando supremo son algo confusas, su objetivo es descolgarse desde el norte hasta alcanzar en la hipótesis más optimista el nudo Móstoles-Alcorcón, profundizando unos 30 kilómetros en territorio rival, donde deberán enlazar con otra agrupación procedente de Vallecas-Usera por el sudeste. Tal movimiento de tenaza tiene por finalidad cerrar una bolsa en la que tratarán de liquidar a la guarnición nacional estacionada en las cercanías de la capital desde noviembre del año anterior, con el efecto moral que ello supondría, muy positivo para el Frente Popular, negativo para el bando de Franco. Pero antes han de ocupar un pueblo cuyo nombre pasará a la historia de la contienda por librarse en sus alrededores una de las más crudas batallas de la Guerra Civil: Brunete.

Si el Ejército Popular de la República se ha mostrado sumamente eficaz en defensiva —Madrid, el Jarama, Guadalajara—, el responsable de su organización en un tiempo récord, el coronel Vicente Rojo, considera en la primavera de 1937 llegado el momento de foguearlo en ofensiva. A tal efecto, el Estado Mayor Central proyecta y lanza entre abril y junio varias operaciones locales a lo largo de toda España: carretera de La Coruña-Ciudad Universitaria (abril), La Granja de Segovia (mayo) y Huesca (junio), además de otras que incluían ataques por Teruel, Toledo, Extremadura y Andalucía (especialmente en el sector de Peñarroya y contra el enclave del santuario de la Virgen de la Cabeza, que sucumbirá tras meses de asedio el primero de mayo). Si todas ellas fracasan o apenas consiguen objetivos muy limitados, demuestran dos realidades: estas fuerzas sí están capacitadas para el ataque; las de su oponente, a pesar de cierto halo de invencibilidad, son vulnerables, especialmente en aquellos lugares en que no disponen de sus unidades más curtidas. La estrategia de Franco de concentrar sus mejores tropas en un determinado punto de aplicación concede margen para amagar

infiltraciones en otros lugares.

Pero no será hasta julio de ese año cuando se decida a lanzar un ataque en toda regla, con el doble propósito de neutralizar el frente de los franquistas ante la capital y, dado que no se ha podido frenar sobre el terreno la ofensiva de Vizcaya, ralentizar cuando menos el avance de aquellos en dirección ahora hacia Santander y Asturias en el marco de la campaña del norte, como vimos en el capítulo anterior. Además de estos objetivos puramente militares, subyacían al plan de operaciones otras dos consideraciones de índole política: acrecer el prestigio de la República en el exterior, demostrando que disponía de sobradas energías para continuar la lucha, y afianzar el recién nombrado Gobierno del socialista Juan Negrín, firme partidario de estrechar las relaciones con Moscú tras la «dimisión» de un Largo Caballero caído en desgracia.

Se constituye para la batalla el denominado Ejército de Maniobra, con dos cuerpos asignados a la misión principal, el V y el XVIII, más otro encargado de la secundaria, el II o de Vallecas. El V es heredero natural del famoso Quinto Regimiento de disciplina comunista; uno de sus jefes, Juan Modesto, recogería en sus memorias la arenga con la que justificó previamente a la batalla la absorción de las milicias por unas fuerzas armadas de nuevo cuño, disciplinadas aunque altamente ideologizadas:

El Quinto Regimiento marcó la línea de formación del Ejército Popular regular. Se formó por el Partido Comunista con una visión política y militar de los acontecimientos. [Y lo] organizó ante la necesidad de dar los primeros conocimientos a miles y miles de obreros y enseñarles las cosas necesarias para la guerra y, ante la precisión de crear un Ejército Regular, no podía el Partido dejar en el aire la consigna, sino crear una base práctica para su realización. […] El Ejército nuevo tiene que ser un Ejército político, y no a la antigua […]. En la situación en que nos encontramos sería peligrosa la teoría de que el Ejército debe ser apolítico, y más peligrosa aún la teoría de que sus componentes no pueden pertenecer a partidos políticos. ¡Mucho cuidado con esto! Nuestro Ejército Popular tiene que tener una conciencia por la misma participación de sus componentes en los partidos. […] Es suficiente ver el trabajo de ayuda a los mandos que han desempeñado los comisarios políticos para darse cuenta de la importancia que tiene este carácter que nosotros preconizamos.47

Los efectivos reunidos para la ofensiva de verano en Brunete totalizan alrededor de 30 brigadas mixtas (5 de ellas internacionales), con unos 120 batallones. Son más de 80 000 soldados acompañados por 200 piezas de artillería, cerca de 175 vehículos blindados y más de 300 aviones de combate, lo más granado de las fuerzas aéreas y del Ejército Popular en aquellos momentos. Frente a ellos, en primer escalón y formando una línea discontinua, una agrupación no superior a 10 batallones pertenecientes a la división nacional número 11, llamada «de Madrid», reforzada velozmente por algunas unidades de la vecina número 13, denominada «la Mano Negra» y compuesta, entre otras unidades, por banderas de la Legión y tabores de Regulares. Pero cuando Franco decida aceptar el envite y desplazar a la zona de operaciones la masa de maniobra desde el Cantábrico, sus fuerzas sobrepasarán los 70 000 hombres, con buen respaldo artillero —al menos 180 obuses y cañones— y apoyados por alrededor de 250 aparatos de la Legión Cóndor germana y de la propia aviación rebelde. Llegarán a alcanzar el equivalente a unas 8 divisiones, más de 80 batallones… Lo más granado de las fuerzas aéreas y del Ejército Nacional en aquellos momentos. El encuentro va a devenir en una de las más grandes y sangrientas batallas de la guerra civil española.

Ríos de sangre y sudor en Brunete

Siguiendo un patrón que se repetirá en los otros dos encuentros decisivos de la contienda —Teruel y el Ebro—, la batalla de Brunete se desarrolló en tres fases claramente diferenciadas: comienzo de la ofensiva y máxima penetración republicana, que alcanza parcialmente sus objetivos; contención y encauzamiento de la avalancha enemiga mediante una defensa elástica por parte de los nacionales; contraofensiva de estos hasta recuperar en todo o en parte el territorio inicialmente perdido.

Aunque el Estado Mayor de la división nacional de Madrid esperaba una ruptura precisamente por aquel sector del frente —largo y mal guarecido—, el Cuartel General de Franco no supo o no quiso darse por enterado de los partes recibidos que alertaban sobre inusuales concentraciones de tropas, vehículos y material en la zona del embalse de Valmayor (entre El Escorial y Galapagar). Tampoco de los informes que denunciaban la falta no ya de suficientes soldados para completar sus batallones, sino incluso de fusiles y bombas de mano con que

dotarlos. Tal actitud pasiva respondía a la idea centralizadora de recursos del alto mando nacional, partidario de emplear el grueso donde el general decidiera en cada momento y dejar el resto de frentes con un mínimo de fuerzas, por importantes que fueran como ocurría en el de la capital de España. Si esto le permitía mantener la iniciativa en el nivel de la estrategia político-militar era a costa de cedérsela localmente a sus rivales en los niveles operativo y táctico. Este iba a ser el caso de Brunete.

Por tanto, el ataque repentino de tres cuerpos de ejército republicanos no puede ser calificado de sorpresivo, como tantas veces se ha mencionado en la bibliografía, aunque sí desde luego de rotundo éxito y causante de una gran conmoción en el bando rebelde. Porque lo cierto es que, siguiendo el lema del mencionado Modesto —«Ríos de sudor para evitar gotas de sangre»—, las tropas atacantes se han preparado a conciencia. Otro destacado líder de milicias comunistas, Enrique Líster, lo expresó muy gráficamente en su libro memorial Nuestra guerra48:

Para operar de noche se necesitan fuerzas con gran temple y astucia, muy entrenadas, con el grado más elevado de disciplina, y hay que preparar muy bien la operación. Los soldados y mandos deben estar seguros de que no se les lanza a una aventura, que la operación ha sido muy bien pensada, bien preparada, y que los responsables de dirigirla han tomado todas las medidas para asegurar su éxito.

Esta capacidad de infiltración en territorio antagonista será una de las señas distintivas y una de las principales virtudes del nuevo Ejército Popular de la República, no en vano provenía de unas milicias que se sentían más cómodas en la lucha de guerrillas y en el conflicto urbano que en la maniobra de gran alcance.

Así, sin cortina artillera previa que delatase la maniobra, las brigadas mixtas de vanguardia se deslizan en la madrugada del 6 de julio entre las líneas contrarias, comenzando una primera etapa de la batalla en que gozarán de la iniciativa y que se demorará al menos hasta el día 11. Durante estas jornadas los republicanos embeben una unidad tras otra en la lucha, alcanzando como límite máximo la encrucijada de Brunete, a unos 15 kilómetros de sus líneas de partida, pero encontrando serias dificultades en otros lugares. Hacia el este, una penetración contra Boadilla del Monte fracasa, y el mismo resultado

frustrado obtiene otra iniciativa en dirección sur para llegar hasta Sevilla la Nueva. Hacia occidente, y solo tras cuatro días de duros combates contra una guarnición muy menor, lograrán los gubernamentales ocupar Quijorna, afianzando su flanco derecho. Además de perder un tiempo precioso en liquidar esas bolsas de resistencia, va decreciendo el ímpetu de los ofensores a la vez que los defensores responden con unidades que van llegando desde las cercanías, constriñendo la cuña atacante entre los ríos Perales y Guadarrama, ambos tributarios del Tajo y con cursos que en esta zona de la provincia discurren en paralelo, lo que delimitará el cuadrilátero donde se decidirá el encuentro. No obstante, los primeros momentos han sido de gran tensión, tan es así que Franco duda y durante las horas más críticas se lamenta ante los miembros de su Cuartel General: «Me han tirado el frente de Madrid».

Cuando por fin reacciona y se decide a enviar unidades de la masa de maniobra que opera en el norte de España de forma relativamente rápida gracias a la superior motorización de su ejército, lo cierto es que el ataque ha sido detenido en sus líneas básicas, si bien los nacionales necesitan consolidar posiciones, reforzarse… y pasar a la contraofensiva. Tras un impasse que alivia a ambos rivales hacia mediados de mes, las reforzadas fuerzas nacionales presionarán entre los días 18 y 22 de julio a lo largo de toda la bolsa que han formado en su avance los republicanos (de unos 15 kilómetros de profundidad por 12 de ancho). Pero acaso por precipitación, exceso de objetivos a conseguir y algo de subestimación del contrario —esa trampa tan perniciosa en la dirección de los conflictos—, este primer amago de contraataque es contenido por una robusta defensa contraria.

Pero un segundo intento nacional prospera a partir del 23 y culmina el día 25 con la reconquista de Brunete tras una lucha dantesca en el cementerio de la localidad, cuya posesión cambia varias veces de manos en función de las vicisitudes del combate. Los cadáveres, tanto los recientes como los enterrados, saltan literalmente por los aires bajo el efecto de las bombas. Aunque atisba la posibilidad de continuar con el esfuerzo e incluso de volver a intentar una ocupación del mismísimo Madrid, lo cierto es que sus tropas están exhaustas y, bien asesorado por sus generales de confianza, Franco se da por satisfecho con la recuperación del pueblo convertido en símbolo, por lo que el 26 de julio se puede dar por concluida la batalla de Brunete. Los republicanos han sufrido entre muertos, heridos, desaparecidos y cautivos de 20 000 a 25 000 bajas frente a las 17 000-20 000 de los nacionales. Todos ellos se han batido con una tenacidad extrema y en unas condiciones climatológicas realmente duras; un calor sofocante ha causado estragos en las filas de ambos rivales, con testimonios que

nos hablan incluso de muertes por sed.

La de Brunete es una de esas batallas que enseña más por las decisiones erróneas que por los aciertos. Y los gubernamentales cometieron más errores que sus rivales. Aunque Rojo preparase minuciosamente una ofensiva que los asesores soviéticos insistieron en realizar en las proximidades de Madrid, el lugar elegido para el embate era discutible. La cercanía de la capital podría atraer las reservas enemigas, algo que quizá hubiera sido más complicado en los frentes del sur, descartados por consideraciones políticas. El valor simbólico de la capital poseía suficiente fuerza de atracción para que Franco movilizara sus mejores unidades. Por otro lado, la orden de operaciones era algo vaga o confusa, pues dejaba a los jefes sobre el terreno la decisión de profundizar ofensivamente hacia un lugar u otro en función de la resistencia encontrada, una valoración que nunca debe quedar en manos de las fuerzas actuantes, que pueden perder la perspectiva global. El soldado de primera línea, como es lógico, magnifica la realidad que tiene delante y tiende a subestimar sus fuerzas y sobreestimar las del enemigo.

Existió otro error, esta vez achacable a los mandos operativos y que perseguiría como una lacra al Ejército Popular. Una vez realizado el primer impulso y conseguida la infiltración, misiones que sus soldados ejecutaban con gran acierto, las unidades republicanas solían quedar paralizadas, bien por obcecarse en reducir núcleos de resistencia contrarios de entidad menor, como Quijorna, bien por falta de iniciativa o, en palabras del propio Rojo, por una especie de «miedo al vacío». En cualquier caso, este defecto sería atribuible a los dirigentes político-militares por no saber imbuir a sus jefes y oficiales de vanguardia con un espíritu de capacidad de iniciativa, pues ni coraje ni determinación escaseaban en sus filas. Esa falta de autonomía en primera línea daba tiempo al enemigo para, primero, contener la ofensiva con reservas locales; segundo, encauzarla mediante un sistema defensivo dinámico (es decir, basado en centros estáticos pero con fuerzas móviles que fueran ciñendo el ataque), y, tercero, pasar a la contraofensiva gracias a unos refuerzos rápidamente desplazados al lugar del encuentro. Ambas formas de entender las batallas eran fruto de las mentalidades de los dos ejércitos: el Popular, nacido de las milicias, partisano; el Nacional, con una mejor orgánica que le permitía lanzar, cuando tanto el tiempo como los recursos obraran en su favor, oportunos contraataques.

Por último, cuando los republicanos crearon las nuevas fuerzas armadas populares hicieron mal al no aprovechar las tradiciones del «antiguo» ejército español, que cedieron gratuitamente a su rival. Así,

este mantendrá símbolos, tradiciones, costumbres y, sobre todo, recompensas importantes para la moral de la tropa, como fue el caso de la más alta condecoración al valor, la Cruz Laureada de San Fernando. En una guerra repleta de actos de heroísmo por ambos bandos, las fuerzas nacionales concederían poco más de setenta laureadas, cuatro de ellas por actos desarrollados durante la batalla de Brunete. Aunque solo se refiera a uno de los dos bandos, la orden de concesión de una de estas medallas al valor es harto elocuente de la crudeza de los combates entre ambos contendientes, donde la expresión «lucha cuerpo a cuerpo» fue mucho más que una mera licencia literaria:

El 10 de julio de 1937, el capitán Antonio Dema Giraldo era jefe de la posición llamada «Loma Artillera», […] con un total de 140 hombres. A las 17.00 h., después de una violenta preparación artillera, el enemigo se lanzó al asalto en grandes masas, con apoyo de carros de combate y abundantes armas automáticas, siendo rechazado una y otra vez durante tres horas a pesar de la creciente moral que poseían los atacantes […]. El capitán conocía perfectamente las difíciles circunstancias en que se hallaba su unidad, aislada y sin contacto con otras tropas. No obstante prosiguió la encarnizada defensa de la posición, en la que el enemigo llegó a entrar […]. Cuando muertos sus oficiales no dispone ya de mandos subalternos que cooperasen a tan brillante actuación, dirigió a su jefe el siguiente parte: «Situación insostenible; Martín Estellés, muerto; Moscoso, muerto. Si esta noche no viene gente, caerá la posición por muerte de todos. ¡Arriba España! Dema». Poco después sucumbía en el momento en que, arengando a su escasa fuerza, intentaba contraatacar, saliendo con ella de las trincheras empleando los fusiles como mazas por no tener ya munición.49

Ruinas permanentes en Belchite

La sequedad de la batalla de desgaste de Brunete se iba a repetir ese mismo verano en otro lugar que también ha quedado para la memoria como símbolo de la crudeza de la tragedia española, Belchite, aún hoy en ruinas para recuerdo de lo que nunca debe volver a ocurrir: «Pueblo viejo de Belchite: / ya no te rondan zagales, / ya no se oirán las jotas / que cantaban nuestros padres», se lee en una pintada a la

entrada de la localidad.

Como sabemos, el frente nacional en Aragón era muy precario, con sus tres capitales de provincia en muy delicada situación y seriamente amenazadas primero por las columnas procedentes de Cataluña y Levante, después por unidades regulares del Ejército Popular en sucesivas operaciones de carácter local. Es lo que algunos autores proclives al bando franquista denominaron en su momento muy gráficamente el «yunque aragonés»…, que posteriormente pasaría a ser martillo. Con una topografía muy particular que desciende desde la alta montaña del Pirineo hasta lo más intrincado del Sistema Ibérico, pasando por la depresión del Ebro —casi el 50% de la cuenca del río discurre por territorio maño—, la región siempre se ha mostrado geográfica e históricamente como un lugar decisivo en las operaciones militares desarrolladas en la península ibérica.

En el verano de 1937 Zaragoza era junto a Sevilla y, desde junio, Bilbao, la tercera ciudad más importante en poder de los rebeldes. Si la capitalidad política de estos se repartía entre Burgos y Salamanca, la ciudad aragonesa era una especie de capital militar, nudo de comunicaciones y base idónea para cualquier operación a desarrollar en el cuadrante nororiental de España. Pero su situación táctica era delicada al estar muy próxima a la línea de frente, y sumamente tentadora para los republicanos por invitar a una operación de doble envolvimiento. Y esta será la maniobra concebida por el mando gubernamental para realizar entre agosto y septiembre. Aunque terminó derivando en la conocida como batalla de Belchite, fue solo una parte de la gran ofensiva contra Zaragoza, que buscaba de nuevo dos objetivos: la toma de la propia ciudad e impedir la prosecución de la campaña rival en el norte. Era la misma idea que subyacía en Brunete, pero ahora debía practicarse en Aragón, adaptándose a las peculiaridades orográficas de la zona y a las fuerzas actuantes en el teatro de operaciones, que eran el Ejército del Este en el bando leal frente a la Brigada Móvil y las de Posición en el bando rebelde.50

El día 24 de agosto, cuatro poderosas agrupaciones gubernamentales se lanzaron al ataque en ambas vertientes del Ebro con la idea de envolver en un movimiento de pinza Zaragoza. De norte a sur, flanqueada por una división, la denominada Agrupación A debía cruzar el Gállego y, desde Zuera, descender hacia los arrabales de la capital. Partiendo desde las sierras orientales, la B debía progresar por Villamayor directamente contra la urbe. La C actuaría por Osera-Fuentes de Ebro y apoyaría a la D, la más nutrida por recaer en ella el esfuerzo principal de toda la maniobra y con su flanco asegurado por un cuerpo de ejército. Y es que al sur del río, entre el Burgo de Ebro y

Belchite, el terreno es prácticamente llano, difícil para la defensiva y apto para una correría que llevara a los atacantes hasta las mismas puertas de Zaragoza por su parte meridional. No en vano los atacantes pondrían en juego una poderosa unidad de «ingenios blindados».

Contando reservas, son más de 25 brigadas mixtas próximas a los 100 000 soldados en todo el teatro de operaciones y bien apoyadas por carros de combate, artillería y aviación. A pesar de haber recibido órdenes de profundizar lo más rápidamente posible en el territorio rival sin preocuparse de las bolsas de resistencia que fueran dejando a retaguardia, los republicanos volverían a repetir el mismo error que en Brunete. Cuando la pinza más poderosa del conjunto atacante, la D, con dos brigadas internacionales a vanguardia, se topó con resistencia en las localidades de Quinto, Codo y Belchite, decidió reducirlas…, pero a costa de perder unas irrecuperables jornadas. Aunque las tres caerían tras ser sometidas a cerco, sus menguadas guarniciones se mantendrían en pie el tiempo suficiente para refrenar la ofensiva, permitiendo que las reservas locales de su bando acudieran al frente (esta vez Franco no necesitó cancelar sus operaciones en Cantabria ni desviar recursos de su masa de maniobra; recuérdese que Santander caía en su poder el día 26 de agosto. No obstante, se calcula en 90 000 el número de soldados nacionales participantes en todo el frente).

A principios de septiembre la ofensiva ha perdido brío y no puede conseguir sus objetivos estratégicos, algo para lo que la toma de Belchite el día 6 supone un parco consuelo. El que fuera jefe del Ejército del Este, el general Antonio Cordón, describe en su libro Trayectoria una conversación con el ministro de Defensa republicano que nos habla de cierto espíritu fatalista en la cúpula de las filas de este bando:

El día 23, unas horas antes de comenzar la operación llegó allí el ministro Indalecio Prieto [quien con] su habitual pesimismo me hizo en tono irónico esta pregunta:

—¿Está usted seguro de que vamos a entrar en Zaragoza?

Y al decirle yo que ciertamente así lo creía, volvió a preguntar en el mismo tono:

—Y suponiendo que tomásemos Zaragoza, ¿qué íbamos a hacer después?51

Como si contestara al general y a sí mismo, este curtido ministro socialista, Prieto, reflejaba su hartazgo y el de buena parte del mando político-militar republicano en un informe secreto posterior a la batalla:

Tantas fuerzas para tomar cuatro o cinco pueblos no le satisfacen ni al ministro de Defensa ni a nadie; menos aún cuanto todo esto sucede por los manejos políticos y la manifiesta parcialidad, maniobras y torpezas de la cantidad enorme de oficiales rusos que pululan en Aragón tratando a los militares españoles como si fueran elementos colonizados.

Lo cierto es que la alta jefatura nacional tampoco debía de estar muy contenta, pues el topónimo de Belchite desaparece de sus partes de guerra como por ensalmo el día 4 de septiembre… y las alusiones al frente de Aragón pasada la fecha de la caída del pueblo en manos rivales se limitarán a escuetos «sin novedad» o a reseñar acciones menores (no hay que olvidar que estos partes, debidamente censurados, solían ser publicados en la prensa, por lo que la mejor forma de ocultar las derrotas era sencillamente no hacer mención a los sectores donde se producían). Solo reaparecerá más de seis meses después para decir el 10 de marzo de 1938 que «la ciudad de Belchite quedó definitivamente liberada y en poder de nuestras tropas».

Es de destacar que en esta batalla los republicanos emplearon gran número de vehículos, entre ellos un centenar largo de carros de combate del robusto modelo T-26 y del novedoso y veloz BT5, ambos soviéticos y sin duda los dos mejores tanques de la guerra, muy superiores en prestaciones —armamento, blindaje, velocidad— a los alemanes e italianos empleados por los nacionales. En cualquier caso, es el momento de decir que ninguno de los dos contendientes los utilizó como arma decisiva, esto es, de forma masiva para realizar las rupturas del frente, limitándose a dispersarlos entre las unidades. A decir verdad, por aquellos años la doctrina acorazada no estaba plenamente desarrollada, en parte debido a que la técnica iba un paso por detrás de la teoría y los ingenios necesitaban ser mejorados hasta dar con las fiables máquinas que tiempo después protagonizarían la Segunda Guerra Mundial.

Una visita al pueblo viejo de Belchite en la actualidad, además de estremecedora, nos habla de la dureza de los combates que allí tuvieron lugar durante aquel tórrido verano. Calle por calle, edificio a edificio, estancia por estancia, los republicanos fueron liquidando a los obcecados defensores; quedó tras la batalla un pueblo fantasma y en ruinas. Cuando la bella iglesia de San Martín de Tours cayó finalmente el día 6 de septiembre de 1937, los soldados, vencedores o vencidos, estaban exhaustos. Porque Brunete y Belchite fueron, al final y ante todo, encuentros de infantería de una dureza difícil de imaginar. Dos testimonios enfrentados nos hablan de ello; el primero se refiere a los atacantes:

Los hombres del batallón Lincoln avanzaron directamente sobre Belchite y empezaron el combate casa por casa. Las bajas aumentaron rápidamente. Wallace Burton, a quien le gustaba entablar duelos con francotiradores fascistas, recibió un disparo entre las cejas. «Todavía no me puedo creer», escribió su amante Millie Bennett, «que mi querido, robusto, vital y amante de la vida sea ahora parte de la llanura árida de Aragón». […] Hans Amlie sufrió un disparo en la cabeza [y] Robert Merriman, posiblemente para calmar su sentimiento de culpa, dirigió de forma imprudente un asalto con granadas de mano que le dejó la cara desgarrada por la metralla.52

Y el segundo a los defensores:

El mejor refuerzo es la presencia del comandante Santa Pau. Hay que verle con sus dos pistolas, su puñal y sus granadas al cinto asomarse a las trincheras, despreciar el peligro, disparar, moverse incansable de un lugar a otro, dar órdenes. Tal como guerreaba tendría que morir, defendiéndose con el cuchillo dentro de una trinchera cuando sus pistolas estaban ya vacías. […] La noche ha sido interminable; la guerra está lejos, el frente perdido. Cuatro hombres [del enemigo] exclaman: «Están todos muertos… Bien muertos». Registran sus bolsillos y echan abajo los cadáveres. Estremecidos, escuchamos el ruido de los cuerpos al ser arrojados pesadamente contra las losas.53

Como aseveraría Ernest Hemingway en una de sus apasionadas crónicas, los españoles, sin distinguir bando, «tenían una forma de

luchar que no se sabe si calificar de histérica o temeraria»54. En pocos meses el yunque aragonés volverá a ser tentado, esta vez entre nevadas y en Teruel, terminando 1937 y comenzando el 38. Pero antes de seguir adelante conviene detenerse a estudiar dos guerras olvidadas y estrechamente relacionadas entre sí, la de las pesetas y la de los mares. Porque, además de sangre, sudor y lágrimas, toda guerra cuesta dinero. Mucho dinero.

———————

47 MODESTO, Juan: Soy del Quinto Regimiento , París, Librairie du Globe, 1969.

48 LÍSTER, Enrique: Nuestra guerra, op. cit.

49 Diario Oficial n.º 19/46, recogido en Galería Militar Contemporánea , Servicio Histórico Militar, 1984.

50 Ver mapa «Campañas y batallas entre abril y diciembre de 1937».

51 CORDÓN, Antonio: Trayectoria , París, Ebro, 1971. La portada es de Rafael Alberti.

52 CARROLL, Peter: La odisea de la Brigada Abraham Lincoln , Sevilla, Renacimiento, 2006.

53 IZQUIERDO, Amaro: Belchite a sangre y fuego , Barcelona, Acervo, 1976.

54 HEMINGWAY, Ernest: Despachos de la Guerra Civil española , Barcelona, Planeta, 1989.

¿Quién paga todo esto?

El hecho bélico ha estado condicionado a lo largo de la historia de la humanidad por el subyacente económico, tanto en sus causas como en su desarrollo y consecuencias. A partir de la Revolución Industrial, la interrelación entre finanzas y guerra parece más que evidente. La afirmación es válida incluso para la España de los años treinta, una nación atrasada y todavía marcadamente agrícola. Porque se lucha por los recursos y por los territorios, también por la ideología o forma de entender cómo se deben administrar los factores productivos, por definición escasos: tierra, trabajo y capital. En este caso, un bando, el franquista, quería implantar su modelo socioeconómico, que primaba el beneficio empresarial como factor preponderante sobre la masa laboral; y el otro, el frentepopulista, luchaba por un modelo donde la fuerza de trabajo fuera el recurso privilegiado. Y lo demás, como decía Salvador de Madariaga, es retórica…

Por otro lado, la peculiar geografía española condiciona cualquier conflicto que tenga lugar en su solar. La principal singularidad es su forma de península, con la muy accidentada cadena de los Pirineos que comunica al país con el resto de Europa mediante pasos de montaña, pero también lo aísla, convirtiéndolo casi en una enorme isla con un perímetro de más de 3800 kilómetros y aproximadamente 8000 de costa. Un vastísimo litoral repartido en seis dominios bien diferenciados: el mediterráneo peninsular, el mediterráneo de las islas Baleares, el cantábrico, el atlántico peninsular —Galicia y Huelva-Cádiz—, el atlántico canario-saharaui —con la extensión de Guinea por aquel entonces— y el del protectorado en el norte de Marruecos, hoy reducido a las ciudades de Ceuta y Melilla.

Dada una situación de conflicto, las armadas de las potencias están para algo más que para hundir buques contrarios. O, mejor dicho, para hacerlo como requisito previo, o simultáneo, de su doble objetivo primordial: mantener abiertas las rutas comerciales propias y prohibir al rival las suyas. Porque la inmensa mayoría de las ayudas que recibieron unos y otros en la guerra, ya fueran de armamento, materias primas, combustible, alimentos o cualquier otro tipo de

bienes, afluían a sus respectivas zonas fundamentalmente por mar. Es decir, las economías de ambos Estados en lucha fratricida dependían del control de las aguas. Si los republicanos dilapidaron su gran ventaja inicial en unidades de combate, los nacionales comprendieron desde el primer momento las implicaciones de no contar con una marina de guerra, serio inconveniente que se dispusieron a paliar con los escasos medios a su alcance y con una figura desconocida pero clave como jefe de la escuadra, el almirante Francisco Moreno («No quiero más Santiagos de Cuba» era su lema).

Por tanto, lejos de los arrabales de Madrid o de los campos de batalla del Jarama y Guadalajara, lejos de los montes bilbaínos o astures, muy lejos de Brunete y los secarrales de Belchite, ocurrieron paralelamente dos guerras aún hoy en gran medida desconocidas para el gran público. La primera de ellas se luchó con billetes y monedas, en campos de labranza o fábricas industriales, en bolsas de valores y gabinetes financieros, en consejos de administración o comunas colectivizadas. Fue la guerra económica. La otra, estrechamente relacionada con la anterior, se combatió en los mares, con pocos encuentros decisivos entre las flotas antagonistas pero con una trascendencia tal que, de no haber sido por su dominio en ella, los vencedores de la contienda jamás hubieran podido alzarse con el triunfo. Fue la «silenciosa y silenciada» guerra naval.

La batalla de las dos pesetas

A primera hora de la mañana del día 25 de octubre de 1936 cuatro buques soviéticos, el Jruso, el Kim, el Neva y el Volgores, zarpaban de Cartagena en el más absoluto secreto. Tras abandonar las aguas jurisdiccionales españolas derivaron hacia el sur para evitar la enemiga isla de Mallorca, acercándose a las costas argelina y tunecina. Viajaban convoyados pero sin protección para no levantar sospechas en la marina de la Italia fascista. Tras cruzar el canal de Sicilia, penetrar en el Egeo y pasar los Dardanelos, los navíos se adentraron en el mar Negro en demanda del litoral ruso, y arribaron tras casi diez días de navegación a su destino: el puerto de Odesa. En cada uno de ellos viajaba un alto funcionario del Banco de España con el mandato de supervisar el conteo junto a funcionarios de la hacienda soviética una vez se realizara formalmente la entrega (los primeros «solo» fueron retenidos contra su voluntad por Stalin hasta bien entrado

1938; los segundos fueron liquidados). Estibadas en las bodegas de los cuatro barcos, 7800 cajas transportaban 510 toneladas de oro en su mayor parte fino o amonedado (más valioso que el moldeado en lingotes). Representaban el 70% de la riqueza fiduciaria española anterior a la guerra.

Pero ¿quién tomó la decisión de trasladar las cuartas reservas de oro más importantes del mundo a Rusia? Más: ¿cómo y por qué? Aunque la respuesta política sigue siendo controvertida, el hecho histórico está suficientemente documentado. Así, el catedrático Pablo Martín Aceña55 contesta a estas preguntas y sugiere otras nuevas:

Las reservas del Banco de España se trasladaron dos veces. Primero, en el mes de septiembre, a los polvorines de La Algameca, ubicados en la Base Naval de Cartagena; y un mes después al centro de Moscú. […] En ambos casos, las órdenes salieron de Negrín, ministro de Hacienda de la República, si bien contaron con la plena aquiescencia del presidente del Gobierno, Largo Caballero. ¿Por qué se eligió Moscú? ¿No hubiera sido más lógico depositarlo en París, en Londres, en Zúrich, o quizá haberlo embarcado rumbo a Nueva York? ¿Por qué no se conservó el oro en los polvorines de La Algameca, donde no parece que las reservas corrieran un grave peligro? […]Moscú no era una plaza financiera importante y España no tenía vínculos comerciales estrechos con la Unión Soviética. La decisión fue verdaderamente extravagante: significó poner en manos de una burocracia impenetrable, desconocida y a la pavorosa distancia de 4616 kilómetros un tesoro descomunal. […] Negrín puso las reservas metálicas en manos de Stalin porque este se comprometió a enviar armas; y Stalin suministró armas a la República porque Negrín se comprometió a depositar 510 toneladas de metal en Moscú. […] Sin oro español no había armas soviéticas.

El resto de las existencias del metal precioso hasta completar las 707 toneladas existentes al inicio de la guerra se vendieron en Francia (salvo una pequeña remesa que permanecía en depósito en la sucursal de Mont de Marsan del mismo país, recuperada por el Estado español al acabar la guerra). Hubiera o no otras alternativas, lo cierto es que la República consumió todo el oro del país, una decisión controvertida pero un hecho consumado, pues la URSS, una vez recibidos los embalajes, entregó a cambio grandes cantidades de armamento y alimentos.

El Gobierno de Burgos, por su parte, conseguía durante ese mismo período apoyos de igual tipo endeudándose, y devolvió religiosamente la deuda a la Alemania nazi —otra potencia impenetrable— y menos estrictamente a Italia. Se daba así la paradoja de que el bando con dinero cedió su poder de negociación al extranjero, teniendo que recurrir luego al mercado negro y al pago de precios exorbitantes por la adquisición de materiales, mientras que el bando sin dinero pudo acceder a proveedores no baratos pero sí fiables en sus entregas. La guerra fue financiada con el ahorro amasado por los españoles en el pasado (reservas de metales preciosos por parte gubernamental) y con el trabajo de los españoles a futuro (empréstitos, con sus correspondientes intereses, por parte nacional).

La primera consecuencia económica de la partición resultante de una Guerra Civil es la fractura del mercado interior. Todos los mecanismos fiscales, financieros, industriales, aduaneros, estatales, agrarios, comerciales, etc., quedan partidos por la mitad, lo cual obliga a cada bando a completar la falta de recursos generada por la nueva situación mediante nuevas soluciones, bien maximizando los medios que han quedado en su poder, bien recurriendo a ayudas externas, bien empleando ambas opciones de forma simultánea. La política económica de tiempos de paz pierde su sentido y los beligerantes deben acudir a fórmulas para levantar una economía de guerra —tan diferente a la de cualquier otra contingencia— y encontrar un nuevo punto de equilibrio en sus respectivos espacios.

La imposición de un mando político unificado en la figura del general Franco en la zona rebelde ayudaría en este proceso, mientras que la dispersión de organismos en la leal lo complicaría enormemente. Aparte de convivir en su territorio desde formas de producción libertarias a nacionalizaciones de empresas, lo cierto es que la República diluyó sus poderes en al menos seis administraciones distintas, cuando no contrapuestas: la del Gobierno central, la catalana, la vasca, el Consejo Revolucionario de Aragón, el Consejo de Asturias y León y el Consejo Interprovincial de Santander, Burgos y Palencia. La atomización de partidos y sindicatos, cada cual obrando según sus propias ideas socioeconómicas, dificultaría aún más el proceso, especialmente en el transcurso del primer y crucial año de hostilidades.

Y aunque el dinero es fundamental, no lo es todo en economía. Antes que armas y municiones, los soldados necesitan ser alimentados convenientemente, también la población por la que combaten. El que los sublevados se hicieran con el 70% de la capacidad agrícola, ganadera y pesquera de España en los primeros días del golpe de

Estado explica en gran medida la falta de penurias alimenticias en su bando, al menos durante el tiempo que duró la contienda. Disponían de la práctica totalidad de la producción de trigo, fundamental, y leguminosas, de dos terceras partes de la de patata, del 90% de la azucarera, la mayor parte del ganado mayor y la industria de cabotaje de Galicia, Huelva, Cádiz, Mallorca, norte de Marruecos, Canarias más los bancos del Sáhara y los guineanos. Por otro lado, al ser el único de los dos beligerantes que fue conquistando regiones, su tejido productivo se vio beneficiado a medida que contaba con nuevos territorios y factores productivos. Otro dato de importancia económica: en contra de lo que la propaganda pueda sugerir, el bando nacional movilizó de forma más eficaz a las mujeres, pues al final de la contienda la Sección Femenina de Falange contaba con 600 000 miembros, más que todas las organizaciones del bando republicano juntas.

La zona leal al Gobierno, por su parte, disponía del 90% de la producción de agrios, el 80% de la de arroz, el 50% tanto de aceite como de vinos, la gran mayoría de la producción hortofrutícola y la pesca mediterránea, todas ellas interesantes para la exportación a cambio de divisas, pero insuficientes para completar un consumo interno básicamente privado de cereales (hidratos de carbono) y carnes (proteínas). Ello provocó enseguida escasez de alimentos, luego auténticas penurias, y finalmente hambruna, por lo que la España republicana hubo de recurrir muy pronto al racionamiento.

La revolución que se desarrolló en el bando republicano redujo, además, la eficiencia en las tareas agrícolas. Se calcula en más de cinco millones de hectáreas la tierra expropiada (más del 40% de la superficie útil), con centenares de comunas. Contando solo las reconocidas por el Instituto de Reforma Agraria —y sin considerar Cataluña, donde este organismo no operaba—, hubo unas dos mil quinientas colectividades, más de un cuarto de ellas anarquistas y el resto mixtas o de UGT, con principal implantación en las provincias de Córdoba, Jaén y Granada y, en menor medida, Ciudad Real, Albacete y toda la región de Valencia. Por eso, en cuanto comenzó la intervención soviética, los comunistas recibieron directrices de respetar la iniciativa privada —excepto en ciertas industrias de carácter estratégico— y de embridar el proceso revolucionario. Su objetivo era doble: no atemorizar a la opinión pública internacional y ganarse adeptos en la población local, lo que consiguieron entre los pequeños propietarios, las clases medias y en gran parte de la oficialidad del ejército leal, al considerar que la disciplina del PCE era el mejor antídoto contra el terremoto libertario.

Lo segundo que necesita una economía bélica es armamento, municiones sin tasa, uniformes y pertrechos de todo tipo. La mayoría de las industrias bélicas (armas y municionamientos, vestuario y complementos, vehículos de todo tipo, producción aeronáutica y naval) quedaron en poder de los republicanos, si bien una gestión ineficiente, debida en gran parte a los mencionados fenómenos de las colectivizaciones y de la fragmentación política, llevó a que no pudieran surtir convenientemente al Ejército Popular, que requirió desde muy pronto apoyos externos. Porque lo cierto es que la correcta política de nacionalizaciones y centralización del Gobierno de Negrín a partir del verano de 1937 llegaría demasiado tarde. La dispersión de poderes —legales o alegales, sindicales o partidistas— impidió la puesta en marcha a tiempo de una política económica común, coordinada y eficaz, superadora de cualquier veleidad secesionista o revolucionaria. Porque hasta ese momento en realidad «la España republicana constituía, más que un solo Estado, una aglomeración de repúblicas independientes»56.

Los nacionales desarrollarían una política económica unificada y completamente enfocada en ganar la guerra, con un fuerte grado de intervención que solo contemplaba tres tipos de fábricas: las militares, las militarizadas y las movilizadas total o parcialmente. Las producciones de carbón, hierro y cobre obraban mayormente en su poder, sin duda una gran ventaja. También disponían de suficientes fuentes de energía, con una gran parte de las trescientas cincuenta centrales hidráulicas y de las ciento treinta térmicas en su poder. A partir de la campaña del norte los franquistas pondrían casi a pleno rendimiento las fábricas tomadas a un enemigo que las más de las veces descartó la estrategia de «tierra quemada» para no destruir riqueza.

El servicio de recuperación de materiales en que Franco puso mucho interés contribuyó con eficacia a mantener engrasada la maquinaria, poniendo en servicio con prontitud tanto el parque armamentístico como las infraestructuras que iban quedando dañadas. Un organismo naval, la Comisión de la Armada para Salvamento de Buques, iba haciendo lo propio cuando se adueñaba de puertos y buques rivales de todo tipo, lo que mejoraba las posibilidades comerciales de los insurgentes. Pero, dada la magnitud de la conflagración y el crecimiento de su ejército, estos dependerían también en gran medida de la ayuda foránea para reforzar su aparato bélico, gran consumidor de bienes. Por ello, un puñado de buenos economistas —el subgobernador del Banco de España, Pedro Pan; empresarios, industriales, funcionarios, oligarcas y prohombres de las finanzas— trabajó desde el primer momento para el Gobierno de Burgos,

ordenando la planificación de una auténtica economía de guerra. No en vano los primeros organismos políticos creados por los nacionales fueron las comisiones del Tesoro Nacional y Hacienda, Obras Públicas, Agricultura y Trabajo Agrícola e Industria, Comercio y Abastos.

Pecunia nervus belli: 'el dinero es el alma de la guerra'… y el flujo sanguíneo de las economías modernas. La peseta era la moneda oficial de España en los años treinta y su cotización en los mercados internacionales, dadas las turbulencias vividas durante la II República, era despreciable. Fue en la política monetaria donde el caos instalado en la zona leal se hizo más patente. A finales de 1937, más de dos mil organizaciones diferentes —públicas, autonómicas, de partido o sindicalistas— habían emitido cerca de siete mil clases de billetes. En algunos lugares de predominancia anarquista se suprimió el dinero en favor del trueque o fue sustituido por nuevos signos monetarios diferentes de la peseta. Pecaban, según la ministra Federica Montseny, de «infantilismo revolucionario». Resultado: inflación, pérdida de valor de la moneda republicana y caída en picado de su poder adquisitivo: 100 pesetas de julio de 1936 equivalían a unas 50 un año más tarde, a 8 en el mismo mes de 1938 y a menos de 0,5 un mes antes de finalizar la contienda. Un colapso del sistema fiduciario.

Porque los ácratas habían decidido, sin contar con otras fuerzas de su bando, cómo resolver el dilema entre hacer la guerra o hacer la revolución:

Nosotros luchamos contra el privilegio y no por la nación. Por la Libertad y no por la patria. Por la Anarquía y no por la República. Exponemos nuestra vida para beneficio colectivo y no de una casta atrincherada en la impunidad. Mientras quede uno de nosotros en pie, la Revolución Social [tendrá] combatientes, con la pluma o con los puños, con la palabra o con el fusil. No hacemos la guerra… Nosotros hacemos la Revolución.57

Y así es muy difícil ganar en una contienda de esta magnitud.

Los nacionales optaron también en este campo por una fuerte centralización; les impulsaba a ello una cuestión práctica y otra, en menor medida, ideológica, pues no en vano ciertos sectores falangistas abogaban por una especie de nacionalización de la banca. Burgos adoptaría al menos siete medidas sumamente eficaces. Primera, requisar todas las reservas de oro que hubieran quedado en regiones

bajo su control, ya fuera en sucursales del Banco de España o en manos de particulares. Segunda, recurrir al inevitable Juan March, a sus riquezas y sus contactos en el mundo financiero internacional (especialmente en la banca de Inglaterra más algunos lobbies de origen judío). Tercera, aprovechando la estructura de recaudación que los carlistas navarros habían mantenido clandestinamente, levantar una hacienda pública extrapolable a todo el territorio nacional. En cuarto lugar, estampillar los billetes de su zona para diferenciarlos de los de la contraria, paso previo para, quinto, emitir moneda propia, y, sexto, buscar la legitimidad en los mercados internacionales de su peseta, cuya cotización comenzó a apreciarse. En último lugar, pero de forma muy inteligente, emplear las cantidades de dinero capturadas al enemigo para reintroducirlas en su territorio y generar un proceso inflacionista que acabaría por devorar la economía republicana. Se trataba, por tanto, de una guerra económico-financiera en toda regla y perfectamente coordinada con las operaciones estrictamente bélicas.

Toda guerra suele generar escasez; la escasez, tensiones inflacionistas, y estas, por su parte, una inevitable pérdida del poder adquisitivo del dinero. Si la inflación de los nacionales fue al alza pero de una forma controlada, la de la zona gubernamental se desbocó hasta llegar a situaciones de hiperinflación. He aquí un extracto del cuadro resumen realizado por el profesor Sánchez Asiaín58 para explicar el fenómeno. Una tabla que quizá valga más que mil palabras… o mil mapas de batallas:

Poder adquisitivo de la peseta republicana y de la peseta nacional
(Base julio 1936=100; datos Servicio de Estudios del Banco de España)

Fecha (e hitos más importantes)	Peseta republicana		Peseta nacional		Valor de la peseta republicana Vs. peseta nacional (%)
	Poder adquisitivo	Índice de precios	Poder adquisitivo	Índice de precios	
1936 Julio (sublevación)	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
Octubre (antes de la batalla por Madrid)	89,7	111,5	95,1	105,2	94,3
1937 Enero (después de la batalla Madrid)	75,8	131,9	89,9	111,2	84,3
Julio (batalla de Brunete)	46,7	214,1	87,6	114,2	53,3
1938 Enero (batalla de Teruel)	21,4	467,3	80,8	123,8	26,5
Julio (comienzo batalla Ebro)	7,8	1.282,1	79,3	126,1	9,8
1939 Enero (Cataluña)	1,6	6.250,0	72,8	137,4	2,2
Marzo (último mes)	0,1	>15.000	71,1	140,6	0

En cuanto al comercio, la mayor parte de la flota mercante quedó en manos republicanas. En ella estaban incluidos los excelentes buques de las empresas petroleras, barcos propios de las compañías de mineral de hierro, trasatlánticos y unidades de gran porte. Pero de nuevo una más contundente actuación de los sublevados invirtió esta ventaja inicial, maximizando los trayectos de las embarcaciones que habían quedado en su poder y empleando otras bajo bandera de países amigos. En los primeros tiempos de la guerra resultó fundamental la ayuda prestada por Portugal al facilitar el desembarco en sus puertos de pertrechos para el bando franquista. Y aunque ninguno de los dos ejércitos sufrió penurias de combustible —con matices—, los grupos de presión pronacionales en Estados Unidos lograron que la petrolera Texaco asegurara «ríos de petróleo» a la España de Franco, con condiciones de pago sumamente ventajosas —«No se preocupen por el

pago», les dijeron a los emisarios nacionales—. Lo mismo hicieron las empresas General Motors, Chevrolet, Dodge o Ford para la adquisición de coches, motocicletas, camiones y vehículos de toda condición que favorecerían la motorización de las fuerzas sublevadas: «Sin el petróleo americano, sin los camiones americanos, sin lo créditos americanos nunca hubiésemos ganado la guerra»59.

Es precisamente en el apartado de las rutas comerciales y de los combustibles donde la política económica se entrelaza más estrechamente con la guerra naval, una campaña que resultaría crucial por la confluencia de dos factores: la toma de la iniciativa por parte del bando sublevado contra la dejación de funciones por parte de la (sobre el papel) flamante y autodenominada «Flota Roja».

«El imperio vendrá por los caminos del mar»

60

Como todas las instituciones civiles o militares, la Armada española de 1936 se dividió en dos porciones antagónicas. Pero, a diferencia de otras, vivió dos traumas simultáneos en los primeros días del estallido de julio: la sublevación contra el Gobierno de parte de su oficialidad —con o sin buques, en bases y arsenales— y el amotinamiento de gran parte de las dotaciones contra sus mandos —principalmente en los navíos, también en puertos y otras dependencias marítimas—. Como en casi todas las flotas de los países occidentales, los jefes y oficiales de la marina formaban un cuerpo muy cerrado, celoso de sus tradiciones y por lo común de ideología muy conservadora. Las tripulaciones, por contra, y como había ocurrido en la Rusia soviética o en la Alemania de finales de la Primera Guerra Mundial, tenían una sólida conciencia política de izquierdas, lo que quizá se explica por su oficio técnico, por las duras condiciones de vida a bordo y por la propaganda ejercida sobre ellas al considerarlas un importante reservorio revolucionario.

Resultado: muy pocas unidades permanecieron en manos de los nacionales, si bien quedaron al mando de figuras de fuerte personalidad y muy comprometidas con la rebelión; así el que el Gobierno de Burgos nombraría enseguida como jefe de la flota nacional, Francisco Moreno Fernández. Amigo personal de Franco, a pesar de su delicada salud y de la precariedad de los medios puestos a

su disposición, se embarcó en los primeros días de la guerra enarbolando su insignia en el omnipresente e imponente crucero Canarias y ya solo tocaría tierra en contadas ocasiones, trasmitiendo a aquella marina un espíritu ofensivo que terminaría por conferirle la iniciativa en los mares.

En el otro lado, muchos buques quedaron para la República, pero tras «liquidar» a la mayor parte de la oficialidad embarcada e imponer comités revolucionarios, la flota gubernamental se encontraba descabezada, problema que tardaría mucho tiempo en resolver y nunca a plena satisfacción. Porque los barcos necesitan de personal subalterno pero, en guerra, precisan sobre todo de mandos que los sepan gobernar y se identifiquen con las misiones de combate. Recibidas las órdenes, la dirección de un buque debe mucho a la iniciativa particular de su jefe, algo que no se improvisa. Si la Flota Roja había conseguido rápida y expeditivamente uno de sus propósitos, convertirse en una auténtica escuadra revolucionaria, fue a costa de la eficacia operativa, lo que tendría dramáticas repercusiones para el bando gubernamental. O en palabras del consejero ruso y luego jefe de la flota soviética, almirante Kuznetsov:

Al quedarse sin oficiales, la inmensa mayoría de los cuales se había pasado a Franco o había sido neutralizada al comienzo de la sublevación, el personal de la Flota comprendía que había que luchar contra los fascistas para defender la República [y] acatar las órdenes del Comité Central y de los comités de a bordo. Esto se hacía con el deseo sincero de aplastar al enemigo, poniendo en ello el máximo de esfuerzos. Por desgracia, estos esfuerzos no estuvieron organizados y encauzados como correspondía a la consecución de un objetivo único. Una vez libres del yugo de los oficiales, los marineros no querían volver a la vieja disciplina. Y se comprendía. Pero lo que aún no les entraba en la cabeza era que las nuevas circunstancias exigían una disciplina todavía mayor.61

La guerra naval española se desarrolló en tres fases, en parte solapadas, en parte sucesivas, pero bien delimitadas y todas ellas marcadas por la tiranía de la geografía. Primero, la etapa de las operaciones en la zona del estrecho de Gibraltar; segundo, la desarrollada en las costas del Cantábrico, y por último, pero fundamental, la campaña en las costas del mar Mediterráneo. Aunque ambas Españas tenían frontera terrestre con Francia y con Portugal

(esta última completamente dominada por los rebeldes desde la toma de Badajoz), las dos iban a necesitar de las comunicaciones marítimas para sus intercambios internacionales, consistentes en las actividades de exportación-importación anteriores a la guerra, ampliadas ahora a las necesidades impuestas por la contienda.

Las armas y pertrechos procedentes de Alemania o Italia, de la URSS o de México, el combustible estadounidense o rumano, las manufacturas de los Países Bajos o del Reino Unido llegaron en su inmensa mayoría por mar, sin perjuicio del comercio terrestre por los pasos mencionados o de algunos transportes por avión, todavía de poca entidad por aquellas fechas debido a la escasa capacidad de carga de los aparatos en servicio. Dadas las peculiaridades del tráfico naval y del derecho marítimo, todo ello se desenvolvió en un clima internacional muy tenso y que seguía muy de cerca las vicisitudes de la contienda.

Las siguientes eran las rutas marítimas más importantes para cada bando. Para la República, que recibe flujos provenientes de la URSS, habrá tres principales: la ruta del mar Mediterráneo (desde Odesa a Barcelona, Valencia, Alicante o Cartagena, usada principalmente en los primeros meses de la ayuda soviética); la del Báltico (desde Leningrado a Gijón, Santander o Bilbao, empleada en 1937 y hasta la caída del norte) y la del mar de Barents (desde Murmansk a El Havre o Burdeos y, desde ahí, por tierra, a la frontera), muy complicada y empleada solo hacia el final de la guerra. Para los nacionales, otras tres vías: el tráfico alemán (desde el mar del Norte —Hamburgo-Kiel— a El Ferrol o La Coruña, Cádiz-Sevilla y, alternativamente, a Lisboa —al principio de la contienda—); el tráfico fascista (desde diversos puertos italianos directamente a Baleares, Marruecos o el sur de España) y el procedente de Estados Unidos (desde la costa este norteamericana hasta el sur de la península o Canarias, por la existencia en las islas de refinerías de petróleo).

La primera fase fue de relativo predominio republicano, con el grueso de la escuadra en su poder y una posición acechante en aguas del estrecho. La segunda fue de equilibrio, con los nacionales acelerando sus esfuerzos por alistar unidades en construcción, cruceros auxiliares (mercantes a los que se dotaba de artillería) y unidades menores como los bous armados (pesqueros movilizados). En este período los franquistas lograrán imponerse con muchas dificultades en el Cantábrico, apoyando por el fuego las operaciones terrestres y practicando un bloqueo intermitente —dada la escasez de sus fuerzas — pero a la larga muy eficaz contra los puertos más importantes de la región, Bilbao, Santander y Gijón. La tercera fase será de claro

predominio de los sublevados. Aunque la flota gubernamental sigue siendo poderosa, los nacionales disponen ya de efectivos si bien nunca numerosos, sí suficientes; gozan de la iniciativa y de un espíritu agresivo que los llevará a controlar el litoral mediterráneo y les permitirá, además, realizar incursiones lejanas contra el tráfico contrario, protegiendo siempre el propio.

El almirante Moreno pasará en esos días a ser nombrado jefe de las Fuerzas de Tierra, Mar y Aire del Bloqueo del Mediterráneo, un bloqueo esta vez cercano y sumamente efectivo. Baleares impone su hegemonía geobloqueante y puede decirse que la ayuda aeronaval de la Italia fascista, conocida pero no suficientemente estudiada, se muestra decisiva. El control de las rutas no se limitaría a las proximidades del litoral, sino que se extendería hacia el océano Atlántico por el oeste, hasta el canal de la Mancha por el norte y hasta el mar Negro por levante, de donde procedía en principio la ayuda soviética y también la ruta del petróleo desde Constanza (Rumanía). Auténticas embarcaciones corsarias, es decir, camufladas como inofensivos barcos, se acercaban a sus presas y entonces izaban la bandera bicolor y procedían al abordaje y la captura del buque enemigo (español republicano o extranjero con mercancías para este bando). Por su parte, la República cometió el error de suprimir el Estado Mayor de la Armada para sustituirlo por una simple jefatura de operaciones, lo que impidió el desarrollo de una estrategia coherente.

Zafarrancho de combate

En los primeros días de la guerra, a medida que prendía la sublevación, los buques que quedaron en zona leal se fueron concentrando en el puerto internacional de Tánger, si bien por poco tiempo dada su condición de plaza de soberanía compartida. Su objetivo inmediato será impedir el paso de los contrarios desde África a la península, lo que realizan con éxito pero sin la contundencia que hubieran podido desplegar en función de la supremacía de sus medios. Emplean la base principal de Cartagena y la avanzada de Málaga (hasta la caída de esta ciudad en febrero de 1937). Los nacionales se ven obligados a dividir sus ya de por sí exiguos recursos, para lo que alistan deprisa y corriendo el arrumbado acorazado España que, junto al destructor Velasco, se encargará de las costas cantábricas.

Al crucero Almirante Cervera se unirá en septiembre el buque más

poderoso de la Armada española en aquel momento, el Canarias. Ambos, encargados de las operaciones en el Mediterráneo, realizan a finales de dicho mes un fulgurante raid en aguas del estrecho, echando a pique un destructor contrario, el Almirante Ferrándiz, y averiando otro, el Gravina (combate del Cabo Espartel). Aunque los gubernamentales disponen de muchas más unidades de este tipo, el efecto psicológico de esta acción es enorme, de tal suerte que los comités de los barcos republicanos, todavía no sometidos a la disciplina que impondrá el ministro Indalecio Prieto, evitarán durante un tiempo las salidas o las realizarán de forma muy tímida. Apenas consiguen dar protección a los mercantes que se acercan a sus puertos y siempre en aguas muy próximas a la costa española.

No obstante, el grueso de la flota republicana realiza por esas mismas fechas una acción muy interesante desde el punto de vista estratégico, aunque no culminada por falta de reiteración de esfuerzos. El acorazado Jaime I, los cruceros Libertad y Cervantes, seis destructores y un puñado de submarinos se desplazan al norte al objeto de arrebatar la iniciativa en el Cantábrico a sus rivales. Es entonces cuando les sorprende la noticia del combate contra los dos cruceros nacionales en el estrecho y deciden volver a su base de Cartagena, con lo que pierden de facto la iniciativa en ambos teatros operativos.

Meses después, en paralelo a la campaña terrestre desarrollada en el País Vasco, el Gobierno de Franco decretará el bloqueo de Bilbao (abril de 1937), con lo que

las Fuerzas Navales del norte se refuerzan […]. Pero la postura inglesa de no reconocimiento de beligerancia, y su protección incluso en aguas jurisdiccionales de mercantes españoles o de terceros pabellones en demanda de puertos republicanos, dificultan la efectividad del bloqueo. No hay que olvidar que los ingleses tuvieron permanentemente en aguas del norte un acorazado, algún crucero de batalla y hasta seis destructores, por lo menos, vigilando estrechamente el acceso a los puertos bloqueados.62

Protegía así la Royal Navy el tráfico del mineral de hierro, y cuando las cuencas norteñas cayeron en poder franquista mantuvieron abierta esta importante ruta comercial. Para Londres esto era mucho más importante que el hecho de que ganaran unos u otros. Quizá por eso Churchill, con su característica ironía, afirmó que en la guerra de

España «Francia había sido neutral; Inglaterra estrictamente neutral».

Aunque no hubo en toda la guerra una batalla naval propiamente dicha, se producen encuentros duros… y épicos; así relataba en una columna periodística el escritor Arturo Pérez-Reverte uno de ellos, ocurrido precisamente en aguas del Golfo de Vizcaya (combate de cabo Machichaco)63:

El 5 de marzo de 1937, durante una acción contra un pequeño convoy republicano, las 13 000 toneladas y las cuatro torres dobles del Canarias, capaces de disparar proyectiles de 113 kilos, se enfrentaron a un humilde bacaladero de la Euzkadiko Gudontzidia —ikurriña en la proa y bandera española con franja morada a popa— armado con solo dos cañones de 101,6 milímetros. El combate fue brutal y sangriento: durante una hora, maniobrando con tenacidad suicida entre una fuerte marejada, el comandante del Nabarra, Enrique Moreno Plaza […] y los cuarenta y ocho hombres de la dotación, lograron arrimarse lo bastante al crucero enemigo para sostener un combate que sus propios adversarios, en el parte oficial, calificarían de «eficaz y admirable». Y al fin, en llamas, sin arriar bandera, el pequeño Nabarra se hundía […]. Con ellos murió también el cocinero, Pedro Elguezábal, que mientras se iban a pique, animado por una botella de coñac, enseñaba al Canarias un cuchillo desde la borda gritando: «Venid si tenéis huevos, cabrones».

A pesar de ello, el bloqueo cada vez es más eficaz, las acciones de guerra al corso en el Atlántico son contundentes y la flota nacional va asfixiando a la economía republicana, al tiempo que garantiza el comercio propio.

Durante el segundo trimestre de 1937 ocurren tres acontecimientos navales de importancia. En abril, el acorazado España resulta hundido tras chocar contra una mina, por más que la aviación gubernamental se atribuyera el éxito; en cualquier caso, la pérdida de «el Abuelo» supone un gran efecto moral, negativo para los rebeldes, muy positivo para sus rivales. En mayo, el acorazado de bolsillo Deutschland de la Kriegsmarine alemana, en misiones de control naval siguiendo las políticas de «contención» del Comité de No Intervención, es bombardeado supuestamente por error por dos katiuskas republicanos en el puerto de Palma de Mallorca; los daños son de consideración y el número de muertos sobrepasa los treinta. Como represalia, Hitler

ordenará el bombardeo de la ciudad de Almería, subiendo la temperatura internacional de la guerra a máximos. Finalmente, en junio, el acorazado republicano Jaime I quedará hundido en Cartagena tras una explosión interna mientras reparaba averías causadas por un bombardeo aéreo enemigo.

Al respecto de la acción de represalia contra Almería, Indalecio Prieto confesaría más tarde en su importante informe Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional64 que

en aquel Consejo [de Ministros] yo propuse buscar a la flota alemana, autora de la agresión, en el puerto donde estuviera refugiada, fuese Palma, Pollensa, Ceuta, Cádiz o Málaga, donde se hubiere metido, y con la masa de aviones de bombardeo, que entonces teníamos en número considerable, realizar como represalia una agresión contra dicha escuadra, aunque ello provocara la conflagración europea. Mis compañeros de Gobierno y el jefe del Estado […] estimaron que mi idea era un desatino y la proposición fue desechada.

Cuando en octubre cae el frente norte, los nacionales pueden volcar todo su esfuerzo naval en el Mediterráneo. Las dos escuadras enfrentadas se encuentran ahora muy próximas, con los republicanos empleando la base principal de Cartagena y los rebeldes la cada vez más poderosa base de Palma, por lo que la posibilidad de un encuentro de superficie crece. Así, el 6 de marzo de 1938 los nacionales reciben un duro golpe moral, no solo sus marinos, sino todas sus fuerzas y la retaguardia, un ejemplo del rendimiento que podría haber obtenido de sus unidades la flota republicana caso de haber obrado con mayor acometividad. Bien mandada ahora por el almirante Ubieta, la escuadra leal hace una salida en busca de la contraria. Cuando ambas se cruzan a la altura de Cabo de Palos, una flotilla de destructores lanza una andanada de torpedos contra el flamante crucero franquista Baleares, gemelo del Canarias, que se va a pique con gran parte de su dotación. El efecto psicológico es grande, pero de nuevo la falta de explotación del éxito convierte en estéril el gran triunfo para la República65.

El hundimiento de un buque de combate es una situación dantesca, como narró en su día un superviviente del Baleares, el teniente de navío Manuel Cervera:

Al pasar por el pasillo de babor se produjo una gran explosión acompañada del total apagado de la luz y del hundimiento de la cubierta por la que yo pasaba. Al principio ignoraba dónde me encontraba, pero poco tiempo después al resplandor de un gran incendio en cubierta a la altura de la chimenea pude comprobar que me encontraba en el espacio de los fogoneros. Se veía una gran brecha en el costado de unos diez o doce metros, por la cual penetraba la mar mezclada con petróleo y hacia crujía en el sitio correspondiente a las calderas una gran columna de humo muy picante. Inmediatamente me incorporé y trepé por entre los restos a la cubierta superior, oyendo continuas explosiones que cimbreaban al buque. [Luego] ordené formar la gente en toldilla, lo que se efectuó con verdadero orden a la cual arengué, explicándoles el orden a seguir para el abandono del buque: primero heridos graves, luego leves y, por último, los sanos […]. El comportamiento de las dotaciones inglesas [de salvamento] fue digno de elogio: se despojaban de las prendas propias a medida que llegaban los náufragos. Los heridos fuimos bañados y curados y a todo el personal se le dio alimentos calientes.66

No obstante, la flota nacional continuará su campaña contra el tráfico contrario muy bien auxiliada por submarinos italianos que, aprovechando su invisibilidad, actúan con total impunidad, bien desde sus bases italianas, bien desde Baleares. Realizan auténticas campañas con varias unidades relevándose, hasta que a mediados del 38 se decide ir reduciéndolas hasta suprimirlas con el fin de evitar conflictos internacionales. Para comprender la magnitud del esfuerzo, Roma tendería tres cortinas de sumergibles, de este a oeste: una cercana a las bocas del Bósforo, otra en el canal de Sicilia y la última en las propias aguas accesibles desde las Baleares. Se calcula que fueron seis las campañas submarinas realizadas por la Italia fascista en apoyo a Franco; involucraron al menos 57 sumergibles, hubo más de 1200 días de campaña y 86 misiones de combate. Una ayuda, por tanto, crucial.

Por otra parte, todas las marinas con intereses en España enviaron a las inmediaciones de su litoral grandes contingentes de buques, bien para protección de sus propios intereses, bien en cumplimiento de misiones de control. Así, unos quince de la Alemania nazi se acercaron a las proximidades de la costa española a lo largo del conflicto, incluyendo navíos tan famosos y contundentes como los acorazados de bolsillo Graf Spee o el citado Deutschland. La Royal Navy patrulló intensamente el Cantábrico y, en menor medida, el Mediterráneo, con

unidades como los acorazados Royal Oak, Valiant o el buque más grande del momento, HMS Hood. Los franceses volcaron sus flotillas de destructores en las cercanías de sus costas; los portugueses, sus pocos navíos de guerra; Argentina, el mítico torpedero Tucumán —que tantos civiles trasladó desde España a la seguridad de los puertos galos— y Estados Unidos, nada más y nada menos que el acorazado Oklahoma.

Resultado: para un índice de base 100, las importaciones republicanas caen hasta 40 en 1937 y remontan a unos 60 puntos el siguiente año de guerra, cuando la más fuerte dirección político-económica del Gobierno Negrín deja sentir sus efectos. Por su parte, las exportaciones pasan de 100 a 40 en 1937 y solo a 20 en 1938, una consecuencia de la pérdida de territorios, industria y producción agrícola. Si tenemos en cuenta que las cifras correspondientes a pérdidas de las flotas nacionales, la de combate y la mercante, son insignificantes frente a las contrarias y que el tráfico del bando franquista realizó operaciones por un tonelaje global de casi 25 millones de toneladas (ocho y medio de entradas; dieciséis y medio de salidas, 38 149 movimientos de buques nacionales o extranjeros encargándose de las comunicaciones navales), entenderemos la interrelación de esta guerra con la que iniciábamos este apartado.

Otro dato elocuente: mientras los rebeldes importaron a lo largo de la guerra tres millones y medio de toneladas de combustibles líquidos, la República solo consiguió un millón y medio. Por tanto, la economía frentepopulista colapsó en gran medida por los hundimientos y apresamientos de barcos; la economía nacional, próspera, realizó en las aguas un tráfico de exportación-importación suficiente para recibir ayudas, ganar con los pagos en divisas, sostener a su retaguardia y alimentar, en fin, todos los aspectos a considerar en una guerra moderna. El siguiente cuadro67 con el número de barcos perdidos por la República a manos de las fuerzas aeronavales de sus rivales nos da una idea de la asfixia económica que estas produjeron a aquella.

Pérdidas republicanas (unidades / tonelaje)	Producidas por la Marina nacional	Producidas por la Aviación nacional	Total
Buques de guerra hundidos	8 (5676 ts)	5 (5215 ts)	13 (10891 ts)
Buques mercantes hundidos (españoles y extranjeros)	50-53 (>129.000 ts)	65-67 (>170.000 ts)	115-120 (>299.000 ts)
Buques mercantes apresados (españoles y extranjeros)	324-326 (>485 000 ts)	-	324-326 (>485 000 ts)
Total			452-459 (>794 000 ts)

El tonelaje de mercantes hundidos o apresados superaba el 15% del total de la flota comercial republicana, llegando quizá al 25%. En cualquier caso, estos dos cruciales apartados, el de la lucha de las pesetas y el de la guerra de los océanos, no deben entenderse como accesorios o complementarios, sino como auténticas palancas de la victoria de los unos y la derrota de los otros. Y se cumplía la profecía del almirante Thayer Mahan: siempre que se enfrentan una potencia naval y otra continental, termina triunfando la primera, en este caso la España nacional, que supo potenciar al máximo el papel de su componente marítimo.

_____

55 MARTÍN ACEÑA, Pablo: El oro de Moscú y el oro de Berlín , Madrid, Taurus, 2001.

56 La cita es de Hugh Thomas en su clásico La Guerra Civil española .

57 Editorial de Acracia , septiembre de 1936.

58 SÁNCHEZ ASIAÍN, Ángel: La financiación de la guerra civil española.

59 Declaraciones del diplomático José María Doussinague a la Associated Press , 1945. Para la interesante y (relativamente) poco estudiada actuación de los Estados Unidos durante la guerra civil existen dos importantes obras, TRAINA, Richard: American Diplomacy and the Spanish Civil War, Indiana University, 1968, y TIERNEY, Dominic: FDR and the Spanish Civil War, Duke University, 2007.

60 El título de este epígrafe es un verso del himno de la Armada española, escrito por José María Pemán.

61 Extraído de la obra colectiva Bajo la bandera de la España republicana , Córdoba, Almuzara, 2019.

62 CERVERA PERY, José: La guerra naval española 1936-1939 , Madrid, San Martín, 1987.

63 XLSemanal, 09/1/2012.

64 Barcelona, Planeta, 1989.

65 Ver Anexo IV. Evolución de ambas flotas.

66 Citado en CEREZO, Ricardo: Armada Española siglo XX , Madrid, Poniente, 1983.

67 Elaborado tomando como base la exhaustiva obra en cinco tomos La guerra silenciosa y silenciada. Historia de la campaña naval durante la guerra de 1936-39 , obra de los hermanos Moreno.

Fuego en el cielo

Una de las revoluciones bélicas más importantes de las muchas que tuvieron lugar en el transcurso de la Primera Guerra Mundial (1914-1918) fue la de la irrupción de las fuerzas aéreas en los campos de batalla. En poco más de diez años desde el primer vuelo de los hermanos Wright, los altos mandos no solo descubrieron las utilidades castrenses del nuevo invento, sino que se aplicaron para sentar las bases de los futuros ejércitos del aire. Todas sus misiones típicas quedaron ya esbozadas en aquella conflagración: caza e intercepción, cooperación táctica en apoyo a superficie, bombardeo estratégico contra las retaguardias, reconocimiento y enlace, transporte, aviación naval, etc. No obstante, la técnica todavía no acompañaba a los planteamientos doctrinales, y los aeroplanos no tenían ni la velocidad ni la autonomía ni la capacidad armamentística que desarrollarían en el futuro, cuando cambiaron para siempre la faz de la guerra a partir de la Segunda Guerra Mundial.

Cuando estalló el conflicto español en 1936, sin embargo, la aviación estaba al borde de alcanzar la madurez. Aunque todavía faltaban muchas mejoras por ser implementadas, los aviones eran cada vez más fiables como máquinas de vuelo… y cada vez más mortíferos como máquinas bélicas. No es exagerado afirmar que fue en este conflicto, el más importante del período de entreguerras, cuando las fuerzas aéreas se convirtieron ya inconfundiblemente no solo en un factor más de las luchas, sino en uno decisivo, acaso aún incapaces para decidir por sí mismas las contiendas, como afirmaban algunos teóricos, pero preparadas ya para convertirse en una herramienta imprescindible a la hora de alzarse con el triunfo. La técnica y la tecnología aeronáuticas avanzaban cada año en progresión geométrica, ingenieros y mecánicos aumentaban sus conocimientos, y el personal volante estaba ya francamente preparado.

Como se ha visto, las disponibilidades aeronáuticas hispanas de 1936 eran muy mejorables. Aunque se calcula que existían más de quinientos aparatos, menos de la mitad de ellos tenían algún valor militar, la mayoría estaban anticuados pero en cualquier caso todos

eran válidos para el desempeño inicial de misiones en una lucha intestina. Solo cuando las grandes potencias se decidieron a intervenir en fuerza comenzarían a volar en los cielos de España los mejores aeroplanos de caza y bombardeo, principalmente provenientes de la Alemania nazi, la Italia fascista, la Rusia soviética y, en menor medida, la Francia del Frente Popular. Casi todas estas potencias no dudaron en despachar los modelos más avanzados de que disponían por entonces y lo hicieron, además, de forma masiva. Aunque no era su objetivo primordial, desde luego estas formaciones que nutrirían a ambos bandos tuvieron el mejor «campo» de adiestramiento, prueba y experimentación… para desgracia de los españoles.

La génesis, desarrollo y empleo de estas fuerzas aéreas condicionarían definitivamente la guerra, pues las batallas ya nunca más serían solo terrestres o solo navales, sino aeroterrestres y aeronavales.

Dos Españas, dos aviaciones

Si la guerra naval tuvo tres fases bien diferenciadas, se podría afirmar que la guerra aérea se desarrolló en dos grandes períodos: uno inicial de relativo predominio republicano desde el comienzo de las hostilidades hasta el equilibrio alcanzando en torno a la batalla de Brunete en el verano del 37, y otro desde la ruptura de ese equilibrio tras la caída del norte hasta el final de la contienda, claramente a favor de los sublevados. Ambas aviaciones crecerían hasta convertirse en las dos fuerzas aéreas más poderosas del momento. Cuando al término de la contienda el general Franco presidió una famosa parada de cientos de aeroplanos en Barajas, probablemente no había en la Europa de entonces una aviación de combate mejor, ni por la cantidad y calidad de sus aparatos, ni por la formación, experiencia y doctrina desarrollada por sus pilotos y su personal de apoyo. Tampoco por el grado de eficacia de sus infraestructuras industriales, preparación de aeródromos, defensa de bases y lucha antiaérea (una rama que progresaría hasta el punto de crear una especialidad propia dentro del arma de Artillería con el fin de anular la amenaza proveniente de los cielos, otra lección aprendida para la siguiente conflagración mundial de 1939-1945).

Dentro de sus planes de reformas y modernización de las fuerzas armadas, la II República había creado la Dirección General de Aeronáutica, que englobaba las dos ramas militares (naval y de tierra)

más la civil. La aviación dependiente del Ejército de Tierra constaba de tres escuadras —con cabeceras en Madrid, Sevilla y Barcelona— junto a las denominadas Fuerzas Aéreas de África. Por su parte, de la llamada Aeronáutica Naval, con base en San Javier (Murcia), dependían nueve escuadrillas, básicamente de torpederos, bombardeo y observación. Suponían un interesante complemento a una flota, como se ha visto, relativamente poderosa, al menos para la protección de los intereses de España en el Mediterráneo y el litoral atlántico. La aviación civil estaba representada principalmente por la compañía estatal Líneas Aéreas Postales Españolas (LAPE) y, respondiendo a una moda del momento en todo el mundo, englobaba también infinidad de aeroclubes, buenas escuelas para futuros pilotos. Porque, si por aquel entonces los aviones eran un bien escaso, sus tripulantes también; no resultaba fácil —ni barato— formar buenos aviadores.

He aquí el desglose de fuerzas a 18 de julio que el general Jesús Salas Larrazábal da como válido en su obra clásica Guerra aérea 1936/39:

Distribución de Unidades y Material Aéreo

GOBIERNO (Escuadras de Madrid y Barcelona más la mayor parte de la Aeronáutica Naval)			x	JUNTA DE DEFENSA (Escuadra con cabecera en Sevilla y Fuerzas Aéreas del protectorado de Marruecos)		
Grupos	Escuadrillas	Aviones	Tipo	Aviones	Escuadrillas	Grupos
2	6	53-60	Caza	12	-	-
2	10	87-97	Cooperación	60-70	9	4
-	3	15-19	Polimotores	5	1	-
2	4 y ½	45-55	Hidros	17	1 y ½	-
-	-	200	2.ª línea	15	-	-
6	**23 y ½**	**400-431 (78%)**	**TOTAL**	**109-119 (22%)**	**11 y ½**	**4**
(-) 250 (162 adictos, resto neutralizados)			Pilotos	(+) 225 (160 adictos, resto neutralizados)		
Prat de Llobregat (Barcelona), Alcalá, Getafe y Cuatro Vientos (Madrid), Los Alcázares y San Javier (Murcia)			Bases principales	Recajo (Logroño), León, Marín (Pontevedra), Tablada (Sevilla), Armilla (Granada), norte de África		

Como en el caso de la Armada, los primeros combates aéreos —conocidos como «peleas de perro» si se desarrollaban entre aparatos de caza— se produjeron en el estrecho de Gibraltar. Los republicanos, acaso confiados en su superioridad inicial, habían repartido el potencial de sus fuerzas aeronáuticas por toda la península, con especial atención al hostigamiento de las columnas que desde el norte progresaban contra Madrid. Pero su dispersión impedía un control efectivo del vital paso de Marruecos a la península, problema agravado por su falta de coordinación con los numerosos buques de superficie que habían quedado en su poder. El que fuera jefe de la aviación de caza de la República, Andrés García Lacalle, lo reconoce casi desde el mismo inicio de sus honestísimas memorias, tituladas muy gráficamente Mitos y verdades. La aviación de caza en la guerra española68:

Con la aviación de la República, [al principio] menos agresiva y eficaz que la muy reducida de los facciosos, aplicada más adecuadamente en los primeros días, esto es, aprovechando la gran superioridad numérica de que disponíamos y el tremendo efecto psicológico, más que material, que producían los aviones, el desenvolvimiento de nuestra guerra también pudo ser muy diferente; pero se hizo precisamente todo lo contrario. […] Disponíamos de gran número de aparatos y de más que suficientes pilotos para tripularlos, pero creo que no supimos sacarles todo el rendimiento que se pudo obtener de ellos en los primeros días de nuestra guerra. Se multiplicaban las acciones con aviones aislados, en pareja o, tratándose de un servicio especial, en patrulla. Recuerdo haber visto una sola vez intervenir a una escuadrilla completa […]. A pesar de la abrumadora mayoría gubernamental en pilotos y cazas, hubo falta de organización y disciplina e incomprensible derroche de personal y material.

Por el contrario, el general Alfredo Kindelán Duany, futuro «jefe del aire» del bando nacional, decide agrupar sus escasos efectivos; la mayoría de los aparatos a su servicio más los primeros llegados de Alemania e Italia se concentran entre Andalucía y África, facilitando el puente aéreo sobre el estrecho de Gibraltar, que dispondrá de dos pasillos principales, Tetuán-Tablada (Sevilla) y Ceuta-Cádiz o Algeciras (con una variante de auxilio a la aislada Granada, que contaba con el aeródromo de Armilla). Los aparatos son sometidos a dura prueba, realizando varios vuelos diarios para maximizar su por entonces exigua capacidad de transporte (como mucho entre quince y

veinte soldados con su equipamiento básico en los modelos más amplios). Se conseguirá incluso cierto predominio en la zona gracias a la capacidad de hostigamiento de los Savoia italianos y de los Junkers nazis, que además de misiones de transporte realizaban operaciones de bombardeo. Hasta que se regularizó el paso en otoño de 1936, se calcula que en los cinco primeros meses fueron trasladados a la península casi 25 000 soldados, el grueso de piezas de artillería del protectorado y unos 400 000 k de material.

Otros aparatos se emplean para acompañar de cerca a las columnas del sur. Pero los aviadores nacionales, reforzados por los cazas Fiat CR.32 o «Chirris» italianos, unos biplanos de buenas prestaciones, se toparán a finales de octubre, justo cuando va a comenzar la batalla por Madrid, con una desagradable sorpresa. Los soviéticos han enviado un contingente bien nutrido tanto de aparatos de caza como de bombardeo, con sus correspondientes tripulaciones. Los primeros lograrán la superioridad aérea local, uno más de los factores del éxito republicano en la capital de España, y los segundos comenzarán a sembrar el pánico entre las fuerzas de tierra enemigas. Sus proezas levantan la moral republicana, y los nombres de los aviones calan en el lenguaje popular: «Moscas» (o «Ratas» según los nacionales) para el veloz monoplano I-16 —superaba los 500 kilómetros por hora—, «Chatos» para los maniobreros I-15 de doble ala, ambos Polikarpov.

Desde las luchas en torno a la capital de España hasta el verano de 1937, al igual que los ejércitos de tierra, ambas aviaciones se organizan para lo que va a ser una guerra larga y total; los cielos hispanos verán pasar los mejores aparatos disponibles por aquel entonces en el mundo. Los gubernamentales, bajo el mando del expeditivo Indalecio Prieto como ministro de Marina y Aire, crearán ocho regiones aéreas —Madrid, Murcia, Barcelona, Valencia, Ciudad Real, Santander, Albacete y Baeza—, con el siguiente apoyo ruso: entre dos y cinco escuadrillas de Moscas; entre seis y ocho de Chatos; tres de Natachas y otras tantas de Katiuskas, los dos últimos, bombarderos de buenas prestaciones, especialmente el último de los modelos citados.

En principio son pilotados y entretenidos por personal soviético, hasta que las promociones de pilotos españoles que se están formando en las academias de la URSS van regresando al país para cumplir sus servicios. Destacaba la Escuela de Aviación de Kirovabad (actual Azerbaiyán), si bien el programa de entrenamiento era lento, entre otras razones por su lejanía con respecto a España. Llegaron a formar, en cualquier caso, más de mil pilotos y ciento ochenta observadores, que demostrarían su valor técnico y personal a lo largo de la

contienda. La geografía gubernamental se llena de aeródromos, más de cuatrocientos, divididos en permanentes, semipermanentes y eventuales o de socorro. El mando se encomienda al aristócrata Hidalgo de Cisneros, con asesoramiento del soviético Smushkévich (o Douglas, pues todos los mandos extranjeros de uno u otro bando adoptaban nombres de guerra como cobertura). Por otra parte, los republicanos llegarían a levantar casi una treintena de fábricas de aviación frente a una única nacional, la de la Hispano-Suiza en Sevilla.

Pronto la sorpresa que supuso el apoyo ruso se verá compensada con la llegada de la Legión Cóndor. Aunque Alemania ya había enviado algunos aeroplanos, por esas mismas fechas Hitler decide crear un cuerpo autónomo con una cantidad de aviones operativos estable cercana a cien, que incluía desde cazas a bombarderos, pasando por enlaces, hidroaviones y transporte. Es un cuerpo exclusivamente germano y que solo responderá a las órdenes directas de Franco (Berlín no comprendía las peticiones de material que le llegaban desde distintos conductos de los rebeldes, bien del Ejército del Norte, bien del Ejército del Sur, otro de los motivos por lo que había presionado en favor de un mando único). La situación alcanza así un punto de equilibrio, con dos aviaciones ciertamente diferentes pero de igual valor combativo y pericia técnica. Aunque variaría a lo largo del conflicto, la siguiente era la composición típica de la fuerza aérea expedicionaria alemana en España: mando y estado mayor, un grupo de caza, otro de bombardeo, una escuadrilla de reconocimiento, una de apoyo marítimo y otras unidades experimentales (todas nombradas con la inicial de su especialidad correspondiente seguida del número 88).

Por su parte, la denominada Aviación del Tercio, luego Aviación Legionaria italiana, se organizaba en tres grandes escuadras, una de caza, otra de bombardeo pesado y la tercera de bombardeo veloce. Resulta muy elocuente, pues viene a demostrar el interés primordial de Mussolini para su intervención en España, que los fascistas asignaran todo un poderoso contingente a Mallorca, que operaría con gran autonomía tanto sobre el levante republicano como contra el tráfico marítimo del Mediterráneo. El término «legionario» no es casual: para evitar conflictos internacionales, se suponía que el personal al servicio de los franquistas estaba adscrito a la Legión, unidad que admitía en sus filas combatientes extranjeros. Una orden del cuartel general nacional dictada en noviembre de 1936 lo dejaba bien claro: «Cambio de las palabras “italiano” y “alemán” por “legionario” y “negrillo”»69. Era un secretismo algo burdo, pues resultaba evidente la participación de ambas potencias, por no hablar de que Mussolini, más que Hitler, alardeaba de su involucramiento en

España.

En cualquier caso, los sublevados, siempre más cuidadosos a la hora de concentrar sus recursos, establecerán solo cuatro zonas aéreas, una por cada teatro de operaciones: Norte (León), Centro (Salamanca), Sur (Sevilla) y Levante (Zaragoza). Entre los aparatos alemanes destacarán por encima de todos tres: el caza Messerschmitt Bf 109, un temible monoplano, probablemente el mejor de su categoría en aquellos momentos (y capaz de compensar la velocidad de los I-16 rivales); los bombarderos de tipo medio Heinkel He-111 y el Junkers-52, Tante Ju o Tía Ju, un auténtico «caballo de batalla» lento pero sumamente fiable y muy versátil, pues podía practicar desde acciones de transporte a actuaciones ofensivas; los famosos Stukas de bombardeo en picado, que vinieron en escaso número y fueron empleados con (relativo) secretismo, y resultaron repatriados aceleradamente antes de concluir la campaña. Entre los italianos, descollarán el mencionado caza CR32 «Chirri» y los bombarderos Savoia Marchetti S79 y S81, también sus hidroaviones, cuyas siluetas se harían muy populares entre los mallorquines, pues tenían en la isla su principal base. Se trataba, en cualquier caso, de paliar con ellos las deficiencias de la Armada rebelde, pues actuaban en estrecha cooperación con sus buques.

A diferencia de los republicanos, los nacionales optan por formar a sus pilotos en España bajo la supervisión de especialistas alemanes e italianos. El ciclo de aprendizaje, al realizarse en territorio propio, se reducía y ganaba en eficacia; se calcula que las diferentes escuelas formaron más de un millar de aviadores. Por otra parte, optarán por levantar menos aeródromos, no más de un centenar, con una infraestructura consistente en tres escalones: uno muy cercano a los frentes (con pistas principalmente de tierra), otro segundo intermedio (con pistas acondicionadas) y un tercero, lejano y en bases principales. Ambos contrincantes crean cuerpos de defensa antiaérea, el Servicio de Antiaeronáutica nacional y la Defensa Española Contra Aeronaves (o DECA) republicana. Mecánicos y técnicos de uno y otro bando echarán el resto por mantener operativos los aviones, y destacarán por su profesionalidad e inventiva a la hora de buscar soluciones a las más diversas averías.

Cuando por fin las dos aviaciones se ven las caras durante la batalla del Jarama, la lucha en los cielos resultará pírrica al mostrar ambos contrincantes altísimo valor profesional y humano. El «vuelo a la española», rasante y peligroso, se hace famoso, así como las «cadenas del aire» del bando nacional, una especie de carrusel de aparatos atacando en picado como en una rueda de molino a las tropas de

tierra (claro precedente de los bombardeos de los citados Stukas en la Segunda Guerra Mundial). Por su parte, los republicanos realizan la proeza de conseguir los primeros derribos nocturnos de la historia: durante las noches del 25 y 26 de julio de 1937 los pilotos soviéticos Yakushin y Serov abaten sendos trimotores rivales. Hidalgo de Cisneros cuenta en sus memorias la historia de un «espolonazo»… o kamikaze ibérico:

Urtubi efectuaba un vuelo de reconocimiento y fue atacado por una escuadrilla de Fiats, [que] se lanzaban como pájaros de presa sobre él. […] Durante el combate derribó a uno de los aviones fascistas y continuó luchando hasta que, agotadas las municiones, se lanzó contra el Fiat más cercano, al que consiguió embestir y derribar. Pero en el encuentro cayó también Urtubi. El piloto rival [un neoyorquino de origen italiano], salvado en paracaídas, no encontraba palabras para expresar su admiración por el valor de aquel piloto.70

En contra de lo que se pueda creer y de una popular tonadilla de entonces —Tira, tira de la hélice, ruge el motor / viva la vida alegre, / la vida alegre del aviador—, no es fácil ni cómoda la guerra en el aire. A la tensión de estar en permanente alerta por si se recibe la orden de despegar con urgencia, durmiendo a veces en la propia cabina del aparato, hay que sumar los nervios de volar en unas máquinas todavía inestables pero capaces de alcanzar la para aquel entonces muy considerable velocidad de 400-500 kilómetros por hora y, por supuesto, con los nervios del combate a flor de piel. En sus memorias, tituladas Sangre en el cielo —luego rebautizadas como Yo fui piloto de caza rojo71—, el aviador Francisco Tarazona Torán, as de la aviación gubernamental, dejó vívidas escenas de ello:

Al bajar del avión solo vi el aparato de Frutos. Tuvo contacto con aviones enemigos… Se vio rodeado por cazas, no le dispararon; al parecer, querían llevárselo con ellos. Cuando quiso escapar le dispararon una lluvia de balas. Su motor averiado empezó a perder potencia y el avión altura. Jugándoselo todo, picó las nubes… Luego pregunté por Eloy. No sabía nada. […] La enfermera me señaló a un cuerpo joven. Estaba desnudo. Unos pequeños agujeros se le notaban en la piel. Eran balazos. Estaba vuelto con la cara hacia abajo. Le cogí del hombro y traté de volver el cuerpo. Se me resbaló… Los ojos de

Eloy estaban abiertos. Su boca entreabierta dejaba ver los dientecillos medio salidos. En medio del pecho le había estallado una bala y el corazón lo tenía a flor de piel.

—¿Es éste su amigo? —me preguntó la enfermera con voz queda.

No pude contestar. Los lamentos de los heridos y los gritos de los familiares no lograban sacarme del estupor.

En el otro bando, otro buen piloto, el capitán José Larios, aseveraba en Combate sobre España que «el combate aéreo es una de las experiencias más personales, estremecedoras e intensas que ha inventado el hombre para guerrear. Puede revelar lo mejor y lo peor que hay en cada uno de nosotros». Por su parte, el oficial de vuelo Jaime Yllera detallaba la forma en que se luchaba entre las nubes:

Acudíamos en patrulla, volando en formación, casi pegados […]. A fuerza de volar todo el día, uno se acostumbraba a pilotar así. Lo hacíamos a gran altitud (5000 metros), sin oxígeno [por lo que] llegábamos atontados a tierra. Pasábamos mucho frío, que combatíamos con buenas botas y equipo. Pero era mejor así: cuanta más altura, mejor para lanzarse con velocidad al ataque. ¡Altura y una botella de coñac contra el frío! Cuando alguno veía al enemigo, se acercaba al jefe y movía las alas, señalando dónde había avistado aviones. Nos separábamos e íbamos a entablar combate. Uno con otro, uno con otro… hasta que él te podía a ti o tú a él… o se acababa la munición. […] En una ocasión recibí tres impactos de frente, en el parabrisas, justo en el momento en que había bajado la cabeza para poner el embrague de las ametralladoras. ¡Tuve suerte!72

En cualquier caso, los aviadores aportaban cierto glamur a las retaguardias; los pilotos y sus pasadas cautivaban a los más chicos, y decoraban sus aviones con una heráldica moderna francamente atractiva cuando no simpática… si no fuera por las terribles misiones que tenían encomendadas. Personajes tan célebres como Popeye, Mickey Mouse o la Betty Boop, talismanes como el Seis Doble del dominó o un Quijote alado, adornaban los fuselajes de la aviación republicana. Las tres aves de «Vista, suerte y al toro» o el naipe del as de bastos, iconos como un estilizado sombrero de copa o un corazón verde se exhibían en las alas de la aviación nacional.

Y continuó la tradición iniciada en la Primera Guerra Mundial de los «caballeros del aire»: cuando el hijo del general republicano Emilio Herrera fue derribado, el general jefe de las fuerzas aéreas que lo habían abatido, Kindelán, remitió esta misiva a su gran amigo y antiguo compañero:

Querido Emilio: Quiero informarte de la verdad de lo ocurrido […]. Me encontraba yo en Zaragoza con motivo de la ofensiva contra Belchite y me entregaron la documentación de tres aviones que habían caído en nuestras líneas. Entre ellas vi, con la pena que puedes figurarte, el carnet de piloto de tu hijo, [quien] murió bravamente, en combate y con muerte instantánea según parece pues no estaba incendiado el avión. […] Qué triste. Aunque la vida nos ha llevado en su última etapa a campos enemigos, yo no puedo olvidar el cariño fraternal que nos ha unido siempre y que aún te profesa, Alfredo73.

¡Aviones, más aviones!

Si la batalla de Brunete fue la primera a campo abierto en que ambos contendientes emplearon grandes unidades y decenas de miles de hombres, lo propio ocurrió con sus fuerzas aéreas. Para la ofensiva, los republicanos concentraron en los alrededores de la zona unas veinte escuadrillas con una masa aérea total de dos centenares de aparatos, la mayor conocida hasta la fecha. Los nacionales, al igual que se vieron obligados a desplazar tropas desde los frentes del norte, habrían de recurrir a desplazar gran número de aviones hacia aquel teatro de operaciones para detener el golpe gubernamental en las cercanías de Madrid, hasta reunir alrededor de 175 aviones.

Al igual que los soviéticos ponían condiciones a su intervención, los alemanes también lo hicieron: el jefe de la Legión Cóndor, habiendo recibido órdenes de Hitler de que sus unidades actuasen siempre agrupadas, negó en principio la bajada de su formación desde el Cantábrico a Brunete, si bien cambió finalmente de opinión ante las presiones de Franco. Los nacionales comienzan en este encuentro a decantar a su favor la guerra del aire, no por una mayor calidad de sus aparatos —similar, con ciertos matices, a la de los republicanos—, sino por un mejor empleo de lo que a partir de entonces será un binomio inseparable: la aviación para combatir, la artillería antiaérea

para la defensa, complicando la actuación de los pilotos contrarios, que tendrán que sortear diferentes cortinas de fuego escalonadas en profundidad hasta llegar a sus objetivos.

Para estas fechas, verano de 1937, la curva acumulada de la intervención extranjera en materia aeronáutica alcanzaba su primer gran pico —el segundo sería hacia el final de la contienda—, con el siguiente desglose por tipo de aparatos y países de procedencia (nótese el equilibrio salvo en la categoría de bombarderos):74

	Alemania	Italia	Otros	Total Nacional	URSS	Francia y R. Unido	Otros	Total República
Cazas (y escuela caza)	117	168	20	305 (43%)	290	30	9	329 (41%)
Bombarderos	84	91	-	175 (25%)	61	21	3	85 (11%)
Reco. y asalto	82	62	-	144 (20%)	124	17	44	185 (23%)
Transporte y enlace	36	3	19	58 (8%)	-	109	89	198 (24%)
Hidroaviones	14	16	-	30 (4%)	-	-	6	6 (1%)
	333	340	39	712	475	177	151	803

Se trataba, por tanto, de una ayuda pareja en prácticamente todas las categorías y escalonada en el tiempo casi de forma simultánea, con dos períodos críticos, noviembre-diciembre de 1936 y marzo-julio de 1937. Si hay ayudas cuya cuantificación sigue siendo discutida, la de aviación militar está suficientemente estudiada y arroja unos números casi definitivos. Los rebeldes recibieron unos 1550 aparatos a lo largo de toda la guerra (50% de la Alemania nazi) contra poco más de 1500 de los gubernamentales (45% de la Rusia soviética). Hitler y Stalin se siguieron de cerca en su política de apoyo a los beligerantes, disputando una carrera de armamentos en virtud de la cual por cada envío de uno de ellos, el otro «veía», y casi siempre subía, la apuesta. El número de aviones de caza, encargados de lograr la supremacía aérea, estuvo balanceado: 637 de los unos frente a 751. Junto a estos, los mejores aparatos del momento, volaron en España aviones de todo tipo y procedencia: Checoslovaquia, Polonia, Países Bajos, Reino Unido…

El 25 de julio de 1938, tras sus fracasos en Aragón, los republicanos cruzan el Ebro, sorprenden a los nacionales, profundizan en la ruptura y plantean la mayor batalla jamás librada en suelo español, tanto por su duración (todo el verano hasta noviembre), como por el número de soldados y armamento empleados en ella. Es un período de gran turbulencia internacional, con Berlín jugando en el comprometido equilibrio de una diplomacia agresiva con las potencias occidentales y Moscú a la expectativa. En cualquier caso, si ambos dictadores habían visto una gran oportunidad a su favor con el prolongamiento de la hoguera española, por esas fechas están ya deseando que termine, pues sus objetivos geoestratégicos piden espacio para ir tomando posiciones de cara a la nueva conflagración mundial, que consideran no solo inevitable sino deseable. Es una época en que la ayuda tanto de Alemania para los sublevados como de la URSS para los republicanos comienza a decrecer. Una muestra de ello es que este último país siempre se negó a firmar cualquier acuerdo formal con la República española para no soliviantar a Reino Unido y Francia; por su lado, Hitler reconoció al Gobierno de Franco, pero también evitó cualquier alianza que le comprometiera más allá de la ayuda militar, patente pero teóricamente «encubierta» bajo la fórmula legionaria.

Fue alto el tributo de sangre que los aviadores de ambos bandos, tanto españoles como extranjeros, pagaron por su participación en el conflicto. Los cálculos más aproximados nos hablan de casi trescientos aviones republicanos perdidos en acción de guerra frente a un centenar largo de los nacionales. Como ha sido señalado para la guerra naval, no debe verse la guerra aérea de España como un mero complemento, sino que ambas aviaciones intervinieron en todas las operaciones de la contienda. Aviones españoles, bien con la escarapela tricolor en las alas (republicanos), bien con la cruz de San Andrés (nacionales), despegaban incansablemente en misiones de combate… Solo las nevadas del invierno 1937-38 los mantuvieron durante algún tiempo en tierra, coincidiendo con la siguiente gran batalla de la contienda, la de Teruel.

_____

68 México, Ediciones Oasis, 1973.

69 Orden Reservada del Cuartel General del Generalísimo de 3 de Noviembre de 1936.

70 HIDALGO DE CISNEROS, Ignacio: Cambio de rumbo , Bucarest, Ebro, 1970.

71 Madrid, Librería San Martín, 1974.

72 Recogido en AA.VV.: Batallas decisivas de la Guerra Civil española , Madrid, La Esfera de los Libros, 2016.

73 Recogido en KINDELÁN, Alfredo: La verdad de mis relaciones con Franco, Barcelona, Planeta, 1981.

74 MOLINA, Lucas, op. cit .

La invernada

Los caballos nunca podrían haber resistido las condiciones de esta ofensiva. Los automóviles tenían los radiadores helados y los bloques del motor agrietados. Pero los hombres podían soportarlo… y lo hicieron.

ERNEST HEMINGWAY

El 8 de enero de 1938, tras una resistencia desesperada y en medio de uno de los vendavales de frío y nieve más crudos que se recordaba no solo en España sino en toda Europa, el coronel Domingo Rey d'Harcourt rendía la ciudad de Teruel. Era la primera —y última— capital de provincia que caía en manos de la República, lo que generó una oleada de entusiasmo en este bando y otra de signo contrario en sus enemigos, cuya moral viviría acaso sus horas más aciagas con esta derrota. Pero ¿qué había ocurrido entre el verano de las batallas de Brunete y Belchite, con muertos de sed, y la invernada de la batalla de Teruel, que verá fallecidos por congelación?

Cuando los nacionales completaron su ciclo de operaciones en el norte, el general Franco decidió hacer una pausa con el fin de reorganizar sus tropas, incrementarlas y concentrarlas para realizar su siguiente movimiento. Cuenta por entonces con tres ejércitos, el del Sur (Queipo de Llano), ocupado en los frentes extremeños y andaluces; el del Centro (Saliquet), que mantiene el dogal sobre Madrid, y el del norte (Dávila), convertido ahora en fuerza de maniobra con cinco aguerridos cuerpos de ejército: Navarra, Aragón, Marroquí, Castilla y Galicia. La ubicación geográfica de estos últimos tras el éxito en la cornisa cantábrica es idónea para convertir el «yunque» aragonés en «martillo».

Sin embargo, las opciones reales de Franco son limitadas… y no están exentas de riesgos o dificultades. La primera, y acaso preferida,

consistía precisamente en retomar la «obsesión» por la capital de España, repitiendo las maniobras del Jarama y de Guadalajara de los pasados meses de febrero y marzo, pero ahora en fuerza y al objeto de completar el cerco a Madrid y propiciar su caída. El gran inconveniente de esta operación radicaba en que el rival había perfeccionado sus anillos defensivos en torno a la villa y mantenía en la región las fuerzas del general Miaja, veteranas, bien surtidas y con elevada moral. Un nuevo descalabro ante la ciudad del «¡No pasarán!» bien podría resultar demoledor.

Las otras dos posibilidades se alejaban de la gran urbe y buscaban un nuevo viraje, esta vez hacia el este. Por un lado, las fuerzas nacionales podrían amagar desde Huesca una penetración en profundidad paralela a los Pirineos con parada intermedia en Solsona (Lérida) y objetivo final en el núcleo Gerona-Figueras tras haber ocupado los principales pasos fronterizos, vedando de esta manera a la República su conexión con Francia. El problema de tal acción parece obvio mirando un mapa: la accidentada geografía del terreno, que habría que transitar combatiendo contra un contrincante todavía no lo suficientemente debilitado… y con el invierno en ciernes. Además, el panorama internacional, cada vez más enrarecido, aconsejaba prudencia y no acercar la guerra a la frontera.

Por otro lado, existía la opción de emplear el valle del Ebro para partir en dos la zona contraria llegando al mar en las proximidades del eje Tortosa-Amposta o quizá más al sur, por la porción septentrional de la provincia de Castellón. Las dos alternativas podrían llegar a complementarse o, cuando menos, apoyarse mutuamente con una acción envolvente sobre Lérida capital, asentando una base cómoda desde la que realizar una campaña contra Cataluña, pero las peculiaridades orográficas y simbólicas de esta región hacían presumir una fuerte resistencia de los contrarios (la capital de la República se había trasladado en octubre de 1937 a Barcelona, lo que podía suponer otro fracaso como el de Madrid en caso de ataque). En cualquier caso, el valle del río que da nombre a la península, resolutivo en numerosas guerras de la historia de España, era de tal importancia geoestratégica como para atraer las reservas gubernamentales, que podrían resultar batidas de forma definitiva. Porque tras buscar en 1936 sin conseguirlo el objetivo político, Madrid, y después de haberse alzado con la victoria en el objetivo económico en 1937 —frente norte—, Franco pensaba llegado el momento de alcanzar en 1938 el objetivo militar: la anulación del grueso enemigo, si no materialmente, sí al menos quebrando su voluntad de luchar.

Inclinado sobre los mapas junto a los miembros de su Estado Mayor en el cuartel general móvil denominado Terminus, Franco recibiría la noticia que iba a resolver definitivamente sus dudas. El general Rojo había roto el frente de Aragón en su extremo meridional con una operación de doble envolvimiento sobre Teruel. Terminaban así dos meses de relativa calma, de mediados de octubre a mediados de diciembre de 1937, el período más largo de inactividad militar de toda la contienda.

Sangre en la nieve

Los gubernamentales disponían en el otoño de 1937 de seis ejércitos: Este, Levante, Centro, Extremadura, Andalucía y el de Maniobra. Aunque su fortaleza los habilitaba para realizar potencialmente varias operaciones en sus respectivas áreas de actuación, lo cierto es que la ciudad de Teruel formaba un entrante nacional en territorio republicano francamente tentador desde el mismo inicio de la contienda. El citado jefe del Estado Mayor Central, Vicente Rojo, se decantaría finalmente por esta opción, que iniciaría con algo de retraso el día 15 de diciembre de 1937; era una maniobra que había planeado con esmero. Operarían los tres cuerpos del Ejército de Maniobra más otros dos del de Levante —veintiséis brigadas mixtas—, que totalizaban más de 75 000 soldados y 3000 vehículos (incluyendo cuatro excelentes batallones de carros de combate, dos del modelo T-26 y otros dos del veloz BT-5). Todos habían recibido instrucción nocturna para acostumbrarse a operar en plena oscuridad.

A las siete de la mañana de aquella jornada, y como había ocurrido en Brunete, los soldados gubernamentales comienzan a infiltrarse de forma decidida al oeste de la localidad aragonesa al objeto de crear un frente externo que se posicione en torno a la confluencia del río Alfambra con el Turia y contenga el previsible contragolpe enemigo, al tiempo que inician el cerco hasta conformar una especie de frente interior con la ciudad rodeada en el centro del despliegue ofensivo. Para el día 17, y empujando las líneas contrarias unos diez kilómetros hacia poniente, los gubernamentales han conseguido ambos objetivos y pueden concentrar sus esfuerzos en la conquista de la plaza. Para el 19 combaten ya en el casco urbano, cumpliendo con la idea de maniobra de Rojo: «Atacar […] con dos cuerpos de ejército por el noroeste y el suroeste de Teruel para cortar sus comunicaciones [y]

ocuparla tras limpiar las bolsas producidas».

Siguiendo la costumbre de los nacionales de concentrar efectivos y dejar al mínimo los «frentes secundarios», la guarnición de Teruel era sumamente endeble, si bien hizo lo que pudo y quizá más para contener el empuje de los leales. En primer lugar, las pocas avanzadillas existentes fuera de la ciudad lograron replegarse sobre esta y, cuando el día 22 de diciembre el cerco ya era total, se distribuyeron en dos agrupaciones en torno a sendos centros de resistencia: el seminario y la comandancia, con un total estimado de 5000 combatientes y más de 2000 paisanos, todos ellos bajo la responsabilidad del coronel Domingo Rey d´Harcourt. Las edificaciones son robustas y están elevadas, lo que facilita su defensa. Pero el continuo bombardeo de artillería, la acción de minas subterráneas de gran potencia y los numerosos asaltos terminarán por decidir al jefe rebelde a capitular el día 8 de enero del nuevo año 1938. El frío es extremo y los republicanos celebran la victoria en una ciudad destruida y cubierta de nieve: «Suprimido el último foco de rebeldía, la ciudad queda por entero en poder de la República», reza el parte oficial de guerra del bando republicano, el 8 de enero de 1938.75

Para esas fechas, los nacionales han comenzado la contención del ataque, respondiendo a los lacónicos mensajes que les llegan desde el interior de Teruel antes de que todas las comunicaciones queden cortadas: «¡Anhelamos auxilio, viva España!». Las crónicas de Hemingway y las míticas imágenes de Robert Capa comunican la noticia a todo el mundo, cuyos ojos vuelven a fijarse en España. El fotógrafo, siempre cercano a las fuerzas de vanguardia, relató que en un lance de la batalla se encontraron en una posición

con cincuenta mujeres y niños [que] nos mostraron sus rostros cadavéricos, manchados de sangre y mugre. Llevaban quince días en el subsuelo, viviendo en un terror continuo, alimentados de restos de comida de la guarnición… Muy pocos tuvieron fuerza para levantarse y hubo que ayudarlos a salir. Es imposible describir una escena tan penosa.

Hubo unidades en ambos lados que perdieron hasta el 50% de sus soldados, bien víctimas del fuego enemigo, bien por congelación e imposibilidad de asistencia sanitaria temprana. Este era el duro rostro

del encuentro en las tierras aragonesas sacudidas por el temporal de frío.

Sí la República se había anotado un importante tanto simbólico y propagandístico con la toma de la ciudad, lo cierto es que el lugar elegido por el general Rojo para su nueva ofensiva presentaba serios inconvenientes, que se traducirían en ventajas para su oponente. La principal de todas era que el golpe se propinaba muy cerca de la masa de maniobra de Franco, quien no dudó en movilizarla al completo para acudir en auxilio de Teruel y, cuando esta cayó, para retomarla, siempre fiel a su idea de que el bando que lideraba no podía perder terreno, mucho menos ceder una capital de provincia.

Los republicanos habían renunciado de nuevo a emprender una acción de gran envergadura sobre la base de operaciones del rival, Extremadura-Andalucía, otra ocasión perdida para obtener en teatros de operaciones excéntricos pero fundamentales una ventaja geoestratégica de consideración. Siguiendo el Guadiana, desde Almadén a Badajoz median unos 200 kilómetros de recorrido, una distancia asequible para una fuerza tan considerable como la que Rojo había sido capaz de aunar contra Teruel. Sin embargo, desde esta ciudad a Castellón hay 100 kilómetros, que los nacionales podrían recorrer con relativa facilidad caso de vencer en la batalla, circunstancia que les permitiría continuarla con una contraofensiva por aquel sector. Para la República, por tanto, el coste de oportunidad de no partir la zona del rival en dos era que este lo hiciera como reacción a la maniobra planteada…, como así sería. O de nuevo la asimetría de la guerra civil española.

En cualquier caso, el problema que se planteaba a finales de año ante los ojos de Franco era fundamentalmente logístico: para acceder a la localidad y, por tanto, a la primera línea del frente, solo disponía como vías principales de acceso la carretera a Zaragoza, amenazada, y un ramal ferroviario también precario. Por ese frágil cordón umbilical los mandos franquistas habrían de alimentar una batalla que, dada la potencia del enemigo y las adversas condiciones climatológicas, iba a ser difícil de combatir. Pero el grueso del rival estaba ahí mismo y no podía dejar escapar la oportunidad para quebrantarlo de forma decisiva. No en vano, cuando comiencen a llegar sus grandes unidades los nacionales acumularán casi 100 000 soldados en el frente turolense. Existía otro problema añadido, acaso más importante: por primera vez la retaguardia del bando nacional comenzaba a dudar y a preocuparse, por lo que era conveniente obrar rápido, no fuera a decaer la moral de civiles y soldados.

Si la primera reacción fue recurrir a las reservas más cercanas y contener el golpe entre los días 15 y 21 de diciembre, a partir del 28 comienza la primera contraofensiva de las tropas rebeldes, que en Nochevieja a punto están de hacer contacto con los sitiados, lo que no consiguen por un fallo de sus servicios de información. De cualquier manera, siguiendo el curso natural del Turia, han creado dos poderosas agrupaciones, una al norte del río (con el equivalente a cinco divisiones bajo el mando del general Aranda) y otra al sur (con otras cuatro divisiones, con el general Varela), más el fogueado Cuerpo de Ejército Marroquí (Yagüe), preparado para actuar como reserva estratégica (tres divisiones más la de Caballería). Esta fase concluirá el día 8, cuando, como hemos visto, se rinde la ciudad, fracasa el contragolpe y ambos contendientes, ateridos, han de darse un respiro para reorganizarse.

Agotadas las provisiones, careciendo de agua, escaseando las municiones, desaparecidas entre los escombros las armas automáticas, con un 90% de bajas entre la oficialidad, perdida la moral de la tropa [y] con más de mil quinientos heridos sin la debida asistencia […], el coronel gobernador militar y sus oficiales acuerdan la rendición de las posiciones que aún conservan76.

Los rebeldes han ocupado, sin embargo, dos posiciones clave: la Muela de Teruel en la zona meridional y las cercanías de los altos de Celadas por el norte. Están, en realidad, maniobrando para ganar espacio y prepararse para los siguientes movimientos. La batalla va a entrar en una segunda y decisiva fase. Se calcula que las temperaturas pudieron alcanzar los treinta grados bajo cero, algo inusual incluso para una provincia tan gélida en invierno como la de Teruel, por algo los integrantes de las Brigadas Internacionales bautizarían sus posiciones como «el polo norte». Un combatiente requeté narraría años después cómo se daban calor entre sí los soldados para soportar las noches al raso:

Había un problema: al cambiar de postura inicial, los durmientes de las esquinas quedaban al descubierto y si uno tiraba de las mantas para cubrirse dejaba al aire al del otro extremo, con peligro de helarse; por esta razón se decidió turnar estos puestos, y fiar en el subconsciente para que todos girásemos a la vez, como un solo

hombre, lo cual hacíamos instintivamente sin necesidad de aviso previo; algo como un movimiento reflejo y siempre alguno ponía en orden las mantas para que nadie quedara destapado.77

En palabras del cirujano republicano Joaquín María Massons, «el protagonista de mayor importancia patogénica de la batalla fue el frío», calculándose en más de 15 000 el número de combatientes con síntomas de congelación, muchos de ellos con la afección denominada «pie negro» o «pie de Teruel», una gangrena o necrosis de las extremidades debida a las bajas temperaturas. La pala, el abrigo y los brebajes calientes salpicados de coñac se convierten en piezas más importantes que los propios fusiles; los dispositivos sanitarios de ambos bandos en liza se ven totalmente desbordados por la cantidad de bajas sufridas (algunas fuentes hablan de 40 000 por cada bando).

Las escenas son apocalípticas, y cuanto más gélidas las temperaturas, más ardor combativo parecen demostrar los soldados. El 25 de enero todos ellos contemplarían asombrados, como el resto del mundo, el raro fenómeno atmosférico de una aurora boreal, más intensa de lo común. Antonio Esteve Arcoba, capitán de Ingenieros del Ejército de la República, lo relata así en una carta a su familia:78

Una aurora boreal iluminó de pronto nuestras posiciones, llenando a algunos de temores ante espectáculo nunca visto. Era algo grandioso ver a las doce de la noche todo el cielo rojo como un gran reflejo de un monstruoso incendio. ¿Qué cábalas y disparates se dijeron en un momento? Yo creo que hasta oficiales muy aguerridos y curtidos ante el peligro tuvieron temor. ¿De qué? Temían un arma ignorada [y] hubo quien se colocó la careta temiendo gases.

La última carga de la caballería

Al norte de la capital turolense discurre un afluente tributario del Turia cuyo nombre también iba a pasar a la historia de la contienda, el Alfambra (o «de las aguas rojas»). Dos sierras, Palomera y Lidón, caen de forma perpendicular sobre él, formando entre ellas una depresión que conduce a la localidad clave de la zona, Perales del

Alfambra. Cuando las nevadas remitieron en parte y los republicanos se instalaron a la defensiva, el Cuartel General de Franco comprendió que cualquier acción frontal contra Teruel iba a resultar de momento suicida, por lo que necesitaban maniobrar. Para ello, antes de lanzar una segunda y definitiva contraofensiva, era necesario realizar por aquel valle una maniobra que les permitiera ganar tiempo y espacio, aliviando el frente por el norte y ocupando bases de partida para lanzarse después sobre Teruel. Alguien sugirió que el terreno hasta Perales era ideal para realizar una auténtica carga de caballería a sable desenvainado.

El Ejército Nacional se había dotado desde muy pronto de una división a caballo, la del general José Monasterio (llegaría a disponer de dos). Si hasta la fecha esta unidad había realizado misiones típicas del arma como reconocimiento, cobertura e incluso explotación del éxito, pero con sus soldados combatiendo principalmente desmontados, ahora podrían demostrar su valía cargando contra el enemigo. No solo eso: iban a tener la posibilidad de actuar a la vieja usanza, con seis regimientos del arma y más de 3000 jinetes marchando al galope de forma conjunta. Así, entre el 6 y el 8 de febrero, esta 1.ª División de Caballería iba a realizar la que en rigor puede considerarse última carga táctica eficaz en toda la historia militar. Si la tensión de hombres y bestias se mascaba entre la neblina del amanecer, el efecto psicológico en los republicanos debió de ser tremendo. No sin cierto halo de romanticismo, el militar e historiador Rafael Casas de la Vega recogió el testimonio de uno de los participantes en la carga:

Llega la orden de montar a caballo. La noticia corre de boca en boca, los rostros se animan, los jinetes aprietan cinchas, se ajustan correajes y se agrupan y organizan las unidades. Los 3000 jinetes montan a caballo, se deja el reposo y se inicia el movimiento; los soldados, con un poco de nerviosismo, presionan a las cabalgaduras con sus piernas y sus caballos responden con movimientos de inquietud por emprender la marcha; poco a poco se va modificando el dispositivo de partida y se van colocando la I y la II brigadas acoladas, la III en reserva. Se destacan los escuadrones de vanguardia e inician el galope: el enemigo abre fuego lejano pero ya están desplegados los 3000 jinetes. […] Avanza la masa de caballería, con ese ruido producido por las herraduras de los caballos al chocar con el suelo, el de los correajes con las cartucheras llenas de municiones, el de la agitada respiración de los animales, las voces de mando repetidas. […] Se avanza sin cesar hasta que una resistencia enemiga es desbordada por el sur gracias a la inercia de los 3000 jinetes, [quienes] cierran al

galope la distancia que los separa del enemigo y este tira sus armas a tierra y sale de sus abrigos con los brazos en alto, dando la impresión de que nos estaban esperando con alegría… Todo fue rapidísimo.79

El efecto psicológico de ver centenares de jinetes en sus caballos lanzándose al ataque debió de ser demoledor; no en vano los republicanos imprimieron hojas de propaganda avisando:

¡Soldado! El que desmoraliza, el cobarde, grita: ¡Que viene la caballería! Al que desmoraliza porque el enemigo emplee la caballería llámale ¡cobarde! Tú sabes que frente a una ametralladora nada puede ni un escuadrón de caballería. Deja que se acerque la caballería de los traidores [y] cuando la tengas a tiro, dispara. ¡Mejor blanco no lo tendrás nunca! ¡Viva el Ejército Popular! ¡Viva la República!

Más allá de la épica, lo cierto es que la carga de la caballería, en cooperación con acciones desarrolladas en simultáneo por el Cuerpo de Ejército Marroquí y el de Galicia, logra su objetivo, habilitando a Franco para pasar a la última fase de la batalla. A partir del 17 de febrero, con los republicanos ahora desmoralizados, los nacionales pueden operar cómodamente tanto al norte como al sur de la ciudad de Teruel, habiendo situado a sus dos grandes agrupaciones en una línea que les permite hacer una maniobra de cerco sobre la ciudad, similar a la realizada por sus rivales en diciembre pero ahora en sentido contrario. En la mañana del día 22 fuerzas del general Aranda entran en las ruinas de Teruel y se fotografían en la plaza del Torico, testigo mudo de la gran batalla. Vuelve a circular un chascarrillo que ya se había hecho famoso ante Madrid u otras localidades: «Conquistada ciudad. Envíen habitantes». El 23 el general Rojo ordena replegarse a las últimas unidades embebidas en la acción y pasar a la defensiva en todos los sectores del frente, pero el ejército rebelde está sediento de victoria y, con su masa orientada hacia el mar, seguirá su inercia más allá de los límites turolenses. El mecanismo de acción (republicana)-reacción (franquista) vuelve a quedar servido y ya solo falta recibir órdenes para explotar el éxito.

Los partes oficiales de guerra, siempre convenientemente adobados por los estados mayores que los emiten, dan fe de lo ocurrido ese día 22 de febrero en que la cruenta, larga y gélida batalla de Teruel puede

darse por concluida:

Bando Nacional. Durante la noche última nuestras victoriosas tropas vencieron combatiendo los núcleos enemigos de resistencia que se mantenían en Teruel. Los cuales quedaron completamente reducidos a las 8.00, hora a la que se ocupó la ciudad totalmente. Se cogió en ella gran número de fusiles y armas automáticas, y más de 3000 prisioneros, entre ellos el jefe de Estado Mayor de una división y varios jefes, oficiales y comisarios. Bando Republicano. El enemigo no ha entrado en Teruel hasta las 10.00 de hoy, es decir, catorce horas después de haber sido abandonada la ciudad por nuestras tropas […] La evacuación se efectuó con orden perfecto. […] Hoy precisamente se cumplen dos meses justos de la toma de Teruel por las tropas republicanas. Lo que para nosotros fue obra de una semana, ha sido para los rebeldes empresa de dos meses, y realizada mediante una acumulación excepcional de elementos.

Si la batalla del Jarama fue de brigadas y agrupaciones, si las de Brunete y Belchite fueron de divisiones, la de Teruel había sido ya de auténticos cuerpos de ejército como grandes unidades operativas, que pronto iban a adquirir proporciones de ejércitos e incluso grupos de ejército. El equilibrio de fuerzas, en cualquier caso, había quedado definitivamente roto a favor de los franquistas, y el nuevo año 1938 comenzaba para ellos con el inequívoco aroma del triunfo…, si bien aún quedaba mucha guerra por luchar.

_____

75 Los partes de guerra de ambos bandos han sido editados en diferentes ocasiones desde el final de la contienda. Seguimos aquí Memoria de la Guerra Civil española. Partes de guerra nacionales y republicanos , Barcelona, Belacqva, 2004.

76 Parte de la rendición de la ciudad, recogido en MARTÍNEZ BANDE, José Manuel: La batalla de Teruel, Madrid, San Martín, 1990.

77 NAGORE, Javier: El 4.° Tercio de Navarra. Tercio de requetés de san Miguel , Madrid, 2005.

78 Citado en el número extra de la revista Desperta Ferro titulado «La batalla de Teruel», Madrid, 2017.

79 CASAS DE LA VEGA, Rafael: Alfambra. La reconquista de Teruel , Barcelona, Luis de Caralt, 1976.

III

1938. LA RUPTURA

La guerra en España puede considerarse como un espejo deformante en el que Europa contempla una imagen exagerada de sus propias divisiones.

THE TIMES

También el coraje envicia…

JORGE LUIS BORGES

Nosotros [los conservadores británicos] odiamos al fascismo, pero odiamos tanto o más a los bolcheviques. Si hay un país en el mundo en donde fascistas y bolcheviques se autoeliminen, eso representará un gran bien para la humanidad.

STANLEY BALDWIN

¿Guerra «relámpago»?

1938 fue un año tan decisivo para la guerra civil española como inquietante para el panorama internacional. El primer semestre verá la llegada al mar Mediterráneo de los nacionales, con la consiguiente partición de la zona aún controlada por el Gobierno en dos grandes porciones, y una ofensiva extraña y compleja sobre Castellón y Valencia. En el segundo, el Ejército Popular de la República, recuperándose con una capacidad asombrosa de sus sucesivas derrotas, está en condiciones de cruzar el Ebro al ataque y plantear a su rival la que será la más dura batalla jamás librada en la península ibérica. Después, derrota y la flecha de la guerra apuntando a Cataluña… Y ya inequívocamente hacia el final de la lucha. Precisamente durante el mismo tiempo en que los aires internacionales apuntaban también inexorablemente hacia un segundo estallido mundial.

Si a todos, a Hitler y Stalin, a Londres y París, a Mussolini, Tokio e incluso a la Casa Blanca había beneficiado de alguna manera la Guerra Civil tanto el año de su estallido como en 1937, su prolongación en 1938 empezaba no solo a irritarles, sino a perturbar sus propios intereses, de ahí que los dictadores presionaran a sus respectivos apadrinados con dos palancas, una positiva —mantenimiento del apoyo político— y otra negativa —ralentización del flujo de sus ayudas militares—. España empieza a aburrir a la opinión pública mundial, a pesar de que en su suelo se siga combatiendo con fiereza…

Tanto Franco, que formará en enero de 1938 su primer Gobierno estable y oficial, como Negrín, que reorganiza su gabinete en el mes de abril para calmar lo que él mismo denominaba «charca política» republicana, son muy conscientes de ello. Y si el primero había optado por afrontar la guerra mediante una estrategia lenta pero segura, sin prisas, aplastante, acabará deseando acelerar los planes para su finalización, justo lo contrario que el segundo, sabedor de que un estallido a gran escala en Europa podría ser ya la única salvación posible para la República. Aunque todos empiezan a descontar un hecho, la derrota del bando gubernamental, saben que todavía queda

guerra y se aproximan tiempos de inestabilidad que pueden dar un vuelco a la situación en cualquier momento.

Saludo al mar Mediterráneo con el brazo en alto

Durante el primer semestre de 1938 Franco tomará dos decisiones (relativamente) extrañas o controvertidas, una con resultado positivo para sus intenciones y la otra con consecuencias negativas. La primera es la ofensiva para llegar a la costa nada más concluida la batalla de Teruel. Lo hará entre los meses de marzo y abril por una zona imprevista por su gran amplitud. La segunda va a ser el giro hacia el sur durante mayo-junio con la intención, conseguida, de conquistar Castellón y la idea, frustrada, de tomar Valencia.

Tras la reconquista de Teruel, e incluso antes, todos los mandos políticos y militares de ambas zonas comprendieron que el siguiente acto tendría por escenario el mar Mediterráneo. Aunque la masa de maniobra nacional había sufrido en la batalla, sus fuerzas podían ser refrescadas con relativa rapidez, por no hablar de su moral, entonces en todo lo alto —al decir de las crónicas del momento, las tropas de Franco estaban «ahítas de victoria»—. Las unidades republicanas se encontraban mermadas y completamente desmoralizadas. El recorrido de la pretendida ofensiva parecía lógico: caer hacia el litoral por el eje Teruel-Sagunto, localidad esta última importante por sus altos hornos, o por el de Teruel-Castellón, ciudad portuaria de consideración. Sin embargo el Cuartel General de Franco tomó una determinación que a la larga se mostraría acertada. Dada la ruptura del equilibrio de fuerzas, el contraataque podía realizarse con una mayor envergadura y comenzando más al norte, de forma que sus tropas avanzasen en torno al Ebro contra Cataluña occidental, una forma de tantear las defensas de la región, pero también por el Maestrazgo contra la linde de la región valenciana con la provincia de Tarragona. Al ser más amplia y profunda, la maniobra era mucho más arriesgada, pero precisamente por ello inesperada y, por tanto, disruptiva.

Para ello se reorganiza y amplía el Ejército del Norte, ya convertido en el grueso de las fuerzas nacionales. A los cuerpos que habían participado en Teruel —Aragón, Castilla, Galicia, Marroquí y Navarra — se uniría el CTV (a estas alturas mixto italo-español con las denominadas brigadas de «flechas») y una agrupación muy maniobrera llamada como su jefe, el general García Valiño. Se iban a

enfrentar no solo contra los restos de las batidas tropas combatientes en la ciudad aragonesa, sino con unidades republicanas que no habían intervenido en la batalla, por lo tanto, frescas pero contagiadas del ambiente derrotista reinante en su zona.

Lo que vino después ha sido considerado por algunos autores como un claro precedente de la llamada «guerra relámpago» alemana de los años 1939 a 1942, pero lo cierto es que el ejército de Franco no disponía del material acorazado necesario para ponerla en práctica ni contaba con la doctrina de empleo sobre guerra mecanizada que los alemanes todavía guardaban celosamente en secreto. Lo que sí tenía el general rebelde era una idea muy clara de la maniobra a realizar y una curtida herramienta con la que ejecutarla. Iba a ser una campaña tan audaz como veloz, con fintas continuas y movimientos de tenaza que irían despistando, debilitando y desmoralizando a un rival que no logra establecerse en ninguna posición de apoyo para contener el arrollador avance, por más que vuelva a demostrar en muchas acciones un alto espíritu de lucha y una notable capacidad de aguante.

A principios de marzo de 1938 las grandes unidades nacionales despliegan de sur a norte como sigue: entre la recién recobrada Teruel y Calamocha-Daroca, los cuerpos de Castilla y Galicia. Desde el último nudo citado hasta la capital aragonesa, el CTV y la agrupación de García Valiño, encargada esta de una de las misiones más sensibles de la operación, adentrarse por el accidentado Maestrazgo, terreno peligroso más que apto para la guerrilla como habían demostrado las luchas carlistas del siglo XIX. En la carretera de Zaragoza, cercanas a la ciudad, las fuerzas de élite del Cuerpo de Ejército Marroquí, habilitadas para operar tanto al norte como al sur del Ebro según conviniera. Finalmente, desde allí hasta Huesca, abocados a la línea Sort-Tremp-Lérida, los cuerpos de Aragón y Navarra. La masa artillera se iba a volcar en su apoyo así como el grueso de la triple aviación hispano-italo-germana. Si en Teruel las fuerzas aéreas habían actuado relativamente poco por las duras condiciones climatológicas, en la primavera del 38 iban a cooperar estrechamente con las tropas de tierra, otro factor que será maximizado por los rebeldes y también un claro pero incipiente antecedente de la guerra relámpago.

Entre el 9 de marzo, fecha de inicio de la ofensiva, y el día 26 los nacionales operan fundamentalmente al sur del Ebro, llegando a la línea marcada por las localidades de Caspe y Calanda, aunque también establecen una cabeza de puente al norte del río. La ofensiva ha comenzado con buen ritmo y el enemigo, duro y tenaz, resiste pero va replegándose una y otra vez al no encontrar un terreno en el que poder atrincherarse y fijar una fuerte línea defensiva. Los nacionales

no dan tregua y prácticamente no cesan en su ofensiva, casi sin darse respiro entre un movimiento y el siguiente. Pueden ir relevando sus unidades para mantener de esta forma la inercia y el ímpetu del ataque.

Desde finales de marzo hasta mediados de abril el avance es ya arrollador: por el norte se apoderan de la parte de la región de Huesca que aún no controlaban, apoyan su máxima penetración en el Segre y ocupan Lérida. No podrán con una tenaz bolsa de resistencia mantenida por los republicanos en torno a Bielsa, con la 43 División del Ejército Popular muy bien mandada por uno de los personajes más singulares de la guerra, Antonio Beltrán, l'Esquinazau, canfranero y excombatiente de la invasión de Estados Unidos por la guerrilla de Pancho Villa (resistirá hasta mediados de junio, pasará los Pirineos… y reaparecerá con sus hombres por Port-Bou para continuar la lucha). Por el sur, el Marroquí, el CTV y las unidades de García Valiño entran en un frenesí ofensivo que, sin preocuparse por bolsas que van dejando a retaguardia, los llevará hasta Gandesa, donde el Ebro hace una curvatura antes de entrar en su tramo final previo a su desembocadura en forma de delta.

Más al sur, el día 15 de abril fuerzas nacionales se asoman al mar por las localidades castellonenses de Vinaroz y Benicarló, y saludan en un gesto teatral al Mediterráneo brazo en alto. Era un Viernes Santo. No mentía esta vez el parte de guerra franquista: «La maniobra iniciada al sur del Ebro en dirección al mar ha tenido un brillante remate con el arrollador avance de nuestras tropas, que persiguiendo al enemigo han alcanzado el Mediterráneo». Los contingentes republicanos, batidos y maltrechos, al menos han logrado mediante un goteo de unidades repasar discretamente el río hacia la seguridad del interior de la provincia de Tarragona, lo que será muy importante más adelante.

Cuando la ofensiva se dé por concluida a finales de ese mes, los nacionales habrán logrado varios objetivos importantes. La brecha practicada en el frente rival supera los 50 kilómetros de ancho a la altura de su tramo final en la costa: no es demasiado, pero sí suficiente para interponer una franja de terreno entre la zona republicana de Cataluña y la del resto de la España leal (Valencia, Madrid, Castilla la Nueva, partes de Andalucía y Extremadura). Por otro lado, aunque el puerto de Vinaroz es modesto, supone la apertura en el Mediterráneo de una localidad que pueda enlazar por vía marítima con la base aeronaval de Palma de Mallorca, hasta entonces solo conectada con la lejana Málaga, lo que facilitará enormemente las labores de bloqueo de la armada nacional y los bombardeos ahora también marítimos sobre el litoral mediterráneo. Estratégicamente, Franco puede optar

ahora por continuar sus planes bien contra tierras catalanas y cerrar la frontera francesa, bien contra las provincias valencianas y anular el puerto enemigo más importante de los cercanos a Madrid. Todo general en jefe sabe que la mejor situación en la guerra es disponer en todo momento de al menos dos posibilidades para mantener la iniciativa, pues ello le permite contar con opciones alternativas al tiempo que confunde al enemigo, quien no sabe qué dirección tomará en el futuro, viéndose obligado a dividir sus recursos.

El prestigio de la zona nacional crece en el exterior: si hasta ahora solo la habían respaldado las potencias totalitarias, cada vez más naciones se unen en el reconocimiento oficial de esta España en liza. Por último, y lo más importante, la ofensiva ha conseguido su objetivo primordial: la ruptura física del territorio republicano…, quizá también la quiebra definitiva de su moral.

Valencia, lucha de titanes

En las esferas nacionales el optimismo era general y todo parecía aconsejar operar sin descanso sobre Cataluña. Las razones eran claras, pues el Ejército del Ebro había quedado prácticamente deshecho, no pudiendo decirse lo mismo del de Maniobra y, sobre todo, del de Levante. Detrás de ellos estaba, además, la región Centro-Levante-Sur, con sus numerosas fuerzas […]. Puede decirse que los altos jefes —Vigón, Kindelán, Martínez Campos, Yagüe— estaban sin excepción a favor de marchar en el mapa estratégico catalán. Todos menos Franco… El general había recibido bastante antes información del almirante Wilhelm Canaris [jefe del servicio secreto alemán] sobre el peligro de una intervención extranjera, declarada, masiva, en España si se operaba teniendo como telón de fondo la frontera francesa. […] Cataluña en el mes de abril de 1938 se había convertido en un avispero en el mapa de Europa y en un objetivo estratégico para Francia y los países del Eje. La guerra de España podía internacionalizarse. La documentación diplomática ha revelado auténticamente los peligros de que la Segunda Guerra Mundial hubiese comenzado en España.

De esta manera justificaba el cronista militar José Manuel Martínez Bande en su obra La lucha por la victoria80 una de las decisiones más

polémicas adoptadas por Franco a lo largo de toda la guerra. La ofensiva sobre el mar descrita en el apartado anterior fue siempre concebida por el Cuartel General nacional no como una de carácter autónomo, sino como paso previo para la siguiente, que, tras un breve período de reorganización y refuerzo, podía orientarse bien hacia el norte (Cataluña) o bien hacia el sur (Valencia). Ambas eran consideradas decisivas, pues se estimaba al enemigo profundamente desgastado y sin voluntad de luchar, un claro error de apreciación, porque si el Ejército Popular ya no era el flamante de Brunete y Teruel, seguía siendo una poderosa maquinaria bélica. Optar por Valencia era adentrarse en la zona más amplia de las dos en que había quedado partido el territorio republicano, motivo por el que la decisión del Generalísimo resultó polémica: lo fue para muchos generales de su propio bando, lo sigue siendo para los historiadores, algunos de los cuales quieren ver en ello su deseo de prolongar las hostilidades y «machacar» al enemigo.

Pero lo cierto es que si la guerra nunca había sido un compartimento estanco en la política internacional de finales de la década, menos lo era en la primavera de 1938, cuando la situación en Europa había cambiado de forma tan brusca como fulgurante, mostrados por Hitler ya de forma abierta sus apetitos expansionistas. Conviene decir que Franco, militar cauteloso, dirigió la guerra con tres principales preocupaciones en mente que, siempre que las circunstancias se lo permitieron, intentó tener en cuenta de manera simultánea: la propia lucha castrense, el férreo control de la retaguardia (la propia y la que iba conquistando) y los asuntos exteriores, con una cuidadosa mirada puesta en un complejo panorama que sabía voluble, con los riesgos inherentes de interferencia en «su guerra» al menor cambio político de trascendencia fuera de nuestras fronteras.

Hugh Thomas asegura que el responsable del aparato de información de la república francesa, Pierre Comert, habría afirmado en marzo, tras la anexión austriaca por Alemania, que «vengaremos a Austria en España». Verdadera o no tan rotunda aseveración, lo cierto es que el 15 de marzo de 1938 Léon Blum, primer ministro galo, convocó al Comité Permanente de la Defensa Nacional de su país, con varios ministros de los más cruciales negociados junto a todos los altos mandos militares del Ejército y la Armada presentes para debatir el sombrío panorama que se estaba cerniendo sobre Europa. Con Alemania en fase expansiva, la Italia de Mussolini ensoberbecida y una España próxima a ambas potencias fascistas a punto de ganar la guerra, Francia resultaría la nación más perjudicada, pudiendo quedar sometida a un cerco geoestratégico de gran alcance que solo podría aliviar, con dudas, el Reino Unido, inmerso en una política de

apaciguamiento. Jaime Martínez Parrilla, en su ignorado pero muy revelador libro Las fuerzas armadas francesas ante la guerra civil española, lo explica así:

La campaña de Aragón que Franco había emprendido hacía temer al Gobierno francés que la España republicana quedara cortada en dos y que el Ejército nacionalista, con todos sus componentes de alemanes e italianos, se acercara peligrosamente a la frontera francesa [por lo que] piensa seriamente en una ocupación de Cataluña. Algunos ministros radicales habían estudiado la hipótesis de una intervención en España. […] La reunión de los personajes más importantes del Gobierno y de la Defensa Nacional franceses nos da idea de la importancia y de la gravedad de los sucesos que en esta reunión se iban a tratar. Para Blum sería una maniobra del mismo género que la realizada por Hitler en Austria. […] En el mismo Estado Mayor de Salamanca se propaga la noticia el 16 de marzo de que cinco divisiones francesas iban a ser enviadas a Cataluña. Representantes del servicio secreto alemán habrían aconsejado al Estado Mayor nacionalista que previera esta amenaza concentrando inmediatamente una o dos divisiones en el Bidasoa. Pero el Estado Mayor de Franco rechaza este consejo. El rumor de la intervención francesa preocupa internacionalmente [pues] una intervención en España podría desencadenar la guerra general.81

Ambos razonamientos, el de Bande y el de Parrilla, son plausibles… y apuntan en una misma dirección: el temor a acercar demasiado el conflicto a la frontera francesa. No era Franco el único preocupado por ello, pues no en balde Hitler había prohibido a sus unidades combatientes en España acercarse a menos de 100 kilómetros de la raya fronteriza. Y mostrando síntomas de hartazgo que se traducían en un regateo de su hasta entonces firme apoyo a los rebeldes. No así Mussolini, quien se consideraba dueño y señor del Mediterráneo occidental y aprobaba impunemente bombardeos de su aviación sobre la mismísima Barcelona, continuando además su marina, con buques de superficie y sumergibles, la ayuda a la flota del almirante Moreno. Aunque el Estado Mayor francés finalmente desaconsejó una intervención en tierras españolas, sí movilizó considerables contingentes terrestres y aéreos para desplegarlos en las cercanías de los Pirineos, ordenando a su Armada patrullar con más celo y espíritu agresivo las aguas del triángulo Francia-España-Italia, con especial preocupación por las islas Baleares y las de Córcega y Cerdeña. Por

tanto, es plausible que Franco recibiera alguna presión de Hitler o de Mussolini… o de ambos a la vez.

Quizá haya otro factor explicativo de la decisión de atacar hacia Valencia en lugar de hacia Cataluña. Muchos mandos militares, especialmente cuando se encuentran inmersos en una vorágine victoriosa, suelen incurrir en uno de los peores errores que se pueden cometer en guerra: subestimar al contrario. Primero, el ejército republicano en la región central estaba fresco y podía movilizar sus todavía amplias reservas hacia el lugar atacado. Los mandos de la zona, menos politizados que los del Ejército de Maniobra y, por tanto, más profesionales, conocían bien su oficio. Un lugar, segundo, de complicada orografía, con estribaciones montañosas del Sistema Ibérico que caen al mar de forma sucesiva y, por momentos, abrupta. Y, tercero, los republicanos habían levantado fuertes posiciones defensivas muy bien adaptadas al terreno que iban a complicar enormemente las operaciones. Su trazado era sinuoso y, comenzando en el curso medio del río Turia por la izquierda, llegaba hasta la costa, con dos saltos sucesivos, uno al norte de Castellón y otro al sur, cuyas fortificaciones y trincheras aprovechaban las asperezas de la intrincada sierra de Javalambre, con alturas de más de 2000 metros, o del Espadán. Al estrellarse contra este muro, a la postre mucho más eficaz que el famoso Cinturón de Hierro de Bilbao, los soldados nacionales comprobarían en sus propias carnes el error de la decisión adoptada por Franco. Los esfuerzos para alcanzar cada línea son enormes y, cuando son tomadas, solo es para comprobar que el rival sigue firme en una nueva posición más arriscada si cabe. Ramón Salas Larrazábal es tajante en su clásico ya citado Historia del Ejército Popular de la República:

La elección de esta dirección excéntrica y secundaria [suponía] que el Ejército de Franco había elegido y lo había hecho mal. Le esperaba una ruta difícil, por una región abrupta, pobre de comunicaciones y de terreno compartimentado. Fácil para la emboscada y difícil para la maniobra, la concentración de fuegos y el movimiento de amplios efectivos. Pocas fuerzas, bien situadas y con moral, pueden barrear los escasos pasos que siguen las pocas comunicaciones existentes, que son las carreteras que desde Barcelona llevan a Valencia por la costa, la que desde Morella va a Castellón, la de Teruel a Sagunto y algunas transversales […] muy quebradas. […] Es una masa montañosa que constituye el escarpado escalón levantino hacia la meseta; sin ordenación clara en su alineación, con altitudes incluso superiores a los 2000 metros [y a cuyo pie existe] una llanura litoral con relieves

inferiores a los 100 metros y con una anchura media de 20 kilómetros, aunque frecuentemente estrangulada por espolones montañosos que se adentran en el mar.

Franco era muy consciente de ello, pues no en vano antes de la guerra había prologado un clásico, La geografía militar de España, de Díaz de Villegas, quien describía a la perfección estas sinuosidades: «El camino litoral de Cataluña a Valencia es mala directriz para un ejército de operaciones»82. En cualquier caso, la ofensiva comenzó pronto a finales de abril, y los rebeldes encontraron enseguida una tenaz resistencia, lo que marcaría la pauta de esta maniobra frustrada… y sangrienta para ambos contrincantes. Con dos líneas de progresión, una interior por el Bajo Maestrazgo, muy complicada, y otra paralela a la costa, relativamente más asequible al menos hasta Peñíscola y Alcalá de Chivert, las fuerzas franquistas progresan muy lentamente durante todo el mes de mayo. Enfrente se despliegan unas treinta brigadas mixtas y, si los ofensores van consiguiendo objetivos intermedios, es a costa de muchas bajas propias y un continuo desgaste, hasta el punto de que el jefe de la Legión Cóndor llega a informar en un momento dado de que ha consumido todas sus reservas de material. Del 2 al 25 de mayo, ocho divisiones nacionales se desgastan en las complicaciones de la sierra del Maestrazgo. La ciudad de Castellón resiste hasta el 14 de junio y, aunque los nacionales se hacen con su importante grao, están francamente exhaustos.

Solo el 5 de julio podrán retomar la ofensiva en una segunda fase, que tiene por objetivo inmediato Sagunto y como posterior la propia ciudad de Valencia. Los republicanos han visto reforzada su moral y sus materiales, con llegada de nuevas armas; se sienten seguros en la línea defensiva denominada XYZ, contra la que sus rivales lanzan un ataque tras otro sin conseguir avances significativos. Las posiciones fortificadas zigzaguean desde Santa Cruz de Moya (Cuenca) hasta Almenara, al norte de Sagunto (Valencia), con un recorrido de casi 150 kilómetros. Los soldados gubernamentales hacen realidad la proclama convertida en lema de Negrín: «Resistir es vencer». Porque la resistencia significaba prolongación, y la prolongación podía implicar la salvación de la República, caso de un estallido general, pues quedaría alineada de forma inmediata contra las potencias totalitarias.

Todo el mes transcurre en un forcejeo estéril que beneficia claramente a los defensores, quienes se sienten con justicia vencedores en una

nueva batalla defensiva. La ciudad de Valencia, no obstante, empieza a padecer los rigores de la guerra sin perder su talante alegre, como relató la escritora Erika Mann:83

Un gran número de personas deambula por las calles principales, se sienta ante sus tazas de achicoria y llena las salas de los teatros y los cinematógrafos. […] Hay bombardeos pero los habitantes de Valencia se enfrentan tranquilos y con naturalidad al horror. Zarzuela en Valencia, pero el trasfondo es triste, como en toda gran tragedia.

Mientras, Franco titubea, pues está perdiendo sus mejores unidades en aquel teatro de operaciones… Y ha malgastado, además, tres meses. Hasta que de nuevo el general Rojo desde el Estado Mayor de los gubernamentales resuelve cualquier duda propinando un nuevo, duro y casi sorpresivo golpe en Cataluña. El día 25 de julio el Ejército Popular de la República, en una brillante operación, cruza el Ebro y obliga a cancelar todos los planes de los sublevados. No fue en Brunete ni en Belchite, no fue en Teruel ni en Castellón: el encuentro crucial será entre Mequinenza y Amposta, en la Terra Alta tarraconense y con las aguas marrones del gran río español como telón de fondo.

La batalla decisiva va a comenzar…

_____

80 MARTÍNEZ BANDE, José Manuel: La lucha por la victoria , Córdoba, Almuzara, 2019.

81 MARTÍNEZ PARRILLA, Jaime: Las fuerzas armadas francesas ante la guerra civil española , Madrid, Ejército, 1988.

82 DÍAZ DE VILLEGAS, José: Geografía militar de España, Ministerio de la Guerra, 1936 (pero no distribuido hasta 1939). En el prólogo, fechado en abril de aquel fatídico año, Franco ya mostraba sus inquietudes: «Lucha y combate es la naturaleza... Sólo España, con un gesto romántico y suicida, en su letargo pacifista, sueña con la quimérica paz entre los pueblos, cantando endechas a la Sociedad de las Naciones, defensora de las naciones próceres, mientras dentro de sus fronteras sus hijos, animados de un exaltado fervor democrático, se combaten entre sí».

83 Citado en el número extra de la revista Desperta Ferro titulado «La ofensiva sobre Valencia», Madrid, 2018.

Dos Gobiernos…

El 30 de abril de 1938 Juan Negrín, tras un año ejerciendo como presidente del Gobierno de la República, lanzaba sus famosos Trece Puntos para alcanzar la victoria:

1. Asegurar la independencia absoluta y la integridad total de España.

2. Liberación de nuestro territorio de las fuerzas militares extranjeras que lo han invadido.

3. República popular representada por un Estado vigoroso que se asiente sobre principios de pura democracia y ejerza su acción a través de un Gobierno dotado de la plena autoridad que confiere el voto [de] sufragio universal.

4. La estructuración jurídica y social de la República será obra de la voluntad nacional libremente expresada, mediante un plebiscito.

5. Respeto a las libertades regionales sin menoscabo de la unidad española.

6. El Estado español garantizará la plenitud de los derechos al ciudadano en la vida civil y social, la libertad de conciencia, y asegurará el libre ejercicio de las creencias y prácticas religiosas.

7. El Estado garantizará la propiedad, legal y legítimamente adquirida, dentro de los límites que impongan el supremo interés nacional y la protección a los elementos productores […]. Se impulsará el desarrollo de la pequeña propiedad [y] se estimularán las medidas que lleven a un mejoramiento económico, moral y racial de las clases productoras. La propiedad e intereses de los extranjeros que no hayan ayudado a la rebelión serán respetados.

8. Profunda reforma agraria que liquide la vieja aristocrática propiedad semifeudal que, carente de sentido humano, nacional y

patriótico, ha sido siempre el mayor obstáculo para el desarrollo de las grandes posibilidades del país. Asentamiento de la nueva España sobre una amplia y sólida democracia campesina dueña de la tierra que trabaja.

9. El Estado garantizará los derechos del trabajador a través de una legislación social avanzada, de acuerdo con las necesidades específicas […] españolas.

10. Mejoramiento cultural, físico y moral de la raza.

11. El Ejército español, al servicio de la Nación misma, estará libre de toda hegemonía de tendencia o partido […] para la defensa de las libertades.

12. El Estado […] renuncia a la guerra como instrumento de política nacional.

13. Amplia amnistía para todos los españoles que quieran cooperar a la inmensa labor de reconstrucción y engrandecimiento de España.

Se trataba en realidad de un programa político destinado a dos audiencias diferentes, una interior y otra extranjera. En el ámbito doméstico, la lista contenía suficientes avisos a navegantes que apelaban a la realización de un esfuerzo unificado para ganar la guerra; en el externo, se hacía hincapié en la legitimidad del gabinete Negrín para lograr que las potencias occidentales, comprendiendo que solo él poseía la capacidad de embridar la revolución, se involucraran para salvar a la España leal como adelantada en la lucha contra el fascismo. Contenía, también, una llamada al rival —«libre ejercicio de las creencias religiosas», «amplia amnistía para los españoles que quieran reconstruir España»—, así como dos enunciados polémicos o, cuando menos, extraños. Pues ¿qué significaba ese plebiscito para determinar «la estructuración jurídica y social»? ¿Acaso una III República? Más: después de dos años de lucha, ¿no sonaba irónico el anuncio de una «renuncia a la guerra como instrumento de política nacional», en realidad una redundancia del artículo 6.º de la Constitución? Muchos españoles de ese bando debieron de entenderlo así.

Toda guerra es política; toda guerra civil es eminentemente política. Porque si la política, mejor dicho, su fracaso, está en el origen de los enfrentamientos fratricidas, las decisiones de los estadistas van a condicionar irremisiblemente no solo las operaciones militares, sino la

propia organización de la retaguardia, los esfuerzos económicos, la dureza con la que se quiere combatir y el trato que se desea dar a los contrarios, las relaciones exteriores, el ordenamiento jurídico o contrato social y, en definitiva, el porvenir del país llegada la paz… o la victoria. Si los bloques contendientes conciben los aspectos de la vida en común de una forma totalmente contradictoria, entonces la política no admite resquicios para el mínimo acuerdo y la guerra deviene total. España 1936-1939.

La historia política de la zona leal al Gobierno del Frente Popular es básicamente la del ascenso de una formación minoritaria antes de la guerra, el Partido Comunista de España (17 diputados en 1936), a las más altas instancias de poder apoyándose en una realidad: Stalin estaba siendo el único dirigente internacional dispuesto a ofrecer, previo pago, una ayuda efectiva a la II República. Esta preponderancia pasaba, de grado o a la fuerza, por aglutinar en torno al PCE al resto de formaciones de izquierda, desde las más numerosas —socialismo, anarquismo— a las menos representativas.

La historia política de la zona sublevada, por su parte, será la del empeño desde ámbitos civiles y militares por crear un omnímodo caudillo, algo así como un remedo del duce de la Italia fascista o, en menor medida, una suerte de führer hispánico. Un mando en cualquier caso fuerte e indiscutido, capaz de aunar a las distintas familias de esta facción: los restos de la derecha republicana, los grupúsculos de monárquicos nostálgicos, los falangistas con sus aires «revolucionarios» o los carlistas de la Comunión Tradicionalista, esa reliquia histórica.

Durante el primer año de guerra, las autoridades gubernamentales se vieron obligadas a afrontar dos realidades francamente agotadoras, la propia sublevación y el proceso revolucionario desencadenado en su territorio. Si lograron realizar en cierto modo el segundo —gracias precisamente a la preponderancia conseguida por el Partido Comunista— y, además, crear un Ejército Popular muy capaz de luchar en los frentes de batalla, el esfuerzo realizado fue ímprobo y tuvo un coste que en los conflictos es casi más gravoso que el de las pérdidas materiales… porque el Gobierno de Madrid estaba malgastando en ese agotador proceso un tiempo precioso. Los meses, las semanas, incluso los días o las meras horas, no vuelven en las guerras, máxime cuando el rival sí está optimizando al máximo ese recurso vital. Y si las guerras consumen dinero, tiempo y energías, las guerras revolucionarias —caso de no triunfar con celeridad el impulso rupturista— sencillamente conducen a la extenuación a cualquier cuerpo colectivo.

Para los nacionales, la elección de Franco el primero de octubre de 1936 como «Jefe del Gobierno del Estado Español y Generalísimo de las fuerzas nacionales» resolvió de una vez el problema del mando único político-militar. Era una decisión que, además, allanaba el camino para extirpar cualquier atisbo de oposición, pues en la primavera de 1937 el Decreto de Unificación de Partidos Políticos en uno solo de extraño nombre —Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (FET-JONS)— acallaría todo debate, terminaría con especulaciones sobre el «nuevo orden» y anularía definitivamente las pocas voces discrepantes contra el militar elegido como dictator. Sencillamente, los militares no querían, ni parecían necesitar, compañeros de viaje, sino subordinados y masa combativa. Quien sí se perfila ya como pilar fundamental del nuevo régimen es la Iglesia católica, en especial desde la publicación de una célebre carta colectiva de los obispos españoles dada el 1 de julio de 1937. Era un documento que, sin mencionar la palabra, elevaba a la categoría de «cruzada» la lucha que estaba teniendo lugar.

El que fuera primer jefe de la Junta de Defensa Nacional, general Cabanellas, había mostrado sus dudas al respecto del nombramiento del general Franco como ese caudillo ansiado por ciertos sectores conservadores:

Ustedes no saben lo que han hecho, porque no lo conocen como yo, que lo tuve a mis órdenes en el Ejército de África; […] y si, como quieren, va a dársele en estos momentos España, va a creerse que es suya y no dejará que nadie lo sustituya en la guerra ni después de ella, hasta su muerte, sin que tenga que decir nada de sus prendas militares [o] morales, que soy el primero en reconocer.84

Lo que no impediría que en el acto formal de proclamación, se dirigiera solemnemente a Franco con estas palabras: «Os entrego los poderes absolutos del Estado. Van a V.E., soldado de corazón españolísimo».

«El gran engaño»

Burnett Bolloten, polémico pero metódico investigador de la evolución política de la España republicana, comienza de esta manera la versión definitiva de su obra La guerra civil española. Revolución y contrarrevolución:

Si se examina desde la perspectiva de los antagonismos sociales y políticos que asolaron el país antes de la Guerra Civil, el conflicto fue estrictamente español en su origen. No fue necesaria la intervención extranjera para encender la mecha de la guerra, si bien es cierto que las potencias extranjeras la utilizaron para sus propios objetivos. Semanas antes de que se produjera la revuelta militar, semanas antes de que llegara a España el primer avión o tanque extranjero, el país estaba maduro para la conflagración. Bastó el fracaso de la revuelta en las principales ciudades de Madrid, Barcelona, Valencia, Málaga o Bilbao, un fracaso que eliminó toda posibilidad de una victoria inicial decisiva, como planeaban los insurrectos, para precipitar una revolución social de gran alcance que en algunos aspectos fue más profunda que la Revolución Bolchevique en sus primeras fases. En vez de proteger a las clases poseedoras de los ataques de la izquierda, la revuelta militar —en palabras de Federica Montseny, destacada activista de la Federación Anarquista Ibérica (FAI), cuyo objetivo era el establecimiento del comunismo anarquista o libertario— tuvo el efecto de «adelantar la revolución que todos ansiaban, pero que nadie esperaba tan pronto».

Una revolución que tendría como primer resultado la destrucción del aparato estatal: en la zona que había quedado para el Gobierno, el poder pasó sin solución de continuidad de los despachos a las calles y al campo, con unas masas armadas actuando desordenadamente —más de veinte mil empresas expropiadas, la mitad de toda la tierra cultivada incautada o colectivizada, bancos saqueados, quema de iglesias, asesinatos, atomización regional— y con los partidos y sindicatos luchando entre sí por capitalizar, cada quien a su favor, un proceso que anulaba de facto la Constitución de 1931. Los dos sindicatos mayoritarios, UGT y CNT, a pesar de sus discrepancias, llegaron a negociar la posibilidad de copar la autoridad y establecer un gabinete sindical como órgano de Gobierno destinado a afrontar lo que denominaban «guerra social» con preferencia a la expresión «guerra civil».

Quien mejor describió los devastadores efectos de la revolución o, por

mejor decir, de las diferentes revoluciones superpuestas, fue el propio presidente de la República, Manuel Azaña, quien en su obra clásica La velada en Benicarló hace decir lo siguiente a uno de sus personajes:

Secuestran bienes y personas, muchas perecen sin pasar ante ningún tribunal, se expulsa o se mata a los patronos, a los técnicos que no inspiran confianza, y los sindicatos, grupos libertarios y hasta partidos políticos se apoderan de inmuebles, de explotaciones industriales y comerciales, de periódicos, cuentas bancarias, etc. Llamamos a todo esto revolución [pero] una revolución necesita apoderarse del mando, instalarse en el Gobierno, dirigir el país según sus miras […]. El orden antiguo puede ser reemplazado por otro, revolucionario. No lo fue. Así, no hubo más que impotencia y barullo. Tal es hasta ahora el fruto de la revolución: desbarajuste, despilfarro de tiempo, de energía y de recursos, y un Gobierno paralítico. Para la guerra, desastroso. […] Asalto al Estado y disputa por sus despojos. Clase contra clase, partido contra partido, región contra región, regiones contra el Estado. El cabilismo racial de los hispanos ha estallado con más fuerza que la rebelión misma, [y] durante muchos meses, no los ha dejado tener miedo de los rebeldes y se han empleado en saciar ansias reprimidas. […] Sea cualquiera el curso de los sucesos, lo más claro hasta ahora es el hundimiento de la República. Sucumbió en las últimas semanas de julio, cuando no pudo reducir la rebelión y abrió las compuertas al ímpetu desordenado del pueblo. […] España es el único país que se clava su propio aguijón. Quizá el enemigo de un español es siempre otro español. Se salta un ojo con tal de cegar a su enemigo.

La URSS —que no había conspirado activamente en nuestro país antes del estallido más allá de acciones de agitación y propaganda— decidirá, tras ciertas cavilaciones, involucrarse de forma abierta. Lo hará saltándose las restricciones de la acordada política de No Intervención suscrita por Stalin y, obviamente, primando la satisfacción de sus propios intereses e imponiendo sus condiciones. Efectivamente, cuando Moscú decidió acudir a la guerra de España lo hizo guiado al menos por tres consideraciones geopolíticas. Primero, alimentar una inesperada hoguera en el extremo sudoccidental de Europa para ganar tiempo —además de oro— que le permitiera continuar sus pogromos internos y sus planes quinquenales; segundo, no solo no identificarse con la revolución, sino reconducirla con el ánimo de no despertar temores en las democracias occidentales; y tercero, enfrentarse mediante nación interpuesta a nazismo y

fascismo, dos amenazas que convenía debilitar… sin llegar de momento a un enfrentamiento abierto.

La intervención habría de hacerse en lo político de forma encubierta; en lo económico, con un intercambio de armas por dinero, y en lo diplomático, disimulando sus fines, lo que implicaba tender una fachada «liberal» que ocultara al mundo la injerencia soviética: «El Comité Central del PCE —rezaba una declaración oficial del partido— no pretende la instauración de la dictadura del proletariado y no tiene más que un solo objetivo: la defensa del orden republicano y el respeto a la propiedad». La URSS estaba tan dispuesta a mantener el «secreto» que incluso toleraría sin protestas formales el hundimiento de buques soviéticos por parte de la flota rebelde.

Para hacerse con el control efectivo de la situación —el nominal, de momento, no interesaba a un siempre pragmático Stalin— era necesario apoyarse en una formación autóctona dotada de un predicamento del que el Partido Comunista español carecía antes de comenzar el conflicto (diecisiete escaños y una afiliación estimada en cincuenta mil militantes el 18 de julio de 1936). Señalados los anarquistas como responsables de la desbordada revolución y, por tanto, como los enemigos internos a domeñar; anulada toda tendencia republicana, con Azaña reducido a mero símbolo, la única fuerza sobre la que auparse era la del Partido Socialista. Un partido que ya contaba con un ala radical liderada por alguien que, dada su popularidad entre las masas y su favorable predisposición, se iba a convertir en el candidato ideal para ser el dirigente sobre el que hacer pivotar toda la operación. Se trataba de Francisco Largo Caballero, cuyo auge y caída como presidente del Gobierno marcarán los acontecimientos desde su ascenso en septiembre de 1936 hasta mayo de 1937, nueve meses cruciales.

Todo comenzó con una infiltración en los órganos de poder, que fomentaba un Gobierno «dócil» a los dictados del Politburó —máximo órgano de poder soviético—, el del mentado Largo Caballero, previamente glorificado por medio de una hábil campaña de propaganda como «el Lenin español». A diferencia de los anteriores, con mayoría de republicanos, este sería ya claramente un Gobierno de Frente Popular que, si nominalmente solo contaba con dos ministros del PCE, en realidad sumaba otros dos hombres fieles o cuando menos favorables: Álvarez del Vayo al frente de Exteriores y Negrín a cargo de Hacienda, carteras ambas esenciales, por no hablar del Ministerio de la Guerra, en manos del propio presidente. En paralelo, los dirigentes del partido promovían una campaña de nacionalización de empresas opuesta a la disgregadora de las colectivizaciones, pues si

esta era de carácter comunal, libertaria, aquella buscaba que la producción fuera dirigida desde un poder central, fuerte. Y aconsejaban con firmeza cesar todo conato de huelga o cualquier acción revolucionaria que pudiera comprometer una conducción de la guerra firmemente unificada. Al mismo tiempo hacían proselitismo entre un grupo social fundamental, hasta el momento aterrado, la clase media republicana.

Dentro de ella urgía recuperar a la importante fracción de militares que se había mantenido leal a la República pero que, por un prurito revolucionario, había sido puesta bajo sospecha. Solo ellos iban a poder reconstruir el ejército y oponerse a los sublevados, vertebrando de paso a la sociedad. La música de orden y disciplina que hacían sonar los prosoviéticos era el señuelo que atraería a muchos oficiales al partido.

La buena actuación en campaña de las unidades de militancia comunista y su capacidad organizativa para encuadrar otras nuevas facilitarían el proceso de levantar un ejército popular hecho a imagen y semejanza del Ejército Rojo, con el comisariado político como eje ideológico de un instrumento que había de servir tanto para ganar batallas como para desempeñar «un papel decisivo en la estructura del futuro régimen político de España» (en palabras de Pasionaria). Ello implicaba militarizar a las columnas, lo que dejaría al anarquismo sin poder por disolución natural de sus fuerzas en un organismo superior.

El Partido Comunista estimaba que para ganar la guerra se necesitaba un ejército regular, el control sobre las industrias de guerra y una incuestionable aceptación de las disposiciones del Gobierno. Además, las Brigadas Internacionales, que constituían en realidad la fuerza de choque de la Internacional Comunista, servirían como crisol de disciplina y cohesión ideológica. Tanto la dirección de la guerra como de sus vanguardias quedaba, así, bajo el influjo de Moscú. Los símbolos externos —saludo con el puño cerrado, estrellas rojas de cinco puntas, comisarios políticos, consignas ideológicas y hasta la misma uniformidad— delataban esta influencia.

Por supuesto, nada de esto era posible sin crecer políticamente… Y la única forma de que una minoría como la comunista española del 36 desarrollara músculo rápida y eficazmente era absorbiendo a una mayoría, la socialista. Con el dinamismo y la audacia de los que tienen un plan, el PCE acertó al aglutinar las juventudes de ambos partidos en una sola, las JSU (Juventudes Socialistas Unificadas), que pasaron de unos cuarenta mil miembros a más de trescientos mil en abril de 1937. Plataforma de cuadros de mando, aquellos «jóvenes» habían de

constituir la masa crítica suficiente para influir en la administración en sus distintos niveles, para crecer capilarmente dentro de la sociedad y para extender por toda la geografía española las virtudes de la «nueva Rusia»85.

Si la fe no bastara, el miedo haría el resto: un aparato represor tan eficaz como amedrentador, que se articularía fundamentalmente a partir del Cuerpo de Carabineros, claramente influido por la policía secreta soviética y controlado por el ministro de Hacienda, Negrín, futuro presidente de Gobierno y francamente favorable al apoyo ruso. Si al comenzar 1936 el PCE tenía unos cincuenta mil afiliados, se calcula que para primeros de 1937 la cifra superaba el cuarto de millón, llegando más tarde probablemente al medio millón. Cifras todavía por debajo de los sindicados en UGT o CNT, ambas organizaciones desgastadas, pero muy considerables: la primera podía ser una aliada de la operación, la segunda era un claro enemigo de los comunistas.

Quien mejor resumió el espíritu de la intervención de Moscú en el conflicto español fueron los mismísimos Stalin y su mano derecha, Molotov, comisario de comisarios, que en una famosa carta dirigida al presidente de Gobierno en diciembre de 1936, regalaba con un saludo fraternal cuatro «consejos»… que bien pudiera haber suscrito un líder conservador:

1) Convendría dedicar atención a los campesinos, que tienen gran peso en un país agrario como España, [por medio] de unos decretos que satisficieran sus intereses […]. También convendría […] formar en la retaguardia de los ejércitos fascistas grupos de guerrilleros integrados por campesinos.

2) Convendría atraer al lado del Gobierno a la burguesía urbana pequeña y mediana o, en todo caso, darle la posibilidad de tomar una actitud de neutralidad favorable al Gobierno, protegiéndola de cualquier tentativa de confiscación y asegurando en la medida de lo posible la libertad de comercio. En caso contrario, estos sectores seguirán a los fascistas.

3) No hay que rechazar a los dirigentes de los partidos republicanos, sino, por el contrario, atraerlos, aproximarlos y asociarlos al esfuerzo común de Gobierno, hacer que participen en la responsabilidad común de Gobierno […]. Esto es necesario para impedir que los enemigos de España vean en ella una república comunista.

4) Se podría encontrar la ocasión para declarar en la prensa que el Gobierno de España no tolerará que nadie atente contra la propiedad y los legítimos intereses de los extranjeros […].

Pero todo plan tiene sus imprevistos… Y ocurrió que Largo Caballero, el viejo líder ugetista, harto de intromisiones, se consideró en un momento dado con fuerza suficiente para echarle un pulso a Moscú: «¡Habrá de saber usted que los españoles somos muy pobres, necesitamos mucho de la ayuda extranjera, pero nos sobra orgullo para no consentir que un embajador extranjero intente imponerse al jefe del Gobierno de España!», se atrevió, al parecer, a gritar a Marcel Rosenberg, el primer diplomático de Stalin en la zona leal. Un pulso que, obviamente, estaba llamado a perder, pues ¿qué poder de negociación podía tener el presidente de Gobierno de la mitad de un país en plena guerra frente a unos comunistas que habían copado los puestos clave de la administración, con las reservas de oro enviadas a la URSS y armamento de esta procedencia equipando a su ejército y fuerzas aéreas? Ceder soberanía es fácil; recuperarla es un proceso mucho más complejo.

Los comunistas dominábamos mejor que nadie el arma de la agitación… Si nos proponíamos demostrar que Largo Caballero, o Indalecio Prieto, o Azaña o Buenaventura Durruti eran responsables de nuestras derrotas, medio millón de hombres, decenas de periódicos, millones de manifiestos, cientos de oradores daría fe de la peligrosidad de estos ciudadanos.86

Más: se trataba de imponer la «legalidad del pueblo», es decir, de los dirigentes del comunismo en España (nativos o foráneos).

Del 3 al 8 de mayo de 1937 la tensión acumulada entre los anarquistas y el POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista), de un lado, y el Gobierno central, la Generalitat, los comunistas y parte del socialismo de otro, terminó por estallar. La central telefónica de la Ciudad Condal, con sus vitales comunicaciones, obraba en manos de la CNT/FAI, cuyas fuerzas repelieron un contingente de guardias de asalto que se aprestaba a tomar el edificio. Durante aquellas jornadas —los Fets de Maig o sucesos de mayo— se vivió una auténtica guerra civil dentro de la Guerra Civil… que se saldó con la derrota de los

libertarios y la liquidación física de todo un partido revolucionario y sus dirigentes, el POUM (acusado de trotskista o «desviacionista» y, sin fundamento, de «colaboracionista con el fascismo»; su líder, el polifacético Andreu Nin, desaparecería para siempre en una cheka o cárcel estalinista). Hubo más muertos en estos enfrentamientos que en los de julio de 1936. Más tarde, unidades comunistas entrarían a sangre y fuego en el feudo anarquista de Aragón; eran dos formaciones enfrentadas que tenían cuentas pendientes por saldar: «Su jefe era el capitán de una banda de delincuentes que, en nombre de la República, habían despojado a los habitantes de la región hasta del derecho a respirar»87.

Fue, además, la excusa perfecta para defenestrar a Largo Caballero. Es de destacar cómo, antes de su dimisión, el presidente intentó poner en marcha el Plan P, la operación sobre Extremadura que algunos militares le habían aconsejado como forma de partir en dos la zona nacional… hasta que los consejeros le advirtieron de que ningún avión de combate de los proporcionados por la URSS podría participar en ella. Solo entonces Largo comprendió que los rusos no habían venido a ayudar a España, sino a hacer su propia guerra, pues eran muy capaces de abortar un plan con muchas posibilidades de éxito para la República con tal de satisfacer sus propios intereses. Corolario: ascenso al poder de Negrín, un hombre pragmático que no dudaría en plegarse a las indicaciones recibidas desde Moscú si ello ayudaba a ganar la guerra:

No puedo prescindir de los comunistas porque representan un factor muy considerable dentro de la política internacional y porque tenerlos alejados del Poder sería, en el orden interior, un grave inconveniente; no puedo prescindir de ellos porque sus correligionarios son en el extranjero los únicos que eficazmente nos ayudan, y no puedo prescindir de ellos porque podríamos poner en peligro el auxilio de la URSS, único apoyo efectivo que tenemos en cuanto a material de guerra.88

Y el largo adiós a los anarquistas en el Gobierno…

Aunque el número de ministros comunistas continuó siendo escaso en los dos Gobiernos que presidió, lo cierto es que la mayoría eran socialistas bien del ala radical, bien de probada fidelidad a Negrín, que dejaría clara su política continuista con la URSS: de los más de

7000 ascensos aprobados en el Ejército Popular desde mediados de 1938 hasta el final de la guerra, 5500 fueron para miembros del PCE. De las 70 divisiones que tenía el Ejército Popular, ya solo 9 eran controladas nominalmente por la CNT; la mayoría restante quedaba bajo la influencia de los comunistas (bien por estar mandadas por jefes de su militancia, bien por tener comisarios políticos afectos).

Un interesante informe interno de Esquerra Republicana de Catalunya publicado en 1938 decía textualmente que «el jefe del Estado Mayor Central, general Rojo, no es comunista, pero actúa como si lo fuese», y añade que los siguientes ejércitos están total o parcialmente intoxicados por el PCE: el del Ebro, el de Andalucía y partes del amplio grupo de la zona Centro-Sur (menos el de Levante, el de Extremadura y el de Madrid, los dirigidos por mandos profesionales moderados y eficaces). La infiltración en las fuerzas aéreas era incluso mayor. Hasta que entre octubre y noviembre del 38 los soviéticos que habían tenido participación directa en acciones bélicas —carristas, pilotos, artilleros— fueron regresando a su país. Con el oro agotado y la derrota de las armas republicanas en la batalla del Ebro, con Hitler mordiendo Checoslovaquia, y el Reino Unido y Francia paralizados, Stalin consideró llegado el momento de replegar velas. Aunque aún mandaría una última remesa de armamento, la República española quedaba abandonada a sus tristes destinos…

El Estado campamental

A diferencia de Hitler y Mussolini, políticos «uniformados» que se habían aupado en sus respectivos partidos para hacerse con el poder absoluto en sus países, Francisco Franco Bahamonde fue siempre, y por el contrario, un «uniformado» trasmutado en político que se apoyaría en su poder absoluto para hacerse con el control de un partido único creado primero a su conveniencia, después a su peculiar imagen y semejanza. Es lo que no sin cierta ironía uno de los líderes de la propaganda falangista en tiempos de guerra, Dionisio Ridruejo, calificaría de «golpe de Estado a la inversa», pues era

el jefe de un Estado quien tomaba posesión de masas aspirantes al poder [con lo que] se conseguían dos finalidades: se consagraba el carácter negativo, esto es, pasivo y de mera obediencia de la nueva

politización suscitada por la guerra, y al mismo tiempo se disponía de un esquema formal y de una masa de apoyo para constituir un poder personal fundado en algo más que en la mera jerarquía castrense.89

Cuando apenas habían constatado el fracaso del golpe de Estado, los jefes rebeldes crearon de inmediato una Junta de Defensa Nacional como órgano rector. Si de cara al exterior era un embrión de Gobierno para recabar apoyos foráneos y legitimarse ante la opinión internacional, de cara al interior su composición única y exclusivamente a base de militares lanzaba un mensaje nítido: la dirección de la guerra, y no solo en términos bélicos, iba a ser ejercida por la cúpula del Ejército. Pero esto suponía el reconocimiento implícito de una realidad que, a la larga, no iba a poder sostenerse: con la CEDA descabezada y falta de apoyos, con los monárquicos enredados en conspiraciones nostálgicas de gabinete, con dos formaciones vigorosas pero de limitado o muy localista predicamento —Falange y carlismo respectivamente—, la zona nacional carecía de un partido de masas similar al fascista o al nazi en el que apoyar su gestión política.

Puede ser que quien mejor resumiera la situación política creada en la España nacional fuera José Antonio Primo de Rivera, líder de la Falange… y a la sazón encarcelado en Alicante con una condena a muerte sobre su cabeza que se haría efectiva el 20 de noviembre de 1936:

Situación. No tengo datos de quién lleva la mejor parte. Por lo tanto, pura síntesis moral:

A) Si gana el Gobierno: 1.º) fusilamientos; 2.º) predominio de los partidos obreros (de clase, de guerra); 3.º) consolidación de las castas de españoles (funcionarios cesantes, republicanización, etc.). Se dirá: el Gobierno no tiene la culpa. Los que se han sublevado son los otros. No: una rebelión (sobre todo tan extensa) no se produce sin un profundo motivo. ¿Reaccionarismo social? ¿Nostalgia monárquica? No: este alzamiento es, sobre todo, de clase media. (Hasta geográficamente, las regiones en que ha arraigado más —Castilla, León, Aragón— son regiones de tono pequeño burgués). El motivo determinante ha sido la insufrible política de Casares Quiroga.

Persecuciones. Vejaciones. Atropellos. […] No se puede aumentar indefinidamente la presión de una caldera. La cosa tenía que estallar. Y estalló. Pero ahora:

B) ¿Qué va a ocurrir si ganan los sublevados? Un grupo de generales de honrada intención, pero de desoladora mediocridad política. Puros tópicos elementales (orden, pacificación de los espíritus…) Detrás: 1.º) El viejo carlismo intransigente, cerril, antipático. 2.º) Las clases conservadoras, interesadas, cortas de vista, perezosas. 3.º) El capitalismo agrario y financiero, es decir: la clausura en unos años de toda posibilidad de edificación de la España moderna. La falta de todo sentido nacional de largo alcance. Y, a la vuelta de unos años, como reacción, otra vez la revolución negativa.

Salida única: La deposición de las hostilidades y el arranque de una época de reconstrucción política y económica nacional sin persecuciones, sin ánimo de represalia, que haga de España un país tranquilo, libre y atareado.

Pero serían los alemanes y los italianos quienes presionarían desde el primer momento en tres direcciones a cambio de su apoyo: primera, la elección de un solo general como cabeza visible del «Movimiento»; segunda, la creación de un aparato estatal que fuera ganando credibilidad en el exterior —la guerra debía ser explicada como la lucha de dos Gobiernos beligerantes en igualdad de títulos de legitimidad, pues solo así podrían justificar estas potencias el reconocimiento oficial que harían de la España nacional a finales de 1936. Por eso Franco, al ser nombrado caudillo, crearía una denominada Junta Técnica del Estado formada por embriones de ministerios—; y tercera, muy importante para Hitler y Mussolini, que habían escalado desde la base de sus respectivas organizaciones hasta la cúspide, Franco venía obligado, le gustara o no, a apoyarse en un fuerte partido de masas de signo nacional, a ser posible de apariencia «socializante», que oponer a los movimientos obreros internacionalistas.

Existían, también, razones internas para poner en orden la casa sublevada. Ante el desplome vertical de las derechas que habían actuado en la II República dentro del sistema parlamentario, los falangistas desplegaron una actividad frenética para ganarse a ese «electorado» cautivo. Al igual que el comunismo en la otra zona, la

Falange era un partido minoritario antes de la contienda. Sin embargo, a partir de julio de 1936, la fuerza de sus símbolos y de sus cada vez más numerosas milicias haría que toda la juventud conservadora desnortada acudiera por aluvión a sus filas. La guerra, en su radicalidad, siempre hace triunfar a los extremistas, por exiguo que sea su número en tiempos de paz.

Con su fundador José Antonio Primo de Rivera cautivo y pronto fusilado, el partido elegiría como su sucesor a un discreto personaje, Manuel Hedilla, que no estaba preparado para dirigir el proceso encaminado a absorber tal masa de militantes o «camisas nuevas». Lo que no impidió que su acción fuera inquietante para los generales; si por un lado Falange mantenía unidades propias y hasta una escuela de mandos, por otro sus discursos eran incendiarios para buena parte de la población de la zona nacional, pues estaban plagados de referencias a una revolución… nacional, pero revolución al fin y al cabo («¡Brazos abiertos al obrero y al campesino! ¡Que solo haya una nobleza: la del trabajo! ¡Que desaparezcan los caciques de la industria, del campo, de la banca y de la ciudad! ¡Que ninguna de las mejoras sociales conseguidas por el obrero queden sobre el papel!»). Por otro lado, los carlistas estaban potenciando sus instituciones, clandestinas durante la República, pero ahora con vocación de Gobierno exportable más allá de su feudo en Navarra. Ambos extremos, los revoltosos de la Falange, con su aire fascista, y los intransigentes carlistas, petrificados en el siglo XIX, disgustaban a Franco y, lo que era peor, ponían en duda su poder interno e incluso podían llegar a alterar el curso de las operaciones militares, algo que el general no estaba dispuesto a tolerar.

El reducido círculo de confianza de Franco se apercibió de algo más. Un líder tan poco carismático iba a necesitar de una eficaz campaña de propaganda, para lo cual empezaron a publicar carteles, postales, hagiografías… que dieran a conocer al personaje ensalzando sus glorias. Más importante incluso: un dictador con el poder tan amplio que estaba acaparando el general necesitaría de un aparataje legal que «normalizara» su poder en el orden doméstico y lo «formalizara» de cara al exterior.

Fue entonces cuando comenzó a fructificar la labor de un personaje controvertido, Ramón Serrano Suñer, el «cuñadísimo» (así llamado por su vínculo con la mujer de Franco, Carmen Polo). Tras evadirse de la zona rival, Serrano llegó a la nacional en febrero de 1937. Brillante abogado no falangista, él fue quien ideó las normas jurídicas del Nuevo Estado, un conjunto de leyes sobre el trabajo, la propiedad, la educación, etcétera, que, dada la inexistencia de una democracia y,

por tanto, de una constitución, acabarían siendo conocidas como Leyes Fundamentales del Movimiento, el esquema legal que sostendría al franquismo durante la guerra y la posterior dictadura. En expresión acuñada por él mismo, había que pasar de un «Estado campamental» a un verdadero «Estado de derecho», por más que ese derecho fuera no más que el de conquista y viniera apuntalado por la vía de las armas. Así lo explicó él mismo en su obra Entre el silencio y la propaganda, la Historia como fue. Memorias:

Cuando llegué a Salamanca la marcha de la máquina militar y el curso de la guerra eran satisfactorios, mientras que el esbozo de la política en que debía traducirse el «para qué» de la guerra era una vaga nebulosa que en el mando no se reflejaba aún en verdaderos proyectos. […] La relación Estado-Ejército se daba allí en términos inversos a los normales, ya que no se trataba de un Estado que hacía la guerra militarizándose, sino de un Ejército que, rompiendo con el Estado preexistente, tenía que inventarse un Estado nuevo para sus propios fines. […] Había que ir a un régimen político organizado en la forma de un Estado, de verdad, de Derecho. De otro modo la finalidad de la guerra no sobrepasaría el estado negativo, y la posibilidad de reagrupar al pueblo para la empresa pública sería una quimera.

Aprovechando unas querellas intestinas ocurridas en Salamanca que incluyeron chispazos violentos, Franco —asesorado por el propio Serrano Suñer— decidió resolver el problema manu militari: tras encarcelar a Hedilla y neutralizar a los más destacados representantes del carlismo, decretó en abril de 1937 que

Falange Española y Requetés, con sus actuales servicios y elementos, se integran, bajo Mi Jefatura, en una sola entidad política de carácter nacional que, de momento, se denominará Falange Española Tradicionalista y de las JONS. Esta organización intermedia entre la sociedad y el Estado tiene la misión principal de comunicar al Estado el aliento del pueblo y de llevar a éste el pensamiento de aquél. […] Quedan disueltas las demás organizaciones y partidos políticos. […] Quedan fundidas en una sola Milicia Nacional las de Falange Española y de Requetés, conservando sus emblemas y signos exteriores. […] La Milicia Nacional es auxiliar del Ejército. El Jefe del Estado es Jefe Supremo de la Milicia. Será Jefe directo un General del Ejército.

Fin del problema.

Franco aprovecharía las sugestivas parafernalias de ambos movimientos en beneficio propio. Si la Falange anterior a la guerra tenía veintisiete puntos programáticos, en la nueva «era triunfal» el régimen tendría solo veintiséis, tras la anulación del último: «Nos afanaremos por triunfar en la lucha con solo las fuerzas sujetas a nuestra disciplina. Pactaremos muy poco. Solo en el empuje final por la conquista del Estado gestionará el Mando las colaboraciones necesarias, siempre que esté asegurado nuestro predominio». Todo lo demás, el yugo y las flechas, la boina roja de los requetés y su cruz en aspa, el Cara al sol y las proclamas, etcétera, sería explotado como coartada ideológica para un sistema que en realidad solo iba a tener un único programa: la voluntad de su caudillo en cada momento.

La Iglesia se frotaba las manos. Por un lado, la tremenda persecución religiosa desatada en zona frentepopulista permitía a los miembros de la institución situarse, con razón, como grandes víctimas de la contienda (historiadores de distintas sensibilidades parecen coincidir en la cifra de unos siete mil religiosos asesinados). De otra parte, los falangistas que hablaban de separar religión y política quedaban subsumidos en un movimiento controlado por un general cada vez más devoto. Por último, el asesinato de destacados obispos dio fuerza a una serie de prelados para firmar una carta colectiva dirigida a un Vaticano que, hasta la fecha (verano del 37), había mostrado ciertas cautelas: «Os escribimos desde España, haciendo memoria de los hermanos difuntos y ausentes de la Patria, en la fiesta de la Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, primero de julio de 1937».

Javier Tusell, en una de las obras que mejor ha estudiado el desenvolvimiento de los acontecimientos políticos de la zona nacional, Franco en la Guerra Civil, resumió la idea subyacente a todo este proceso:

Franco demostró tener un perfecto sentido del tiempo político [y] no solo fue espectador de la división de las diferentes tendencias en la derecha, sino que la fomentó, a veces por procedimientos que consistían en estorbar su capacidad de movimiento; en otras ocasiones [no dando] la sensación se ser ambicioso ni de considerarse indispensable, sino de constituir el único punto posible de

coincidencia. Utilizó, además, la posición preminente que le otorgaban las circunstancias para pasar por encima de los dirigentes y llegar a las masas […], censurando cualquier posible discusión o información sobre el fondo del proceso unificador. Fue amable y cordial con aquellos a los que quería tener a su lado y supo actuar con una inflexible dureza con los que no se sometieron.

Por tanto, con las milicias domeñadas, los monárquicos frustrados de momento en su ensueño de una restauración, los generales adictos cumpliendo con eficacia órdenes, los «aliados» firmemente comprometidos en la lucha, el aparato represivo funcionando a pleno rendimiento sin compasión y los servicios jurídicos prestados por Serrano Suñer, Franco se vio con fuerzas para nombrar oficialmente su primer Gobierno en Burgos el 30 de enero de 1938, con la batalla de Teruel aún inconclusa. Es interesante reseñar su composición, pues contiene las claves del futuro «Franco político», alguien sumamente práctico que aprovechaba movimientos y personas a su conveniencia en cada momento histórico determinado: cuatro militares, dos falangistas, un requeté y cuatro conservadores de diferentes especies. El gabinete se mantendría hasta algo después de concluida la guerra y mostraría claramente su vocación: servir de mero aparataje político para revestir las decisiones importantes, adoptadas y aprobadas única y exclusivamente por Franco.

Lo más cercano a un programa político que el general esbozó para el futuro de España quedó recogido en sus declaraciones al periódico francés La Phalange en marzo de 1937:

Se formará un Estado totalitario y se perfeccionará rápidamente en armonía con las tradiciones y la gloriosa historia de nuestro país. […] Durante algún tiempo no habrá ningún plebiscito y los ciudadanos españoles no tendrán que preocuparse inmediatamente de escoger un régimen mejor que otro; una iniciativa tal haría surgir de nuevo las pasiones políticas en un momento en que la más tranquila e intensa actividad reconstructiva es esencial. […] Las relaciones entre la Iglesia y el nuevo Estado español serán reguladas, en su tiempo, por un concordato. La nueva sociedad española estará basada en la familia y en el trabajo. Familia, trabajo, corporaciones, ayuntamientos, provincias y regiones serán las palancas principales de la nueva máquina social. […] El objetivo principal del Movimiento consiste en convertir a España en libre y grande.

Desde la primavera de 1937, por tanto, la guerra pasa a una fase política que enfrenta a dos personalidades eminentemente pragmáticas, cada una a su modo, a dos líderes de caracteres casi contrapuestos: Juan Negrín, un catedrático de Fisiología, bon vivant, socialista y burgués, empujado por las circunstancias a ejercer de dictador; Francisco Franco, un general reglamentista, conservador y espartano, empujado por las circunstancias a ser un dictador.

_____

84 CABANELLAS, Guillermo: Los cuatro generales. La lucha por el poder , Barcelona, Planeta, 1977.

85 Quien fuera uno de sus organizadores y primer secretario general, Santiago Carrillo, describe en sus Memorias el proceso de creación de las JSU, comenzado tras un viaje efectuado por él a la URSS a principios del año 1936: «Para mí, uno de los signos distintivos de la libertad real de un pueblo era que sus trabajadores estuvieran armados» (Barcelona, Planeta, 1993).

86 HERNÁNDEZ, Jesús: Yo, ministro de Stalin en España , Madrid, Nos, 1954.

87 MODESTO, Juan: Soy del Quinto Regimiento , op. cit.

88 PRIETO, Indalecio: Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional, op. cit.

89 Del imprescindible Escrito en España … y publicado en Argentina: Buenos Aires, Losada, 1962.

… Y dos retaguardias

¿Por qué habéis dicho todos que en España hay dos bandos, si aquí no hay más que polvo?

LEÓN FELIPE

En una guerra convencional entre dos naciones rivales el concepto de retaguardia no suele ser problemático, pues se presupone que, por un lado, esta siempre se posiciona a favor de la «causa» y está en disposición de apoyar a sus ejércitos actuantes en primera línea, y, por otro, que, como señala el diccionario, 'es la parte más alejada del enemigo [y] se encuentra detrás'. Esta idea, sin embargo, no parece válida cuando se trata de conflictos civiles, pues la retaguardia puede contener tanto grupos a favor de los combatientes propios como otros proclives al bando contrario que se hayan visto atrapados en la zona equivocada. Si en términos militares la retaguardia va quedando a la zaga, en términos políticos puede ser un campo de batalla más, cuando no el principal.

Dada la dureza con que se suelen combatir las luchas fratricidas, esto conlleva que el término vaya unido trágicamente a otro mucho más oscuro: el de la represión. Y esta fue, en ambas zonas, tan dura como inmisericorde, unas veces organizada y otras perfectamente aleatoria, pero siempre despiadada y de hondas secuelas. El que venciera, además, iba a gozar de total impunidad para seguir practicándola tanto tiempo como deseara, como así sería. «Unos fusilan y otros fusilan. Unos prenden y otros hacen lo mismo. De las ideas de los unos y de los otros no quedará nada. Únicamente, más huesos y más carne podrida en la tierra. Nada más. […] Y la bestia que sacrifica en nombre de un ídolo es siempre igual».90

La retaguardia, de cualquier manera, es clave en todo hecho bélico. Económicamente hablando, no puede dejar de producir, tanto para la

satisfacción de sus propias necesidades como para surtir a las tropas de todo lo que un ejército requiere: armas y municiones, cascos, uniformes y calzado adecuado, mantas, alimentación, tabaco y alcohol, bienes de todo tipo… Desde el punto de vista social, ha de ser un lugar pacificado, de grado o la fuerza, que proporcione estabilidad a la zona de que se trate, sirviendo de base segura a las unidades de combate, bien cuando estas necesiten ser concentradas para nuevas operaciones, bien como núcleo sobre el que movilizar nuevos reclutas, bien para conformar un oasis de paz que ofrezca «reposo al guerrero», un lugar de esparcimiento y descanso. Y políticamente debe ser cuanto más homogénea mejor. Los gobernantes han de centrar toda su atención en las operaciones bélicas, por lo que necesitan de un respaldo moral que no les distraiga de su principal fin, ganar la guerra, y que los no combatientes compartan de forma incondicional ese objetivo. Como con muchos otros factores, ocurrió que esta guerra fue peculiar también en este sentido, con dos retaguardias que evolucionaron y se comportaron de forma muy diferente, unas diferencias que quedaron de manifiesto desde los primeros compases de la contienda hasta su mismo final. Y es que las dos Españas parecían países diametralmente opuestos.

Aunque hemos visto que entre los nacionales había desde falangistas a requetés, pasando por monárquicos y republicanos conservadores, lo cierto es que a la retaguardia de este bando le bastaba con que sus autoridades garantizaran el orden público, asegurasen la propiedad privada, sentaran unas bases sólidas para alcanzar cierto grado de bienestar socioeconómico y salvaguardaran los denominados «valores tradicionales», especialmente los religiosos, tan importantes para aquella mitad de España. Por eso la masa social de este bando acogió calurosamente la figura del general Franco, que en principio recordaban vagamente por ser «héroe de Marruecos», como autoridad suprema, y cerró filas en torno a su persona y lo que esta representaba. Muchas veces la mejor forma de definirse es por oposición al contrario, que en este caso era «el rojo», término tan ambiguo como elástico, tan fácil de esgrimir contra cualquiera que profesase la mínima discrepancia como peligroso, pues liquidar a un enemigo así de despersonalizado estaba socialmente justificado y aun moralmente permitido.

Por su parte, el bando leal era un auténtico mosaico de tendencias de toda naturaleza, desde las propiamente republicanas a las más extremas del anarquismo, pasando por una amplia base socialista, facciones comunistas de diferente signo y fuerzas nacionalistas como la del Partido Nacionalista Vasco, católicas y conservadoras pero unidas a esta zona en demanda de autonomía. Las disensiones más

que agrias que todos estos grupos habían mostrado en tiempos de paz quedaron desnudas en tiempo de guerra, generando crudos enfrentamientos que complicarían cualquier acción de gobierno, realizada además sobre el telón de fondo de una revolución que en realidad fueron varias y simultáneas, pues cada grupúsculo quería practicar su propio modelo subversivo. Y de nuevo, muchas veces la mejor forma de definirse a uno mismo es por oposición al contrario, que en este caso era el «faccioso» o «fascista», denominación tan equívoca como resbaladiza, tan fácil de esgrimir contra cualquier disidente como perniciosa…, pues liquidar a un enemigo idénticamente despersonalizado contaba con la misma justificación social y moral que en el caso anterior.

Quien mejor estudiara ambas retaguardias, el escritor Rafael Abella, explica a la perfección la fractura del país en su obra en dos tomos La vida cotidiana durante la Guerra Civil:

Una guerra civil es un estallido interno, una guerra entre gentes que se conocen, que hasta ayer han convivido en el quehacer cotidiano y compartido el pan nuestro de cada día, acaso profesando ideas dispares que, de repente, se convierten en distingo, en marca, en abismo, y un día, esos mismos seres se despiertan como enemigos. Y la sangre se derrama. Y la sangre llama más sangre. Es entonces cuando la nación se desgarra en partición casual, fortuita, que deja los campos confusos, sin lógica delimitación. Donde dominan unos, se inicia la persecución de los otros y viceversa. Y ambas conductas se influyen recíprocamente, por lógica consecuencia. Y siguiendo esta aleatoria partición y este encadenamiento represivo, la guerra civil desemboca en una gran tragedia colectiva.

Y añadía que había fragmentos de sus dos libros perfectamente intercambiables,

tal era la paridad de sentimientos y de desventuras que se narraban. La historia de los desplazados, la aventura de los pasados de bando, los espectáculos, el humor como antídoto a los sinsabores, el acompañamiento de la copla como fondo musical ineludible en todo trance, las melodías guerreras que volaban por sobre las posiciones de unos y de otros… Todo esto se vivió en los tres años en que España

luchó contra sí misma.

Dicho en palabras del gran Josep Pla, «Lo que más se parece a un hombre de izquierdas, en este país, es un hombre de derechas».

«Los rojos no usaban sombrero»

Recién concluida la contienda, un establecimiento del centro de Madrid anunciaba su género de esta manera: «Los rojos no usaban sombrero». Por su parte, en el bando republicano hizo fortuna durante la guerra un cartel que mostraba a un obispo, un general decimonónico, un banquero adornado con una esvástica y un soldado marroquí, todos ellos navegando un barco llamado «Los nacionales». Más allá de lo anecdótico, ambas piezas representaban en su simplicidad la oscura fuerza del fanatismo, la facilidad con que se puede catalogar al que piensa diferente y encasillarlo en términos que no admiten matices, que apuntan con el dedo, que justifican todo desmán. Las formas socioculturales entendidas en un sentido amplio que abarque desde el arte a la propaganda, de la literatura a la propia moda, desde la radio a los usos y costumbres o la misma alimentación, son buena forma de tomarle el pulso a la realidad, a las dos realidades tan opuestas que fueron la España republicana y la España nacional, pues si un observador ajeno hubiera podido visitar ambas retaguardias habría creído encontrarse en dos países diferentes.

En la Gran Vía madrileña, con sus salas de proyección abiertas jaraneramente a pesar de los bombardeos, la población podía escoger entre el humor de Charlot o, a partir de noviembre de 1936, las epopeyas venidas de Rusia: Tchapaiev o Los marinos de Kronstadt, normalmente con intervenciones previas de líderes políticos para subrayar la importancia de las historias contadas a través de aquellas imágenes para elevar la moral de la retaguardia. Documentales de corta duración grabados en primera línea o cantando las nuevas formas de producción en los campos y fábricas antecedían a la proyección de los largometrajes. En Sevilla, zona nacional, los films en cartel eran algo diferentes: La Bandera, epopeya legionaria, o Nobleza baturra, reposiciones de clásicos e importaciones de la industria italiana, como Escipión el Africano, todas ellas precedidas de reportajes del tipo España heroica, La gran victoria de Teruel o Ciudad

Universitaria, antecedentes del NO-DO. Al menos un par de clásicos indiscutibles unirían a los aficionados al cine de ambos bandos: Rebelión a bordo, de Frank Lloyd, y la desternillante Una noche en la ópera de los hermanos Marx.

Ramón J. Sender publicaba en 1938 Contraataque, un alegato contra el fascismo en parte autobiográfico que buscaba despertar las conciencias de los lectores (su mujer, la pianista Amparo Barayón, había sido asesinada sin piedad en Zamora). En el otro lado de la raya, Agustín de Foxá daba a la prensa su novela Madrid, de corte a checa, que en estilo directo, a veces brutal, narraba las desventuras de un joven falangista atónito ante la violencia desatada en las calles de la capital el verano del 36 (el mismo autor, evadido de «zona roja», había sido perseguido y vio caer asesinados a amigos y compañeros). Max Aub sublimará sus experiencias en el ciclo El laberinto mágico y el navarro Rafael García Serrano compondrá en base a sus vivencias la novela bélica de la contienda, La fiel Infantería. Miguel Hernández, infatigable, escribía su sublime Viento del pueblo y no dejaba de acudir a primerísima línea del frente para declamar sus poemas a los soldados leales. José María Pemán, en el verso opuesto, ultimaba su romance Poema de la Bestia y del Ángel, pletórico de imágenes épicas. Antonio Machado y Manuel, sin dejar de adorarse, lanzaban sus versos desde orillas opuestas (el segundo acudiría corriendo a Colliure al conocer la muerte en el exilio de su hermano el 22 de febrero de 1939, solo para descubrir que durante los días de viaje también había fallecido su madre).

Escritores de todo el mundo celebraban entre Madrid y Valencia el II Congreso de la Alianza de Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura: César Vallejo, Elena Garro, Neruda, Ludwig Renn, Emilio Prados, León Felipe, María Teresa León, Corpus Barga, Alberti, Pompeu Fabra, W. H. Auden, María Zambrano, Octavio Paz, Ehrenburg, entre otros. Allí llorarían a uno de sus mejores, Federico García Lorca, brutalmente asesinado en Granada el 18 de agosto de 1936 junto a un maestro nacional y dos banderilleros anarquistas. Salamanca y Burgos se llenaban de intelectuales de derechas como los escritores Torrente Ballester o Pedro Laín Entralgo, quienes también podían llorar muertes, como la de Ramiro de Maeztu, gran ensayista de la generación del 98, o la de Pedro Muñoz Seca, prolijo autor teatral famoso por su hilarante La venganza de don Mendo. Ambos bandos lanzaban revistas de una factura excelente, como El Mono Azul por la izquierda o Vértice por la derecha. Por otro lado, se vivió una auténtica edad de oro del cartel propagandístico, elevado a la categoría de arte gracias a los pinceles de Renau, Bardasano, Sáenz de Tejada, Teodoro Delgado o Picó.

Porque el hecho bélico, como cualquier otro, tuvo su reflejo en la cultura… pero esta a su vez condicionó en cierta medida la guerra, en un sistema de vasos comunicantes. La España republicana combate con aeroplanos llamados Polikarpov o Natachas y los soldados del Ejército Popular visten chaquetones de cuero a la moda de la Unión Soviética; las familias de Tarragona, Cuenca o Almería consumen carnes y mantequillas traídas precisamente de aquel país. La España nacional lucha con tanques denominados Fiat Ansaldo o Panzers y en la retaguardia se tararean canciones fascistas —Giovinezza— o nazis —Horst Wessel— adaptadas al español; los ciudadanos de Zamora, Valladolid o Andalucía retoman las procesiones de Semana Santa y sus soldados rezan rosarios en las trincheras. En el lado leal se vende una versión del parchís en que las casas son los emblemas de Izquierda Republicana y del PCE, de la CNT o la UGT. En el franquista, se imprimen postales con las banderas de los países «amigos»: Portugal, Italia y Alemania (llamadas por el gracejo popular las «me cago en Francia»).

Ambos bandos cantan tonadas comunes, solamente alterando la letra para acomodarla a su ideología; son los días del Carrasclás y del Anda Jaleo, también de los hermosos himnos de combate, como A las barricadas, La Internacional o el Cara al sol. Los retratos de líderes tan lejanos como Stalin o Hitler se hacen habituales y hasta el lenguaje se ve influido por la catástrofe bélica: un «emboscado» es alguien que elude ir al frente; «apiolar» vale por matar, asesinar; las «katiuskas» pasan a ser unas botas y el «kameraden» germano o el «tovarich» ruso encuentran cómodo asiento en la palabra «camarada», muy empleada y de alto valor simbólico en ambos bandos. Los colores rojo y negro, pólvora y sangre, gustan tanto a ácratas como a falangistas. Curiosamente, autoridades y periodistas de ambos bandos evitan la expresión «Guerra Civil», como si el carácter fratricida de la contienda restase razón a sus argumentos. No es el único término afectado por la lucha de las palabras: en la retaguardia gubernamental es preferible decir «salud» que «adiós», y en la nacional se intenta imponer la ensaladilla «nacional» sobre la «rusa». Así de pueriles se muestran en guerra los gobernantes… y los propios ciudadanos.

Las calles y hoteles de ambas retaguardias vieron desfilar un auténtico rosario de todo tipo de personajes extranjeros. Estadistas, delegaciones militares, altos dignatarios de diferentes confesiones, estrellas de Hollywood, espías y, por supuesto, reporteros de guerra. Porque se podría afirmar que el periodismo bélico no solo alcanzó su madurez en la guerra civil española, sino que vivió una auténtica edad de oro. Ellos fueron conformando con sus crónicas lo que Paul Preston ha denominado «primer borrador de la Historia». Era una época en que

los cronistas todavía gozaban de gran libertad de movimientos, por lo que podían —hasta cierto punto— ofrecer visiones del conflicto ciertamente heterodoxas, si bien la censura actuó en los dos bandos. Muchos pasaron del compromiso escrito al puro activismo, como George Orwell —«En tiempos de engaño universal, decir la verdad se convierte en un acto revolucionario»—, André Malraux y su famosa pero molesta escuadrilla, o Jim Lardner, joven reportero estadounidense que dejó la máquina de escribir para coger el fusil… y desaparecer para siempre en las tierras del Ebro. Aunque los que pasaron por el bando republicano fueron más conocidos —Hemingway (a dólar la palabra), Dos Passos, Saint-Exupéry («Aquí fusilan como si talaran»), Mijaíl Koltsov, Gerda Taro (aplastada por un tanque en Brunete), Robert Capa…—, también los hubo en la España nacional: «il grande Barzini» italiano, con siete guerras cubiertas en su mochila; el fotógrafo francés Albert-Louis Deschamps o el soberbio ilustrador boliviano Kemer.

En el imaginario colectivo de la guerra civil española están las escenas de confraternización en las trincheras entre soldados de ambos bandos que, aprovechando pausas en los combates, intercambiaban productos, preguntaban por familiares en los frentes cercanos a pueblos de la retaguardia o incluso hacían pausas para fumar unos pitillitos, rasgar guitarras y jugar partidos de fútbol, lo que, más allá de lo anecdótico, solía ser excepcional y solo se producía en aquellas zonas donde la tierra de nadie estaba menos vigilada y no era delicada o demasiado peligrosa. El poeta mexicano Octavio Paz, en una visita al frente de Madrid, con las líneas de los unos y los otros tan próximas, recordaría mucho después cómo un oficial le pidió silencio: «Oímos del otro lado, claras y distintas, voces y risas. Son los “otros”, me dijo. Sus palabras me causaron estupor y después una pena inmensa. Había descubierto, de pronto y para siempre, que los enemigos también tienen voz humana». Por su parte, Juan Eslava Galán cuenta en el prólogo de Tierra de nadie, de Fernando Ballano91, una sabrosa, triste y muy elocuente historia de la guerra a ras de suelo:

Mi padre era un sencillo campesino al que le tocó luchar en el bando de la República, pero, aplicando la lógica, pensó que, puesto que la República había encarcelado a su padre por el delito de ser pequeño propietario agrícola y le había confiscado las tierras, sería más lógico que combatiera junto a los rebeldes. […] Aprovechó que lo habían designado como escucha (centinela nocturno en posición avanzada) para pasarse al enemigo. Caminaba bajo las estrellas en una noche sin luna cuando, a medio camino de las trincheras nacionales, por la

franja de unos tres kilómetros de tierra de nadie, se cruzó con un sastre que hacía el camino contrario: se pasaba a los republicanos y lo hacía en compañía de un asno sobre el que cargaba sus escasas pertenencias, entre ellas una máquina de coser. […] Disipados los iniciales recelos, convinieron en que era mejor aguardar a que amaneciera porque si se presentaban en sus respectivas líneas en plena noche algún centinela podía dispararles. Tomaron asiento bajo un olivo, trabaron conversación y juntaron meriendas. El sastre sacó una botella de moscatel y medio queso que llevaba en el serón, mi padre un chusco, un puñado de algarrobas, una lata de leche condensada y dos de sardinas. […] Convinieron que si los políticos hubieran hablado un poco más a lo mejor no habrían liado el cisco. Se despidieron tan amigos con un apretón de manos después de desearse suerte por lo que pudiera venir. «Lo que son las cosas —recordaba mi padre—, el que iba con los rojos tenía las manos suaves, de señorito, y yo, que iba con los señoritos, tenía las mías llenas de callos».

El dirigente socialista Juan-Simeón Vidarte narra en su importante libro de elocuente título, Todos fuimos culpables92, un intercambio que él mismo presenció en una visita a primera línea:

De las trincheras republicanas salía a cuerpo descubierto un emisario con una bota de vino y de las enemigas otro valiente con quesos. El trueque se verificaba a mitad de camino y bajo la mirada de cientos de fusiles de uno y otro campo. Jamás hubo traición, me cuentan. Lo mismo ocurría cuando había que retirar heridos. Por encima de la Convención de Ginebra, en la Ciudad Universitaria se había establecido un convenio de lealtad en el combate que era un paliativo en el odio implacable de la guerra.

Era la hermandad del parapeto, del soldado de primera línea, usualmente más generoso y piadoso que los voceras y criminales de las retaguardias. Porque, a pesar del odio, no cabe negar la generosidad y entusiasmo mostrados por la inmensa mayoría de la juventud española en aquellos trágicos tiempos: fue común, sobre todo en los primeros momentos, que chavales de catorce o quince años mintieran sobre su edad y se incorporaran como voluntarios en las columnas del 36…, algunos para no volver jamás al hogar.

Podríamos seguir citando innumerables casos de confraternización, pero es hora de volver al inicio de este apartado y hablar de la represión. Una represión excepcionalmente dura y numerosa en ambas zonas, pero con matices diferenciadores entre la perpetrada en la España gubernamental y la ejecutada en la España franquista.

«Aquí fusilan como si talaran»

93

Cualquier guerra viene acompañada de un siniestro jinete del apocalipsis, la represión, que el Diccionario de la Lengua Española se queda corto al definir benévolamente como 'acto, o conjunto de actos, ordinariamente desde el poder, para contener, detener o castigar con violencia actuaciones políticas o sociales'. Si el conflicto, además, genera una revolución y esta, a su vez, una contrarrevolución, la represión es entonces total, completamente virulenta y exacerbada. Por eso los entonces denominados «terror rojo» y «terror blanco» (o azul) fueron fenómenos globales con similitudes y diferencias. Ambos perseguían la aniquilación física de los elementos contrarios en las zonas controladas por los victimarios y en ambos se conjugó una violencia caliente, arbitraria, caprichosa y espontánea con otra fría, organizada, sistematizada y premeditada. En ambos casos hubo crímenes políticos, pero también asesinatos debidos a odios acumulados mucho antes de entrar en juego las ideologías totalitarias del siglo XX que los radicalizarían. La forma preferida de esta violencia en los primeros tiempos fue la de «dar el paseo», que Mariano Rubio Cabeza en su Diccionario de la guerra civil española acierta a definir como sigue:

Dar el paseo fue el eufemismo empleado en ambas zonas contendientes, durante los primeros meses de la Guerra Civil, para aludir, un tanto sarcásticamente, a los asesinatos cometidos por los llamados grupos incontrolados —aunque algunos de aquellos grupos tuvieran nombre y domicilio conocidos—, cuando, armados, se presentaban a altas horas de la noche en casa de personas de ideología opuesta y, con el pretexto de conducir a éstas a presencia de una autoridad cualquiera […], procedían a la detención de las mismas y posteriormente a darles muerte, abandonando después los cadáveres

—los «besugos»— en cualquier descampado o lugar poco concurrido.

Por su parte, el falangista Rafael García Serrano bucea en Diccionario para un macuto en los orígenes de la expresión y narra un ejemplo que podría valer para las dos Españas:

Paseo vale por asesinato. El modismo nació en Chicago allá por los felices años veinte entre los «cabileños» italoamericanos del gansterismo que por entonces reñían la batalla de la Ley Seca. Se deshacían de sus rivales por el procedimiento más rápido, y uno de sus predilectos consistía en invitar al enemigo cazado en plena calle a «dar un paseíto en coche». [En la guerra de España] los paseos comenzaron a practicarse a escala intensiva en el mismo momento de comenzar la guerra [y] mucha gente se dejó cazar en su casa porque creía de buena fe que ante las paredes del hogar se detendría la barbarie que imperaba en la calle. […] Un hombre, culpable de nada —como tantos otros— fue invitado a dar un paseíto al amanecer de un día invernal. Por decir algo, por oír quizá una voz humana cerca de él, susurró:

—¡Dios, qué frío hace!

Y uno de los paseadores le respondió:

—¡Quéjate tú, cabrón! ¿Y nosotros, que tenemos que volver?

El robo, las envidias larvadas desde tiempo atrás, las querellas no resueltas entre vecinos de aldeas o de calles, el odio al diferente, cualquier excusa valía en estos paseos practicados con nocturnidad y alevosía.

El terror organizado fue, no obstante, de otra naturaleza. Con fines principalmente políticos, los dirigentes de ambos bandos decidieron emplear la violencia para «limpiar» sus retaguardias: la forma preferida para dar cobertura jurídica a este tipo de acciones fue, en el bando republicano, los tribunales populares —«la voz del pueblo es la suprema ley»— y, en el nacional, los consejos de guerra. Aunque ninguna de las dos fórmulas terminó con el asesinato arbitrario o incontrolado, sistematizaron el fenómeno por medio de un aparataje legal que, añadiendo justificaciones, acaso terminó por convertir la

violencia en más siniestra por venir a añadir el escarnio jurídico al proceso. Ambos bandos actuaron como si fueran a ganar la guerra, de ahí la impunidad con que realizaron sus respectivas represiones, y siempre en la idea de que el vencedor iba a disponer, además, de un tiempo extra una vez alcanzado el triunfo para culminar la «limpieza»… como en efecto ocurrió. En la zona sublevada se acuñaría un término terrible pero sumamente gráfico que resume el espíritu de los tiempos: si no estás conmigo, estás contra mí y eres, por tanto, la «anti-España», perfectamente extirpable del cuerpo social. En una y otra zona solo se consideraban tres tipos de personas: los afectos, los indiferentes y los desafectos, estos dos últimos colectivos, eliminables…

El número de asesinatos cometidos en las dos Españas solo durante el tiempo que duró la contienda sigue siendo objeto de debate. Aunque se ha avanzado mucho en el estudio de la represión gracias a monografías locales, falta una investigación global que agregue todos los datos obtenidos y ofrezca una idea clara de la magnitud del fenómeno. Francisco Espinosa y su equipo94 calculan solo para el período de la contienda entre cincuenta y sesenta mil asesinados en la zona gubernamental, destacando el fenómeno de la persecución religiosa y la mayor matanza organizada en el área, la de Paracuellos del Jarama. Para la zona nacional, sin contar la represión de posguerra, la cifra sería inferior a los cien mil crímenes. Si una arbitrariedad no sujeta a freno caracterizó la violencia roja, la azul estuvo presidida por un frío ordenancismo. La publicación anarquista Fragua Social advertía en agosto del 36 que en la retaguardia sobran «todas las ametralladoras, el 95% de los fusiles, muchos militantes que nunca han militado… y todos los “prácticos” partidarios del sol que más calienta»; por su parte, El Norte de Castilla, espoleado por Mola, se vio impelido a publicar el 25 de septiembre de 1936 un escalofriante aviso:

En estos días en que la justicia militar cumple la triste misión de dar cumplimiento a sus fallos, […] se ha podido observar una inusitada concurrencia de personas al lugar en que se verifican, entre ellos niños de corta edad, muchachas y hasta alguna señora. […] El respeto que se debe a los desgraciados víctimas de sus yerros nos obliga a pedir piedad, no asistiendo a tales actos, mucho menos en compañía de esposas e hijos.

Manuel Azaña aseveraba que el odio es el engendro del miedo; la violencia inusitada fue sin duda el engendro del odio. En su conmovedor Recuérdalo tú y recuérdalo a otros, Ronald Fraser recogió innumerables testimonios de la guerra y la represión. Tomamos solo uno de ellos como ejemplo de lo que no debe volver a ocurrir y omitimos circunstancias, pues el hecho humano es suficientemente trágico como para «encasillarlo»:

«Dejaremos a ésa y nos llevaremos a la otra», dijeron los guardias. Entonces mi madre y su hermana empezaron a discutir. «Deja que me fusilen a mí, tú tienes más hijos que yo». Mi madre replicó: «No, que me fusilen a mí, tus hijos son aún muy pequeños». Y se adelantó y la cogieron. Querían vendarle los ojos pero rehusó. Moriría con la cabeza bien alta.

Lo que nos recuerda aquel poema de Arturo Serrano Plaja que, leído hoy, supone todo un canto a la entereza con que el pueblo español, todo el pueblo español, supo arrostrar la peor de las tragedias:

¡Aquí no llora nadie!

Los hijos y los novios, hermanos y maridos,

los hombres que se visten con géneros de pana

y tienen la piel dura de sol y vendavales,

se van y se despiden y forman batallones.

¡Aquí no llora nadie! Se van sencillamente.

¡Aquí no llora nadie! y el corazón domina.

Y si se vierte sangre, las lágrimas se ahogan

por la noche, en silencio, contra la dulce almohada,

junto a la espesa niebla de un presagio nocturno.

¡Aquí no llora nadie!

Aquí la muerte pierde.

Aquí se alzan los pueblos con sangre a borbotones

y aquí se muere a golpes durísimos de plomo.

¡Aquí no llora nadie!

_____

90 BAROJA, Pío: El cantor vagabundo, Madrid, Caro Raggio, 1984.

91 BALLANO, Fernando: Tierra de nadie , Madrid, Arzalia, 2021.

92 México, Fondo de Cultura Económica, 1973.

93 El título de este epígrafe está extractado de una crónica del escritor francés Antoine de Saint-Exupéry: «On fusille ici comme on déboise…» (L'Intransigeant, 19 de agosto de 1936).

94 Francisco ESPINOSA, José María GARCÍA MÁRQUEZ, Pablo GIL VICO y José Luis LEDESMA: Violencia roja y azul. España, 1936-1950 , Barcelona, Crítica, 2010.

El Ebro

Sigilosos y bien entrenados, curtidos en cien combates y amparados por la oscuridad de una noche sin luna y con una renovada moral de victoria, el 25 de julio de 1938 miles de combatientes republicanos cruzaban el Ebro, arrollaban las defensas contrarias y alcanzaban sus primeros objetivos en la margen derecha del río. Corría una débil brisa que apenas mitigaba los calores veraniegos. Empleando todo tipo de medios de paso y dejando atrás la segura retaguardia, los soldados atacantes completaban una de las maniobras más peligrosas del arte militar, el cruce de un gran curso de agua, y volvían a conmocionar a su rival. Comenzaba así la batalla más grande, larga y sangrienta de la Guerra Civil, en rigor de toda la historia de España.

En el verano de aquel año las fuerzas progubernamentales mantenían en armas dos poderosas agrupaciones de combate, una por cada porción del territorio aún bajo su control: el Grupo de Ejércitos de la Región Oriental (GERO, Cataluña) y el Grupo de Ejércitos de la Región Central (GERC, Madrid-Valencia-Castilla-Andalucía). Eran seis poderosos ejércitos entre los que destacaba el del Ebro, una masa de maniobra constituida en la provincia de Tarragona a partir de los retales de la pasada derrota en Aragón, refrescados con rapidez en una auténtica proeza organizativa. De mayoría comunista, sobre él iba a recaer el peso de la jugada concebida por el general Rojo. Aunque de nuevo esta tenía un carácter reactivo —detener la ofensiva franquista sobre Valencia—, fue preparada minuciosamente y en relativo secreto. La idea era sorprender al enemigo por retaguardia y, caso de éxito, reunificar ambas zonas mencionadas en la hipótesis más optimista. Si el objetivo era ambicioso, la cantidad de recursos acumulados para la ofensiva y el espíritu de mandos y combatientes estaban a la altura del reto. Dos cuerpos liderarían la operación, el V de Líster y el XV bajo el mando de Manuel Tagüeña Lacorte, ambos jefes de milicias comunistas procedentes de la vida civil pero curtidos tras meses de batallar. Habían recibido nuevos pertrechos procedentes de Checoslovaquia, la URSS y Polonia gracias a la reapertura de la frontera entre marzo y junio (el vecino galo jugó durante toda la guerra a regular la espita de los pasos fronterizos en función de las

vicisitudes de la campaña pero, sobre todo, de las evoluciones de la política internacional).

Los soldados intervinientes fueron sometidos en las semanas previas al comienzo de la acción a una rigurosa instrucción, que atendió principalmente al paso del río. Nadadores especializados realizaron reconocimientos destinados a localizar los lugares idóneos para que una fuerza total estimada en 100 000 hombres, más de 300 piezas de artillería, un centenar de carros de combate y aviones de refuerzo lo atravesaran.

El explorador del Ebro tenía que cruzar el río dos veces en cada raid [y] salir con el mayor sigilo, sin dejar rastro […]. Si iban más de uno, durante su trabajo se olvidaban de que tenían lengua. Los gestos, las miradas, suplían las formas normales de comunicación entre los hombres.95

Con material de origen francés, además del propio del ejército republicano, se emplearían para el delicado paso del Ebro desde puentes de hierro a embarcaciones y botes requisados; desde puentes pesados de madera a compuertas flotantes; desde puentes ligeros de vanguardia a pasaderas de tendido rápido…, sin olvidar ingeniosos puentes de lona falsos para engaño del enemigo. Un mando republicano, Henríquez Caubín, señalaba el uso de doscientos cincuenta botes de remo «con una cabida media de diez hombres y ocho minutos para el total del recorrido, lo que suponía una capacidad de transporte de 8000 hombres a la hora»96. Seguramente fueran estos soldados los que cantaban aquella célebre canción que decía: Aunque me tiren el puente / y también la pasarela / me verás pasar el Ebro / en un barquito de vela.

Enfrente aguardan unidades de uno de los mejores cuerpos nacionales, el Marroquí, cuyo jefe, Yagüe, se había apercibido de ciertas debilidades en su despliegue defensivo que se empeñó en subsanar, si bien con cierto desprecio hacia el rival: cruzar un curso fluvial como aquel exigiría pericia, audacia, disciplina y un gran conjunto de servicios de todo tipo, pero «ninguna o muy pocas de éstas condiciones reúne el enemigo», concluía con altivez y erróneamente un informe de su plana mayor. La mañana anterior al ataque, las tropas republicanas de vanguardia reciben una ración rica en tocino y chorizo regada por vino y algunos tragos de coñac, señal inequívoca

de una pronta acción. A las 00.15 horas del 25 de julio, festividad de Santiago Apóstol, patrón de las Españas, estas fuerzas se pondrían en movimiento, cruzando las aguas por los lugares previamente seleccionados y avanzando en profundidad hasta que a la altura de Gandesa las tropas nacionales, apresurada y precariamente reforzadas, logren establecer una tenue pero de momento eficaz línea defensiva que vaya retardando el avance hasta la llegada de nuevas fuerzas con las que alimentar la batalla. El encuentro decisivo de la contienda no había hecho más que comenzar97.

«Me verás pasar el Ebro en un barquito de vela»

Una semana antes del inicio de la batalla del Ebro, con motivo del segundo aniversario del comienzo de la guerra, el presidente de la República, Azaña, pronunciaba en el ayuntamiento de Barcelona su más hermoso discurso:

Pero es obligación moral, sobre todo de los que padecen la guerra, cuando se acabe, como nosotros queremos que se acabe, sacar de la lección y de la musa del escarmiento el mayor bien posible, y cuando la antorcha pase a otras manos, a otros hombres, a otras generaciones, que se acordarán, si alguna vez sienten que les hierve la sangre iracunda y otra vez el genio español vuelve a enfurecerse con la intolerancia y con el odio y con el apetito de destrucción, que piensen en los muertos y escuchen su lección: la de esos hombres que han caído embravecidos en la batalla luchando magnánimamente por un ideal grandioso y que ahora, abrigados en la tierra materna, ya no tienen odio, ya no tienen rencor, y nos envían, con los destellos de su luz, tranquila y remota como la de una estrella, el mensaje de la patria eterna que dice a todos sus hijos: paz, piedad, perdón.

Como todo gran curso fluvial, el Ebro presenta varios tramos diferenciados desde su origen en Cantabria, hasta su desembocadura en forma de delta en la provincia de Tarragona. Justo antes de evacuar sus aguas en el Mediterráneo, describe una sinuosa curva entre Mequinenza-Fayón, todavía en Aragón, y Tortosa-Amposta, ya en Cataluña. Es esta una zona accidentada denominada precisamente

la Terra Alta, con capital en Gandesa y cuajada de sierras que unas veces encajonan el río, otras caen sobre él, destacando de norte a sur en la orilla derecha, escenario de la batalla, las de Berrús, la Fatarella, Cavalls y Pandols. Un arco de unos cien kilómetros de recorrido sensiblemente curvado hacia el noreste y, por tanto, accesible para una operación de tenaza con dos pinzas. (Es de notar que algunos autores, acaso con mayor propiedad, nombran este encuentro como batalla de Gandesa en lugar de batalla del Ebro).

Empleando como divisoria el camino que de Vinebre (ribera izquierda, zona gubernamental) conduce a Gandesa (ribera derecha, zona rebelde), los republicanos volcaron sus dos cuerpos de ejército de forma simultánea contra el frente nacional: al norte de esta línea perpendicular al río penetrarían las tres divisiones del XV Cuerpo de Ejército, mientras que al sur presionarían otras tantas del V, permaneciendo otra tríada como reserva operativa inmediata. De menor a mayor porte, he aquí una relación de la multitud de medios de paso empleados: botes reglamentarios, embarcaciones requisadas, pasaderas de tendido rápido, compuertas flotantes, puentes ligeros de vanguardia, puentes pesados y dos puentes de hierro (uno en Flix y el otro en Mora d'Ebre, norte y sur del dispositivo).

Si el avance fue rápido en los primeros días, con la ocupación de todas las sierras citadas arriba, pronto los más cercanos refuerzos nacionales permitieron establecer núcleos de resistencia para frenar la avalancha ofensora, hasta crear una línea defensiva conformada por las localidades de Fayón y la Pobla de Masaluca por el norte, la propia Gandesa en el centro y el Puig de l'Àliga y el de Cavaller en el extremo meridional. Aunque exultante, no mentía el parte de guerra del bando republicano correspondiente a aquella jornada:

25 de julio. La jornada de hoy ha constituido un triunfo para las armas republicanas, que han llevado a cabo una operación de guerra de extraordinaria dificultad con la mayor precisión, conquistando todos los objetivos señalados por el mando. En las primeras horas de la madrugada, las fuerzas españolas cruzaron el río Ebro entre Mequinenza y Amposta, por sorpresa en unos puntos, y en otros a viva fuerza. […] Muchas unidades enemigas, incapaces de resistir nuestro violento ataque, han huido a la desbandada. Nuestros soldados continúan su avance a la hora de cerrar este parte.

Franco, alarmado, detiene inmediatamente sus operaciones sobre Levante y sopesa las dos propuestas que han preparado para su valoración los miembros de su Estado Mayor. Una de ellas es arriesgada pero francamente plausible: dejar profundizar más a los republicanos en su penetración para que alarguen su cadena de suministros —frágil por la necesidad de atravesar el Ebro— y operar al norte del río desde las posiciones nacionales en Lérida contra la retaguardia catalana. La otra, más conservadora, pasaba por realizar una contraofensiva frontal como en Brunete o Teruel que, deteniendo el avance contrario, deviniese en un encuentro de desgaste que liquidara a las fuerzas del Ebro, por entonces la masa de maniobra más importante del Ejército Popular. Será esta por la que se decante finalmente el general.

Otra de las decisiones de Franco que generaría polémica, entonces y ahora. Si la primera opción era atractiva por heterodoxa y, por tanto, potencialmente sorprendente, no estaba exenta de riesgos. Las fuerzas republicanas en Cataluña habían tenido tiempo sobrado para preparar líneas defensivas contra ataques procedentes del oeste o del sur. Y en el verano de 1938 no estaban suficientemente debilitadas, por lo que una maniobra desde Lérida exigiría mucha potencia —alta concentración de efectivos— pero también gran movilidad —numerosos vehículos que habrían de transitar por una accidentada geografía—. Por el contrario, parar en seco y frontalmente el golpe iba a requerir también de una alta densidad de tropas, pero se realizaría en una posición central a la que podrían afluir refuerzos desde diferentes puntos con mayor facilidad y premura. Además, una vez contenida la embestida, los gubernamentales se habrían adentrado ellos solos en un cepo de unos veinticinco kilómetros de profundidad por cincuenta de largo, teniendo que luchar con el río a sus espaldas. Y si cruzar el Ebro había devenido en una maniobra brillante, repasarlo en retirada podría resultar catastrófico. El problema era que en las batallas de desgaste, como habían demostrado los grandes encuentros de la Primera Guerra Mundial, todos pierden: el vencido, cantidad y moral; el vencedor, calidad e ímpetu.

Según contaron en su momento dos cronistas adscritos al bando nacional, Luis María de Lojendio y el decano de la prensa italiana Luigi Barzini, Franco buscó desahogo en ellos, acaso decepcionado con sus hombres de confianza: «¡No me comprenden! No me comprenden. ¡Tengo lo mejor del ejército enemigo encerrado en una zona de treintaicinco kilómetros y no comprenden que es aquí donde puedo derrotarlo!»98. Tras rabiosos ataques y contraataques en los alrededores de Gandesa, localidad que no logran ocupar los republicanos, estos pasan a la defensiva generalizada el día 3 de

agosto. Después de más de una semana de combates a contar desde el paso del río, los altos mandos de ambos contrincantes comprenden dos realidades: la primera, que la ofensiva ha quedado frenada y no va a poder seguir progresando; la segunda, que los nacionales han logrado no sin dificultades contenerla, si bien ahora van a necesitar miles y miles de hombres de refresco y toneladas de material bélico para iniciar el contraataque. Los dos saben que la región es tremendamente enrevesada, está plagada de cotas y colinas, depresiones y otros accidentes naturales, y la lucha que se avecina va a ser no solo desgastadora sino prolongada en el tiempo, por lo que se disponen a obrar en consecuencia. Si una de las señas de identidad del Ejército Popular era su capacidad de infiltración, como había quedado de nuevo demostrado, la otra era su potencial de resistencia una vez pasaba a la defensiva.

El general e historiador Casas de la Vega, en su biografía Franco, militar99, alaba el entramado que aquellas fuerzas establecieron en el territorio por ellas recién conquistado:

Quizá lo más interesante de la orden sea su concepción general de la conservación del terreno mediante el establecimiento de una profunda posición defensiva, organizada en tres líneas sucesivas. La primera sería la ocupada por las unidades en contacto, a cuyo cargo correría su organización. La segunda estaría constituida por una zona defensiva continua, a todo lo ancho del terreno conquistado y a retaguardia de la anterior. […] La tercera línea, discontinua, estaría formada por dos zonas fortificadas de extrema retaguardia para garantizar en todo caso las dos áreas más favorables para pasar, sin presión enemiga, a la orilla izquierda caso de que fuera necesario. […] Se trata de una poderosa zona defensiva que, en su concepción, se parece más a las ideas que se manejan hoy en las escuelas militares de todo el mundo que a lo que entonces se hacía normalmente… Una profunda posición que demostraría su gran valor.

Por su parte, el Ejército Nacional se caracterizaba por su moral de victoria, pues una vez comenzada una operación no cejaba en el empeño hasta conseguir su objetivo, que en este caso no era otro que obligar a los atacantes a repasar el río. Se ha dicho que Franco no era buen estratega, afirmación que debe ser puesta en duda habida cuenta de que ganó la guerra. Pero lo que desde luego sí poseía era un gran interés por la logística, que le llevó a comprender que en una guerra

moderna esta rama de la ciencia castrense es fundamental para sostener las batallas; hacía cierta la boutade de que la estrategia es asunto de aficionados y la logística, de profesionales. Valor en el combate, sí, pero eficacia máxima en la organización. También tenía un buen ojo táctico, probablemente herencia de sus experiencias en combate en un terreno tan escabroso como el del norte de Marruecos. En cuanto a lo primero, los rebeldes movilizaron con relativa presteza reservas locales o inmediatas, también próximas pero incluso otras tan lejanas como divisiones procedentes del Ejército del Sur, todo ello en previsión de las rotaciones que iba a ser necesario realizar para el esfuerzo que se avecinaba. En cuanto a lo segundo, Franco «pisó el terreno» y comprendió que en las alturas de aquellas serranías estaba la clave de la contraofensiva. Por eso en la inicial, desarrollada durante la primera quincena de agosto, su ejército reconquistó en torno a Gandesa dos posiciones clave, el vértice Gaeta por el norte y la sierra de Pandols por el sur. El avance es costoso, lento y no muy profundo, de apenas tres o cuatro kilómetros, pero permite aliviar la situación central del dispositivo para apoyarse en él de cara a las siguientes fases.

Como ocurrirá hasta el final del encuentro, cañones y obuses se alzan ya como reyes de la batalla del Ebro, así suele ocurrir con todos los enfrentamientos de desgaste. Las montañas de la región son sumamente abruptas, con cortes en altura que obligan a la infantería atacante a ir dando saltos sucesivos casi en vertical hasta llegar a las cimas, lo que cuesta sangre y requiere de un ablandamiento previo de las posiciones enemigas. Ya sabemos que los nacionales gozaban de ventaja artillera, pues su masa de bocas de fuego se presentaba en fuerza en los lugares apetecidos y batía las posiciones contrarias causando devastadores efectos morales y materiales. Dos testimonios de obras ya aludidas nos hablan de la rudeza de los combates y de las preparaciones artilleras, mortíferas:

El batallón subió una pendiente escarpada de pura roca conocida como colina 666. Los del Lincoln se aferraron a la roca durante diez días mientras la artillería fascista aplastaba a sus tropas. Sin poder cavar la superficie de granito ni tampoco llenar los sacos terreros subidos en mulas, los hombres construyeron parapetos de piedra, que se deshacían en fragmentos mortales. «Se pasaban todo el día así, hora tras hora, y el cuerpo estaba totalmente exhausto e indiferente al miedo consciente, pero tensando sus posibilidades hasta llegar casi al punto de romperse»100.

Matías Yagüe. Obrero del campo, leñador de las sierras cercanas a Madrid. Antes de la guerra había conocido la cárcel por su lucha revolucionaria. En los primeros días luchó contra los sublevados en Navacerrada y luego en todos los frentes. […] Al mando de la IX Brigada [11.ª División, comunista] cayó en la sierra de Pandols. Su serenidad, su sangre fría ante los ataques del enemigo —al que dejaba acercarse a las trincheras para luego barrerlo con las ametralladoras y bombas de mano— eran legendarias en toda la división.101

Mientras tanto, las tres fuerzas aéreas de los sublevados —la Brigada Hispana, la Legión Cóndor y la Aviación Legionaria italiana— concentran su campaña contra los pasos del río, no tan eficaz como se ha afirmado en algunas fuentes. Por un lado, aunque la aviación republicana estaba en franca inferioridad en esta fase de la guerra, los cazas republicanos hostigan las acciones de bombardeo. Por otro, dentro del eficaz sistema defensivo descrito anteriormente, el despliegue de la artillería antiaérea fue muy positivo, bien escalonado, lo que obstaculizaba la actuación de los aviones de los sublevados. Por último, los zapadores republicanos comprendieron que la mejor forma de sostener logísticamente a las fuerzas del otro lado del río era con medios de paso desmontables, por lo que tendían y destendían pasarelas con suma habilidad y rapidez… y con preferencia sobre puentes permanentes, siempre más vulnerables al presentar un objetivo mayor para la puntería rival. Tienen un enemigo más peligroso en las crecidas del río, que los nacionales provocan desde el primer día de la ofensiva abriendo presas al norte de la zona atacada.

Quizá sea el momento de señalar que para los soldados catalanes de ambos bandos, el combate en una comarca tan señera como la de la Terra Alta tenía un valor sentimental añadido. En el bando de Franco luchaba un tercio mixto de requetés y falangistas llamado de la Virgen de Montserrat, una de las unidades más condecoradas del Ejército Nacional y en el que las órdenes se impartían en catalán. Su gran cronista, José María Fontana, relata un emotivo suceso ocurrido durante la batalla del Ebro:

Martín de Riquer entona una noche el Virolai [himno dedicado a la Virgen de Montserrat] muy cerca de las líneas enemigas… «Rosa d'abril, / Morena de la Serra / de Montserrat estel: il.luminen la

catalana terra», y le siguen centinelas, secciones, todo el Tercio, como un grandioso orfeón de setecientas voces. El frente enemigo enmudece. A muchos se les rompe, con el sollozo, la estrofa. Y de pronto, uno, dos, tres…, hasta cuarenta sombras que gritan y lloran, comienzan a pasarse para abrazarnos.102

Agonía final

A principios de septiembre de 1938 se puede dar por finalizada la primera gran fase de la batalla, que a su vez ha tenido dos secuencias: el propio ataque republicano (finales de julio, primeros de agosto) y la contención y ofensivas iniciales de los nacionales (prácticamente todo el mes de agosto). El encuentro se está alargando, algo que hasta cierto punto entraba en los planes de ambos rivales: Franco sabía al aceptar el envite que este iba a ser sangriento y prolongado, lo que daba por bueno siempre que quebrase de forma decisiva la flor y nata de las fuerzas rivales. El general Rojo, por su parte, comprendía que ante la cantidad de medios acumulados por su enemigo, el Ejército del Ebro terminaría por verse obligado a replegarse sobre la orilla izquierda, lo que daba por bueno siempre que con ello se cumpliese la consigna del presidente Negrín, «Resistir es vencer».

La batalla de desgaste entra en una segunda gran fase, con una etapa inicial que tiene por objetivo un cruce de caminos conocido como La Venta de les Camposines, cuya ocupación permitiría a los rebeldes partir en dos la bolsa enemiga, pero los gubernamentales se mantienen firmes entre las sierras de la Fatarella y Cavalls, que circundan la carretera. Los atacantes derrochan esfuerzos y valor para avanzar muy lentamente; los defensores se pegan al terreno y solo van cediendo posiciones cuando sus unidades están prácticamente diezmadas, desplegando una resistencia realmente heroica por cada palmo de territorio. Si aquellos pensaban ocupar Camposines pronto en el mes de septiembre, lo cierto es que tan tarde como el 20 de octubre la lucha titánica continúa en sus alrededores… Es entonces cuando Franco, comprendiendo que su rival ha comprometido todas sus reservas y comienza a mostrar claros signos de agotamiento, decide realizar una breve pausa y reorientar sus empeños de cara a lo que va a ser la última etapa del enfrentamiento.

Una valiente enfermera británica adscrita a la sanidad de las Brigadas Internacionales, Patience Darton, dejó grabado para la posteridad su

testimonio sobre cómo atendían a los heridos en un hospital habilitado en una cueva de la zona:

Solíamos recibir a la gente por la noche porque el bombardeo era tan intenso que no podían moverse de día. La gente llegaba bastantes horas después de haber sido heridos y ya no los podíamos salvar. Tenía discusiones con los camilleros que querían coger las mantas para envolver a los muertos que iban a enterrar, pero yo decía: «¡No! Las necesito para mantener a la gente con vida». Los hombres morían mientras yo estaba entre ellos. Nos inclinábamos sobre ellos para recoger sus últimos susurros y el mensaje era siempre el mismo: «Lo estamos haciendo bien. Decidles que luchen hasta la victoria final»103.

El día 30 de octubre se produce el mayor bombardeo operativo de toda la guerra. Los nacionales van a asaltar la cota 631 de la sierra de Cavalls, para lo que despliegan una masa artillera de más de 500 bocas de fuego —100 por kilómetro en el sector atacado— complementadas por la acción de 100 aparatos de bombardeo (los especialistas calculan que, de media, los nacionales dispararon 15 000 proyectiles de artillería diarios durante el transcurso de toda la batalla del Ebro). Cuando tras cinco horas de machaque las vanguardias de los legionarios y Regulares se lanzan al asalto se encuentran atónitos con una resistencia desesperada a cargo de las fuerzas de l'Esquinazau, las mismas que habían permanecido la primavera pasada aisladas durante dos meses en el Pirineo hasta lograr pasar a su zona. Aunque sufren el 70% de bajas, solo tras una encarnizada lucha ceden sus posiciones. La toma de Cavalls permite a los nacionales algo que hasta entonces no han podido realizar, una maniobra. Tras un giro desde el sur del dispositivo, reorientan lo que va a ser su última ofensiva hacia el noreste, desbordando por fin La Venta de les Camposines y llegando hasta la Fatarella y más allá.

La primera quincena de noviembre, cuarto mes de batalla, se caracteriza por el avance todavía costoso en bajas pero ya firme de las fuerzas franquistas, que el día 15 alcanzan las ansiadas orillas del Ebro. Los republicanos, en otro esfuerzo encomiable, han logrado replegar a sus unidades, batidas pero orgánicamente unidas, a la orilla izquierda, con Tagüeña protegiendo la retirada desde Flix y siendo el último en repasar el río. Así lo contó él mismo en sus sinceras memorias:

Cuando el sol se puso [y] el nivel del río seguía siendo normal, las pasaderas fueron recogidas tranquilamente después de concluir el paso de las fuerzas, que en todas partes, siguiendo mis órdenes, se hizo con toda calma y sin precipitación. No quedó en la orilla derecha nada que pudiera ser utilizable por el enemigo. Al anochecer cruzaba yo también el río por Flix, junto con el comisario Fusimaña y el consejero ruso Soroka, que se había negado a cruzar el río antes que yo lo hiciera. […] En la madrugada del día 16 de noviembre terminaba de atravesar el puente. Quince minutos después el armazón de hierro que nos unía aún a la orilla derecha volaba por los aires. Después de 113 días de intenso combate había terminado la batalla del Ebro104.

Mientras los restos del Ejército del Ebro se acogen a la seguridad de la retaguardia catalana, los nacionales respiran y se disponen a reponerse del tremendo esfuerzo realizado, si bien con la moral alta al intuir que los siguientes movimientos de la contienda podrán ser ya los finales. Ochenta mil españoles entre muertos, heridos y prisioneros son el tributo sangriento del más crudo encuentro de toda la Guerra Civil.

Aunque exultante, no mentía el parte de guerra del bando nacional correspondiente a aquella jornada:

16 de noviembre. Parte de guerra. En el día de hoy nuestras victoriosas tropas han conquistado los pueblos de Flix y Ribarroja y han terminado la ocupación del terreno que aún le quedaba al enemigo en la orilla derecha del Ebro. La operación que los rojos presentaron al mundo mediante su propaganda como gran éxito militar, ha constituido para ellos una de sus mayores derrotas, ya que el número de prisioneros que se les ha hecho en la batalla del Ebro se eleva a 19 779 [y] nuestros soldados han dado sepultura a 13 275 cadáveres de los contrarios.

El propio Franco resumiría el espíritu de esta batalla: «La batalla del Ebro es, de todas las que ha librado el Ejército Nacional en esta guerra, la más áspera y, por decirlo así, la más fea». Y su antagonista, el general Rojo, planteó mediado el encuentro, que «el enemigo está empeñado en romperse los cuernos o en tirarnos de cabeza al río».

Lo cierto es que los nacionales hicieron las dos cosas: conseguir su objetivo, pero a un altísimo coste en vidas humanas, material de guerra y, acaso, moral de combate. Es lo que tienen las batallas de desgaste.

———————

95 MODESTO, Juan, op. cit.

96 HENRÍQUEZ CAUBÍN, Julián: La batalla del Ebro. Maniobra de una división , Silente, 2009. El libro se publicó originariamente en México en 1944.

97 Ver Mapa Operaciones finales.

98 Recogido de ARASA, Daniel: De Hemingway a Barzini. Corresponsales extranjeros en la Guerra Civil, Barcelona, Stella Maris, 2016.

99 CASAS DE LA VEGA, Rafael: Franco, militar , Madrid, Fénix, 1995.

100 CARROL, op. cit.

101 LÍSTER, Enrique: Memorias de un luchador , Madrid, Del Toro, 1977.

102 FONTANA, José María: Los catalanes en la guerra de España , Barcelona, Acervo, 1977.

103 Testimonio de Angela Jackson recogido en el número extraordinario que la publicación Desperta Ferro dedicó al encuentro: 1938, la batalla del Ebro .

104 Testimonio de dos guerras, México, Oasis, 1973. Hay reediciones posteriores.

Múnich

España es como las arenas movedizas; si se mete dentro la mano, se va uno todo dentro.

EMILIO FALDELLA

Lo cierto es que el Ebro era un río que por aquellas tensionadas fechas del otoño de 1938 pasaba por la capital de Baviera: Múnich. La noche del 30 de septiembre, mientras los españoles seguían matándose a modo en la Terra Alta, cuatro altos dignatarios de muy distintos perfiles firmaban en el antiguo conservatorio de la capital de Baviera un acuerdo diplomático, ofensivo y vergonzoso a partes iguales. Alemania se anexaba los territorios checoslovacos conocidos como los Sudetes, alegando proteger los derechos de la población germana en ellos residente. Más allá de la flagrante agresión que el convenio suponía hacia un Estado soberano al que jamás se consultó durante las negociaciones, su importancia radicaba en que con él fenecía el Tratado de Versalles, epílogo de la Primera Guerra Mundial, y nacía un nuevo orden que venía fraguándose desde el ascenso de los nazis, el auténtico prólogo de la Segunda Guerra Mundial.

Los cuatro signatarios volvieron a sus respectivos países con muy diferentes discursos. Hitler, tras la remilitarización de Renania, la anexión de Austria y la demostración de su poder aéreo en España, proclamaba otra clara victoria diplomática sobre unas potencias occidentales que, incapaces de contenerle, habían cedido a sus pretensiones dejando a Checoslovaquia completamente inerme. Por su parte, Benito Mussolini, mediador oficial de los acuerdos, se declaraba árbitro entre la estrella ascendente del nazismo y el inestable binomio Londres-París, que se había visto prácticamente obligado a sentarse en una mesa de negociaciones para ellos sobrevenida. Tras las críticas recibidas por su país a causa de la invasión de Etiopía en 1935, el duce podía presumir ahora de liderar una potencia muy capaz de

alterar el curso de las relaciones internacionales no solo en su esfera de influencia natural, el Mediterráneo, sino en toda Europa. Alardeaba también de su poderío en aviación, sin recatar su alegría por los bombardeos sobre Barcelona efectuados desde la isla de Mallorca, que se asemejaba a una colonia fascista.

Neville Chamberlain, primer ministro británico, aterrizaba en su país exhibiendo el acuerdo y ufanándose de haber conseguido la paz dentro de la política de apaciguamiento practicada por el Reino Unido. Daladier, su homólogo francés, llegaba a la misma conclusión pero por otras razones: su nación estaba francamente dividida, con el Gobierno del Frente Popular en crisis y su economía aún demasiado deprimida para afrontar ninguna aventura que molestara al vecino teutón. Y miraba preocupado los acontecimientos de su frontera sur con España. La Unión Soviética, superado el agravio de no haber sido siquiera invitada a la reunión, se frotaba las manos, con Stalin expresando su «deseo de permitir que todos se hundiesen en el cieno de la guerra, de animarlos a ello subrepticiamente, de dejar que se debilitasen y agotasen sus fuerzas luchando unos contra otros… para después aparecer en la escena con las fuerzas incólumes»105.

En este contexto, el «asunto español» resultaba ya francamente enojoso. La guerra que tan oportunamente había convenido a las distintas potencias se estaba prolongando en demasía. Si los alemanes querían apagar de una vez por todas la hoguera ibérica sentando en Madrid a un general favorable, Londres, habiendo recibido garantías de que Franco permanecería neutral en un hipotético conflicto europeo, se mostraba ya dispuesta a dar como mal menor su triunfo. Italia asumía la repatriación de (parte de) sus voluntarios y se contentaba con la influencia conseguida en la región. Francia, en el colmo de su debilidad, se preparaba para dar por buena la nueva situación geopolítica, por más complicada que le resultara, pues mantenía sus tres principales fronteras en manos de países potencialmente enemigos: Alemania hacia el este, Italia por la raya alpina y una España franquista en los Pirineos. Todos ganaban, unos más que otros, pero todos, en realidad, estaban perdiendo la paz europea.

Para entender cabalmente no solo la internacionalización de la guerra civil española sino su gran repercusión en el conjunto de las relaciones mundiales de la época, hay que preguntarse qué ganaban —o perdían — las diferentes naciones con el estallido en España, desde las más cercanas y, por tanto, más afectadas, hasta las más alejadas de sus fronteras. Como aseveraba Fernando Schwartz en su clásico La internacionalización de la guerra civil española, «la guerra de España

no es comprensible, casi ni siquiera concebible, fuera del marco europeo en que se produce». Hacia la misma idea apuntaba el historiador Enrique Moradiellos al afirmar que se produjo «una sincronía temporal entre la crisis bélica española y la crisis europea de la segunda mitad de los años treinta», en su obra El reñidero de Europa. Las dimensiones internacionales de la guerra civil española. Por último, Jesús Salas Larrazábal nos recordaba en Intervención extranjera en la guerra civil española algo tan importante como que «este nuevo brote de inestabilidad no había sido previsto por las potencias europeas, que se vieron obligadas a improvisar su política [al respecto del conflicto español]. El que la guerra mundial se considerase inevitable no quiere decir que ya estuvieran formados los bloques».

Hemos comentado a lo largo del libro la carrera de armamentos en que se embarcaron las diferentes potencias en apoyo de uno u otro bando. Pero si se pudiera resumir en un cuadro el tipo de política adoptado por cada nación y sus diferentes grados de implicación, descubriríamos conexiones interesantes, por no decir inquietantes. Y entenderíamos que el drama español no era un compartimento estanco de la política mundial, sino uno de primer orden que, antes al contrario, actuaba como vaso comunicante, a veces activo, a veces pasivo, en el complejo entramado de las relaciones internacionales. Definitivamente, el mundo de los años treinta no era ningún remanso de paz y veía formarse negras nubes en el horizonte. La española, si bien era la más significativa, no era en absoluto la única. Y tres ideologías o modos de entender las relaciones político-sociales y económicas estaban afilando sus armas en previsión de cualquier eventualidad: un comunismo cada vez más afianzado (y prestigiado), unas democracias liberales debilitadas (y ciertamente desprestigiadas), el fascismo/nazismo en plena pujanza (y acreciendo su prestigio).

(APOYO A) ZONA REPUBLICANA	(APOYO A) ZONA NACIONAL
Reino Unido: Gobierno conservador	Italia: Régimen fascista • Política exterior
Francia: Gobierno del Frente Popular, desde abril de 1938, centro-derecha	Alemania: Régimen nazi desde 1933 • Política exterior
URSS: Comunismo • Política exterior	Alemania: Nazismo • Política exterior
EE.UU. Gobierno demócrata (Franklin D. Roosevelt)	Neutralidad / Opinión p
Regímenes países europeos Países democráticos: Reino Unido, Irlanda, Franc	

Si la Sociedad de Naciones, un organismo supranacional creado tras el fin de la Primera Guerra Mundial para «garantizar» una especie de paz universal, había demostrado su inoperancia en la crisis italo-abisinia, hemos visto cómo el Acuerdo de No Intervención en España promovido por Francia en el verano de 1936 se iba a mostrar igual de ineficaz, cuando no contraproducente. Aunque la iniciativa partía oficialmente de París, el espíritu y su principal valedor era el Reino Unido, un país siempre tendente a posiciones conservadoras, pero que tampoco podía alinearse abiertamente con unos militares sublevados contra un régimen legalmente constituido ni, por supuesto, otorgarles la condición de beligerantes (lo que supondría tácitamente darles carta de naturaleza). La No Intervención, en principio, perjudicaba al Gobierno de la II República, hurtándole la posibilidad de adquirir materiales por los cauces habituales para sofocar un levantamiento armado. Y beneficiaría a los nacionales, desde el primer momento de la sublevación dispuestos a cumplir con el viejo adagio de «en la guerra como en la guerra», es decir, a emplear todos los medios, legales o ilegales, para alzarse con el triunfo, incluyendo la recepción de cualquier ayuda a costa de saltarse las prohibiciones impuestas. Pero subyacía al tratado paneuropeo algo que debía inquietar más a los políticos de Madrid: aunque no se declarase así oficialmente, el mero hecho de establecer cláusulas limitativas a ambos bandos significaba en la práctica un reconocimiento a la España rebelde. Y en eso los acuerdos eran pragmáticos, pues desde agosto de 1936 el país estaba roto y ambas mitades regidas por dos Estados muy diferentes.

Aunque como toda baza diplomática de esta envergadura el Acuerdo de No Intervención tuviera mucho de componenda o lavado de cara, puede que sin su existencia las ayudas hubieran sido mayores: mayores las de las potencias que iban a intervenir con o sin acuerdo, pero también la de ciertos países que de otro modo hubieran apoyado al bando más afín a sus intereses. Hay quien apunta que, en un contexto más general, los acuerdos retrasaron el segundo estallido mundial, en cualquier caso un triste consuelo pues apenas cinco meses después de terminada la contienda española daría comienzo la mundial. Existió en la guerra civil española, sin embargo, un claro ejemplo de la contundencia que las acciones diplomáticas, bien respaldadas por la amenaza de las armas, pueden tener. Ocurrió en septiembre de 1937 y se prolongó durante gran parte de aquel año 1938, en que el mundo se asombraba con la Conferencia de Múnich y los españoles seguían enzarzados en su incivil discordia.

A medida que el conflicto avanzaba, los ingleses se alarmaron por

donde suelen: el dominio de los mares. Con la flota nacional robusteciéndose y operando contra el tráfico mercante, con los sumergibles italianos actuando con total impunidad, Londres quiso establecer un férreo control para mitigar los efectos dañinos que todas estas acciones tenían sobre las rutas marítimas. Así, las naciones ribereñas del Mediterráneo y del mar Negro, los dos escenarios más afectados por las operaciones bélicas españolas, llegaron a un acuerdo en la Conferencia de Nyon (Suiza) para limitar la guerra submarina y proteger a los buques mercantes. Aunque Italia no lo suscribiría, comprendió que las medidas adoptadas eran demasiado serias para continuar con su política agresiva: a partir de la firma del acuerdo, que a la larga se mostraría más eficaz que el Comité de No Intervención, cualquier submarino beligerante podría ser contraatacado. Tanto la Royal Navy como la armada francesa y otras escuadras reforzaban su presencia en el mar para protección de barcos y convoyes, limitando en parte las acciones «corsarias» de la flota de los nacionales.

Para esas fechas la opinión pública, siempre voluble, se había olvidado en parte del drama español. Si en 1936 y en la primera parte del año 37 España era noticia en las primeras planas de los periódicos de todo el mundo, el alargamiento del conflicto fue desplazando el interés hacia otras noticias. Lo mismo ocurría en las cancillerías. Si alemanes y soviéticos habían llegado al máximo de su influencia en 1937, un año clave que ambos necesitaban para completar sus programas de rearme y sus purgas internas, en 1938, especialmente durante la segunda mitad del año, no veían el momento de cerrar este capítulo, pues asuntos como los de Austria, Checoslovaquia y Polonia —futura víctima propiciatoria de la política agresiva— requerían atención prioritaria. Se ha dicho que Hitler se indignaba con la lentitud que Franco imprimía a la conducción de la guerra, hasta el punto de recortar sus ayudas durante la interminable batalla del Ebro. Pero lo mismo valdría decir de Stalin, cuyos consejeros le informaban de cómo la república española dilapidaba la ayuda armamentística recibida. Eran en realidad sendos síntomas del deseo de clausurar cuanto antes el capítulo de la península ibérica, que a sus ojos volvía a ser un territorio excéntrico en sus planes de cara al futuro.

Como vemos, las motivaciones ideológicas de las grandes potencias —URSS, Alemania, Italia, Francia, Reino Unido, Estados Unidos, Portugal— eran mucho menos relevantes que sus intereses geoestratégicos… y financieros: ya hemos analizado cómo toda ayuda fue pagada bien al contado (reservas de oro y plata por parte de los gubernamentales), bien a crédito (con o sin intereses por parte de los sublevados). El resto de las naciones, como suelen hacer ante

conflictos de esta envergadura, terminarían apostando a caballo ganador. Si en noviembre de 1936 el primer país en reconocer a la España de Franco fue la humilde Guatemala; si en ese invierno Italia y Alemania enviaban embajadores a Salamanca; si en 1938 Portugal, tras romper relaciones con la II República, reconocía al general, a partir de finales de 1938 y hasta el final de la guerra en abril de 1939 la catarata de reconocimientos oficiales es ya incontenible, especialmente desde que Francia y Reino Unido establecieran relaciones diplomáticas con la España nacional. El acuerdo Bérard-Jordana de 25 de febrero de 1939 era la puntilla metafórica a la República; ambos ministros de exteriores firmaban un acuerdo en virtud del cual el Gobierno francés obtenía una promesa de neutralidad futura y el régimen de Franco era reconocido por París como Gobierno legítimo de España. Ante esto, el presidente Manuel Azaña dimitía: para muchos era el final simbólico no solo de un régimen, sino de la propia contienda.

Como en todas las guerras, la diplomacia del dinero, de las garantías recíprocas, de los intereses, se imponía a la de las buenas intenciones. Toda otra consideración sobre ideología, hermandad entre pueblos, ayudas supuestamente desinteresadas es retórica. Como hemos visto en otros capítulos y en este, la cantidad y calidad de la ayuda militar recibida por cada bando queda relativizada cuando se estudia en el contexto más amplio de las relaciones internacionales, pues tales apoyos en realidad formaban parte del peligroso juego que las potencias estaban ya desarrollando en la segunda mitad de la década de los treinta. Por supuesto que es importante conocer el número de cañones, aviones, tanques, etcétera, recibidos por cada bando; por supuesto, es importante diferenciar los matices cualitativos de los apoyos recibidos; por supuesto, es importante conocer cuántos voluntarios foráneos lucharon en cada bando… Pero lo realmente importante es conocer la cadencia en la llegada de sus ayudas y su influencia en los acontecimientos bélicos y, sobre todo, comprender qué querían conseguir cada uno de los países intervinientes.

Ciano, ministro de Exteriores de Mussolini, cuenta en sus famosos diarios cómo un día «el Duce, radiante, señala el atlas geográfico abierto por la página de España y dice: “Ha estado abierto así durante casi tres años, ahora basta. Sé que debo abrirlo por otra página”». Algo parecido debieron pensar todos los estadistas de Europa a finales de 1938, cuando los nacionales habían vencido en el Ebro y se aprestaban para lanzarse sobre Cataluña. Porque ni la política internacional ni la historia son dadas al sentimentalismo. El año 1939 iba a ser una muestra clara de ello, tanto en la península ibérica como en el resto del planeta.

105 Citado en BIALER, Seweryn: Los generales de Stalin , Barcelona, Luis de Caralt, 1972.

Cataluña

La batalla del Ebro no solo había supuesto la última oportunidad para la República de cambiar el curso de la guerra, sino que, al perderla, con sus unidades exhaustas, volvía a despejar las dudas geoestratégicas de Franco y propiciaba sus siguientes movimientos ofensivos, que ya serían los últimos de la larga contienda. Con el ambiente internacional más apaciguado tras el sacrificio de Checoslovaquia en los acuerdos de Múnich durante el mes de septiembre, con las fuerzas republicanas en franca retirada y desmoralizadas, con la población rival cada vez más cansada de la guerra, sufriendo fuertes bombardeos de aviación y pasando extremas penalidades, las columnas rebeldes no dudaron en saltar como un resorte, cruzar el Ebro y avanzar sin dilación hasta los Pirineos. Tras fracasar ante el objetivo político (Madrid, 1936), tras triunfar en el objetivo industrial (norte, 1937), tras ablandar el objetivo militar (valle del Ebro, 1938), correspondía ir fijando los «últimos objetivos militares» (Cataluña y resto de España, 1939). Pero aunque muchos vieran la luz al fin del túnel bélico, lo cierto es que todavía quedaban algunas luchas por dar y muchas dudas por resolver…

Y es que, al menos teóricamente, las fuerzas terrestres gubernamentales superaban a las de Franco: a finales del 38, las tropas de la República alcanzaban 1 400 000 soldados, mientras que las nacionales llegaban a 1 200 000. El GERO (Grupo de Ejércitos de la Región Oriental), recompuesta hasta cierto punto la parte que había participado en la batalla por el río, no solo sobrepasaba a sus rivales en número de hombres, sino también en algunos aspectos materiales. Así, podía alinear más de 700 piezas de artillería y 180 carros de combate, la mayoría soviéticos, así como apoyarse en sólidas líneas defensivas, algunas completadas, otras en construcción. Su punto más débil era la fuerza aérea, pues no superaba en aquella zona los 200 aparatos, de los que solo unos 70 eran cazas Mosca. Los suministros extranjeros llegaban con cuentagotas a pesar de que la URSS había prometido enviar más de 2000 cañones y 400 aviones de todo tipo. Agotado el oro, el Gobierno apura pagando las remesas con las reservas de plata, que como ya vimos importaban una cifra

considerable (se vendieron en Estados Unidos a cambio de divisa fuerte). Con el Mediterráneo convertido en aguas peligrosas por la flota de bloqueo del almirante Moreno, los refuerzos llegaban a territorio leal por la ruta del Báltico hasta el norte de Francia y, después, por medios terrestres a través de una frontera permeable que París abría o cerraba en función de la coyuntura internacional,

Pero en el teatro de operaciones en que ahora se iba a actuar, la región catalana, las fuerzas nacionales tenían algo de lo que ya carecían sus oponentes: un elevado espíritu de victoria y la inercia de las tropas que sienten próximo el triunfo tras mucho batallar. Como perros de presa, los soldados curtidos reconocen el inconfundible olor de la derrota en los contrarios. Un encuentro triunfal como el del Ebro propicia un impulso combinado de velocidad y fuerza difícil de ser refrenado. El Ejército Nacional iba a lograr concentrar para la nueva ofensiva sus cuerpos más aguerridos más otros de nueva creación o refrescados, además de un millar de bocas de fuego de artillería de todos los calibres y casi medio millar de aviones, de los que 200 eran cazas, 170 bombarderos y 75 aeroplanos de asalto. La logística es muy superior a la republicana, con una buena motorización a estas alturas de la contienda, y las fuerzas de primera línea no tienen que preocuparse ni por la intendencia ni por la retaguardia, sólida y con moral elevada. Se entraba en una fase final de la conflagración sumamente favorable para los franquistas… si bien es un momento todavía delicado.

Misa de campaña en la plaza de Cataluña

Para la campaña de Cataluña los nacionales iban a desplegar tres cuerpos de ejército en el frente occidental, con bases de partida desde Tremp a Balaguer, ambas en la provincia de Lérida. El de Urgel, de reciente creación y al mando del general Muñoz Grandes, con cuatro divisiones. El del Maestrazgo, al mando de García Valiño, que había demostrado su contundencia en la carrera hacia el mar en la primavera anterior, con tres divisiones. Y el de Aragón, tres divisiones al mando de Moscardó, héroe del Alcázar. Esta masa operaría por el interior hacia el Pirineo con dirección a la línea Seo de Urgel-Berga-Olot. Hacia el sur, desde el nudo formado por la misma ciudad de Lérida y Serós hasta la curva del Ebro previa a su desembocadura, desplegaban a su vez cuatro divisiones italo-españolas al mando de

Gastone Gambara, jefe del CTV; el Cuerpo de Ejército de Navarra (tres divisiones), al mando del general Solchaga, y el Marroquí (tres divisiones más reservas), al mando de Juan Yagüe. Estos operarían hacia y por la costa, saltando primero hasta el eje Borjas Blancas-Montblanch-Tarragona, de ahí a la propia Barcelona y, finalmente, hasta Gerona, Figueras y el paso fronterizo de Portbou.

En total eran más de 300 000 soldados en los primeros escalones del ataque bajo el mando conjunto de Dávila como general en jefe del Ejército del Norte. Los republicanos, por su parte, podían oponer otros 300 000 hombres, de inferior calidad militar —los nuevos reemplazos apenas contaban con instrucción adecuada— y baja motivación, todos ellos bajo el mando del general Hernández Saravia. Se dividían en el Ejército del Este, al mando de Perea, y el del Ebro, a las órdenes del jefe de milicias Modesto, con un total de siete cuerpos. El jefe del Estado Mayor republicano, Rojo, creía que aún disponía de bastante tiempo para reorganizar sus fuerzas y prepararse para la siguiente ofensiva, pues calculaba que Franco no estaría en condiciones de lanzarla hasta pasados varios meses dado que sus unidades también habían sufrido un durísimo desgaste en la batalla de Gandesa… Pronto advertiría su error.

No obstante, la lucha en Cataluña podría resultar enconada, larga, y problemática. Los defensores habían establecido en la región varias líneas de contención, desde las que confiaban en librar con ventaja una batalla de alto grado de desgaste que agotaría a las fuerzas nacionales; una vez empantanadas estas en la malla de resistencia, la República obtendría el tiempo que precisaba hasta que la cambiante situación en Europa le favoreciera con un estallido bélico general, única tabla de salvación ya para el Gobierno de Negrín. Las fortificaciones, incompletas pero intimidantes, discurrían de forma sucesiva y en paralelo por las provincias de Tarragona, Barcelona y Gerona. El sector donde se librarían los principales combates se localizaba a lo largo de los ríos Noguera-Pallaresa y Segre, un terreno accidentado al estar cortado por varias estribaciones montañosas que, desde los Pirineos, caen de norte a sur, favoreciendo la obstrucción de cualquier avenida contraria y dificultando enormemente las progresiones por un eje de oeste a este, justo la línea de marcha que habrían de seguir los atacantes. Los primeros compases iban a resultar, por tanto, decisivos a la hora de calibrar las dificultades de la maniobra, por lo que, como era costumbre en las fuerzas nacionales, el asalto sería precedido por una contundente cortina artillera y bombardeos en alfombra por parte de la aviación.

El inicio de la ofensiva contra Cataluña estaba proyectado

inicialmente para el 10 de diciembre de 1938, a menos de un mes del final de las operaciones en el Ebro, si bien sucesivas cancelaciones debidas principalmente a las condiciones meteorológicas hicieron que comenzara finalmente en la madrugada del día 23, con un clásico ataque en tenaza a cargo de dos grandes agrupaciones de maniobra. Por el sur, el asalto principal fue llevado a cabo por italianos y navarros, que cruzaron el Segre frente a una escasa resistencia y tras una potente preparación de artillería. Los gubernamentales fueron sorprendidos por completo y se dieron numerosos casos de deserción, incluidas las de oficiales, fiel reflejo del estado anímico de estas unidades. En pocas horas se produjo la ruptura y la consolidación de la cabeza de puente al otro lado del río, en un frente de unos 15 kilómetros. En el norte atacaban unidades de los mencionados cuerpos de ejército de Urgel, del Maestrazgo y de Aragón, que se dirigieron hacia la línea conformada por La Seo de Urgel-Artesa de Segre-Cervera tras romper la resistencia republicana. El terreno era aquí, como se ha mencionado, más escarpado, y la progresión resultó mucho más lenta, si bien poco a poco fue abriéndose camino hasta lograr la ocupación de toda la provincia de Lérida.

Ante la actuación descontrolada de la aviación italiana, que bombardea a placer y con gran potencia todo el litoral catalán, Franco se ve obligado a enviar un telegrama al general jefe del Ejército del Norte el día 11 de enero de 1939, recién comenzada la acometida:

Es preciso ordene no se hagan bombardeos sobre los pueblos más que cuando sea imprescindible para las operaciones porque en ellos haya objetivos militares que convenga batir. Parece que en especial los legionarios [italianos] abusan de los bombardeos, con la consiguiente destrucción y conviene tanto a nuestra riqueza como a nuestra política hacer el menor daño posible dentro de la necesidad que impone la guerra de avanzar y batir los objetivos.106

Lo que no impediría que se siguieran realizando acciones ofensivas desde el aire, tácticas o de castigo.

El Estado Mayor republicano tardó en reaccionar ante la ofensiva, al no ser consciente —o no querer serlo— de la magnitud de la misma y de los éxitos conseguidos por los atacantes en las primeras jornadas de la batalla. El general Rojo veía cómo sus planes se desmoronaban y envió para cerrar la brecha entre los dos sectores a los V y XV cuerpos

de Líster y Tagüeña, los veteranos del Ebro, que permanecían en reserva. Su objetivo era Serra Grossa, en cuyos alrededores esperaban derrotar a los italianos antes de que estos profundizaran. Los defensores recuperaron parte de su espíritu de lucha ante la llegada de los refuerzos, pero a estas alturas era poco realista confiar en una alteración del curso de la campaña. No obstante, lograrían ralentizar la penetración nacional durante casi dos semanas a base de repetidos contraataques y de defender encarnizadamente ciertas posiciones clave. Los soldados leales de las mejores unidades, tras casi tres años de lucha, curtidos y fogueados, conocían su oficio y se disponían a vender caro cada palmo de terreno…

No obstante, el día 29 de diciembre, el cuerpo de Tagüeña retrocedía, incapaz de soportar la presión, y el V de Líster se veía obligado a cubrir un frente demasiado largo. Ese mismo día llegaron a lanzar el último contraataque coordinado y lograron detener al CTV, que amenazaba con alcanzar la carretera de Tarragona por Borjas Blancas. Yagüe reaccionó, a su vez, lanzando la reserva de su 13.ª División, «la Mano Negra», con lo que los nacionales lograron cambiar el eje de ataque y amenazar con envolver a Líster, que, hasta ese momento, había logrado contener a los atacantes. Pero, ante la amenaza de cerco, el 3 de enero del nuevo año 1939 las fuerzas republicanas comenzaron a ceder, y sus enemigos conseguían la ansiada ruptura. El día 4 ocupaban Borjas Blancas y el 5 dominaban la carretera hacia Tarragona. Iba a ser la segunda capital de provincia catalana en caer en su poder.

Mientras tanto, y más al norte, los nacionales tomaban Artesa del Segre, un importante nudo de comunicaciones. El avance por este sector había resultado mucho más lento y costoso, merced tanto al difícil terreno como a la resistencia del XI Cuerpo de Ejército gubernamental. Pero la superior capacidad de maniobra de los sublevados logró dislocar la defensa y amenazar, una vez más, con un envolvimiento, de tal forma que los defensores acabaron cediendo. La primera línea defensiva republicana había quedado arrollada y sus agotadas unidades intentaron reagruparse en la segunda línea. Rojo había empeñado sus reservas con demasiada premura y había optado por afrontar una batalla en campo abierto, confiado en su cierta superioridad numérica, en lugar de mantenerse en firmes posiciones de contención como contemplaban los planes. El Ejército del Ebro había resultado virtualmente destruido y la maniobra envolvente nacional, ahora evidente, llevó a una nueva retirada republicana.

El general Rojo, para aliviar esta avalancha, además de lanzar por fin una ofensiva de distracción en el teatro de operaciones de

Extremadura y Andalucía, recurrió a medidas desesperadas, como el envío de tropas por mar desde Valencia (demasiado pocas, demasiado tarde) o la llamada a filas de los mayores de 45 años, una decisión más propagandística que eficaz en aquellas circunstancias de desmoronamiento total. Y es que la retirada republicana se iba convirtiendo en desbandada. La confusión y el descontrol eran extraordinarios. Aunque el GERO pretendió repetir en Barcelona la historia de Madrid en los primeros meses de la guerra, la situación era radicalmente diferente; el Llobregat no iba a ser el Manzanares. Porque la principal diferencia estribaba en el espíritu de lucha, del que carecían ya la mayor parte de las unidades gubernamentales, por no hablar de la moral de la retaguardia. El Gobierno francés abrió la frontera al material soviético que estaba allí detenido pero que a estas alturas de la guerra resultaba inútil.

El 9 de enero se reanudó el ataque y dos días después los italo-españoles del CTV hundían la segunda línea de defensa. Con rápidas infiltraciones sembraron el caos en la retaguardia enemiga. Bien es cierto que apenas encontraban oposición firme en un enemigo en franca retirada. Yagüe rodeó el Montsant por el sur y también atravesó la segunda línea, hasta llegar al mar. Tarragona caía poco después. Luego fue el turno de Reus, donde sería capturada una importante fábrica de aviones y otras interesantes infraestructuras de la ciudad.

En el día de hoy, ha sido coronado el esfuerzo de nuestras armas con la liberación de Tarragona, la industriosa población de Reus y el importante nudo de comunicaciones de Tárrega, así como más de 82 pueblos de las provincias de Tarragona y Lérida. […] Las poblaciones han recibido a las fuerzas liberadoras con el más grande de los entusiasmos. El número de prisioneros es elevadísimo, sin que haya sido posible su recuento por la gran extensión de la zona ocupada.107

Días después, los nacionales llegaban a la tercera línea de defensa, que apenas disponía de guarnición. Los italo-españoles del CTV toman Igualada el 23, punto clave en esa línea defensiva, y Montserrat Solsona, otro elemento importante de la línea, caería el 24 de enero ante las fuerzas de Muñoz Grandes.

Barcelona era un caos. La ciudad estaba llena de refugiados. Todo eran eslóganes y consignas, pero ninguna medida eficaz. Estaba claro el resultado final, ya muy cercano, y la mayoría de la gente solo

pensaba en salvarse. Los sueños e ideales habían quedado atrás y la vista estaba puesta en la frontera francesa, el único escape posible. Los ataques por parte de la aviación nacional, incesantes y demoledores, contribuían a incrementar el caos y dificultar cualquier tipo de acción coordinada. El 24, las tropas de Gambara, Yagüe y Solchaga llegaban al Llobregat, sin encontrar oposición digna de tal nombre. La última línea de defensa estaba a punto de ceder. Por su parte, ese mismo día de enero, García Valiño tomaba Manresa y se lanzaba hacia el noroeste para aislar Barcelona de la frontera. Ante tal riesgo, Azaña, Negrín, Rojo, Companys y otros altos mandos políticos y militares iniciarán la huida hacia Gerona.

En la Ciudad Condal la situación era ya de derrotismo absoluto. Las disensiones entre Gobierno central y Generalitat contribuyeron a que la población perdiese el espíritu de lucha: la capital catalana no iba a resultar un segundo Madrid. Defendida por unidades decididas, y con la posibilidad de cierto aprovisionamiento por vía marítima, una ciudad de la entidad de Barcelona podría haberse convertido en un obstáculo formidable para cualquier atacante, pero nada era más lejano de la realidad en esos oscuros días de enero de 1939… El 25 Yagüe cruzaba el Llobregat, sin encontrar apenas resistencia. Al día siguiente, Barcelona quedaba rodeada por el norte y por el oeste y, al mediodía, las tropas nacionales iniciaban la entrada en la capital catalana.

Los principales edificios oficiales fueron ocupados a primeras horas de la tarde y los barceloneses que habían apoyado en secreto al bando sublevado se lanzaron a las calles para vitorear a las tropas triunfantes. La Vanguardia reaparecía con un rotundo titular: «Barcelona para la España invicta de Franco (Diario al servicio de España y del Generalísmo… ¡Presente!)». Si a Dionisio Ridruejo, líder de la propaganda falangista, no le fue permitido repartir octavillas redactadas en catalán en un gesto de buena voluntad, al menos el general Yagüe evitó que unos exaltados cambiaran el nombre de la histórica plaza de Cataluña por el de plaza del Ejército español… Los barceloneses, algunos por convicción, otros por temor, aceptaron el hecho consumado y suspiraban de alivio pensando que, con la guerra acabada en la ciudad, cesarían el hambre y las penurias… Mientras tanto, cerca de medio millón de personas huía camino de los Pirineos, colapsando las carreteras y dando lugar a las tristemente famosas escenas del éxodo republicano.

El escritor Luis Romero acertaba a narrar con realismo y nostalgia la caída de su querida Ciudad Condal en la importante obra El final de la guerra:

Algunas patrullas nacionales van penetrando en la ciudad. Los barceloneses permanecen tensos. Todavía el ejército republicano se retira a lo largo de las calles. Muchos soldados arrojan las armas. La resistencia no se ha producido. […] A primeras horas de la tarde tropas del Cuerpo de Ejército Marroquí penetran por Sants, y las que manda Solchaga descienden desde el Tibidabo y Vallvidrera. Los barceloneses comienzan a salir a la calle para verlos entrar. Aparecen los presos, los que permanecían ocultos, acuden curiosos y aquellos que se sitúan siempre al lado de los vencedores. Hay también quienes tienen miedo, quienes se dejan abatir por el cansancio, por la desilusión, los que se complacen ante la posibilidad abierta para ejercer venganzas […]. Para todos los barceloneses es un día histórico y se sienten conmovidos, aunque sea por razones opuestas, hasta lo más hondo de su ser. Tropas y civiles, barceloneses y forasteros, van convergiendo hacia el centro de la ciudad. […] La importancia de Barcelona es enorme y la ciudad ha sido ocupada sin encontrar apenas resistencia.108

Después, Gerona, que vio celebrar las últimas Cortes de la República, caería sin resistencia el 4 de febrero, al tiempo que Azaña y Companys cruzaban la frontera, también Rojo y Negrín. Ese mismo día García Valiño tomaba Vic y, el día 8, los navarros entraban en Figueras. El día 9 las tropas de Moscardó y Solchaga llegaban a la frontera francesa, que, el 13, quedaba definitivamente sellada por el Ejército Nacional (el día 10 había pasado a Francia, con las últimas unidades del Ejército del Ebro, Modesto. Sus hombres fueron inmediatamente desarmados e internados en los terribles campos de concentración establecidos en el Sur de Francia: Argelès, Barcarés, San Ciprián… Nombres ignominiosos en la historia de España). Así lo recordaba Líster en la citada Memorias de un luchador:

El V Cuerpo de Ejército, que al entrar en la batalla del Ebro contaba con 35 000 hombres, al comenzar la de Cataluña tenía 22 000 y al cruzar la frontera sus efectivos no llegaban a 8000 hombres en activo y unos 3000 heridos que habíamos hecho evacuar los días anteriores, una gran parte de ellos en brazos a través de la montaña. Los que faltaban […] habían ido cayendo durante días de combate ininterrumpidos. […] La inmensa mayoría de los combatientes que entraban en Francia solo tenía un pensamiento: marchar a la zona

Centro-Sur para continuar la lucha. Muchos oficiales y simples soldados, habiéndose fugado de los campos de concentración, se dirigían a mí para que les arreglara los papeles para el traslado a aquella zona.

Por aquellas fechas, Franco, quizá sin quererlo, lanzaba un elogio a su enemigo en unas declaraciones hechas a la Associated Press y recogidas en la misma prensa republicana: «¿Cómo se explica que los rojos, después de dos años de guerra en los que han sufrido tantos reveses, sigan resistiendo y negándose a la capitulación? Respuesta de Franco: "Se trata de un caso único en la Historia"».

Pero, ahora sí, la contienda parecía decidida y el final era cuestión de muy poco tiempo.

106 Documento original reproducido en DÁVILA, Rafael: La guerra en el Norte , Madrid, La Esfera de los Libros, 2021.

107 15 de enero de 1938, parte de guerra, bando nacional.

108 ROMERO, Luis: El final de la guerra , Barcelona, Ariel, 1976.

IV

1939. EL DESENLACE

Fue una guerra de justamente vencidos e injustamente vencedores.

JULIÁN MARÍAS

Durante la Guerra Civil el pueblo español supo morir. Ahora es necesario que aprenda a vivir… Aprender a vivir es aprender a dialogar.

JUAN-SIMEÓN VIDARTE

¿Qué pasa en Madrid?

La noche del domingo 5 de marzo de 1939 en Madrid fue triste, oscura y aun se diría lúgubre. Poco antes de las ocho de la tarde, cinco personajes de muy distintos perfiles, ideologías y trayectorias vitales, aunados por la causa común de buscar una pronta finalización a las hostilidades, se congregaban en la Casa de la Aduana de la calle de Alcalá, casi llegando a la céntrica Puerta del Sol.

Se trataba de Wenceslao Carrillo, antiguo obrero fundidor y destacado miembro de la UGT; Julián Besteiro, socialista fabiano y venerable expresidente de las Cortes republicanas; Cipriano Mera, albañil anarcosindicalista a la sazón jefe de todo un Cuerpo de Ejército; Miguel San Andrés, diputado de Izquierda Republicana, y Segismundo Casado, de ideal moderado y coronel de Caballería. En las fotografías del evento se les ve a todos ellos cansados y algo desaliñados, serios, con porte grave. Aunque su objetivo es emitir por radio una proclama conjunta al pueblo español, en realidad están dando un golpe de Estado contra el Gobierno de Juan Negrín, vuelto de un fugaz exilio en Francia a la zona centro y a quien consideran fuera de todo control y ya sin legitimidad. Mera carraspea, toma la palabra y deja claras sus intenciones:

A partir de este momento, conciudadanos, España tiene un [nuevo] Gobierno y una misión: la paz. Pero la paz honrosa, basada en postulados de justicia y de hermandad… Sin humillaciones ni debilidades […] queremos la paz para España, pero, si por desgracia de todos, nuestra paz se pierde en el vacío de la incomprensión, también os digo serenamente que somos soldados y como tales estaremos en nuestros puestos hasta sucumbir.

Dicen que los momentos más peligrosos de un conflicto armado son sus comienzos… y su final. Y el final de la guerra civil española fue especialmente delicado, tanto por las dinámicas internas de la propia

contienda como por el deterioro del entorno internacional. Como señalaba en su discurso el veterano combatiente libertario Cipriano Mera, ese mes de marzo de 1939 que entonces comenzaba la mayor parte de España anhelaba la paz… si bien advertía sobre su deber como soldado de seguir luchando junto a sus tropas si la sinrazón se imponía. Con ello lanzaba una clara advertencia a dos enemigos, uno real —su natural rival franquista—, y otro potencial, los partidarios junto a Negrín de llevar al extremo su lema de «Resistir es vencer», lo que bien podría desembocar en un baño de sangre como fatal colofón al que anegaba el país desde el 18 de julio de 1936. Aunque el Ejército Nacional parecía gozar ya de una imparable iniciativa, enfrente se mantenían en pie los restos, cansados pero sobre el papel numerosos, de las fuerzas armadas de la República desplegados en una amplia porción del territorio que se extendía desde Levante a partes de Extremadura y Andalucía oriental, sin olvidar Murcia, Castilla la Nueva y el Madrid del «¡No Pasarán!». Si la población en zona nacional clamaba por la victoria, la de la zona republicana se limitaba a pedir paz y pan, tales eran sus penurias y el grado de agotamiento. En el ánimo de todas las personas de buena voluntad, evitar en la hora final estériles derramamientos de sangre.

Sabido es que Europa vivía horas aciagas al comprobar que los apetitos expansionistas de Hitler no habían quedado saciados con los acuerdos de Múnich: ese mismo mes terminaría de desmembrar Checoslovaquia ante la pasividad de todos. Francia y Reino Unido comienzan a celebrar conferencias político-militares destinadas a coordinar las acciones de sus fuerzas armadas ante la eventualidad de una nueva conflagración, después de haber reconocido el 27 de febrero al Gobierno del general Franco como el único legítimo en España, abandonando definitivamente a la República y dando por bueno como mal menor el triunfo de aquel a cambio de una vaga promesa de neutralidad. Una fórmula válida con tal de acabar con el «avispero español» antes de que se enredase con otros y más dañinos avisperos que nublaban el horizonte europeo y universal.

Las últimas semanas de la guerra iban a resultar, por tanto, no solo realmente sorprendentes y frenéticas, sino además especialmente peligrosas. Pero lo más llamativo terminaría siendo no tanto la lucha entre unos nacionales que se saben vencedores y unos republicanos francamente vencidos, sino entre las dos facciones de este bando que discrepaban precisamente sobre cómo había de ser ese final; eran

el negrinismo, o «partido de la resistencia», y el antinegrinismo, o

«partido de la paz». […] Negrín acentuó su personalismo en la toma de decisiones, hasta llegar a desarrollar actitudes de marcado corte autoritario [pero] era preciso ponderar si se daban condiciones suficientes para un final pactado o negociado de la guerra, que era el objetivo primordial del partido de la paz»109.

El primer «partido» estaba conformado en torno al comunismo español, los restos del socialismo radical y una parte del ejército; el segundo, alrededor del socialismo y el republicanismo moderados, el anarcosindicalismo… y buena parte de la cúpula de las fuerzas armadas leales.

Como suele ocurrir cuando uno de los dos contendientes se ve con una fuerza muy superior, la exigencia de una rendición incondicional por parte de los nacionales no ayudaba a despejar la situación; conviene siempre dejar una salida honrosa al adversario, so pena de endurecer sus posturas y prolongar los combates. A aquellas alturas de la Guerra Civil el PSOE estaba muy mermado en sus filas y ciertamente desprestigiado por su acción de gobierno, el PCE ya no gozaba del predicamento de apenas unos meses atrás (en parte por la cada vez más tibia ayuda de Moscú, tanto militar como diplomática), el anarquismo llevaba tiempo disolviéndose y las opciones moderadas parecían anuladas. Era un escenario de neta descomposición política.

Por su parte, la zona nacional va cantando victoria —en realidad siempre lo hizo— y sus autoridades se disponen a reagrupar sus poderosos contingentes tras la campaña de Cataluña de cara a las últimas operaciones bélicas. También buscan situarse en el nuevo escenario internacional y preparar sus dictados sobre la futura paz, con toda la intención de imponerla a punta de bayoneta. Franco se ceñirá en estos días tres sombreros. En primer lugar, el del estadista que asiste con cautela a los acontecimientos europeos, no fuera a amargarle un estallido bélico su rotundo triunfo —caso de una guerra mundial, la República quedaría de forma natural alineada con las democracias occidentales, algo que, cuando menos, le proporcionaría tiempo—; a continuación, el de militar, volcado junto a su Estado Mayor en la preparación de la que denominarán «ofensiva de la victoria», y finalmente el del espectador que contempla en primera fila la implosión interna de su rival, no sin preocupación, pero dejando fluir los acontecimientos sin necesidad de desgastar sus recursos.

Va a ser un mes acelerado, por momentos caótico, peligroso y agónico, prometedor para media España, aciago para la otra mitad. Y plagado

de incertidumbres para las potencias europeas.

De Cartagena a Madrid

La noche del 4 de marzo de 1939, grupos de falangistas de la quinta columna, entremezclados casi sin distinción con elementos prorrepublicanos pero anticomunistas, se lanzaban a la calle en Cartagena vitoreando a España antes que a Franco con la intención de precipitar un levantamiento que acelerara el final de la guerra, convencidos de que la fruta estaba madura en la crucial ciudad portuaria. Imitaban en cierta manera las maniobras diplomático-castrenses que apenas un mes antes habían conducido a la capitulación de Menorca sin derramamiento de sangre y con la (interesada) mediación de la marina británica, completando el dominio nacional sobre las islas Baleares. Pero en realidad ahora se trataba de esfuerzos descoordinados que, al ambiguo grito de «Por España y por la paz», respondían más a un anhelo que a una planificación meditada, por lo que estaban condenados al fracaso. Así, poco después de producirse estos conatos de rebelión anticipada, las autoridades gubernamentales movilizaban poderosas fuerzas para asegurar el control de las calles, lo que conseguirían con relativa facilidad pero en un entorno de gran volatilidad.

Porque, casi simultáneamente a esos hechos, el almirante Buiza ordenaba que el grueso de la todavía poderosa flota republicana soltara amarras y abandonara el puerto. Sobre el papel, al iniciarse el año 1939 la escuadra se mostraba aún imponente, compuesta por 3 cruceros, 13 destructores, 2 submarinos, 4 minadores, 8 cañoneros y al menos 50 unidades de otros tipos. De ellas, solo abandonarían Cartagena rumbo a Bizerta los 3 cruceros —Méndez Núñez, Cervantes y Libertad—, los 8 destructores operativos —Ulloa, Escaño, Gravina, Almirante Antequera, Almirante Miranda, Almirante Valdés, Lepanto y Jorge Juan— y el submarino C-4. Aunque su objetivo era el internamiento voluntario en el puerto de un territorio «amigo», la francesa Túnez, lo cierto es que el tiempo que estuviese en la mar aquella era por aquel entonces una de las fuerzas navales más poderosas del Mediterráneo occidental… Algo que no pasaba desapercibido para cierta persona, el almirante Moreno, jefe de la flota nacional, muy consciente de la amenaza que podía representar tal concentración de buques antagonistas.

Las precipitaciones son malas consejeras en la guerra. Con información deficiente y cierto aire de superioridad, el Cuartel General de Franco, adonde las noticias iban llegando de forma confusa y dispersa, comenzó a cursar órdenes para movilizar fuerzas que ayudaran a los sublevados por tierra, mar y aire. Cuando estas llegaron a la zona de operaciones, en Cartagena los sublevados estaban en vías de ser completamente sofocados, y todo un buque de transporte de tropas —el Castillo de Olite— sería echado a pique en la bocana del puerto al intentar forzarlo para desembarcar soldados en apoyo de los rebeldes, demostrando los gubernamentales a propios y ajenos que la decisión de luchar de forma numantina era algo más que un mero eslogan. El hundimiento debido a las poderosas baterías de costa cartageneras produciría fuertes tensiones en la cúpula militar del «Generalísimo», quien, saltándose la recomendación del jefe de las Fuerzas de Bloqueo del Mediterráneo, el mencionado almirante Moreno, había ido enviando barcos de forma aislada hacia la rada rival sin esperar a confirmar las noticias ni a formar un convoy naval, tal y como el marino —en buena lógica de agrupación de esfuerzos— reclamaba.

No, definitivamente el final del conflicto no se precipitaría desde esta base naval. Porque la noche del día siguiente, 5 de marzo de 1939, tendría lugar otro hecho más sorprendente aún: el coronel Segismundo Casado, a la sazón jefe del Ejército del Centro, recogiendo el sentir de muchos mandos militares profesionales de la República y de la mayor parte de la población civil, hastiada de guerra y hambrienta, daba un golpe de Estado radiofónico contra Negrín para impedir que este desarrollara su estrategia de resistencia a ultranza o numantina. Alegaban que el presidente de Gobierno estaba pergeñando por decreto unos cambios drásticos en la cúpula civil y militar para posicionar a los elementos más extremos del socialismo y del comunismo en los puestos clave, algo que necesitaba para reforzar su idea de continuar las hostilidades, una opción que ya había abandonado el presidente de la República, Manuel Azaña, quien había dimitido de la presidencia desde su exilio francés el día 27 de febrero.

Desde los sótanos del Ministerio de Hacienda, el viejo catedrático de Ética y Lógica Julián Besteiro, con su verbo claro, fue el más contundente de los revoltosos:

Esa política de aplazamiento no puede tener otra finalidad que alimentar la morbosa creencia de que la complicación de la vida internacional desencadene una catástrofe de proporciones universales,

en la cual, juntamente con nosotros, perecerían masas proletarias de muchas naciones.

Después, al considerar desmoronada la legitimidad del ejecutivo gubernamental, justificaba que los mandos del Ejército se hicieran cargo de la situación para evitar un vacío de poder. Se creaba así el Consejo Nacional de Defensa, un organismo que se iba a enfrentar durante una semana a fuerzas de disciplina comunista en una auténtica guerra civil dentro de la Guerra Civil, al tiempo que trataría de establecer negociaciones con Franco. Buscaba la «paz de los militares», pues el coronel Casado pensaba ingenuamente que sus emisarios, oficiales profesionales, conseguirían más de los mandos nacionales que otros intermediarios.

Pero los comunistas se batirían duramente en las calles de Madrid durante los días siguientes, luchando contra las fuerzas casadistas, que solo lograrán imponerse gracias a la decisiva intervención del IV Cuerpo de Ejército de Mera, anarquista, y a la llegada de otros refuerzos que se les van uniendo. Los libertarios, al fin, lograban vencer a sus odiados compañeros de viaje, a los que despectivamente llamaban «chinos» y con los que tenían muchas cuentas que ajustar… El pueblo de Madrid, famélico, no salía de su asombro al presenciar los combates en la mismísima calle de Serrano o en el paseo de la Castellana, incluso en la Puerta de Alcalá. En realidad la lucha se concentró en los dos ejes principales de Madrid: uno diagonal, el que desde la Puerta del Sol conduce por la larga calle de Alcalá hacia la entonces denominada carretera de Aragón, y otro secante que comienza en Recoletos y entonces terminaba en los Nuevos Ministerios.

Por su lado, los soldados nacionales de la Universitaria y de la Casa de Campo contemplaban atónitos desde sus privilegiadas atalayas la lucha intestina de sus enemigos, dejándoles hacer, aunque el día 8, aprovechando la ocasión, hicieron un reconocimiento ofensivo para tantear las defensas de su adversario, en una operación que acabaría en fracaso absoluto y con muchas bajas por su parte. Comprobaban así con sangre que las defensas todavía estaban activas, sólidas y bien protegidas. La fruta no estaba madura para forzar una entrada en la capital. Su enemigo se batía en una lucha interna pero sin olvidar cuál era su verdadero adversario.

El día 12 de marzo el Consejo, victorioso, daba por terminados los sangrientos sucesos, con un balance de más de setecientos muertos y

heridos y unos quince mil prisioneros comunistas, que Casado dispuso concentrar en Alcalá de Henares (algunos de sus mandos serían fusilados). La cifra de víctimas era representativa de la dureza de los combates en las calles de Madrid. La obsesión ahora del coronel era negociar con el vencedor unas condiciones de paz dignas, algo que los nacionales aceptan en las llamadas conversaciones de Gamonal (Burgos)…, si bien lo que están haciendo en realidad es ganar tiempo para ultimar su gran ofensiva final. Porque Franco, a estas alturas de la guerra, no quería oír hablar de otra cosa que no fuera la rendición incondicional; en realidad, ya en 1937 lo había proclamado:

Yo no ganaré la guerra más que por la fuerza de las armas, y por ello me opongo terminantemente a todo intento de mediación. Jamás aceptaré un compromiso [y] me negaré en todo momento a ponerme en contacto con nuestros enemigos. Si nuestros adversarios quieren rendirse, habrán de hacerlo sin condiciones.110

La guerra total debía tener, para él, un final igual de totalitario.

109 Bahamonde Magro, Ángel y Cervera Gil, Javier: Así terminó la guerra de España , Madrid, Marcial Pons, 2000.

110 Bahamonde y Cervera, op. cit.

Primero abril. Ha estallado la paz

El 5 de enero de 1939 casi cien mil soldados republicanos del Ejército de Extremadura, con buen apoyo artillero, de carros de combate y aéreo, lanzaban una poderosa ofensiva contra el Ejército del Sur nacional. Su objetivo era partir en dos la zona rival e incluso alcanzar Córdoba o Sevilla si la ruptura era total. El Plan P se hacía por fin realidad… pero ya era demasiado tarde y el Estado Mayor republicano contaba con escasas reservas estratégicas para alimentar la maniobra en profundidad. No hay que olvidar que si bien su objetivo era reactivo —retardar el avance rebelde en Cataluña—, el propósito tenía sentido y la fuerza empleada era suficiente para provocar un último susto en el Cuartel General de Franco. Tras una penetración inicial exitosa, que elevó la moral de las tropas actuantes e incluso de su retaguardia, el ataque fue perdiendo brío y, como en otras ocasiones, los franquistas, no sin serias dificultades y echando mano de reservas, lograrían detenerlo.

Aunque a primeros de febrero esta denominada batalla de Peñarroya podía darse por terminada, su contundencia demostraba al menos dos realidades: primero, el ejército gubernamental mantenía, si no un alto valor combativo, sí desde luego una capacidad asombrosa para rehacerse y seguir realizando acciones ofensivas. Segundo, y más preocupante para Franco, las fuerzas enemigas disponían de hombres, material suficiente y voluntad de lucha, factores todos ellos que bien aplicados en defensiva podían retrasar el final de la contienda, como sabemos el principal temor del general rebelde. Había sido una de las batallas más duras —y olvidadas— de la guerra y aquella en que el Ejército Popular ocupó más territorio.

Todo se trataría de un espejismo, sangriento pero estéril, si bien los mandos nacionales recibieron el mensaje: debían preparar minuciosamente sus operaciones finales… y realizarlas de forma muy contundente para alcanzar el éxito total que anhelaban. Tenían medios sobrados y la iniciativa, así como la supremacía en efectivos humanos, terrestres, marítimos y aéreos, por no hablar de un respaldo internacional cada vez más amplio.

Una ofensiva llamada de la Victoria

Tras el golpe casadista y los enfrentamientos subsiguientes, la quinta columna de Madrid, ahora sí efectiva y organizada, empezó a moverse a sus anchas por la ciudad, preparando el terreno para la entrada de los nacionales. Fue precisamente en informadores de estas formaciones en los que se apoyó el coronel Casado para contactar con el Cuartel General de Franco, buscando esa ansiada paz negociada y honrosa para los restos del Ejército de la República, unos contactos que desembocarían en las mencionadas conversaciones de Gamonal a finales del mes de marzo. Pero en realidad Franco solo tenía ojos para la ofensiva general que estaba proyectando concienzudamente junto a su Estado Mayor, por lo que prestó escasa atención a dicho proceso, que nunca consideró seriamente. No habría condiciones: cualquier atisbo de resistencia sería barrido por su máquina de guerra, a estas alturas un auténtico rodillo. El suyo era un ejército ahíto de victoria, con más de un millón de hombres encuadrados en alrededor de sesenta divisiones de combate o agrupaciones similares y una moral elevadísima, apoyados por una masa artillera de una potencia inusitada y la mejor aviación del momento.

Para esta ofensiva general, que pronto fue conocida popularmente como «Ofensiva de la Victoria», el Ejército Nacional presentaba un formidable orden de batalla: Ejército de Levante, con cuatro cuerpos y dos agrupaciones; Ejército del Centro, cinco cuerpos, dos agrupaciones y una división de Caballería, y Ejército del Sur, compuesto por cinco cuerpos, dos columnas ligeras y otra división de Caballería. Se calcula que la reserva centralizada de Artillería disponía de 3244 bocas de fuego. Por otro lado, las fuerzas blindadas de los rebeldes habían crecido gracias a los apoyos italo-alemanes, al parque capturado a los contrarios y, en menor medida, a la fabricación propia hasta alcanzar alrededor de 650 vehículos de combate, divididos en dos masas, una en el centro-norte y otra en el sur. La aviación del general Kindelán sumaba más de medio millar de aparatos de vanguardia, juntando los efectivos de la Legión Cóndor, la Aviación Legionaria y las tres Brigadas Hispanas, mientras que la flota nacional, de la nada de julio del 36, había pasado ahora a ser dueña y señora de los mares bajo el mando del almirante Moreno. Con unas cien unidades de todo tipo, su dominio de los mares era total desde la huida de la flota republicana al África francesa.

Esta gran ofensiva se planeó como una operación combinada de los tres ejércitos antedichos, de forma que se iniciaría simultáneamente en Levante, en la zona centro y en el sur, con una marea de soldados que inundarían todo el territorio que quedaba en poder de la República, buscando llegar cuanto antes a los principales puertos del Mediterráneo: Valencia, Alicante, Cartagena y Almería. Las órdenes dadas para la ocasión especificaban claramente que la ofensiva debía realizarse con la mayor celeridad posible, intentando ya evitar derramamientos inútiles de sangre, pero empleándose con dureza si se observaba aún resistencia. En realidad, no hizo falta en la mayoría de los casos; en ocasiones, la rapidez con que las unidades republicanas se entregaban superaba a la del avance de los nacionales, de forma que las vanguardias de los vencedores progresaban y a su zaga se iban uniendo, todavía sin desarmar siquiera, las unidades vencidas. De hecho, la ofensiva comenzó el 26 de marzo y ya no pararía hasta el día 31. Para el 29 los nacionales han ocupado Guadalajara, Cuenca, Albacete, Ciudad Real y Jaén; para el 30, Valencia y Alicante; para el 31 de marzo, Murcia-Cartagena y Almería.

Porque la guerra, en realidad, estaba acabando por agotamiento. Esto es precisamente lo que ocurrió en su lugar más emblemático: Madrid. El coronel Casado señalaba a uno de sus oficiales que le informaba sobre las escenas de confraternización que estaban teniendo lugar en la tierra de nadie de la Ciudad Universitaria la noche del 27 al 28 de marzo de 1939, con los soldados celebrando por su cuenta y a su manera el final de las hostilidades: «Déjeles que sigan disfrutando, porque nos están dando una lección. ¿Quiere usted nada más hermoso que la paz haya empezado por abajo?»111.

Las fotografías y testimonios de ese día 28 de marzo de 1939 en Madrid nos hablan de una entrada incruenta de los soldados nacionales en la capital de España. Tras la rendición de la ciudad por parte del coronel Adolfo Prada Vaquero a las tropas del coronel Losas (jefe de la División 16 del Ejército Nacional, de guarnición en la Universitaria y Casa de Campo), la gente, simpatizante o no de los nacionales, se les echaba literalmente en los brazos, tan famélica como estaba. Escenas pintorescas se sucedían por doquier: soldados republicanos volviendo a casa en metro; guardias de asalto cubriendo la carrera a los soldados victoriosos, que bajaban con sus mulos y repartiendo sus raciones del día por la calle de Alcalá; quintacolumnistas controlando los puntos neurálgicos en coordinación con Melchor Rodríguez, el Ángel Rojo, que había detenido las matanzas de noviembre de 1936, ahora convertido en alcalde interino para facilitar el traspaso de poderes; locutores de radio pelándose por ser los primeros en dar al mundo la noticia de la caída de Madrid,

etcétera. Que aquel día de primavera fue feliz lo recordaría alguien poco sospechoso de simpatías franquistas, un entonces jovencísimo Fernando Fernán Gómez, en un extracto de sus memorias:

El 28 de Marzo del 39 me sorprendió el ruido que venía de la calle. Pasó una camioneta abarrotada de jóvenes que gritaban ¡Arriba España! y ¡Viva Franco! Pronto supe lo que sucedía. Los soldados de la República abandonaron las trincheras. La guerra no había terminado pero Madrid había abierto sus puertas al ejército nacional. El gentío había invadido las calles. Los tristes ocultaban su tristeza, la alegría parecía contagiarse de un semblante a otro. Invadían el aire los sones de las típicas zarzuelas. También se escuchaba «volverá a reír la primavera»… Y era cierto: la primavera reía. Nunca hubo una primavera como la del 39.112

Al final, como señala Tagüeña en la citada Testimonio de dos guerras, «el día 29 de marzo se derrumbó verticalmente toda la zona republicana». Los tres ejércitos actuantes, como se ha visto, van ocupando sus objetivos de forma más o menos incruenta. Solo Alicante, en cuyo puerto los republicanos se agolpan tratando de embarcarse en algún buque que les conduzca fuera de España, tienen lugar penosos incidentes: las fuerzas victoriosas que rodean la masa de civiles y militares derrotados —de quince a veinte mil personas— se conducen sin piedad, lo que, unido a los suicidios y ahogamientos de los que se lanzan desesperadas sobre los últimos buques ingleses encargados de la repatriación, provoca un drama tan inútil como doloroso: centenares de seres humanos mueren y miles pasarán a los tristemente famosos campos de concentración de los Almendros y de Albatera. Si el exilio exterior había comenzado en Francia tras la caída de Gerona, el exilio interior y el drama de los prisioneros republicanos hacinados en centros de internamiento comenzaba en el puerto alicantino.

El nuevo papa, Pío XII, envía sus felicitaciones al triunfador:

Levantando nuestro corazón al Señor, agradecemos sinceramente, con V.E., deseada victoria católica en España. Hacemos votos porque este queridísimo país, alcanzada la paz, emprenda con nuevo vigor sus antiguas y cristianas tradiciones. Con esos sentimientos efusivamente

enviamos a V.E. y a todo el noble pueblo español nuestra apostólica bendición. Pío Papa XII.

La prensa, por su parte, publica inquietantes mensajes a modo de aviso:

¡Españoles, alerta! La Paz no es un reposo cómodo y cobarde frente a la Historia. La sangre de los que cayeron por la Patria no consiente el olvido, la esterilidad ni la traición. ¡Españoles, alerta! España sigue en pie de guerra contra todo enemigo del interior o del exterior.113

En lacónica prosa militar, Franco certificaba ese derrumbamiento al firmar el último parte de la guerra:

En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. LA GUERRA HA TERMINADO.

Era el primero de abril de 1939.

———————

111 Citado por De la Cierva en su clásico —y polémico— 1939, agonía y victoria , Barcelona, Planeta, 1989.

112 FERNÁN-GÓMEZ, Fernando: El tiempo amarillo , Madrid, Debate, 1991.

113 Informaciones , lunes 3 de abril de 1939, «Año de la Victoria».

Después…

Aquí yace media España: murió de la otra media.

LARRA

Cuando el novelista José María Gironella escribió el tercer volumen de su serie narrativa sobre la guerra civil española comenzada con Los cipreses creen en Dios , lo tituló de una forma tan paradójica como acertada: Ha estallado la paz . Efectivamente, si el vencedor de una contienda fratricida no se muestra magnánimo con el vencido, si no hace suyos algunos de los más justos postulados del derrotado para entremezclarlos con su propia ideología, en realidad lo que va a hacer es imponer su victoria, su modelo de país, su estallada paz . Y esto fue lo que ocurrió en la España posterior a ese primero de abril de 1939 en que callaban las armas… al menos en los frentes de batalla, no así en los paredones de la siniestra, larga e inmisericorde represión que entonces daba comienzo.

Lo cierto es que esa primavera el país estaba arruinado, con las infraestructuras públicas muy perjudicadas; el tejido productivo, agrario e industrial, francamente resentido; las finanzas, exhaustas; los hospitales, llenos de heridos o mutilados; las prisiones, repletas hasta alcanzar la cifra de más de medio millón de personas, y los cementerios, sembrados de muertos. Pronto llegarían el hambre y las cartillas de racionamiento, el mercado negro y el estraperlo, el frío y las demostraciones de fuerza. En realidad, muy pocos colectivos, sectores, regiones o familias se habían librado del azote de la contienda y prácticamente no existía paraje en que posar los ojos que no fuese recuerdo de la ruina, de los desastres de la guerra, de las calamidades vividas durante tres años.

Con estos mimbres, las dos Españas, ahora reunificadas bajo un régimen autocrático, tenían que afrontar la tarea de una ardua

reconstrucción, social y económica, tanto más difícil cuanto que habría de realizarse en sus primeros compases bajo la sombra de una nueva guerra mundial, con serias amenazas cerniéndose sobre España. Y aunque el Estado que iría conformando el general Franco según soplara el viento de los tiempos no puede ser calificado estrictamente de fascista, sino de meramente franquista, las naciones triunfantes de la Segunda Guerra Mundial no podían contemporizar, al menos de momento, con quien había sido protegido de Hitler y Mussolini. Lo que hurtaría al país años de progreso, extendería el concepto de posguerra al menos hasta finales de la década de 1950 y alargaría, bien disimulándola, bien silenciándola, la división existente en el seno de la sociedad española, solo apagada por el agotamiento de civiles y soldados. Quizá también por el carácter de un pueblo que suele tener más sentido común que sus clases gobernantes.

Porque los vencedores o, por mejor decir, los administradores del triunfo, iban a instalarse en el poder sin ningún ánimo conciliador y con la firme voluntad de perdurar pasara lo que pasase, convirtiendo el recuerdo de su victoria total en algo así como una carta de legitimidad de origen. Muchos prosperarían al cobijo de Franco, y las élites —las de siempre más otras nuevas nacidas al amparo de la victoria— encontraron en él el gobernante ideal para preservar sus prerrogativas. El resto, hubieran luchado en un bando o en otro, a trabajar con gran esfuerzo por reconstruir el país… Franco reafirma su voluntad de gobernar España hasta su muerte. Como buen militar, si entre 1936-1939 su «misión» había sido la de ganar la guerra, a partir del primero de abril estaba decidido a cumplir una nueva tarea, la de «ganar la paz». De ahí lo afortunado del título de Gironella por lo que tenía de resumen y signo de los tiempos.

In memoriam

En el capítulo dedicado al coste material y humano de su magna obra La financiación de la Guerra Civil española, Sánchez Asiaín asevera sobre el alto coste de la guerra que «en lo económico, los costes vinieron dados por los gastos militares, por la destrucción del stock de capital y por la caída de la producción», y pasa luego a explicar lo que un conflicto fratricida produce:

En primer lugar, una destrucción directa de recursos materiales. Durante él, las infraestructuras son objetivos militares, fundamentalmente las líneas de comunicación y abastecimiento, tales como las líneas telefónicas, los aeropuertos, los puertos, las carreteras y los puentes. Y a ello hay que añadir los daños sufridos en edificios públicos como hospitales y escuelas. La guerra produce también la disrupción de los recursos económicos, en la medida en que los factores de producción existentes dejan de utilizarse o se usan de forma ineficiente, así como la desviación de los recursos económicos de actividades productivas hacia actividades improductivas como el gasto militar o el pillaje. En cuanto a las bajas humanas, desde el punto de vista económico, se traducen en una disminución de la fuerza de trabajo. En lo que se refiere al coste de las operaciones militares, un país de recursos modestos como España se vio abocado desde los dos bandos en lucha a una acelerada carrera de armamentos, que hubo que adquirir y financiar en el extranjero.

Es decir, un país sumido en la ruina, pues muchas de sus industrias e infraestructuras quedan destruidas, el agro desatendido, las arcas públicas esquilmadas y, lo que es peor, los camposantos —y las cunetas— plagados de cadáveres, por no hablar de los mutilados, heridos, desaparecidos y exiliados, pérdidas humanas siempre dolorosas, pérdidas que en el aspecto meramente productivo representaban una masa laboral insustituible de cara a una pronta recuperación económica. Todo ello constituye el panorama del inicio de una paz tan trémula como incierta. El macabro inventario de daños producidos por la contienda podría ser resumido de forma esquemática como sigue:

•Disminución del Producto Interior Bruto. España solo recobraría los niveles anteriores a la contienda en 1954, dieciocho años después de iniciadas las hostilidades. Por sectores, y para un índice base 100 en 1935:

–La producción agrícola descendió hasta el 78,8, una disminución del 21,2%.

–La producción industrial descendió hasta 70, una disminución del 30%.

–La renta per cápita, en pesetas de 1929, pasó de 1033 a 740, una

disminución del 28,4%.

•Según un informe de la Comisaría de los Planes de Desarrollo, más de medio millón de viviendas fueron totalmente destruidas durante los tres años de lucha (lo que, se estima, afectaba a más de cuatro millones de habitantes). Otras cinco millones presentaban serios daños.

•Más de 200 localidades importantes (ciudades —Madrid, Barcelona, Málaga, Oviedo, Huesca, Toledo— o municipios grandes) sufrían diferentes grados de devastación en sus edificaciones e infraestructuras.

•Casi 300 000 toneladas de la flota mercante habían sido hundidas, lo que representaba una merma en la capacidad de transporte del 25% para las operaciones de comercio exterior.

•Entre un tercio y la mitad del parque móvil ferroviario, objetivo militar predilecto, desapareció (más de 1000 locomotoras y casi 30 000 vagones destruidos o gravemente dañados). El tendido presentaba tramos completamente arrasados.

•Multitud de daños en la red vial, tanto en los kilómetros de carreteras y caminos como en puentes y otras infraestructuras básicas.

•El stock de maquinaria productiva cayó algo más de una cuarta parte durante el conflicto… y tardaría casi quince años en ser primero repuesto y, después, modernizado. En concreto, la maquinaria agrícola estaba en gran parte inservible, lo que provocó que en 1939 se diera la peor cosecha del siglo XX . Las producciones de hierro y acero cayeron a la mitad.

•A diferencia de otras guerras civiles, la de España tuvo por campo de batalla casi toda la geografía nacional, por lo que hubo pérdidas agrarias, industriales y comerciales prácticamente en todas las provincias.

•Sectorialmente, en parte por la represión, en parte por la recluta obligatoria y las acciones de guerra, la clase proletaria sufrió proporcionalmente más que otros colectivos, lo que provocaría escasez de obreros cualificados.

•Muchos exiliados, especialmente los que tenían más recursos económicos, marcharon a México. Eran catedráticos, escritores, científicos, juristas y, en general, miembros de una clase culturalmente selecta, lo que supuso una pérdida considerable de lo que hoy

llamaríamos capital humano.

•La factura financiera tuvo dos grandes (pero no únicas) partidas:

–El oro de Moscú (510 toneladas de oro) y el de París (194 toneladas). Equivalen a más de 717 millones de dólares, 800 incluyendo otros pagos.

–Los créditos de Alemania e Italia, repagados con sus correspondientes intereses (solo Italia condonó una parte de la deuda). Valorados en unos 550-700 millones de dólares.

Pero las pérdidas más dolorosas son, obviamente, las humanas, por irreparables e irremplazables: «Ya no hay solo dos bandos, sino un tercero, el del medio millón de muertos, que nos sirve de advertencia y meditación»114. Hay muchas formas de perder, porque, como afirmó Cela en su dedicatoria de la novela San Camilo, 1936, todos los españoles de aquellas quintas fueron perdedores de algo: «De la vida, de la libertad, de la ilusión, de la esperanza, de la decencia». A casi un siglo del comienzo de la tragedia, el país todavía no ha sido capaz de llegar a un consenso sobre el número de muertes producidas por la Guerra Civil, lo que debiera ser una auténtica vergüenza colectiva. Porque los muertos merecen ser contados para permitirles luego reposar en el silencio y ser todos ellos respetados, vistieran los colores que vistiesen. Por el momento nos conformaremos con hacer un repaso a los censos que algunos, muy pocos, autores se han aventurado a confeccionar en la bibliografía de la contienda.

Aunque la cifra de un millón de muertos ha quedado grabada en la memoria del país, lo cierto es que se trata de una cantidad simbólica que no parece coincidir con los datos reales, no por inferiores menos dolorosos. El primero en aproximarse de una forma más o menos científica al asunto fue Hugh Thomas, quien en las últimas versiones de su clásico La Guerra Civil española hablaba de trescientos mil fallecidos en la contienda por todas las causas, incluyendo desnutrición y enfermedades directamente achacables a la guerra. Y matizaba que esta cifra era un mínimo. Sumaba después a estas víctimas los trescientos mil exiliados permanentes (aunque su número llegó a ser de medio millón, muchos de ellos fueron volviendo a España en los años cuarenta y cincuenta). Es decir, seiscientos mil compatriotas perdidos en combate, bombardeos, represiones de ambos bandos, enfermedades o extrañados en países lejanos. Una cifra parecida a la que ofrecía más o menos por aquellos mismos tiempos

otro hispanista, Gabriel Jackson, que, sin dar mucho detalle sobre sus fuentes o su método, hablaba de quinientos ochenta mil muertos.

Por su parte, Ramón Salas Larrazábal115 llegaba a los siguientes guarismos:

Muertos en la guerra (frente y retaguardias): 268 500

Muertos en la represión de posguerra, maquis y Segunda Guerra Mundial: 33 000

Muertos por enfermedad (hasta 1943, incluido): 324 000

Total: 625 500

Como vemos, una cifra no muy lejana a las estimadas por Thomas y Jackson. Y muy próxima a la de las investigaciones posteriores del sociólogo Juan Díez Nicolás o del economista Julio Alcaide Inchausti, que se situaban en el entorno del medio millón de fallecidos. Últimamente las cifras están siendo revisadas al alza, como ya apuntaba Martín Rubio116, con el siguiente desglose:

Total de pérdidas humanas a consecuencia de la Guerra Civil

Del 18-VII-36 al 1-IV-1939:	
Por represión	130 000
Por acción de guerra	159 500
A partir 1-IV-1939:	
Por represión	30 000
Otros	10 000
Total muertes violentas	329 500
Sobremortalidad	330 783
TOTAL	660 283
Exilio permanente	200 000
Pérdida de población	860 263

Unos datos muy parecidos a los que ofrecía en sus estudios Ramón Tamames, quien redondeaba en unas 800 000 las almas perdidas (incluyendo los datos de sobremortalidad). Si tenemos en cuenta que las partidas por represión están en continua revisión gracias al trabajo de campo de muchos investigadores locales —en especial en lo tocante a la represión franquista posterior a la guerra—, las cifras parecen converger hacia un total situado entre 600 000 y 850 000 vidas en pérdida neta de población. Nótese la muy escasa diferencia en el cuadro de Martín Rubio entre muertos por acción de guerra y violencia en la retaguardia, lo que nos da idea del odio desatado. No se computan las estimaciones sobre nacimientos no producidos, es decir, la cifra de nacidos que, caso de no haber habido guerra, hubieran seguido la tendencia alcista previa al conflicto. Y que algunos investigadores elevan a 600 000. Lo que lleva a afirmar a Sánchez Asiaín, en su mencionada La financiación de la Guerra Civil española, que

860 263 fallecidos o exiliados y 598 268 no nacidos [dan] un total de 1 458 531 seres humanos. Desde el punto de vista estrictamente económico, esas personas con las que el sistema no contó, tuvieron que tener una notable influencia en la evolución de la renta nacional de los años sucesivos (pérdida de actividad laboral, repercusiones sobre las cotizaciones y las jubilaciones, etc.).

Pudiera ser que hasta que España no afronte con respeto la tarea colectiva de contar los muertos, nombrarlos y recordarlos, el país siga arrastrando el trauma de la Guerra Civil. Sin olvidar que detrás de cada frío número hay una persona, un drama individual, un ser humano al que llorar…

Aquel por cuyo recuerdo todavía sufrimos los españoles.

———————

114 MUGARZA GIL, Bernardo, España en llamas.

115 SALAS LARRAZÁBAL, Ramón: Pérdidas de la guerra , Barcelona, Planeta, 1977.

116 MARTÍN RUBIO, Ángel David: Paz, piedad, perdón… y verdad , Madrid, Fénix, 1997.

Epílogo

¿Por quién doblan las campanas?

La Historia no explica nada; la Historia debe ser explicada.

MAURICE GODELIER

Algunas conclusiones…

Una guerra como la española de 1936 no tolera explicaciones sencillas. Como tampoco debiera admitir reduccionismos tendentes al pueril juego de determinar quiénes fueron los «buenos», quiénes «los malos». Todos tuvieron sus razones; todos tuvieron sus sinrazones. Pero todos compartieron un tremendo error: desear el conflicto como forma de resolución de los problemas nacionales. «Acaso en España no hemos confrontado con serenidad las respectivas ideologías para descubrir las coincidencias, que quizás fueran fundamentales, y medir las divergencias, probablemente secundarias, a fin de apreciar si éstas valían la pena de ventilar en el campo de batalla», proclamaría en el exilio Indalecio Prieto.

Idealmente, cualquier libro de historia debiera invitar al lector a extraer sus propias conclusiones sobre el hecho objeto de estudio. Unas conclusiones que no necesariamente han de coincidir con las del propio autor. Antes al contrario: cuanto más diversas y plurales sean las enseñanzas extraídas por los lectores, más se enriquecerá la propia obra. Por otro lado, las conclusiones no debieran confundirse con juicios de valor, ni mucho menos con reflexiones de orden moral. Decir, por ejemplo, que ganó la guerra el bando que mejor empleó los recursos de todo tipo que tuvo a su disposición no significa estar de acuerdo con los postulados de los vencedores ni congratularse por su victoria. Es simplemente el resultado de un estudio ponderado de todos los factores que influyen en una guerra: militares, económicos, políticos, diplomáticos, propagandísticos y los relativos a la moral de

las fuerzas actuantes.

He aquí, por tanto, algunas de las conclusiones a las que este escritor cree haber llegado tras el proceso de investigación y redacción de este trabajo. Muchas de ellas coinciden, por cierto, con las que ya esbozara tan pronto como 1939 desde Buenos Aires el que fuera máximo responsable de las operaciones militares del bando derrotado, el general Vicente Rojo, en el capítulo denominado «Las causas del triunfo de Franco» para su imprescindible obra ¡Alerta los pueblos! En cualquier caso, una guerra que discurre entre las dos conflagraciones mundiales, tan radical como la de España, es rica en enseñanzas, por lo que bien podríamos resumir las principales lecciones aprendidas del drama fratricida en las siguientes.

1) En el plano político, un mando unificado y omnímodo se impuso sobre un mando colegiado y sujeto a tensiones ideológicas. Este último, el republicano, perdería unos meses preciosos cuando tenía todo a su favor principalmente por no poder controlar un proceso revolucionario que dispersaba sus esfuerzos. Porque los gubernamentales contaban al principio de la guerra con algo menos de la mitad del ejército, casi toda la flota, suficientes aeroplanos, unas de las reservas de oro más abundantes del mundo, todos los resortes de un Estado moderno y la capacidad industrial suficiente para haber acabado de forma decidida con una sublevación que tenía, por su parte, muchos factores en contra (falta de legitimidad, escaso tejido fabril, nula capacidad financiera más allá de préstamos y ayudas, pocas unidades marítimas y carencias militares).

2) En el plano económico, y gracias de nuevo al mando total unificado en la persona de Franco, el bando nacional fue consiguiendo paulatinamente convertir sus debilidades en fortalezas. Sin las reservas de oro, obtendrá crédito en el exterior con el que financiar la guerra. Con el producto agrario bien controlado, logrará mantener el suministro alimenticio de las tropas y de la población. Sin industria pesada en los orígenes, ocupará y pondrá a pleno rendimiento las fábricas conquistadas en terreno adversario, de ahí la importancia de la ofensiva sobre el norte de España. Sus fábricas nunca fueron desatendidas, ni por motivos ideológicos (el debate político fue extirpado en esta zona), ni por motivos de movilización (pues sus reemplazos fueron llamados a un ritmo adecuado, a diferencia de las masivas y acaso apresuradas levas de su rival).

3) En el plano internacional, la República, sintiéndose desasistida por

Gran Bretaña —suceso esperable por la tradicional política conservadora inglesa— y por Francia —gran decepción por tener un Gobierno de Frente Popular afín—, se vio abocada a pedir ayuda a la lejana URSS, que suministrará suficiente material de importancia cuantitativa y cualitativa para mantener el esfuerzo de guerra (a cambio de unas reservas de oro que, quizá, pudieron ser empleadas de forma más efectiva). Los nacionales, que en principio no contaban con un Estado reconocido en el concierto internacional, moverán sus hilos correctamente para conseguir apoyo de la Alemania de Hitler y de la Italia fascista, dos potencias deseosas de intervenir no tanto por compromiso ideológico como por satisfacer sus propias necesidades dentro de un panorama estratégico cada vez más complicado (y, como Stalin, a cambio de dinero; nadie dio nada gratis). También, muy importante, concitarán los rebeldes el apoyo de las grandes corporaciones norteamericanas, especialmente las petroleras, que garantizarán —a cambio de dólares— «ríos de gasolina» y vehículos.

4) En el plano de la estrategia puramente militar, ambos bandos hacen la guerra que pueden y no la que quieren, al menos hasta la primavera de 1937, en que uno de los dos toma la iniciativa, que ya no perderá hasta el final. Franco lee correctamente el tipo de guerra al que se enfrenta y dirige sus esfuerzos primero a un objetivo político (Madrid), luego al económico (el norte), después a uno militar (el valle del Ebro) y finalmente otra vez a uno político (rendición incondicional del adversario). Frente a esta estrategia lenta pero segura y que plantea campañas de envergadura, el Estado Mayor de los leales promueve batallas, casi siempre con la idea de distraer la atención del adversario y sin horizontes estratégicos de gran altura, por lo que ni puede explotar sus éxitos iniciales en Brunete, Teruel o el Ebro, ni logra efectuar el Plan P: una acción en fuerza sobre los valles del Guadalquivir y el Guadiana, es decir, actuar contra la base de operaciones enemiga, lo que sin duda hubiera colocado a los rebeldes en graves apuros.

5) A nivel operativo, los nacionales aprenden rápido a realizar una guerra que si todavía no es la de movimientos que vendrá con la Segunda Guerra Mundial, desde luego es más fluida que la de los gubernamentales, plena de reminiscencias de la guerra del 14: trincheras, batallas de desgaste, defensiva, etcétera. Esto le permite a Franco convertir las batallas puntuales en oportunidades que devienen en contraofensivas decididas. La flexibilidad del Ejército Nacional es la mayor virtud de unas fuerzas armadas con buenos mandos, desde el generalato a los oficiales provisionales, pasando por jefes de probada solvencia y con unos suboficiales que actúan como correcta y eficaz correa de trasmisión. Su doctrina es de permanente cooperación entre

las diferentes armas terrestres y de estas con la flota y con la aviación, que colabora de forma decisiva en todas las campañas.

6) A nivel orgánico, las brigadas mixtas de la República suponen serios inconvenientes. Su composición, que se basa en disponer de elementos de las cuatro armas y de todos los servicios, acarrea un despilfarro de esfuerzos y dificulta el mando conjunto. La diversidad de armamento, con piezas de artillería de multitud de modelos y calibres, complica su logística. Por el contrario, los nacionales emplean las divisiones, en realidad agrupaciones tácticas amplias y flexibles basadas en batallones de infantería, centralizando el apoyo artillero y de las otras armas, cuerpos y servicios en escalones superiores. La idea centralizadora se extiende a otras áreas, como la reserva general de transportes o la de recuperación de materiales, cuya eficacia queda demostrada con un solo dato: las unidades de carros de combate nacionales al término de la guerra incluían muchos tanques rusos capturados. La elección del armamento a importar es interesante: (relativamente) pocos modelos de artillería o fusiles para simplificar el suministro de proyectiles y cartuchos. Lo mismo en aviación: pocos modelos de caza para contrarrestar a los aparatos soviéticos; pocos modelos de bombardeo para operar sobre las fuerzas y la retaguardia rivales.

7) A nivel táctico, los republicanos se muestran muy eficaces en las penetraciones iniciales de las batallas: su orden disperso y su mentalidad cuasi guerrillera les permiten conseguir éxitos locales en las rupturas de Belchite, Brunete, Teruel y el Ebro, pero la falta de iniciativa en los mandos operativos, por un lado, y la carencia de adecuadas reservas estratégicas, por otro, les impedirán sacar ventaja de esa cualidad, malogrando el valor y el mérito de sus soldados. Los nacionales reservan su capacidad de movimiento para las contraofensivas, atacan en fuerza allá donde se les ordene y en la defensiva aprenden a realizar una defensa elástica, canalizando las avenidas del enemigo para primero contenerlas, después batirlas y finalmente explotar el éxito. Crean así una escuela que ha merecido poca atención en la bibliografía pero que fue sumamente eficaz y novedosa.

8) Una exigua armada logrará gracias al almirante Moreno imponerse a la abrumadora superioridad republicana. Garantiza el tráfico propio, acosa al de los contrarios y mantiene a raya a la escuadra rival, realizando un bloqueo que, a la larga, contribuirá decisivamente a la victoria de los nacionales. Estos actúan como potencia preferentemente naval, aquella cuya superioridad asfixia la economía de guerra de los antagonistas y se alza con el triunfo en guerras

modernas, largas e industriales. La aviación es empleada por ambos bandos de forma muy eficaz, si bien los nacionales destacarán por integrar la cooperación aeroterrestre como parte vertebradora de su doctrina de combate. La famosa foto de la parada aeronáutica realizada en Barajas al poco de terminar el conflicto nos muestra la que en aquellos momentos debía de ser una de las fuerzas aéreas más contundentes: bien dotada de aparatos, equilibrada en sus misiones típicas de reconocimiento, interdicción y bombardeo, correctamente dirigida por el general Kindelán y con unos pilotos excelentes, tanto en cualidades técnicas como en espíritu ofensivo (y sin perjuicio del valor y la pericia de sus rivales, que tuvieron en «la Gloriosa» una fuerza aérea de alta cualificación).

9) La guerra económica merece mención aparte. Desde la Revolución Industrial los conflictos, más allá del valor o la capacidad combativa de los ejércitos, dependen de una maquinaria económico-financiera bien engrasada. La economía de guerra se mueve en unos parámetros no solo diferentes sino contrapuestos a los de una economía de paz, por lo que exige ser planificada. Los republicanos, sometidos a tensiones partidistas, sindicales y regionalistas, solo conseguirían realizar una correcta planificación a partir de 1937, con la llegada de Negrín al poder. Los nacionales organizaron una auténtica ofensiva financiera desde el mero inicio de las hostilidades. Los generales sublevados confiaron esta tarea a hombres de empresa y funcionarios del Banco de España, lo que se tradujo en una producción agrícola más que suficiente para alimentar a soldados y civiles, una industria enfocada en ganar la guerra, un activo comercio y un mantenimiento del poder adquisitivo de la peseta nacional.

10) Se suele decir que la República perdió la guerra pero, al menos, ganó la batalla de la cultura. Si en un plano estrictamente artístico y literario esto pudiera ser cierto con matices, en el plano de la propaganda de guerra la cuestión no está tan clara. Porque la propaganda, tan importante en los tiempos modernos, no puede limitarse a producir muchos y muy bellos carteles, sino que debe ir un paso más allá. Por eso los nacionales, efectivamente menos proclives a la cartelería, sí supieron mover los hilos de los más importantes lobbies mundiales. La City londinense descontó muy pronto la derrota de los gubernamentales en sus previsiones, y en Estados Unidos, aunque la opinión pública ofreciera un rostro diferente, las élites adineradas exhibieron un apoyo pleno a Franco, algo que debe ser anotado en el haber de las acciones de proselitismo desarrolladas por agentes pronacionales en el exterior.

En definitiva, de alguna manera se podría afirmar que ganó la guerra el bando que mejor supo emplear los recursos de todo tipo que se concitan en las modernas contiendas: factores económico-financieros, políticos y de organización de la retaguardia; los de estrategia puramente militar; los de los niveles operacional y táctico, orgánicos, logísticos y propagandísticos. Y la perdió quien dilapidó un tiempo precioso en una revolución y no supo concitar el apoyo de otros Estados. Por tanto, no puede atribuirse la victoria de los nacionales unívocamente a un solo elemento (la ayuda extranjera, la superior calidad de los mandos, los medios empleados…), sino que su triunfo en una guerra larga, complicada como son todas las guerras civiles, y absoluta, fue gracias al eficaz uso combinado de todos aquellos factores. Esto no implica ningún juicio moral ni significa ninguna simpatía; constituye la constatación de unos hechos que se pueden discutir en sus detalles pero que fueron los que condicionaron el resultado de la contienda.

… Y algunas reflexiones

Se dice que la Guerra Civil ha sido mal contada. Una afirmación que merece ser revisada. Historiadores e investigadores, testigos y protagonistas de los hechos, muchos han sido los que, con más o menos fortuna, con mayor o menor pasión, han hecho serios esfuerzos a lo largo de las décadas por contarnos la verdad de lo sucedido en España entre 1936 y 1939 o, al menos, una parte de ella. La verdad tal y como ellos la vivieron o estudiaron: su verdad. Pero ¿no es la suma de muchas realidades particulares lo que nos puede ayudar a comenzar siquiera a comprender los hechos históricos? Una pregunta cuya segunda derivada se impone con claridad: ¿No habrá residido el problema durante todos estos años en el propio lector? ¿No habrá sido él quien haya preferido ser el engañado, leyendo solo la parte de historia que más se amoldara a sus ideas, a su tradición, a sus prejuicios? Lo que valdría tanto como afirmar que el español ha querido verse en el espejo únicamente de perfil: la bibliografía de la contienda es abundante para pasarse toda una vida leyendo solo a derechas o solo a izquierdas. Mas una lectura parcial de un fenómeno tan complicado conduce inexorablemente a perderse la posibilidad de entender las razones de los otros, quedando el conocimiento —si conocer es lo que se busca cabalmente— empobrecido y sin posibilidad de llegar a una reflexión profunda, que solo puede ser

conseguida cuando nos atrevemos a acercarnos con sinceridad a lo que en principio nos produce rechazo.

Por supuesto que abordar una reflexión de esta naturaleza no es tarea fácil: todos cargamos con un pasado familiar que, evidentemente, nos condiciona, pero que nos puede nublar el entendimiento a la hora de comprender la tragedia. Porque generalizar a través de la vivencia personal no funciona en términos históricos: la realidad de los acontecimientos es tan compleja que, como el Fabrizio de Stendhal, podemos estar inmersos en plena batalla de Waterloo sin tener remota idea de lo que realmente está sucediendo a nuestro alrededor. Si la generalización la hacemos a través no ya de una vivencia, sino del recuerdo de una vivencia ajena, por cercana que esta sea, el riesgo de distorsionar lo ocurrido se multiplica. En ese sentido, tras haberme puesto al comenzar este proyecto una piedra en el lugar del corazón y aparcar en el rincón de los sentimientos —privado, íntimo— mi propia historia familiar, y después de leer cientos de libros y consultar otros tantos, son realmente muy pocas las reflexiones dignas de ser compartidas en lo que puedan valer.

La guerra civil española escondió dentro de sí muchas otras guerras, que confluyeron con violencia inusitada en una sola, generando así una sinergia negativa que la complicaría enormemente. Confluencia que tal vez sea, además, la causa de la polémica que ha existido en su interpretación desde el inicio y de la confusión que quizá siga reinando en torno a ella en nuestros días, en que todavía los españoles no hemos sido capaces de llegar a consensos básicos que permitan contarla de una forma plausible, objetiva y rigurosa.

Así, la Guerra Civil fue una guerra religiosa, pues la mitad del país la vivió como tal y la hizo bajo la advocación de sus vírgenes y santos, formando sus batallones con un cristo al frente y cayendo sus soldados por Dios y por España. Pero la Guerra Civil fue, también, profundamente ideológica, pues la otra media la vivió soñando con que de ella surgiera una sociedad más justa, y sus soldados murieron por principios tan altos como los de la libertad, la solidaridad o la igualdad entre los hombres. Quitando los criminales de una y otra facción —que los hubo (demasiados), pero de los que quizá ya se haya hablado mucho—, la inmensa mayoría de aquellos jóvenes del 36 dieron noble y generosamente su vida por una España mejor para sus hijos, nietos y bisnietos. A ellos, sobre la «paz», la «piedad» y el «perdón» de Azaña, les debemos hoy el agradecimiento, el respeto y la verdad: todos, vencedores y vencidos, consiguieron en cierta manera ese objetivo; proclamemos que su sacrificio no fue inútil.

Por debajo de las banderas y de los himnos, o, mejor dicho, por encima de ellos, la Guerra Civil fue, como todas, una guerra económica: dos modelos de entender la economía, por tanto, la sociedad y, con ambas, la política, se enfrentaron sin cuartel. Un bando, sustentado por las fuerzas conservadoras que en todo país deben existir, buscaba que el capital, entendido no solo como dinero sino como herramienta de determinado establishment, siguiera siendo el factor productivo preponderante, pecando de miope al tratar de preservarlo todo, incluso lo injusto e inmoral. El otro, apoyado en las fuerzas progresistas que en todo país han de actuar, pretendía, por el contrario, darle la preponderancia a la fuerza de trabajo como factor dominante en las relaciones económicas, pecando de impaciente al tratar de revolucionarlo todo, incluso lo justo o eficaz. Revolución y reacción: esta era, en esencia y bajo diferentes pelajes, la lucha global planteada por aquel entonces en el mundo.

Por este motivo la Guerra Civil se convirtió muy pronto en conflagración internacional. Los alemanes, mejor dicho, el monstruoso régimen de Hitler, sí, probó aquí sus armas, pero no acudió a España por tal motivo: sin tener nada —o poco— que ver en su estallido, nuestro drama no pudo convenir mejor a los intereses expansivos del III Reich; sus dirigentes alimentaron un foco de tensión para tener tiempo de concluir su rearme. Los rusos, mejor dicho, el monstruoso régimen de Stalin, sí, se llevó el oro, pero no acudió a España por esa razón: sin tener nada —o poco— que ver en su estallido, nuestro drama no pudo convenir mejor a los intereses expansivos de la URSS; en este caso sus autoridades alimentaron un foco de tensión con el fin de disponer de margen para consolidar su revolución antes de exportarla al resto del mundo. La Italia de Mussolini mandaba tropas a granel para luchar en lo que creía que iba a ser una nueva Abisinia dentro de su ensoñación mediterránea. Las democracias occidentales, noqueadas aún por un triunfo que tanto había tenido de fracaso —el de la guerra del 14— y vueltas a noquear cuando comenzaban a levantarse del golpe propinado por una crisis económica como nunca antes había conocido la historia, jugaron a lo que suelen: sí pero no, no pero sí, de suerte que la No Intervención a la que forzaron Francia y Gran Bretaña terminaría favoreciendo a quien, en la guerra, más dispuesto estuvo a hacer las cosas como en la guerra. Y Estados Unidos, a lo suyo: petróleo por dinero para quien más hábilmente supo mover los lobbies de Washington: Business is business.

En un país de fuerzas centrípetas y centrífugas en permanente tensión, la Guerra Civil, por supuesto, no podía dejar de tener componentes nacionalistas o regionalistas… mas no como parecería deducirse de una superficial lectura de los mapas con que se abren todos los libros

de historia de la contienda, que han encerrado siempre una ilusión óptica en la que pocas veces se ha reparado: la división territorial de España el 18 de julio de 1936, si bien respondía a realidades socioeconómicas y culturales profundas, también tuvo mucho de aleatoria y de resultante de imprevistos favorecidos bien por golpes de fortuna, bien por la fuerza de la represión. Porque el tajo que partía el país en dos mitades de manera longitudinal era en realidad transversal, lo que añadía una tremenda complejidad humana al conflicto, pues favorecería que en cada familia, en cada pueblo, en cada provincia, en cada región, se reprodujera, en mayores o menores proporciones, la división del país, quedando muchos partidarios de un bando fuera de su zona y al revés.

Un ejemplo: el que Galicia aparezca en esos planos de parte del bando sublevado no implica que no hubiera fuerzas progresistas en su interior, antes al contrario, las había y bien nutridas, pero fueron rápidamente neutralizadas por una violenta represión. Por su parte, si Cataluña figura en su totalidad del lado republicano, desde luego no se debió al triunfo del nacionalismo de los herederos de Macià, arrastrado por la ola revolucionaria de los anarquistas, auténticos triunfadores del 19 de julio en Barcelona (lo que oculta, además, otra realidad: la de los herederos del regionalismo de Cambó, cuyos supervivientes buscarían unir sus esfuerzos, dineros e influencia a Franco). Sevilla, recuérdese, caía contra todo pronóstico del lado de los nacionales gracias a una audaz estratagema y, con ella, una importante porción de Andalucía, territorio con grandes masas campesinas y obreras, convertido sin embargo en base de operaciones fundamental para aquellos. El nacionalismo vasco, católico y conservador, optaba en virtud de su Estatuto por ponerse del lado del Gobierno de un Frente Popular cuyos preceptos probablemente le repelieran, equivocándose quizá de bando; sus vecinos navarros, que acaso no erraran en la elección de partido, sí lo hacían definitivamente al colocar incondicionalmente sus huestes en manos de Franco. Y así sucesivamente…

En el siglo del esplendor de la fotografía y el cine, de las nuevas formas literarias y artísticas, la Guerra Civil vino a ser, también, una guerra de papel. Escritores de todo el mundo, con o sin vela en el entierro, se creyeron obligados a tomar partido en un conflicto que tanto tenía de pasional, de romántico… y de rentable (muchos forjarían su carrera a costa de la desgracia española). Peor: que han sido sus productos —reportajes, novelas, poemas, películas— los que realmente han contado en el exterior, pero también en el interior, la guerra del 36, quedando casi siempre los libros de historia reducidos a un papel marginal (o de mero apoyo a las tesis sostenidas en esas

obras de ficción). Cuando muchos decidieron no dar por concluida la contienda el primero de abril de 1939, la continuarían en la bibliografía, empleando sus tesis, sus datos, como armas arrojadizas en una nueva batalla. Lo que, ciertamente, no ha ayudado a comprender lo que ocurrió, anulando una de las funciones más importantes de la historia: servir de maestra para evitar en el futuro los errores del ayer.

Porque la Guerra Civil fue, por encima de todo —nadie lo olvide—, una contienda incivil, en atinada expresión de Unamuno. El drama de toda una sociedad desgarrada por la más cruel de las desgracias que la historia puede depararle a un país. Una tragedia en la que hubo cientos de miles de muertos, familias partidas, destrozos sin fin y consecuencias que se han prolongado en el tiempo mucho más de lo que hubiera sido deseable. Un fracaso de la convivencia, una auténtica desmesura, un monumento a lo peor que somos capaces de hacer como país, una perenne lección negativa en la que mirarnos cuando el genio español vuelva a enfurecerse. Pero para que la Guerra Civil nunca se repita, debe ser recordada, esto es, conocida y estudiada con un mínimo de rigor y sin odio, con un máximo posible de entendimientos acordados para dejar de hacernos daño a su costa. Porque la guerra no puede ser extirpada del pasado, puede que tampoco del presente, pero lo que nunca debe presidir es la política y la convivencia del futuro. A la historia, lo que es de la historia; a la política, lo de la política…

Si bien existe la tentación al leer sobre la guerra civil española de pensar que fue inevitable, nuestro deber hoy es proclamar alto y claro que sí se pudo evitar, que toda guerra, máxime si es civil, siempre puede ser evitada. Fue el filósofo italiano Benedetto Croce quien nos enseñó que «toda historia es historia contemporánea»: esta que les hemos querido contar también tiene voluntad de serlo. Porque no ha sido escrita para satisfacer a nuestros abuelos, que ya cumplieron su ciclo histórico; ni a nuestros padres, que vivieron el régimen que resultó de ella y reconstruyeron entre todos un país arruinado; ni siquiera a la generación de quien esto escribe, los nacidos alrededor de la Transición y criados ya en plena democracia. Esta historia ha sido escrita pensando en las nuevas generaciones, pues es obligación moral, como otros hicieran antes con nosotros, transmitirles con mucho tiento y una ilimitada esperanza la antorcha de su propia historia: quiéranlo o no, habrán de tomarla algún día entre sus manos.

¡Cuídate del futuro!

———————

117 El verso de inicio de este libro y este de cierre son, respectivamente, el primero y el último del Canto XIV del poemario España, aparta de mí este cáliz , uno de los más hermosos, tristes y clarividentes textos sobre la guerra civil española jamás escrito. Se los debemos al malogrado poeta peruano César Vallejo, muerto como él mismo predijo un lluvioso día de Semana Santa en París, enfermo y lejos del hogar.

ANEXOS

I

ARCO POLÍTICO

EN FEBRERO DE 1936

IZQUIERDAS

CNT/FAI: Confederación Nacional del Trabajo / Federación Anarquista Ibérica

PS: Partido Sindicalista

POUM: Partido Obrero de Unificación Marxista

PCE: Partido Comunista de España

PSUC: Partit Socialista Unificat de Catalunya (facción del PCE en Cataluña)

PSOE/UGT/FNJS: Partido Socialista Obrero Español / Unión General de Trabajadores / Federación Nacional de Juventudes Socialistas (luego JSU Juventudes Socialistas Unificadas con las del PCE)

PRS: Partido Republicano Socialista

ERC: Esquerra Republicana de Catalunya

CENTRO / NACIONALISTAS / REGIONALISTAS

IR: Izquierda Republicana

UR: Unión Republicana

PRR: Partido Republicano Radical

PLD: Partido Liberal Demócrata

PRC: Partido Republicano Conservador

PAE: Partido Agrario Español

PNV: Partido Nacionalista Vasco

PRG: Partido Republicano Gallego

DRV: Derecha Regional Valenciana

DERECHAS

CEDA: Confederación Española de Derechas Autónomas

RE: Renovación Española (monárquicos alfonsinos)

CT: Comunión Tradicionalista (monárquicos carlistas)

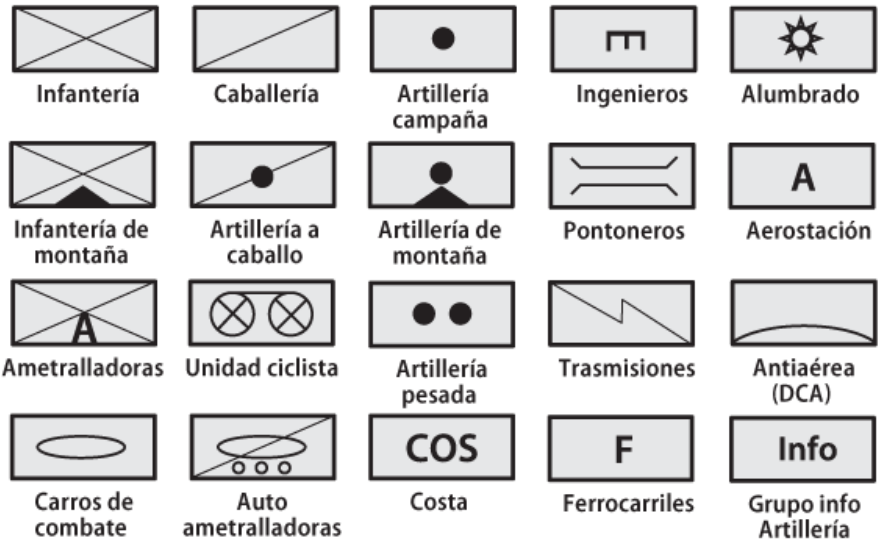
FE-JONS: Falange Española y de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalistas

II

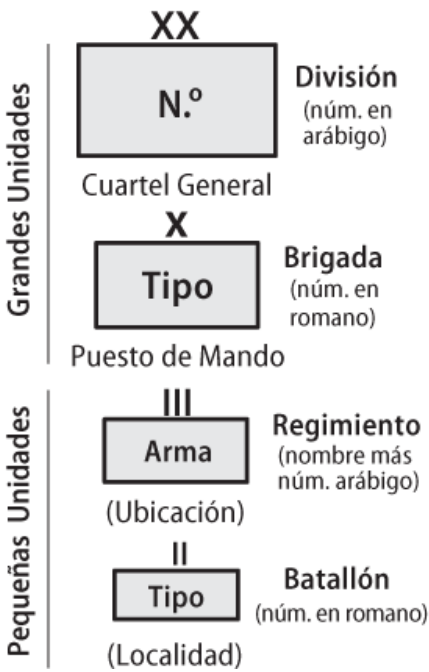
ORGANIGRAMA DEL EJÉRCITO ESPAÑOL EN 1936

Leyenda

Arma, cuerpo o especialidad



Tamaño y tipo de unidad



NOTA 1:

En 1936, existían tres Inspecciones Generales:

1.ª) Divisiones 1 y 2 más la de Caballería (repartida por la península).

2.ª) Divisiones 3, 4 y 5 más I Brigada de Montaña.

3.ª) Divisiones 6, 7 y 8 más II Brigada de Montaña.

Cada Inspección con una Escuadra de Aviación.

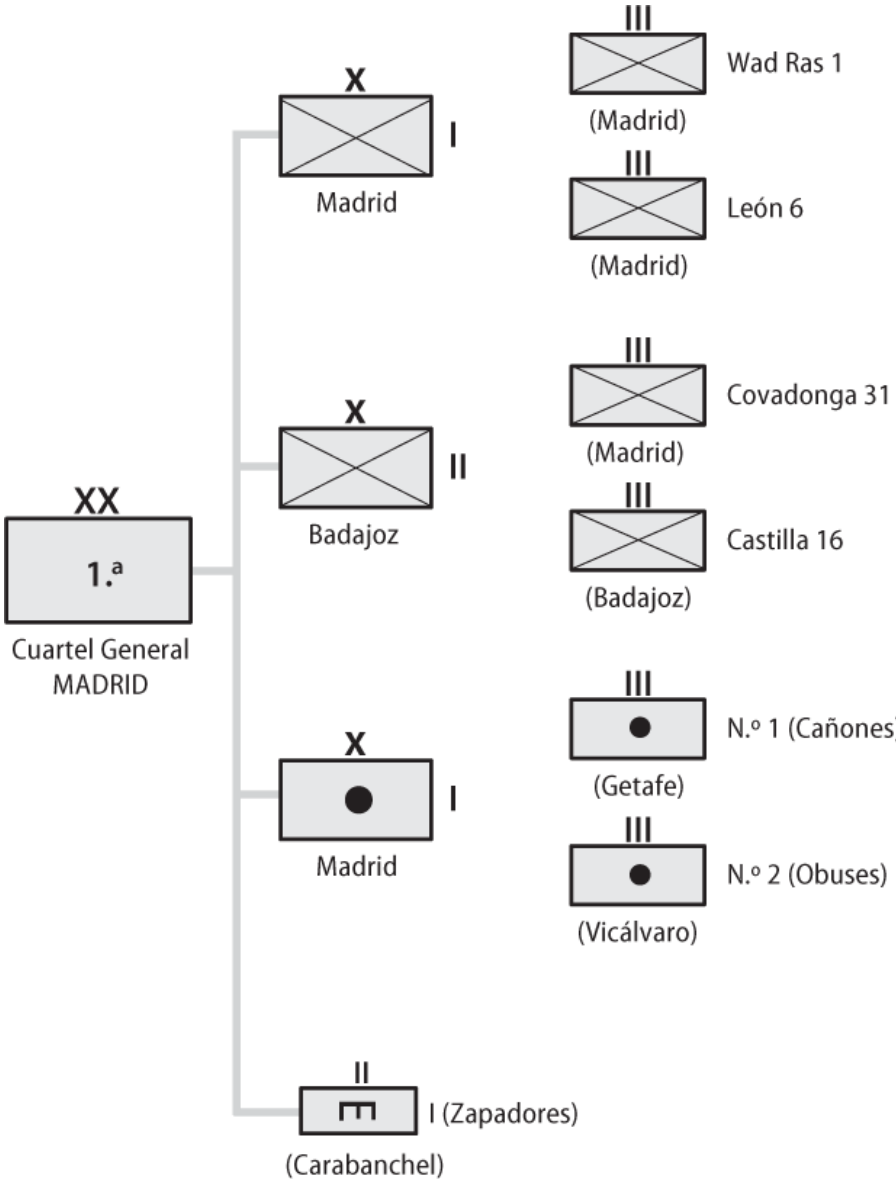
NOTA 2:

Los nombres y números de los regimientos, los tradicionales (habían cambiado en abril de 1936 a una numeración correlativa).

UNIDADES EN ZONA CONTROLADA POR EL GOBIERNO

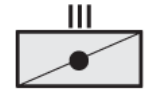
UNIDADES EN ZONA CONTROLADA POR LA SUBLEVACIÓN

1.ª DIVISIÓN ORGÁNICA (MADRID)



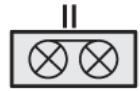
De la División de Caballería o adscritos

De la División de Caballería o adscritos



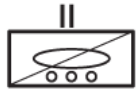
Regimiento Artillería a caballo

(Carabanchel)



Batallón Ciclista

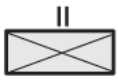
(Alcalá de Henares)



Grupo Ametralladoras-cañón (*)

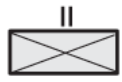
(Aranjuez)

Otras unidades en territorio 1.ª División



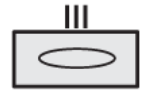
Guardia Presidencial

(Madrid)



Batallón Ministerio

(Madrid)



Regimiento de Carros n.º 1

(Madrid)

Ferrocarriles N.º 1

(Leganés)

Ferrocarriles N.º 2

(Leganés)

(**) Trasmisiones

(El Pardo)

Zapadores-Minadores

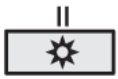
(Madrid)

Regimiento Aerostación

(Guadalajara)

VII (Zapadores)

(Alcalá de Henares)

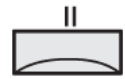


Grupo Alumbrado

(Madrid)

Grupo Información Artillería I

(Madrid)



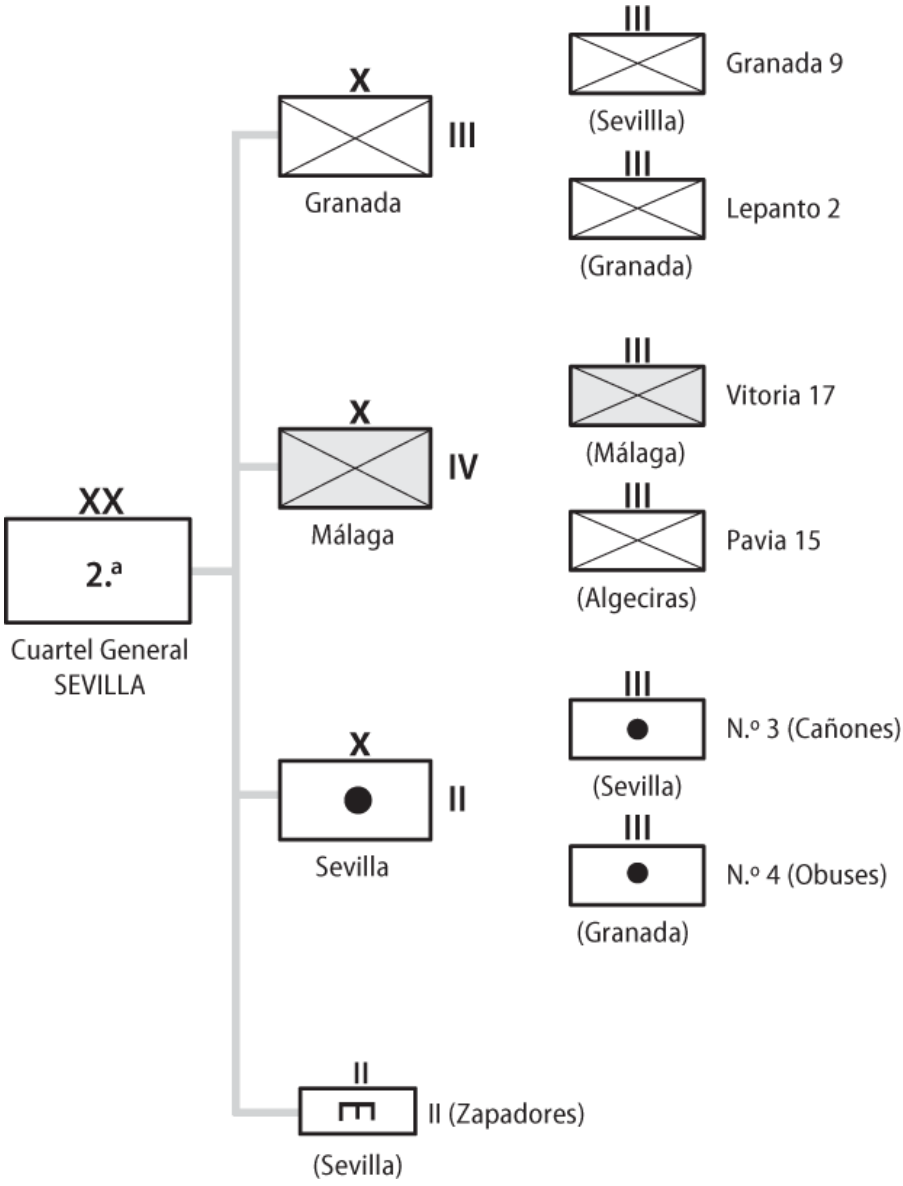
Grupo DCA 1

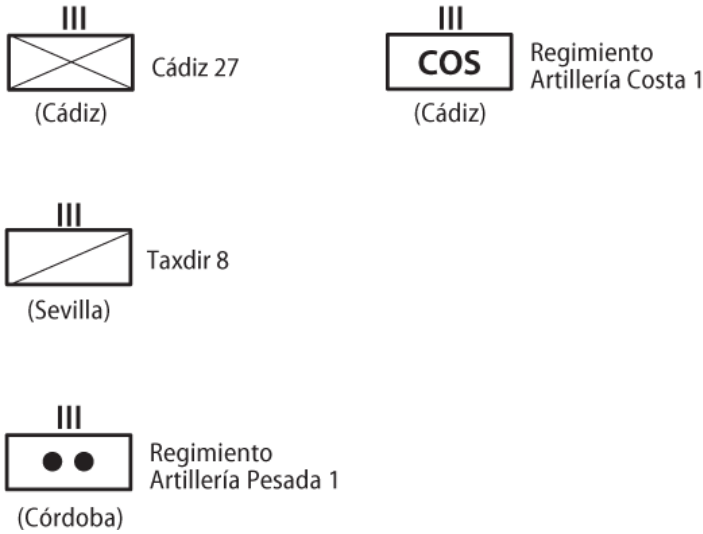
(Madrid)

(*) y (**) Pasados a los nacionales.

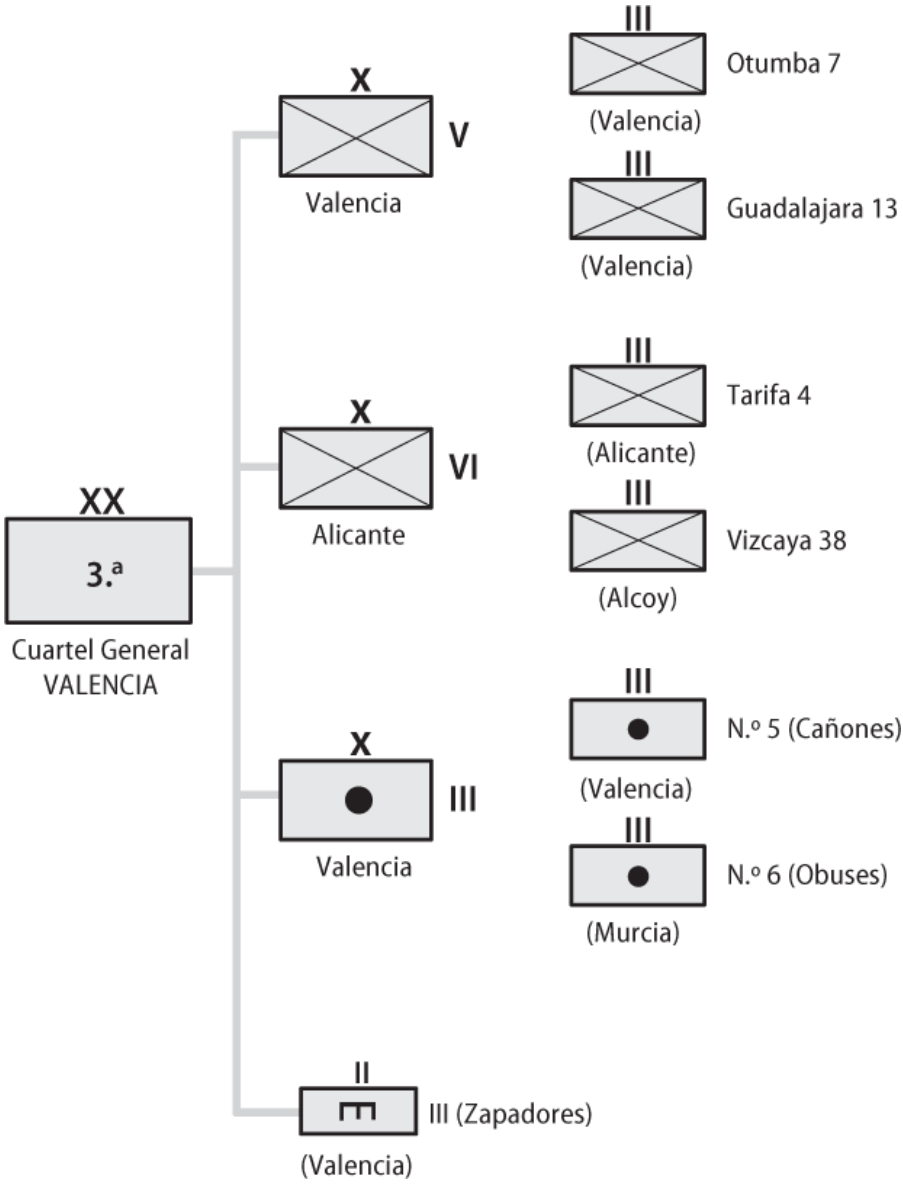
NOTA:
Algunos regimientos, como el de Aerostación, tenían repartidos destacamentos por toda España.

2.ª DIVISIÓN ORGÁNICA (SEVILLA)

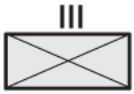

XX
2.ª
Cuartel General
SEVILLA
X
III
Granada
X
IV
Málaga
X
II
Sevilla
II
II (Zapadores)
(Sevilla)
III
Granada 9
(Sevillla)
III
Lepanto 2
(Granada)
III
Vitoria 17
(Málaga)
III
Pavia 15
(Algeciras)
III
N.º 3 (Cañones)
(Sevilla)
III
N.º 4 (Obuses)
(Granada)



3.ª DIVISIÓN ORGÁNICA (VALENCIA)

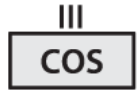

XX
3.ª
Cuartel General
VALENCIA
X
V
Valencia
X
VI
Alicante
X
III
Valencia
II
III (Zapadores)
(Valencia)
III
Otumba 7
(Valencia)
III
Guadalajara 13
(Valencia)
III
Tarifa 4
(Alicante)
III
Vizcaya 38
(Alcoy)
III
N.º 5 (Cañones)
(Valencia)
III
N.º 6 (Obuses)
(Murcia)

Otras unidades en territorio 3.ª División



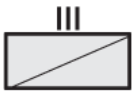
Sevilla 33

(Cartagena)



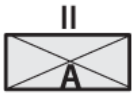
Regimiento Artillería Costa 3

(Cartagena)



Lusitania 7

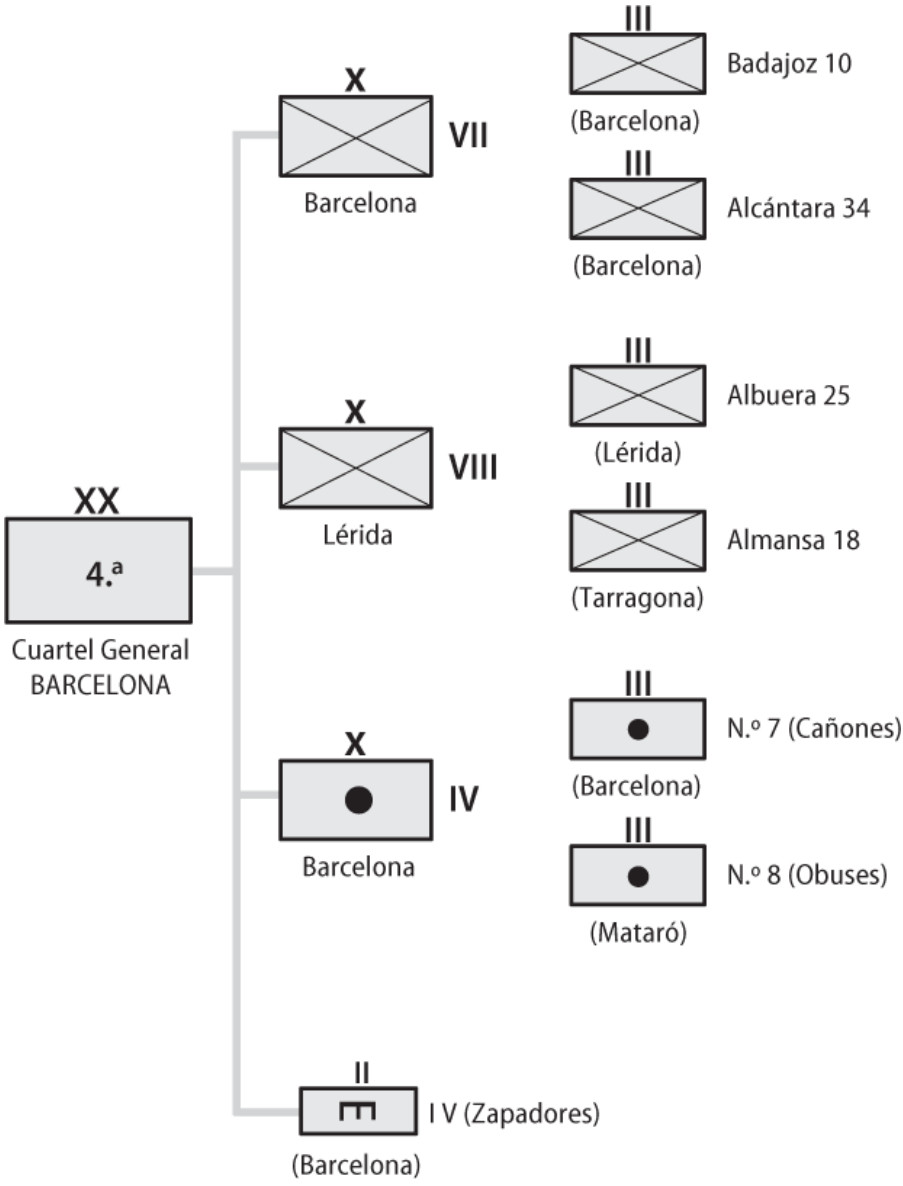
(Valencia)

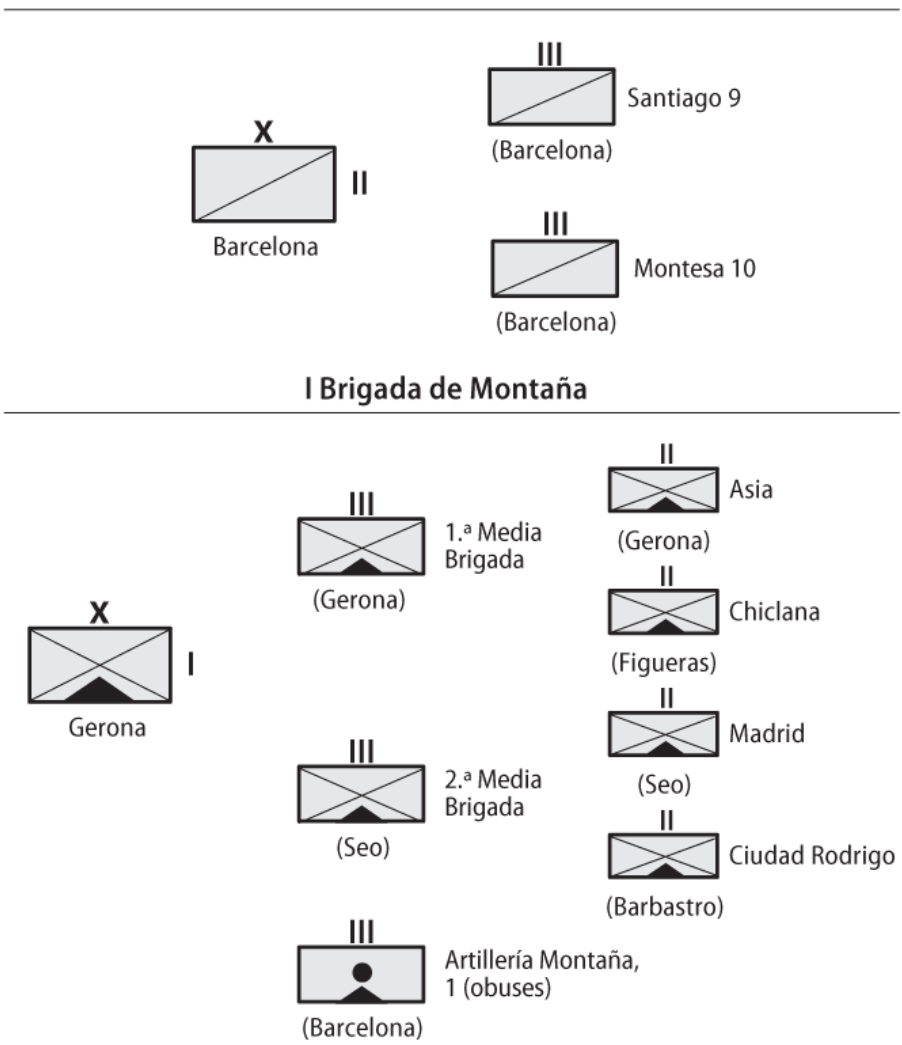


Ametralladoras I

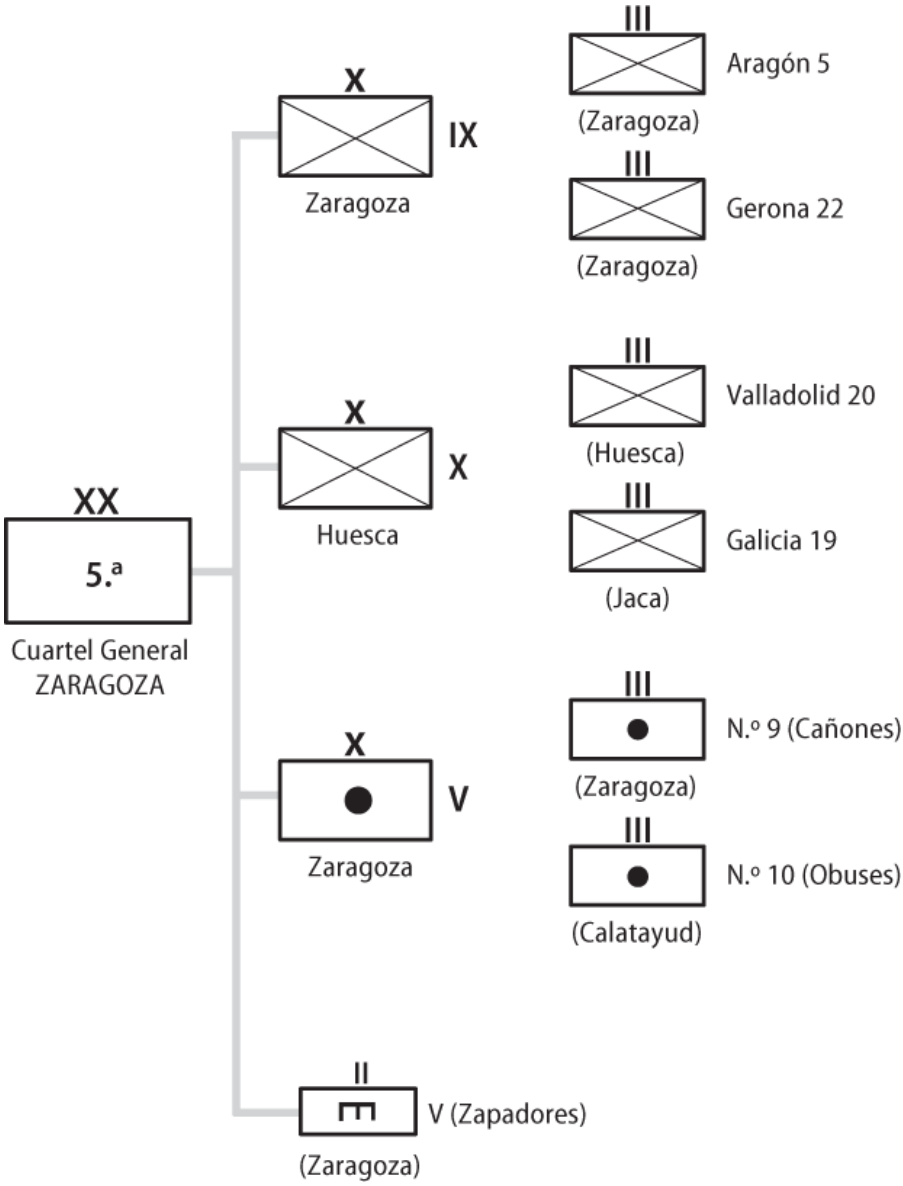
(Castellón)

4.ª DIVISIÓN ORGÁNICA (BARCELONA)

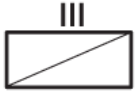

XX
4.ª
Cuartel General
BARCELONA
X
VII
Barcelona
X
VIII
Lérida
X
IV
Barcelona
II
I V (Zapadores)
(Barcelona)
III
Badajoz 10
(Barcelona)
III
Alcántara 34
(Barcelona)
III
Albuera 25
(Lérida)
III
Almansa 18
(Tarragona)
III
N.º 7 (Cañones)
(Barcelona)
III
N.º 8 (Obuses)
(Mataró)



5.ª DIVISIÓN ORGÁNICA (ZARAGOZA)


XX
5.ª
Cuartel General
ZARAGOZA
X
IX
Zaragoza
X
X
Huesca
X
V
Zaragoza
II
V (Zapadores)
(Zaragoza)
III
Aragón 5
(Zaragoza)
III
Gerona 22
(Zaragoza)
III
Valladolid 20
(Huesca)
III
Galicia 19
(Jaca)
III
N.º 9 (Cañones)
(Zaragoza)
III
N.º 10 (Obuses)
(Calatayud)

Otras unidades en territorio 5.ª División



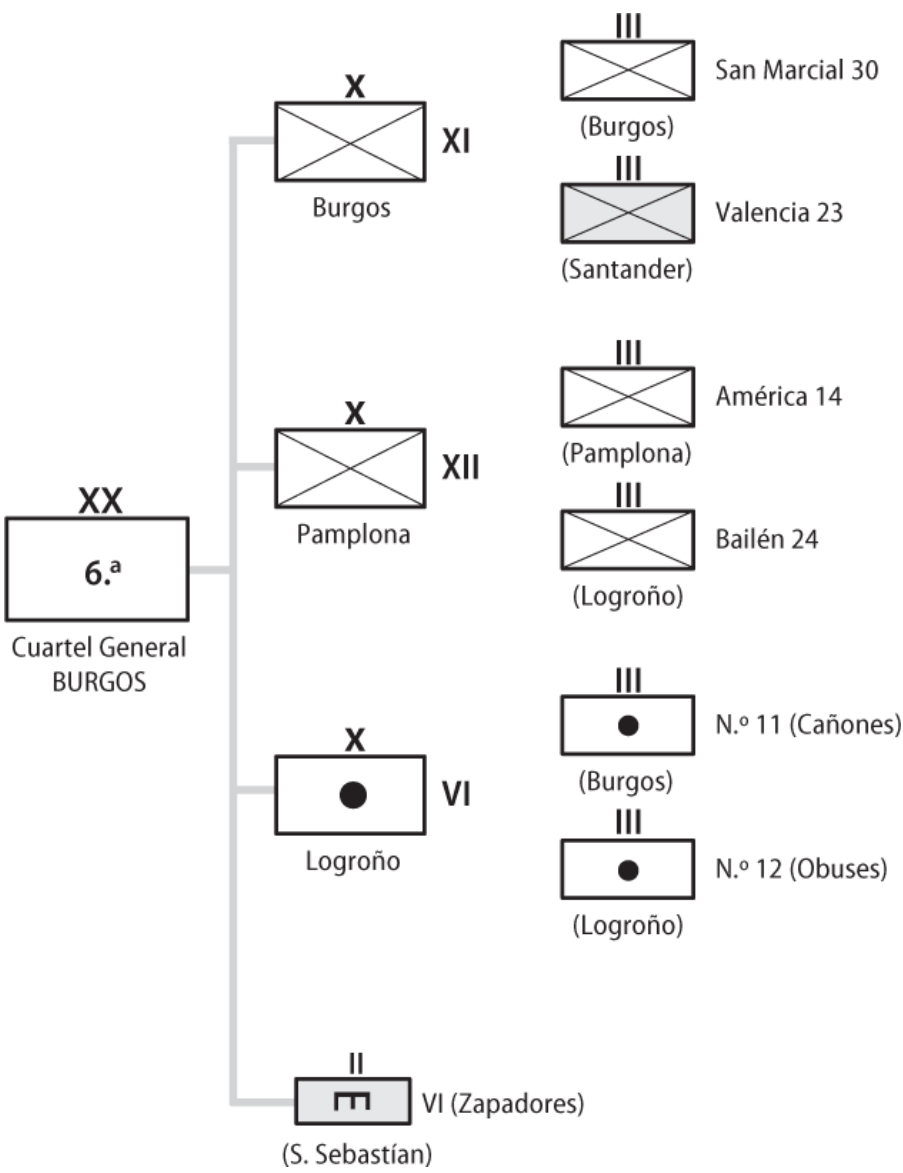
Castillejos 1
(Zaragoza)

Batallón de Pontoneros
(Zaragoza)

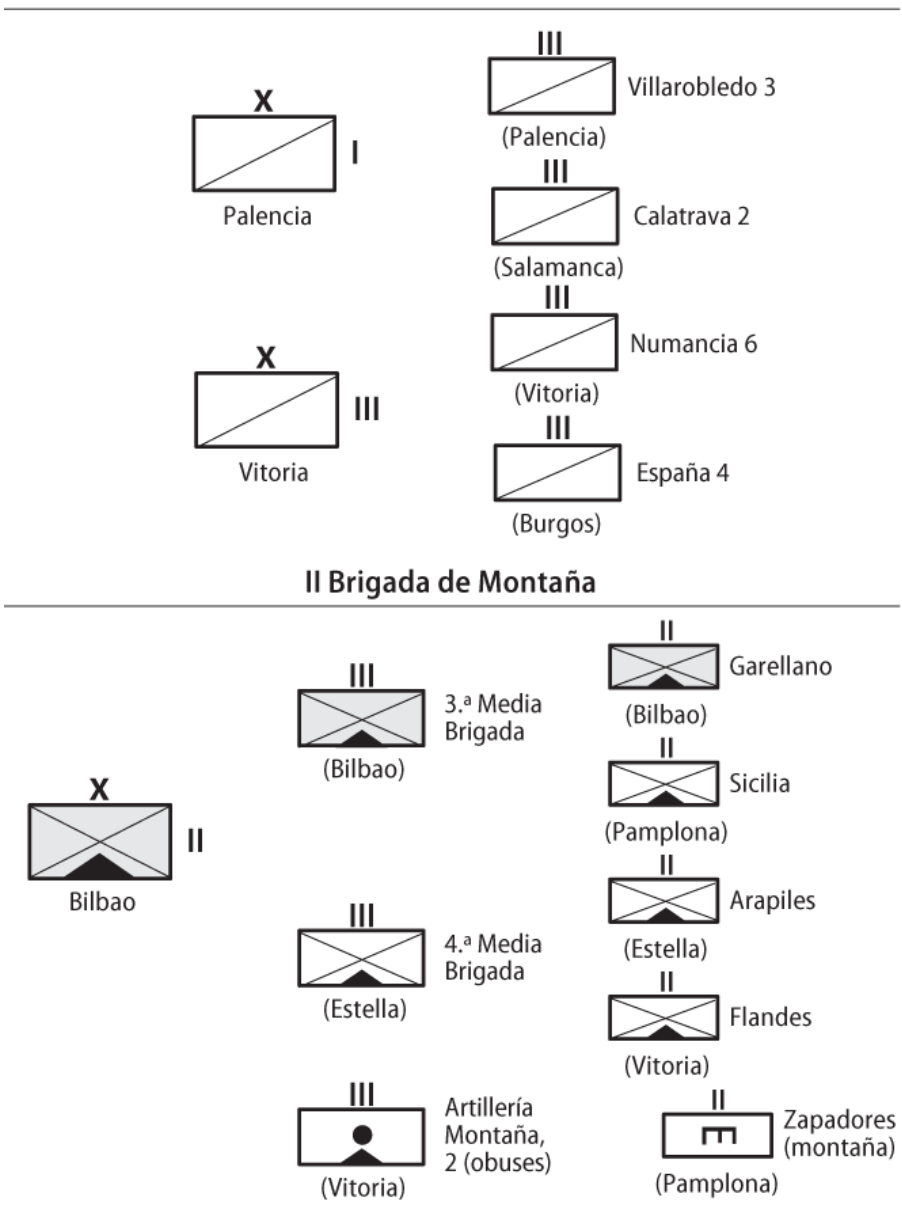
Regimiento de Carros n.º 2
(Zaragoza)

Grupo DCA 2
(Zaragoza)

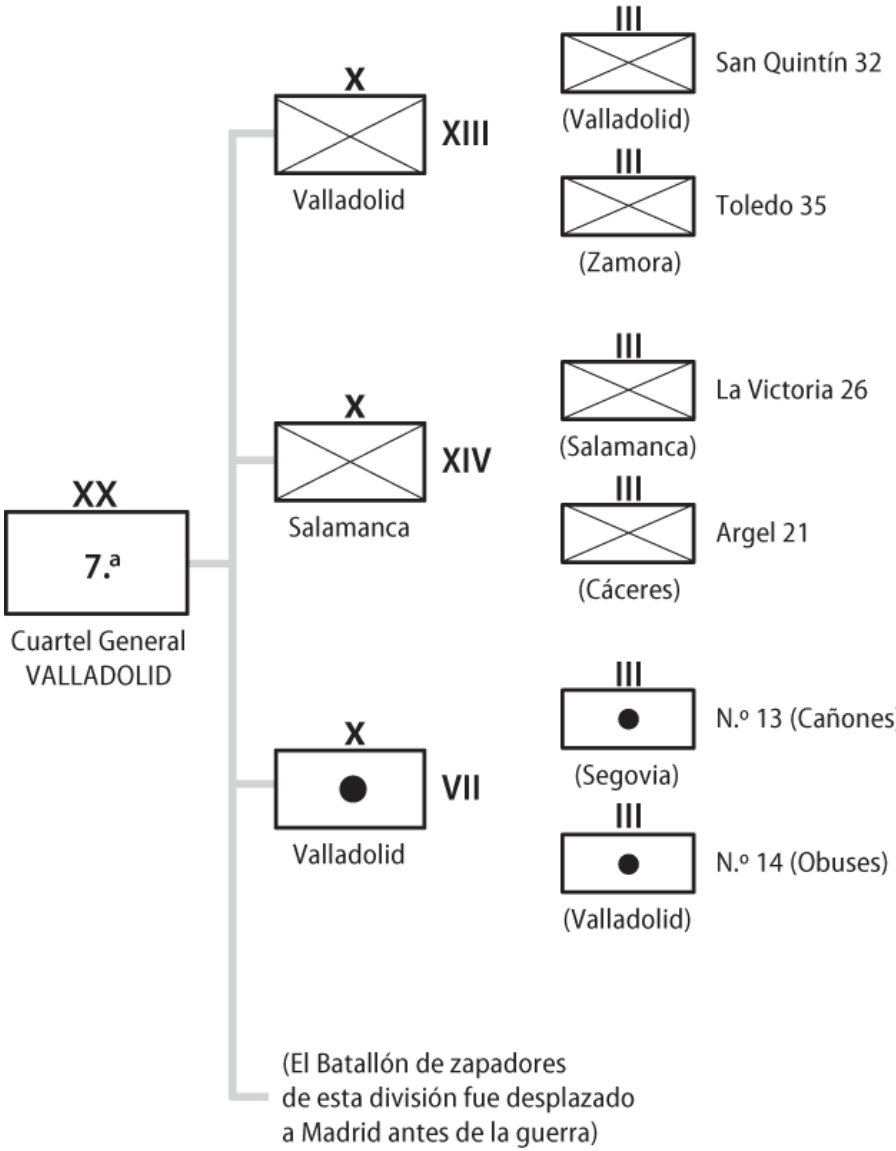
6.ª DIVISIÓN ORGÁNICA (BURGOS)



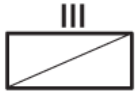
De la División de Caballería



7.ª DIVISIÓN ORGÁNICA (VALLADOLID)

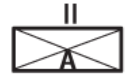

XX
7.ª
Cuartel General
VALLADOLID
X
XIII
Valladolid
III
San Quintín 32
(Valladolid)
III
Toledo 35
(Zamora)
X
XIV
Salamanca
III
La Victoria 26
(Salamanca)
III
Argel 21
(Cáceres)
X
VII
Valladolid
III
N.º 13 (Cañones)
(Segovia)
III
N.º 14 (Obuses)
(Valladolid)
(El Batallón de zapadores
de esta división fue desplazado
a Madrid antes de la guerra)

Otras unidades en territorio 7.ª División



Farnesio 5

(Valladolid)

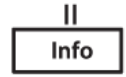


Ametralladoras II

(Plasencia)

Regimiento Artillería Pesada 4

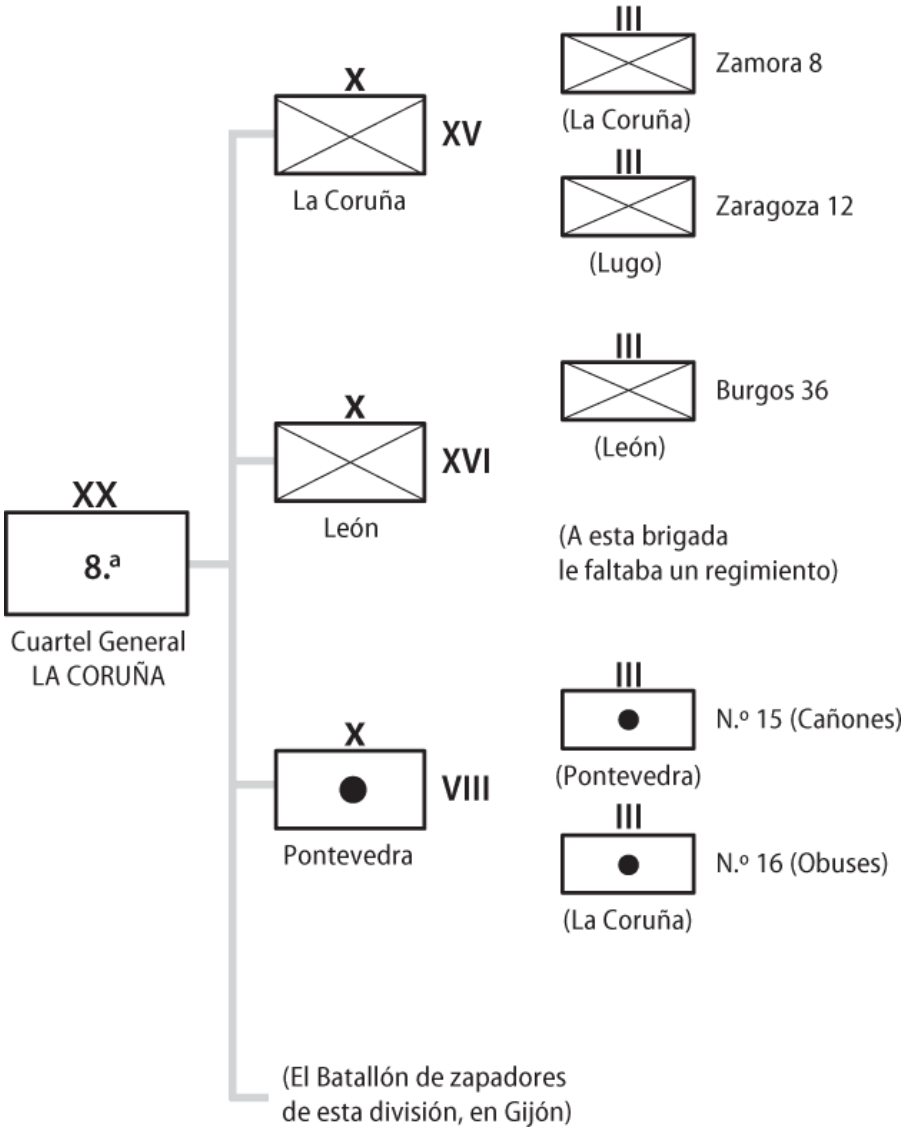
(Medina)



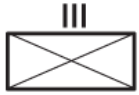
Grupo Información Artillería III

(Valladolid)

8.ª DIVISIÓN ORGÁNICA (LA CORUÑA)

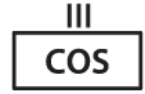

XX
8.ª
Cuartel General
LA CORUÑA
X
XV
La Coruña
III
Zamora 8
(La Coruña)
III
Zaragoza 12
(Lugo)
X
XVI
León
III
Burgos 36
(León)
(A esta brigada
le faltaba un regimiento)
X
VIII
Pontevedra
III
N.º 15 (Cañones)
(Pontevedra)
III
N.º 16 (Obuses)
(La Coruña)
(El Batallón de zapadores
de esta división, en Gijón)

Otras unidades en territorio 8.ª División



Mérida 29

(El Ferrol)

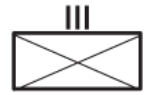


Regimiento Artillería Costa 2

(El Ferrol)

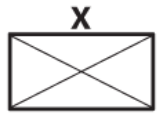
Comandancia exenta de Asturias

(creada a raíz de la Revolución de 1934)



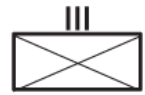
Milán 3

(Oviedo)



Brigada Mixta

Oviedo

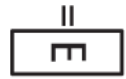


Simancas 40

(Gijón)

Grupo Mixto 1

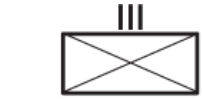
(Oviedo)



VIII (Zapadores)

(Gijón)

COMANDANCIA GENERAL DE BALEARES



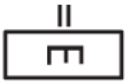
Palma 28

(Palma de Mallorca)

MALLORCA

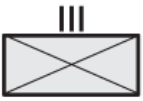
Grupo Mixto 1

(Palma)



Grupo Autónomo Zapadores-Trasmisiones N.º 1

(Palma)



Baleares 39

(Mahón)

MENORCA

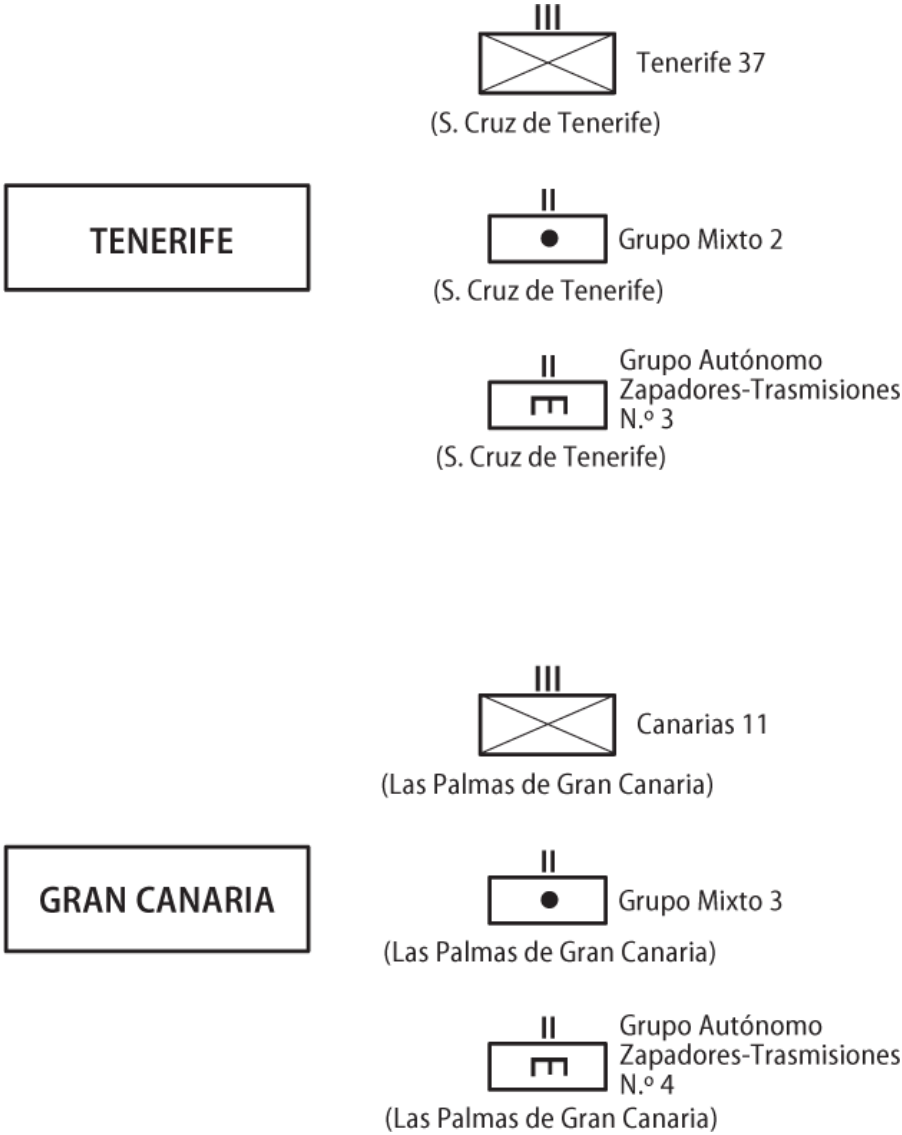
Regimiento Artillería Costa 4

(Mahón)

Grupo Autónomo Zapadores-Trasmisiones N.º 2

(Mahón)

COMANDANCIA GENERAL DE CANARIAS



FUERZAS MILITARES DE MARRUECOS

2 Legiones (6 banderas del tercio)

5 Grupos de Fuerzas de Regulares Indígenas (15 Tabores de infantería y 5 grupos de caballería)

Mehala jalifiana

2 Agrupaciones cazadores (6 batallones)

2 Agrupaciones artillería

2 Bones. Mixtos ingenieros

2 Grupos ametralladoras de posición

GUARNICIONES ÁFRICA OCCIDENTAL ESPAÑOLA

IFNI

1 Bón . Tiradores (3 tabores)

SÁHARA

Tropas nómadas y 2 compañías

TERRITORIOS GOLFO DE GUINEA

4 Cías. Guardia Civil (CG Santa Isabel + Bata, Kogo y Río Benito)

NOTA: Todas estas unidades, para la sublevación

III

EVOLUCIÓN DE AMBOS EJÉRCITOS

BALANCE DE FUERZAS A 1 DE ABRIL DE 1937

EJÉRCITO POPULAR	EJÉRCITO NACIONAL
619 batallones (incluye 159 en el norte y 80 internacionales)	525 batallones
> 310 000 hombres	> 315 000 hombres

EJÉRCITO POPULAR

(Organización primavera de 1937)

EJÉRCITOS	CUERPOS DE EJÉRCIT(	BRIGADAS MIXTAS
EJÉRCITO DEL CENTRO	5	51
SUR	En formación	15
ESTE	En formación	23
NORTE	3 (vasco, Santander y Asturias)	29

EJÉRCITO NACIONAL

(Organización primavera 1937)

ZONA	DIVISIONES
MADRID-ÁVILA-SORIA	6
ARAGÓN Y CASTILLA	4
ANDALUCÍA	4
MANIOBRA	4 (CTV)

BALANCE DE FUERZAS

(Diciembre 1937)

EJÉRCITO POPULAR	EJÉRCITO NACIONAL
173 BMs	49 DIVs.
< 800 000 hombres	> 750 000 hombres

EJÉRCITO POPULAR

(Organización finales 1937)

EJÉRCITO	CEs	DIVISIONES	BRIGADAS MIXTAS
E. DEL CENTRO	5	20	55
SUR (Andalucía y Extremadura)	4	10	38
E. DEL ESTE	3	7	24
LEVANTE	2	5	16
MANIOBRA	5	14	40

EJÉRCITO NACIONAL

(Organización finales 1937)

EJÉRCITO	CEs	DIVISIONES
NORTE (MASA DE MANIOBRA)	6	29
CENTRO	2 (+ 1 Comandancia)	10
SUR	3	10

BALANCE DE FUERZAS

(Junio 1938)

EJÉRCITO POPULAR	EJÉRCITO NACIONAL
+ DE 200 BMs	+ 50 DIVs.
1 000 000 hombres	1 000 000 hombres

EJÉRCITO POPULAR

(Organización mediados 1938)

GRUPO DE Es.	EJÉRCITOS	CEs	DIVISIONES / BRIGADA
GERC (CRUPO DE	4 EJÉRCITOS DE LA REGIÓN CENTRAL)	16	49 y 138
GERO (GRUPO DE	2 EJÉRCITOS DE LA REGIÓN ORIENTAL)	12 y 6	21 y 64

EJÉRCITO NACIONAL

(Organización mediados 1938)

EJÉRCITO	CEs	DIVISIONES
NORTE (MASA DE MANIOBRA)	7	26
CENTRO	2 (+ 1 Masa de Maniobra propia)	13
SUR	3	13

BALANCE DE FUERZAS

(Enero 1939)

EJÉRCITO POPULAR	EJÉRCITO NACIONAL
+ DE 50 DIVs.	+ 55 DIVs.
1 000 000 hombres	> 1 100 000 hombres

EJÉRCITO POPULAR

(Organización 1939 tras caída de Cataluña)

EJÉRCITO	CEs	DIVISIONES
EJÉRCITO DE LEVANTE	6	13
EJÉRCITO DEL CENTRO	4	16
EJÉRCITO DE EXTREMADURA	3	10
EJÉRCITO DE ANDALUCÍA	2	4
RESERVA GERC	1	8

EJÉRCITO NACIONAL

(Organización 1939 «Ofensiva de la Victoria»)

EJÉRCITO	CEs	DIVISIONES
LEVANTE	4 + 2 AGRUPACIONES	20
CENTRO	5 + 3 AGRUPACIONES	20
SUR	5	17

IV

EVOLUCIÓN DE AMBAS FLOTAS

BUQUES PRINCIPALES DE SUPERFICIE Y SUBMARINOS

(Disponibilidad real en cada fecha; no se tienen en cuenta uds. menores o auxiliares)

	BANDO REPUBLICANO	BANDO NACIONAL
INICIOS GUERRA 1936	1 acorazado (Jaime I) 3 cruceros (Libertad, Méndez Núñez, Cervantes) 14 destructores	1 acorazado (España) 2 cruceros (Canarias, Almirante Cervera) 8 destructores
ENERO 1937	1 acorazado (Jaime I) 2 cruceros (Libertad, Méndez Núñez) 14 destructores	1 acorazado (España) 2 cruceros (Canarias, Almirante Cervera) 8 destructores
JULIO DE 1937	(Jaime I, hundido en junio) 2 cruceros (Libertad, Méndez Núñez) 14 destructores	(España, hundido en febrero) 2 cruceros (Canarias, Almirante Cervera) 8 destructores
ENERO 1938	2 cruceros (Libertad, Méndez Núñez) 14 destructores	2 cruceros (Canarias, Almirante Cervera) 8 destructores
JULIO 1938	3 cruceros (Cervantes, Libertad, Méndez Núñez) 14 destructores	(Baleares, hundido en marzo) 2 cruceros (Canarias, Almirante Cervera) 8 destructores
FINAL GUERRA 1939	3 cruceros (Cervantes, Libertad, Méndez Núñez) 14 destructores	2 cruceros (Canarias, Almirante Cervera) 8 destructores

MANUEL AZAÑA DÍAZ

(Alcalá de Henares, 1880-Montauban, Francia, 1940)

Cuando se proclamó la República de 1931, la gran mayoría de los españoles desconocía la figura y trayectoria políticas de quien acabaría convirtiéndose en la personificación del nuevo régimen. Doctor en Derecho y letrado de la Dirección de Registros y Notariado, buen escritor, mejor orador, afilado cuando no mordaz polemista, Azaña era probablemente el único estadista con una idea clara en la cabeza sobre cómo debería ser la II República española, para él más deudora de las ideas jacobinas de la Revolución francesa que de las rupturistas de la Revolución rusa.

Tras ser jefe de Gobierno en el primer bienio (1931-1933), fructífero en leyes… y en polémicas, y presidente de la República a partir de febrero de 1936, Azaña acaso pecara de soberbia al intentar acelerar las reformas que necesitaba el país, pero que él quería imponer por encima de cualquier debate, no solo con las fuerzas de derecha, sino incluso con muchas formaciones de izquierda. Lo que le llevaría a granjearse poderosos enemigos, como se demostraría durante la guerra, período en el que los distintos gobiernos del Frente Popular trataron de encasillarlo en un mero papel simbólico y mantenerlo encerrado en una torre de marfil lejana a los centros de decisión político-militares.

Desde ese engañoso remanso y con gran pesimismo, Manuel Azaña escribiría sus mejores obras, como La velada en Benicarló o los Cuadernos de la Pobleta y de Pedralbes, dedicándose en ellos a «disparar» contra todos, a repartir culpas, a señalar responsables, especialmente entre los revolucionarios del que, en teoría, era su bando:

Nadie está obligado a nada; nadie quiere ni puede exigirle a otro su obligación. Histeria revolucionaria que pasa de las palabras a los hechos para asesinar y robar; ineptitud de los gobernantes,

inmoralidad, cobardía, ladridos y pistoletazos de una sindical a otras, engreimiento de advenedizos, insolencia de separatistas… Palabrería de fracasados y explotación de la guerra para enriquecerse».

Como puede apreciarse, el sentido de la autocrítica de quien ostentara la más alta representación de la nación brillaba por su ausencia. Abandonado por todos, exiliado y perseguido, falleció el día 3 de noviembre de 1940 en Montauban. Su féretro hubo de ser recubierto con la bandera de la República de México por no permitir la República de Francia exhibir en su territorio la bandera de la República de España.

LÉON BLUM

(París, 1872-Jouy-en-Josas, Francia, 1950)

Entre la actitud beligerante de los dictadores del momento (Hitler y Mussolini, por un lado, y Stalin por otro) y la muy cauta postura de británicos y estadounidenses, la política del socialista francés Léon Blum y de su Gobierno de Frente Popular nadó entre dos aguas. Si en un primer momento la reacción natural de este veterano dirigente fue de ayudar a la República española, la oposición interna en su país y lo delicado del panorama europeo en 1936 le llevarían a apadrinar la postura de No Intervención ante la guerra de España, cuyo objetivo final —y en gran medida frustrado— era contener la hoguera española al sur de los Pirineos.

Tanto él como sus sucesores abrirían intermitentemente la frontera con el país vecino, bien para dejar libre tránsito a ayudas exteriores para los republicanos, bien para realizar envíos cada vez más parcos de material francés. Más: en marzo de 1938, Blum reuniría al Estado Mayor de sus fuerzas armadas y a los principales ministros para valorar seriamente una intervención militar de Francia en el conflicto español, alternativa que no prosperó, pues con ello quizá se hubiera precipitado un enfrentamiento armado con Alemania. Y la contención de Hitler era por aquel momento la prioridad del gobernante francés. Cuando la Segunda Guerra Mundial al fin estalló, Léon Blum viviría infinidad de penalidades, lo que no le impidió escribir un interesante volumen de memorias con jugosas reflexiones sobre el drama español

(que, en general e inexplicablemente, ha sido poco estudiado dentro de la bibliografía de la contienda).

FRANCISCO FRANCO BAHAMONDE

(El Ferrol, 1892-Madrid, 1975)

De vocación frustrada marino de guerra, Francisco Franco Bahamonde hubo de «conformarse» con ingresar en la Academia de Infantería, donde habría de soportar las bromas de sus rudos compañeros a costa de su parca altura y su atiplada voz. Eran las promociones de los hijos del desastre de Cuba y las que tendrían que batirse en duros combates contra las cabilas marroquíes durante las guerras de principios del siglo XX en el protectorado del Norte de África. Más adelante, y ya como el general más joven de Europa, dirigiría la Academia General Militar, que la República se apresuró a clausurar, una afrenta que Franco no olvidaría y que le enemistaría con un régimen al que, sin embargo, sirvió reglamentariamente hasta la primavera de 1936, cuando con muchas cautelas se adhirió a la conspiración del general Mola. Después, lo que se ha visto en este libro: «Generalísimo» de los Ejércitos y Jefe del Estado, estratega lento pero seguro, brillante logístico e impasible administrador de justicia en la retaguardia. Porque su concepción de la Guerra Civil era total y buscaba la anulación completa del adversario en tres terrenos: el militar, el económico y, por supuesto, el ideológico.

El régimen que administró desde el final de la contienda hasta su muerte el 20 de noviembre de 1975 ha tratado de ser definido de muchas maneras: fascista en sus primeros tiempos, nacional-católico después, tecnocrático y desarrollista en la década de los sesenta. Lo cierto es que, siendo verdadero algo de todo ello, su sistema político fue meramente franquista, pues el general sabría jugar en cada momento de la historia con los personajes y grupúsculos que le rodeaban. Sobre todo, midió bien los tiempos para perpetuarse en el poder. Así, durante la Segunda Guerra Mundial pivotó desde una no beligerancia cercana a Hitler y Mussolini hacia una neutralidad que tranquilizara a los aliados occidentales. Luego contuvo el aliento y, sometiendo el país a una economía autárquica que casi lo asfixia, aguardó a que el amigo americano confiara en él como aliado en la Guerra Fría. Todo ello comenzó a resquebrajarse a principios de los setenta, la década en que fallecería por muerte natural en la cama de

un hospital tras haber designado como «sucesor a título de Rey» a Juan Carlos de Borbón, nieto de Alfonso XIII.

JOSÉ GIRAL Y PEREIRA

(Santiago de Cuba, 1879-Ciudad de México, 1962)

Pocos presidentes de Gobierno han ostentado tan graves responsabilidades en tan breve lapso de tiempo. Y es que José Giral, farmacéutico y doctor en Químicas, conspirador republicano y masón, hubo de hacer frente en su corto mandato —desde el 19 de julio al 4 de septiembre de 1936— a una rebelión armada y a una revolución en la media España sobre la que en teoría se extendía su acción de gobierno. También a las repercusiones internacionales del conflicto y a la crisis económica provocada por el estallido. Convencido de su inteligencia y de su trayectoria aparentemente moderada, Manuel Azaña, presidente de la República, le había otorgado tal confianza en aquellas críticas horas.

Fue entonces cuando Giral tomó al menos dos decisiones complementarias que se mostrarían sumamente erróneas: la primera fue la disolución de las unidades sublevadas, lo que en la práctica se extendería a todo el ejército, incluyendo las guarniciones leales. Y la segunda fue conceder armas al pueblo. Si con aquella medida privaba al Ejecutivo de capacidad para sofocar la rebelión, con esta armaba una fuerza torrencial que iba a costar sangre, tiempo, dinero y multitud de esfuerzos ser embridada. Tras su dimisión, volvería al Gobierno como ministro de Estado en el gabinete de Juan Negrín, quien descargó en él la responsabilidad de convencer a Francia para que abandonase la política de No Intervención, con los resultados infructuosos vistos en esta obra. Después, exilio en México, vuelta a la docencia y Presidencia de una especie de Gobierno republicano en el exilio.

Adolf Hitler

(Braunau am Inn, Austria, 1889-Berlín, 1945)

Se dice que el führer del III Reich alemán prestó poca atención al comienzo de la guerra civil española. Lo cierto es que la reacción de Hitler, más que tibia, fue cauta: un estallido de tal magnitud en la península ibérica se alejaba completamente de su estrategia político-militar, que podía verse enturbiada. Hasta que, tras reunirse con su reducido círculo de colaboradores, comprendió que la guerra de España favorecía precisamente sus planes por otorgarle un recurso que el dictador valoraba por encima de todo: tiempo. Tiempo para rearmarse, tiempo para terminar de anular la oposición interna de su país, tiempo para seguir jugando a la diplomacia agresiva con unas democracias occidentales que consideraba débiles. Y tiempo, también, para debilitar al que era su enemigo natural: la URSS de Stalin.

La relación de los nazis con la España franquista no fue exactamente fácil. Si la ayuda militar en forma de un cuerpo autónomo ocasionó fricciones con el alto mando de los sublevados, las negociaciones para recibir a cambio dinero y concesiones mineras fueron mucho más reñidas. En cualquier caso, el dictador pudo «foguear» en la guerra a lo mejor de su oficialidad —especialmente del componente aéreo—, poner a prueba ciertas armas novedosas y practicar amagos de lo que luego se conocería como «guerra relámpago» a partir de la invasión de Polonia en 1939.

Sus carros de combate iban a necesitar un material fundamental para los blindajes, el wolframio, que obtendría del subsuelo español. Y cuando terminó la guerra civil, Hitler había contribuido a situar en la frontera sur de Francia un régimen si no aliado al menos favorable. Cinco meses después, el primero de septiembre, comenzaba la Segunda Guerra Mundial…, su guerra.

DOLORES IBÁRRURI GÓMEZ

(Gallarta, Vizcaya, 1895-Madrid, 1989)

Antes de estallar la guerra el Partido Comunista de España (PCE) era una fuerza minoritaria y su cúpula, un auténtico erial intelectual. Dolores Ibárruri, Pasionaria, comenzó a descollar por méritos propios. Su verbo incisivo pero certero y electrizante, sus arengas agresivas pero sumamente eficaces, su figura motivadora, por creíble, la convertirían en todo un referente no solo entre los simpatizantes de Moscú sino en (casi) toda la izquierda española. Su famoso discurso

del «¡No pasarán!» aunó voluntades en la zona leal y ayudó más que muchas armas a la causa republicana en unos momentos críticos.

Hija y esposa de mineros, aspirante a la escuela de Magisterio y costurera, Pasionaria, impresionada por la revolución bolchevique de 1917, colaboró activamente en la creación del PCE, y sufrió prisión por sus ideas y actividades subversivas antes de la proclamación de la República. Aunque durante la guerra no ostentó oficialmente ningún cargo de relevancia en los Gobiernos del Frente Popular, su influencia en la opinión pública fue determinante. También sus intrigas, pues su actividad junto a Palmiro Togliatti, máximo responsable de la Internacional comunista en España, ayudaron a lograr un partido fuerte, preponderante en la zona gubernamental, muy influyente en el nuevo Ejército Popular… y dócil a los designios de Moscú. Tras la guerra, larguísimo exilio en la URSS hasta su vuelta a España recién estrenada la democracia. Sus dos libros de memorias son un testimonio de indudable interés histórico y bellos títulos: El único camino y Me faltaba España.

ALFREDO KINDELÁN Y DUANY

(Santiago de Cuba, 1879-Madrid, 1962)

Pionero de la aviación y militar de profundas convicciones monárquicas, Alfredo Kindelán decidió exilarse no bien llegada la II República. Tras desempeñarse como ingeniero para distintas compañías en el extranjero, volvería a ceñirse el uniforme cuando el «Director» de la conspiración, el general Mola, requirió sus servicios. Sabedor de la trayectoria del personaje, Mola consideraba que su conocimiento de idiomas y sus múltiples contactos en el extranjero ayudarían a recabar apoyos foráneos para la sublevación. Por otra parte, siendo ya indiscutidamente la personalidad más distinguida de la aviación militar española, acaso también europea, el general Franco pronto le encomendaría el mando de lo que en principio era una menguada aviación.

Sobre esa base, Kindelán logró durante los tres años de guerra levantar una moderna fuerza aérea, quizá la mejor del momento, con la denominada Brigada Hispana como columna vertebral que se coordinaba, no sin incidentes, con la ayuda italiana (Aviación Legionaria) y alemana (Legión Cóndor). Pero había más: en

septiembre de 1936, fue él quien propuso, so pena de abandonar sus cometidos, un mando único para dirigir no solo a los ejércitos sino a la entera España nacional, lo que tendría como consecuencia el nombramiento de Franco como generalísimo. Este, más allá de buscar siempre su respaldo en materias aéreas, consultaba a Kindelán decisiones de índole estratégica, tal era la confianza que tenía en él, tal era el prestigio de que gozaba por méritos propios. Tras la guerra tendría serios desencuentros con el dictador, quien acabaría apartándolo de los centros de decisión del régimen.

FRANCISCO LARGO CABALLERO

(Madrid, 1869-París, 1946)

Estuquista de oficio, albañil ocasional, sindicalista, miembro del Consejo de Estado durante la dictadura de Primo de Rivera, ministro de Trabajo en el primer bienio de la II República, líder de la Unión General de Trabajadores (UGT), presidente del Gobierno durante ocho cruciales meses de la Guerra Civil, exiliado y preso en un campo de concentración nazi, he aquí algunos títulos que resumen la trayectoria de este hombre de vida tan polémica como triste final. Aunque había contemporizado con la monarquía en su fase dictatorial, Largo quiso creer un decenio más tarde en la propaganda que lo ensalzaba como «el Lenin español», por lo que su campaña para las elecciones de febrero de 1936 fue francamente incendiaria, con abiertas alusiones al enfrentamiento entre españoles y proclamando claramente sus intenciones de caminar hacia la dictadura del proletariado.

Lo que no evitaría que la fuerza de una realidad tan contundente como la de una guerra civil templara sus ardores refrenando sus veleidades revolucionarias cuando fue nombrado presidente del Gobierno en septiembre de 1936, un tiempo en que las armas republicanas iban de fiasco en fiasco. Así, fue él quien promovería la creación de un ejército regular —«popular» pero a la vieja usanza— que disciplinase las disolventes fuerzas de las milicias… Y fue él quien intentó encauzar el «terror rojo» en la retaguardia por medio del establecimiento de los tribunales populares. También fue Largo Caballeo quien aprobó junto a su ministro de Hacienda, Juan Negrín, la entrega del oro del Banco de España a Moscú, lo que no evitaría que chocase con los consejeros de Stalin cuando estos se mostraron demasiado entrometidos en la gobernanza del país. Resultado:

campaña de difamación, renuncia al cargo y dimisión, exilio interior, huida y penalidades sin cuento en el campo de exterminio de Sachsenhausen, del que solo saldría para vivir apenas unos meses antes de fallecer en París: «Entre la monarquía o la república, yo elijo… la libertad».

JUAN MODESTO GUILLOTO LEÓN

(Puerto de Santa María, 1906-Praga, 1969)

La guerra civil española vio nacer en el bando republicano un curioso fenómeno: combatientes de milicias populares transformados en jefes de grandes unidades militares. No por casualidad, la influencia de la intervención soviética propició que algunos de los más destacados fueran miembros del PCE. Modesto fue uno de ellos y, si no resultó ser de los más brillantes, sí fue desde luego el que más alto llegó en la nueva jerarquía del Ejército Popular (para desesperación de ciertos mandos profesionales… y del propio presidente de la República: «El único que sabe leer un plano es el llamado Modesto. Los otros, además de no saber, creen no necesitarlo»).

Aserrador de profesión y amigo de la infancia de Rafael Alberti, soldado en Marruecos y turista accidental en la Unión Soviética, Modesto destacó ya antes de la guerra por su iniciativa e ímpetu revolucionario, siendo uno de los impulsores y primeros jefes del 5.º Regimiento comunista. Tras combatir en el frente de las sierras centrales, en la defensa de Madrid y en la batalla del Jarama, Juan Modesto fue elevado al mando de la más nutrida unidad de las nuevas fuerzas gubernamentales, el V Cuerpo de Ejército, que llevó el peso de la ofensiva sobre Brunete. Y, ya en 1938, del Ejército del Ebro. Tras la contienda, fijó su residencia en Praga, ciudad en la que moriría el 19 de abril de 1969.

FRANCISCO MORENO FERNÁNDEZ

(San Fernando, 1883-El Ferrol, 1945)

Francisco Moreno Fernández, almirante en jefe de la flota nacional entre 1936 y 1939, gaditano de nacimiento, ferrolano de crianza y curtido en una armada cuya oficialidad se había grabado a fuego la consigna «No más Santiagos de Cuba», dos veces medalla militar individual, es una de esas figuras esenciales para entender la guerra que incomprensiblemente han sido preteridas por las historias de la contienda. Nada más estallar esta, Franco llamaría muy pronto al mejor «lobo de mar» que tenía España en aquel momento, persona que además era de su entera confianza —sus madres habían sido íntimas amigas en El Ferrol— y a quien ya había recurrido durante la Revolución del 34. Ese hombre era el almirante Moreno, quien rehusaría cortésmente ocupar la jefatura de Estado Mayor de la Armada que se le proponía, pidiendo a cambio el mando de la flota, a pesar de poner con ello en riesgo su delicada salud, pues un jefe como él solo concebía una forma de hacer la guerra naval: desde el puente de mando de su buque insignia, que enarboló en el crucero Canarias.

Fue este hombre el que obraría el milagro de convertir una exigua marina en una poderosa fuerza de combate destinada a lograr no solo atemorizar hasta anularla a la contraria, sino establecer un bloqueo efectivo primero del Cantábrico y luego del Mediterráneo, protegiendo al tiempo el tráfico propio. Pero lo hizo con un sentido de la lealtad basado en el convencimiento de que a los jefes no hay que decirles lo que quieren oír, sino la realidad tal y como es. Llevó el timón de las operaciones navales con un éxito tan rotundo como inesperado, despertando pronto las envidias de más de uno que lucía su mismo uniforme y, lo que era peor, las suspicacias del caudillo. Unos roces que tendrían su máximo en los confusos días de marzo de 1939 en Cartagena, cuando la artillería de costa de los republicanos, desmoralizados pero todavía no vencidos, echaba a pique el Castillo de Olite, acabando con la vida de más de mil personas y amargando el dulce sabor de la victoria que ya paladeaba Franco. Postergado y con cierto amargor, Moreno fallecería en el Ferrol en 1945.

EMILIO MOLA VIDAL

(Placetas, Cuba, 1887-Alcocero, Burgos, 1937)

He aquí uno de los militares españoles más poderosos e influyentes de la primera mitad del siglo XX. El poder nominal se lo otorgaría el sucesor del dictador Primo de Rivera cuando fue nombrado director

general de Seguridad en los últimos tiempos de la monarquía, un destino en el que pudo conocer de primera mano los movimientos sociales del país. Y la influencia efectiva se la concedería el grupo de generales que, a partir de la primavera de 1936, confió en su metódica capacidad de planificación para organizar la conspiración que desembocó en el 18 de julio de 1936.

De ideas republicanas, Mola plantearía la conspiración como un movimiento de amplio espectro que incluyese formaciones políticas afines, como la Falange y el Requeté, en la idea de sostener dos «partidos», el primero social o progresista, y el segundo tradicionalista. La rebelión debería realizarse con la tricolor y al grito de «¡Viva la República!», pues en su ánimo el golpe estaba dirigido contra el gobierno de Frente Popular, no contra el régimen. Su prematura muerte, junto a las ideas conservadoras de Franco y sus acólitos, impedirían que este general llegara a desarrollar un ideario sociopolítico y económico coherente para la posguerra. Dejó escrita, entre otras, una de las mejores obras de las guerras de Marruecos, Dar Akobba.

BENITO MUSSOLINI

(Predappio, Italia, 1883-Giulino, Italia, 1945)

Mussolini, creador del fascismo desde sus orígenes socialistas, era todavía a la altura de 1936 un dirigente más poderoso que Hitler y también más respetado incluso entre las democracias occidentales. Mussolini tenía muchas cartas que jugar en el drama hispano: afianzar su poderío en el Mediterráneo, foguear a su flamante ejército, conseguir divisas, acrecer el prestigio internacional… y situar en Madrid un régimen favorable a sus intereses. Su presa más codiciada eran las islas Baleares, con cuya posesión podría cerrar un mar del que se creía propietario. Por eso, no dudó en enviar armas, además de miles de «voluntarios». Solo tras el desastre de Guadalajara, Mussolini atemperó sus intenciones, y sus fuerzas en España fueron sometidas a la disciplina emanada del Cuartel General del Generalísimo. Dicen que el duce se exasperaba por la lentitud con que Franco dirigía las operaciones, pero su genio militar quedaría en entredicho a partir de 1940. El resto —su caída, su ajusticiamiento, la descomposición de su país— ya es historia.

JUAN NEGRÍN LÓPEZ

(Las Palmas de Gran Canaria, 1892-París, 1956)

Cuando en la primavera de 1937 Negrín, catedrático de Fisiología e histórica figura del socialismo español, asumió la Presidencia de Gobierno se atrevió a hacer lo que sus predecesores, Largo Caballero y José Giral, no habían osado realizar: convertirse en un dictador de facto con el propósito de unir en su figura todas las decisiones político-militares y económico-financieras necesarias para ganar una guerra. Aunque para ello hubiera de encabalgarse en el oso ruso, granjearse poderosos enemigos en su propia zona y verse abocado a adoptar duras medidas… que llegaban con un año de retraso. Sus famosos «Trece Puntos para la Victoria» nacían como papel mojado en la mitad de un país cuyo pueblo estaba más interesado en las lentejas —«las píldoras del doctor Negrín»— que en una prolongación de la guerra y sus sufrimientos.

Unos meses antes, como ministro de Hacienda, Negrín fue el encargado de negociar la salida del oro del Banco de España a cambio de la ayuda soviética. Una decisión que sigue rodeando su figura de una fuerte polémica, pero se olvida que en la guerra un dirigente debe tomar decisiones drásticas. Una polémica que quizá siempre haya estado mal encauzada, en tanto que la duda no era si movilizar o no tal riqueza —ningún Gobierno en su sano juicio hubiera renunciado a esta ventaja financiera— sino hacerlo de la manera en que se hizo. Antes de morir, Juan Negrín dejaría en herencia al Estado español, es decir, al régimen de Franco, toda su documentación al respecto de la operación por si aún se pudiera rescatar parte del oro… Hasta la fecha.

INDALECIO PRIETO TUERO

(Oviedo, 1883-Ciudad de México, 1962)

La estación de trenes de Bilbao está presidida por un imponente busto de este vasco de adopción que fue Indalecio Prieto, un hombre que se

proclamaba «socialista a fuer de liberal» y profundamente patriota. Autodidacta, lector impenitente, infatigable escritor, Prieto fustigó con su verbo claro a los discípulos de Sabino Arana en la política local y a los monárquicos encubridores de la tragedia de Annual en el Congreso de los Diputados. Sus discursos «Con el Rey o contra el Rey, esa es la linde de demarcación», terminarían por encumbrarle dentro del PSOE.

Se dice que hay políticos a los que les cabe el Estado en la cabeza. Llegada la República, Prieto demostraría ser uno de ellos, pues se desempeñó como buen ministro de Hacienda y de Obras Públicas. Hasta que, con la victoria de las derechas en 1933, cometió su gran error: promover una prematura revolución, la de octubre de 1934. Cuando en 1936 Azaña le llamó para proponerle la jefatura de Gobierno, don Inda declaró que esa era una decisión que había de consultar con su partido… en el que tenía la enemistad de Largo Caballero, quien impediría esa combinación que, a juicio de algunos autores, podría haber evitado la Guerra Civil. Ya en pleno conflicto, Prieto se haría cargo de las carteras de Marina y Aire y, luego, de Defensa, hasta que los comunistas decidieron apartar del Ejecutivo a tan conflictivo personaje: las personas con ideas propias no gustaban en Moscú. Exiliado en México, escribió acertadísimos estudios sobre política hasta que falleció una madrugada tras suspirar: «¡Quiero volver a España, no puedo con tanta nostalgia!» (recogido de S. VALDIVIELSO, Alfonso: Indalecio Prieto. Crónica de un corazón, Barcelona, Planeta, 1984).

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA Y SÁENZ DE HEREDIA

(Madrid, 1903-Alicante, 1936)

Muchos españoles de la posguerra solo conocerían dos datos de Primo de Rivera, fundador de Falange Española: su nombre de pila, José Antonio, y su retrato. Exactamente los dos únicos datos que Franco quiso mantener como herencia de un hombre de fructífero pero quebrado quehacer político.

Tan espantado de la violencia revolucionaria de izquierdas como escarmentado con la miopía de unas derechas que gritaban a los jornaleros hambrientos «¡Comed República!», José Antonio decía cosas como que «repudiamos el sistema capitalista, que se desentiende de las necesidades populares… No es tolerable que masas enormes vivan

miserablemente mientras unos cuantos disfrutan de todos los lujos». Si sus enemigos nunca le perdonaron su origen aristocrático y su apuesta falangista, por lo que terminaron fusilándole, las derechas más reaccionarias, precisamente las más cercanas a Franco, jamás le perdonarían proclamas como la entrecomillada, por lo que abusaron de su figura… con tal de no llevar a la práctica ninguno de sus ideales.

VICENTE ROJO LLUCH

(Fuente la Higuera, Valencia, 1894-Madrid, 1966)

Comandante de infantería el 18 de julio de 1936 y general jefe del Estado Mayor Central del ejército republicano un año después; editor antes de la guerra y autor prolijo en la posguerra; católico y leal al Gobierno del Frente Popular, he aquí uno de los personajes que más interés ha suscitado entre los historiadores de la contienda, algunos para denostarlo, otros para ensalzarlo hasta límites injustificables, pues afirmar de Rojo que fue mejor militar que Franco es olvidar que este ganó la guerra y aquel la perdió.

Efectivamente, dentro de la trayectoria previa a la conflagración de este hombre estaba el mérito de haber levantado una interesante Colección Bibliográfica Militar, detalle que suele ser pasado por alto o no tenido demasiado en cuenta, ya que, además de un esfuerzo ingente, la selección de títulos para el catálogo de esta editorial dice mucho de quien iba a moldear para sorpresa de propios y extraños la arquitectura de todo un ejército popular de nueva planta; de un ejército, en rigor, rojo.

Mucho se ha escrito sobre por qué este hombre de perfil tan conservador, que se despidió de sus compañeros sitiados en el Alcázar con un ¡Viva España!, asegurándoles que ganarían la guerra por ser los mejores, permaneció leal al Gobierno. Los argumentos del juramento prestado o el de temor a las represalias sobre sus seres queridos podrían valer para explicar su adhesión a la República, pero pensamos que el celo demostrado después en su quehacer requeriría de una argumentación más compleja o matizada. Alguien ha aventurado que Rojo, organizador nato, se enamoró literalmente de una misión que primero había asumido solo como un reto profesional, llegando a convencerse finalmente de la bondad de la causa por la que luchaba. Lo que está claro es que sabría correr la adversa suerte de aquellos

soldados que tantas veces su lapicero había desplazado por los mapas de España, apurando con ellos el cáliz de la derrota y el exilio: «Me he quedado sin patria y sin casa y sin dinero». A diferencia de otros muchos, Rojo pudo regresar a su querida patria… eso sí, de forma discreta y solo para vivir unos últimos años de vida en que muy pocos de sus antiguos compañeros se atrevían a frecuentarle.

RAMÓN SERRANO SUÑER

(Cartagena, 1901-Madrid, 2003)

De refinados modales y brillante abogado, amigo íntimo de José Antonio y concuñado de Franco, derechista desengañado de la monarquía pero no falangista, he aquí las señas de identidad de quien habría de levantar el entramado jurídico del bando vencedor. Una tarea a la que se dedicó en cuerpo y alma desde que logró evadirse al bando nacional todavía con la amargura por el asesinato de sus dos hermanos en la zona republicana. Fue él quien convenció a Franco de que el nuevo régimen debía abandonar su estructura «campamental» para organizarse en un Estado de derecho sobre la base de unas leyes llamadas fundamentales. Y fue él quien pergeñaría aquel engendro jurídico en virtud del cual los rebeldes juzgaron a sus enemigos al acabar la guerra por el delito de… «rebelión militar».

Durante unos años cruciales, el general Franco confió plenamente en él, hasta que el poder político que estaba acaparando y su actitud ante las potencias del Eje llevaron al militar a desconfiar de él y a apartarlo definitivamente de los círculos de poder. Vuelto a sus labores de abogado, Serrano escribiría dos libros fundamentales para comprender todo el proceso político del primer franquismo: Entre Hendaya y Gibraltar y Entre el silencio y la propaganda, la Historia como fue.

ANTÓNIO DE OLIVEIRA SALAZAR

(Vimieiro, 1889-Lisboa, 1970)

Antes que Mussolini, Oliveira Salazar vio claro el nuevo panorama que

abría la guerra civil española en el escenario mundial. No en vano, su régimen había declarado su enemistad por la II República española desde los mismos comienzos (la recíproca también es válida). Catedrático de Economía Política y Finanzas, católico y partidario del colonialismo luso, Salazar llevaba desde 1932 gobernando Portugal bajo la fórmula del Estado Novo, en realidad un régimen corporativista y autoritario que había anulado las fuerzas progresistas de la nación. «La guerra civil de España es una lucha internacional en un campo nacional», proclamó poco después del 18 de julio.

Una de las muchas e incomprensibles lagunas de la bibliografía de la Guerra Civil es el apoyo del Portugal de Salazar a la España de Franco. Porque este no se limitó al envío de un puñado de voluntarios, ni siquiera al permiso para el libre tránsito de armas y mercancías por su territorio, sino que fue mucho más allá. Sin los créditos lusos el alzamiento no hubiera podido prosperar, y sin la política obstruccionista de Lisboa frente al comité de No Intervención, que llegó a marcar en algún momento la agenda internacional, no se entienden los asuntos exteriores relativos al drama fratricida. Eso sí: el reconocimiento oficial del Gobierno rebelde se demoró más de lo que hubieran deseado en Burgos. Lo cierto es que el padrino británico pesaba en Salazar…

IÓSIF STALIN

(Gori, 1878-Moscú, 1953)

En 1936 los planes quinquenales de Stalin estaban funcionando a pleno rendimiento. En el exterior, la Internacional Comunista había aceptado sus «sugerencias» para refrenar los ánimos revolucionarios e involucrarse en la creación de frentes populares social-republicanos en la Europa occidental. Tan solo restaba terminar de depurar la cúpula del Ejército Rojo… y liquidar en los gulags a todo enemigo real o imaginado.

Por eso, y al igual que Hitler, Stalin fue sorprendido por el estallido español, primero desagradablemente, luego de forma muy favorable. Su intervención en la península ibérica alejaba los focos de Moscú y de su esfera de influencia, con lo que tendría manos libres para completar su totalitario programa. Por otro lado, una escalada de armamento en España podría debilitar a nazismo y fascismo y, a la

vez, lanzar una señal de aviso a las democracias occidentales. Un reducido grupo de asesores para no levantar sospechas, una aceptación formal de la No Intervención… y un envío masivo de carros de combate, artillería, fusiles y aviación parecía ser la mejor jugada. Y, si además, esta quedaba pagada con las cuartas reservas de oro más importantes del mundo, la jugada se convertía en maestra. Una baza que sería redondeada con la firma de un pacto con la Alemania nazi, que quedaría definitivamente roto el 22 de junio de 1941, cuando comenzaba la Gran Guerra Patria…, su guerra.

MES	GUERRA	POLÍTICA	INTERNACIONAL
		1936	
Julio	**17.** Inicio de la sublevación en Marruecos. Primeras disposiciones del Gobierno para bloquear el estrecho de Gibraltar.		
	18. Sublevación de la Comandancia General de Canarias. Sublevación de la base naval de San Fernando y de Cádiz. Sublevación de Sevilla (2.ª División). Le siguen Córdoba y Granada, que quedarán aisladas. Fracaso de la rebelión en Almería, Huelva, Jaén y Málaga. Inicio de la sublevación en Zaragoza (5.ª División), Burgos (6.ª) y Valladolid (7.ª).	**18.** El Gobierno comunica por radio que «se ha frustrado un intento criminal contra la República». Los sindicatos UGT y CNT declaran la huelga general en toda España al grito de «armas para el pueblo». Dimisión del presidente de Gobierno, Santiago Casares Quiroga, que es sustituido por Diego Martínez Barrio.	

MES	GUERRA	POLÍTICA	INTERNACIONAL
Julio	La aviación gubernamental bombardea Tetuán, primera localidad de la retaguardia en sufrir un ataque aéreo.		
	19. El general Mola declara el estado de guerra en Pamplona. Sublevación de la Comandancia General de Baleares (Ibiza y Mallorca). Fracaso de la sublevación en la Base Naval de Mahón (Menorca). Sublevación de Oviedo (Comandancia de Asturias). Los republicanos ponen cerco a la ciudad así como a los cuarteles de Gijón (Simancas). Fracaso de la sublevación en Barcelona (4.ª División). Con ella, toda Cataluña queda para la República. Los sublevados comienzan a pasar tropas desde el protectorado a la península.	**19.** Martínez Barrio desiste en su tarea de formar un gabinete de reconciliación nacional. José Giral, nuevo presidente de Gobierno. Comienza el reparto de armas al pueblo. Motines en los buques de guerra cuya oficialidad es sospechosa de ser proclive a la sublevación.	**19.** José Giral comienza a enviar solicitudes de ayuda a Gobiernos extranjeros (Francia).
	20. Sublevación de La Coruña (8.ª División). Fracaso de la sublevación en Madrid (1.ª División).	**20.** El general Sanjurjo, designado como jefe de la rebelión, muere en accidente de aviación.	**20.** Los sublevados empiezan a enviar emisarios a potencias extranjeras en demanda de ayuda (Alemania e Italia).

MES	GUERRA	POLÍTICA	INTERNACIONAL
Julio	Fracaso de la sublevación en la base naval de Cartagena y en las aeronavales de San Javier y Los Alcázares (Murcia).		
	21. Sublevación en las bases navales de El Ferrol y Ríos-Marín. Sublevación del coronel Moscardó en Toledo. Comienza el asedio del Alcázar. Fracaso de la sublevación en Santander, Bilbao y San Sebastián.	**21.** El PNV proclama su adhesión a la República.	
	22. Fracaso de la sublevación en Valencia (3.ª División).		
	23. Comienzan los combates en la sierra de Madrid.		
	24. Desde Cataluña parten hacia Aragón las primeras columnas anarquistas.	**24.** Los sublevados constituyen en Burgos la Junta de Defensa Nacional.	
	25. Los republicanos toman Albacete.		**25.** Giral solicita apoyo a la Unión Soviética. Llegada de los primeros aviones franceses en apoyo de la República. Mussolini se compromete a enviar ayuda a los sublevados. Pronto le seguirá Hitler.

MES	GUERRA	POLÍTICA	INTERNACIONAL
Julio			La Komintern decide el envío de voluntarios a favor de la República. Oliveira Salazar propone movilizar al ejército portugués en apoyo a la sublevación.
	29. Los nacionales toman Huelva.		**29.** Comienzan a llegar aviones italianos y alemanes en apoyo de los rebeldes.
Agosto	**1.** Desde Sevilla, los sublevados enlazan con la ciudad de Córdoba. Desde Galicia, los sublevados lanzan fuerzas en socorro de la ciudad de Oviedo, sitiada. **2.** Desde Sevilla, parten las primeras columnas rebeldes en dirección a Madrid.		**1.** Francia y Reino Unido deciden defender en Europa una política de No Intervención en la guerra de España.
		3. El general Franco pasa a formar parte de la Junta de Defensa Nacional.	
			4. Francia presenta formalmente la propuesta de No Intervención ante la Sociedad de Naciones. A pesar de reticencias expresadas por Alemania, Italia, Portugal y la Unión Soviética, no se produce ninguna negativa.

MES	GUERRA	POLÍTICA	INTERNACIONAL
Agosto	**5.** «Convoy de la Victoria»: los sublevados logran pasar un contingente de tropas y material por mar desafiando el bloqueo de la flota gubernamental.		**5.** En Estados Unidos, el Gobierno de Roosevelt muestra su intención de mantenerse al margen del conflicto español.
		6. Buques republicanos acogidos a Tánger son obligados a abandonar la ciudad internacional del norte de Marruecos.	
	8. Los republicanos toman Ibiza y Formentera.		
	14. Los nacionales toman Badajoz.	**14.** Comienza la represión de los sublevados contra los defensores de Badajoz.	
		15. Los nacionales adoptan la bandera rojigualda como enseña de su movimiento.	
	16. Los republicanos, tras conquistar Ibiza y Formentera, desembarcan en Mallorca.		
	18. Los nacionales enlazan con la ciudad de Granada.		
		19. Asesinato del poeta Federico García Lorca en Granada.	
	21. Los republicanos terminan con la resistencia de los alzados en los cuarteles de Gijón.		

MES	GUERRA	POLÍTICA	INTERNACIONAL
Agosto		**23.** Ante el terror revolucionario, el Gobierno decide crear los «tribunales populares» como forma de canalizar la represión. Ello no impide el asesinato de presos en la Cárcel Modelo de Madrid	
	27. Primer bombardeo aéreo sobre Madrid.		
			30. Llega a Madrid por vez primera un embajador de la URSS, Marcel Rosenberg. Viene acompañado de agentes y asesores político-militares.
Septiembre	**4.** Los nacionales entran en Irún y cierran para los republicanos el puente internacional con Francia.	**4.** Dimisión del presidente de Gobierno José Giral. Le sustituye el socialista Francisco Largo Caballero.	
	Reembarque de las fuerzas republicanas que habían desembarcado en Baleares tras fracasar en el intento.		
	9. Fuerzas rebeldes del Norte y del Sur enlazan a través de la sierra de Gredos.		**9.** Conferencia de Londres sobre la No Intervención en España.
	12. Comienza el sitio republicano contra fuerzas de la Guardia Civil acogidas al santuario de la Virgen de la Cabeza (Jaén).		

MES	GUERRA	POLÍTICA	INTERNACIONAL
Septiembre	**13.** Los nacionales toman San Sebastián.		
			16. Stalin autoriza la «Operación X», nombre clave para su involucración en la guerra a favor de la República. Envío de armas y consejeros a cambio de oro.
	22. El grueso de la flota republicana parte hacia el Cantábrico.		
	27. Los nacionales toman Toledo y levantan el sitio del alcázar.		
	29. Combate del cabo Espartel: cruceros nacionales hunden el destructor *Almirante Ferrándiz,* levantando así el bloqueo del estrecho.	**29.** La Junta de Defensa Nacional nombra a Franco jefe de Gobierno y generalísimo de los ejércitos.	
Octubre		**1.** Se aprueba el estatuto de autonomía del País Vasco. Juramento oficial de Franco como generalísimo en Burgos.	
		3. Creación de la Junta Técnica del Estado, una especie de nuevo Gobierno para la España nacional.	

MES	GUERRA	POLÍTICA	INTERNACIONAL
Octubre			**7.** El buque soviético *Komsomol* atraca en Cartagena con el primer envío de ayuda rusa.
			14. Albacete, cuartel general y base de las Brigadas Internacionales.
		15. Largo Caballero crea el Comisariado de Guerra dentro de su plan de creación de un ejército popular.	
	17. Los nacionales levantan el sitio de Oviedo, que logran auxiliar por medio de un frágil corredor.		
			23. Portugal rompe relaciones con la República.
			25. Salen del puerto de Cartagena cuatro mercantes soviéticos que transportan 7800 cajas con la mayor parte de las reservas de oro del Banco de España.
	28. Entran en combate por vez primera aviones soviéticos.		
		29. El intelectual de la generación del 98 Ramiro de Maeztu, asesinado en Madrid.	

MES	GUERRA	POLÍTICA	INTERNACIONAL
Noviembre		**6.** La capitalidad de la República se traslada de Madrid a Valencia.	
	7. Comienza la batalla por Madrid.	**7-8.** Represión republicana: comienzan las matanzas organizadas de Paracuellos del Jarama.	
			8. Guatemala y El Salvador, primeros países en reconocer al Gobierno de Franco.
	15. Los nacionales penetran en la Ciudad Universitaria de Madrid.		
			18. Alemania e Italia reconocen oficialmente al Gobierno de Franco.
		19. El líder anarquista Durruti, mortalmente herido en el frente de Madrid.	
		20. Fusilamiento de José Antonio Primo de Rivera, fundador de FE-JONS, en la cárcel de Alicante.	
	23. Franco ordena cancelar el asalto directo a Madrid. Fin de la batalla por la capital.		
			25. Firma del Pacto AntiKomintern entre el imperio japonés y la Alemania nazi.
	30. Ofensiva republicana sobre Villareal (Álava).		

MES	GUERRA	POLÍTICA	INTERNACIONAL
Diciembre	**16.** Comienzo de la ofensiva nacional sobre la carretera de La Coruña para mejorar sus posiciones en torno a Madrid.		
	24. Fracaso de la ofensiva republicana sobre Villarreal.		
		31. Abandonado por unos y por otros, muere Miguel de Unamuno en Salamanca.	
		1937	
Enero	**9.** Culmina la ofensiva nacional sobre la carretera de La Coruña con la toma de la cuesta de las Perdices.		**9.** Estados Unidos decreta el embargo de armas a ambos bandos.
	16. Fin de las operaciones en torno a la carretera de La Coruña.		
		19. Inauguración en Salamanca de Radio Nacional de España.	
Febrero	**6.** Comienzo de la batalla del Jarama.		
	8. Los nacionales toman Málaga.	**8.** Tras una dura represión republicana, Málaga vuelve a ser objeto de represalias, esta vez realizadas por los	

MES	GUERRA	POLÍTICA	INTERNACIONAL
		nacionales. Bombardeos marítimos de la población que huye desde la ciudad hacia Almería. (la «Desbandá»).	
	27. Fin de la batalla del Jarama, con resultado dudoso.		
		28. La España nacional retoma la Marcha Real como himno, junto al *Cara al sol* de la Falange y el *Oriamendi* de los carlistas.	
Marzo			**1.** Cantalupo presenta credenciales como embajador de Italia ante el Gobierno de Franco.
			3. Von Faupel presenta credenciales como embajador de Alemania ante el Gobierno de Franco.
	8. Inicio de la batalla de Guadalajara. El peso de la operación recae sobre el cuerpo de voluntarios italianos, CTV.		
	25. Fin de la batalla de Guadalajara con triunfo republicano.	**25.** La propaganda republicana explota el éxito de sus armas ante fuerzas de la Italia fascista.	
	31. Comienzo de la ofensiva nacional sobre el norte de España.		

MES	GUERRA	POLÍTICA	INTERNACIONAL
Abril	Durante todo el mes, el nuevo Ejército Popular de la República se estrena en ofensiva en distintos lugares (carretera de La Coruña, Huesca, Extremadura…).	**19.** Decreto de Unificación de Partidos Políticos en la zona nacional. Nace Falange Española Tradicionalista y de las JONS.	
	26. Bombardeo aéreo de Guernica por parte de aviones italianos y, en su mayoría, alemanes (Legión Cóndor).		
	30. El acorazado nacional *España* colisiona con una mina y se hunde frente a la costa de Santander.		
Mayo	**1.** Los republicanos acaban con el foco rebelde del santuario de la Virgen de la Cabeza (Jaén).		
		3-8. Sucesos de mayo en Barcelona. Enfrentamientos entre anarquistas y el POUM, por un lado, contra las autoridades centrales y de la Generalitat, por otro.	
			12. Julián Besteiro es enviado a Londres con motivo de los funerales de Jorge VI. Su objetivo real es buscar con Anthony Eden, responsable de Exteriores británico, un plan de mediación en la guerra de España.

MES	GUERRA	POLÍTICA	INTERNACIONAL
		15. Dimisión de Largo Caballero. Primer Gobierno de Juan Negrín.	
	29. La aviación republicana bombardea el acorazado *Deutschland.*		**29.** Crisis internacional por los sucesos del *Deutschland.*
	30. En represalia por el bombardeo del 29, otros buques de guerra alemanes bombardean Almería.		
	Ofensiva republicana en La Granja de Segovia al objeto de ralentizar el avance nacional en el norte. Pronto fracasará.		
Junio		**3.** Muerte del general Mola en accidente de aviación. Le sustituye en el mando del Ejército del Norte el general Fidel Dávila.	
	13. Los nacionales rompen las defensas del Cinturón de Hierro de Bilbao.		
	17. El acorazado republicano *Jaime I* se hunde tras una explosión interna en la base naval de Cartagena.		
	19. Los nacionales entran en Bilbao.		

MES	GUERRA	POLÍTICA	INTERNACIONAL
Junio		**20.** Asesinato de Andreu Nin, líder del POUM. Ha sido acusado de trotskista por los comunistas leales a Stalin, responsables de su desaparición.	
Julio		**1.** Carta colectiva de los obispos españoles en favor de la causa nacional y denunciando la persecución religiosa en la España republicana.	
	5. Comienzo de la batalla de Brunete, una potente ofensiva republicana al oeste de Madrid.		
			7. Comienzo de la guerra chino-japonesa.
			12. Firma de un acuerdo económico entre la Alemania de Hitler y la España nacional.
	27. Con la reconquista del pueblo de Brunete por fuerzas nacionales, se da por concluida la batalla.		
Agosto		**11.** Fuerzas de disciplina comunista lideradas por Enrique Líster acaban con el Consejo de Aragón anarquista.	
	24. Inicio de la ofensiva republicana contra Zaragoza (batalla de Belchite).		

MES	GUERRA	POLÍTICA	INTERNACIONAL
Agosto	**26.** Los nacionales toman Santander.		
Septiembre	**6.** Con la ocupación del pueblo zaragozano por fuerzas gubernamentales se da por concluida la batalla de Belchite.		
			10-14. Conferencia de Nyon. Las naciones ribereñas del Mediterráneo acuerdan vigilar las costas para evitar la actuación de submarinos y buques corsarios al servicio del bando nacional.
Octubre		**7.** Creación en el bando nacional del Servicio Social, obligatorio para las mujeres.	
	21. Los nacionales toman Gijón y Avilés. Hundimiento definitivo del frente norte republicano.		
		28. El Gobierno republicano anuncia su traslado desde Valencia a Barcelona.	
			29. Yugoslavia reconoce al Gobierno de Franco.
Noviembre		**2.** El Gobierno Autónomo vasco se acoge a Barcelona.	

MES	GUERRA	POLÍTICA	INTERNACIONAL
Noviembre			**11.** Reino Unido y la España nacional firman un acuerdo comercial. El duque de Alba representará oficiosamente en Londres al Gobierno de Franco.
Diciembre			**1.** Japón reconoce al Gobierno de Franco **6.** Uruguay reconoce a la España de Franco.
	8. Los nacionales bombardean Barcelona. Los republicanos, en represalia, Palma de Mallorca. **15.** Inicio de la batalla de Teruel.		
		1938	
Enero	**8.** Los republicanos ocupan Teruel, primera y única capital de provincia nacional en caer.		A lo largo del mes, China contraataca a las fuerzas invasoras japonesas. Además, crece la tensión entre la URSS y Japón por los problemas fronterizos en Manchukuo. **28.** Turquía reconoce al Gobierno de Franco.
		30. Franco disuelve la Junta Técnica y constituye oficialmente su primer Gobierno. El aparataje legal del nuevo régimen va siendo	

MES	GUERRA	POLÍTICA	INTERNACIONAL
		levantado por el que es entonces su mano derecha, Ramón Serrano Suñer.	
Febrero	**5.** dentro de sus planes de contraofensiva en Teruel, los nacionales lanzan la operación del Alfambra, que incluye una carga de Caballería.		
	22. Los nacionales recuperan Teruel.		
	23. Fin de la batalla de Teruel.		
Marzo	**6.** La flota republicana hunde al crucero *Baleares* frente al Cabo de Palos.		
		7. Promulgación del Fuero del Trabajo en la zona franquista.	
	9. Inicio de la contraofensiva general de los nacionales al norte y al sur del Ebro.		
			12. Hitler invade Austria.
		30. Dimisión de Indalecio Prieto como ministro de Defensa.	
Abril	**4.** Los nacionales toman Lérida.		
		5. Segundo Gobierno de Negrín.	

MES	GUERRA	POLÍTICA	INTERNACIONAL
			10. Rumanía reconoce al Gobierno de Franco.
	15. Los nacionales llegan al mar Mediterráneo por Vinaroz y Benicarló. La zona republicana queda partida en dos.		
	18. Comienzo de la ofensiva nacional sobre Levante.		
Mayo	Durante todo el mes, duros combates en la provincia de Castellón.	**1.** Trece Puntos de Negrín.	
			4. El Vaticano reconoce oficialmente a la España de Franco.
			14. Portugal reconoce oficialmente al Gobierno de Franco.
Junio	**14.** Los nacionales toman Castellón.		
Julio	**13.** La ofensiva nacional sobre Valencia, detenida en la sierra del Espadán (línea defensiva XYZ).		
		18. En el segundo aniversario del inicio de la guerra, Azaña pronuncia el discurso «Paz, piedad y perdón».	
	25. Inicio de la batalla del Ebro.		

MES	GUERRA	POLÍTICA	INTERNACIONAL
Julio			**27.** Holanda reconoce oficialmente a la España de Franco.
Agosto	Contención de la ofensiva republicana en torno a Gandesa y primeros contrataques nacionales.		
Septiembre	Continúa la batalla del Ebro. Lucha de desgaste.		**21.** Negrín anuncia a la Sociedad de Naciones la retirada de los voluntarios internacionales. **29.** Acuerdos de Múnich.
Octubre	Batalla del Ebro. Últimas contraofensivas nacionales.		**1.** Alemania ocupa la región checoslovaca de los Sudetes. **14.** Los italianos retiran una parte de sus fuerzas en España.
Noviembre	**16.** Fin de la batalla del Ebro.		
Diciembre	**23.** Comienza la ofensiva nacional sobre Cataluña.		Tras su defenestración como ministro, el socialista Indalecio Prieto inicia una gira por América para recabar apoyos en favor de la República.
		1939	
Enero	**5.** Los republicanos inician la ofensiva en el sector de Peñarroya.		

MES	GUERRA	POLÍTICA	INTERNACIONAL
			13. Bélgica reconoce al Gobierno de Franco.
	15. Los nacionales toman Tarragona.		
		23. Tras treinta meses de lucha, el Gobierno de la República decreta el estado de guerra.	
	26. Los nacionales entran en Barcelona.		
	Paz negociada en Menorca, que pasa a poder de los sublevados.		
Febrero	**4.** Los nacionales ocupan Gerona.		
	5. Fin de la batalla de Peñarroya.		
	11. Los nacionales llegan a la frontera con Francia. Fin de la ofensiva sobre Cataluña.		
			19. Polonia reconoce al Gobierno de Franco
		27. Azaña dimite como presidente de la República.	**27.** Francia y Gran Bretaña reconocen oficialmente al Gobierno de Franco. También Argentina.

MES	GUERRA	POLÍTICA	INTERNACIONAL
Marzo	**5.** Sublevación de Cartagena, fracasada.	**5.** Golpe de Estado del coronel Casado.	
	5-12. Combates en Madrid entre partidarios de Casado y fuerzas obedientes a Negrín. Victoria de los primeros.		
			6. En Bizerta, Túnez (colonia francesa), es internado el grueso de la flota republicana.
Abril	**28.** Los nacionales entran en Madrid.		
	29. Los nacionales toman Guadalajara, Cuenca, Ciudad Real, Albacete y Jaén.		
	30. Los nacionales toman Valencia y Alicante.		
	31. Los nacionales ocupan Murcia, Cartagena y Almería.		
Mayo	**1.** Último parte de la guerra firmado por el general Franco en Burgos.		

Terminología

El origen del término «nacionales» es confuso y sorprende la poca atención que han prestado los investigadores a rastrearlo. Una de las hipótesis apunta a que, durante los primeros días de la sublevación, el general Mola hizo unas declaraciones a la prensa británica, cuyos periodistas emplearon la palabra nationalists para referirse a los rebeldes. Puesto que la traducción literal del término —'nacionalistas'— planteaba problemas obvios en España, los periódicos de esta tendencia pronto empezaron a utilizar un vocablo equivalente, «nacionales». Otra es más sencilla y, por tanto, más realista: cuando los generales alzados crearon un organismo para el gobierno de su zona emplearon una denominación que aglutinaba a todas las tendencias representadas en la insurrección: Junta de Defensa Nacional. De ahí a «nacionales» el paso es inmediato. Por último, no se debe olvidar que el vocablo tiene mucho de intuitivo, por lo que quizá naciera de una forma espontánea: muchos partidarios del alzamiento no eran ni falangistas ni carlistas, no eran monárquicos ni, todavía «franquistas», por lo que la palabra nacional los agrupaba sin más componendas o matices políticos.

Pero como «toda historia es historia contemporánea», en este libro se ha preferido utilizar la palabra «nacional» para referirse al bando insurgente pues es más fiel a la realidad de los hechos y, muy importante, por resultar menos inconveniente en términos actuales. Aunque sus enemigos los tildaran de fascistas, es difícil aplicar este término a quienes formaron en este bando, pues únicamente una facción, la de Falange, podía asimilarse —y solo con muchas prevenciones— a los movimientos totalitarios de la época. «Franquista» es, quizá, una palabra más acertada, pero únicamente podría emplearse con rigor al referirnos a sucesos posteriores al 1 de octubre de 1936, cuando Franco fue nombrado «generalísimo» y jefe del Estado. «Sublevados» o «rebeldes» también son vocablos que se ajustan a la realidad, si bien es mejor aplicarlos para los primeros tiempos de la guerra, cuando el movimiento acababa de estallar, pues avanzada la contienda esta zona ya conformaba un conjunto de suficiente entidad como para seguir refiriéndose a él por sus orígenes.

El término «republicanos» para nombrar a los partidarios del Gobierno del Frente Popular parece obvio pero requiere, sin embargo, de una explicación. Muchas fuerzas de izquierda se declaraban expresamente

antirrepublicanas, por lo que el vocablo no era de su agrado. La prensa moderada, sin embargo, empleó desde el principio la palabra por considerar que aglutinaba todas las sensibilidades políticas de este bando. El término comienza a generalizarse cuando la influencia de la intervención comunista se hace más notoria, pues uno de sus objetivos era domeñar la revolución anarquista e insistir en la legitimidad de origen del régimen para recuperar crédito ante la opinión pública internacional. Por esos mismos tiempos, muchas banderas rojas, aun siendo ampliamente utilizadas, volvían a ceder el paso a la tricolor. Incluso los partes de guerra de las fuerzas progubernamentales solo empiezan a emplear la palabra «republicanos» de forma generalizada a partir de septiembre de 1936 (antes evitan el término con expresiones del tipo «unidades afectas», «partidarios del Frente Popular» o similares).

Por otra parte, de nuevo la prensa inglesa tildaba a esta zona de loyalist o 'leal', de forma que ambos términos se utilizaron profusamente por venir a recalcar la legalidad de su causa frente a los fascistas. La palabra «rojos» es problemática. Aunque muchas unidades u organizaciones del bando republicano la utilizaron como timbre de gloria, su connotación peyorativa ha ido ganando históricamente campo semántico, por lo que es preferible no emplearlo. Además, muchos partidarios de este bando no podían ser considerados rojos en el sentido que entonces se le daba, esto es, como denominación para los movimientos proletarios simpatizantes de la Revolución rusa de 1917. Muchos eran republicanos moderados o lo que luego se llamaría «socialdemócratas». Hoy día la intención denigratoria con que se utiliza la palabra «rojo» parece evidente, por lo que en este libro solo se ha empleado en alguna cita textual. Así, por aunar rigor histórico y corrección actual, aquí se ha recurrido con preferencia a los vocablos «republicanos», «leales» o «gubernamentales», también «frentepopulistas».

Los historiadores deben saber un poco de mucho y no les es exigible que sean especialistas en todas las materias que abarca su campo de estudio. No obstante, cuando se trata de una guerra, el investigador debiera conocer o saber diferenciar ciertos términos castrenses para evitar errores como confundir un obús con un cañón, una brigada con una división o un capitán con un comandante. En este estudio hemos tratado de respetar la jerga militar tradicional en España. Así, «pequeñas unidades» hace referencia a aquellos conjuntos de tropas de menor entidad que una brigada (unos tres mil soldados): batallón, compañía, sección y pelotón. Por «grandes unidades» se entiende aquellas agrupaciones superiores a brigada: división (entre diez y doce mil hombres), cuerpos de ejército (agrupación de divisiones), ejércitos

(agrupación de cuerpos) e incluso grupos de ejército (agrupación de varios ejércitos actuantes en una zona u operación).

La numeración que emplean los militares es acertada por sencilla y clarificadora. Para evitar confusiones, utilizan alternativamente caracteres arábigos o romanos. Así, IV Batallón, Regimiento Saboya n.º 6, XI Brigada Internacional, 13.ª División, V Cuerpo de Ejército o Ejército del Norte. Aunque muchos autores e incluso documentos oficiales de la época no siguen este criterio, aquí lo hemos hecho a efectos de uniformizar un asunto que puede resultar espinoso por las complicaciones derivadas de confundir unidades no solo de un mismo bando, sino de los dos ejércitos contendientes.

La palabra inglesa tank vale por 'tanque', común en la jerga no especializada. En ambientes castrenses se prefiere siempre la palabra «carro de combate» o, sencillamente, «carro». Aunque muchos de los vehículos blindados en la guerra de España no eran propiamente carros de combate (oruga para desplazarse, cañón para combatir, coraza para protección), ha sido el vocablo preferido en esta obra. Cuando se habla de artillería, muchos autores suman piezas indiscriminadamente. Lo mejor es agruparlas por especialidades, lo que además permite sacar ciertas conclusiones sobre los apoyos foráneos: artillería de campaña, de costa, montada, pesada, naval, antiaérea, contracarro…

Un caza es el avión destinado a interceptar y derribar aparatos contrarios; los bombarderos pueden ser de apoyo táctico a las unidades de tierra o de tipo pesado, aptos para el castigo de nudos y ciudades en la retaguardia. En 1936, el «capital ship» o buque más importante de una armada era el acorazado, todavía no el portaaviones. Los cruceros eran autónomos, maniobreros y potentes, válidos para la guerra al corso. Destroyers o destructores eran unidades más ligeras pero sumamente veloces y capaces de lanzar torpedos, un arma muy eficaz en la guerra naval. Los submarinos de la época no eran tales, sino meramente sumergibles, es decir, podían operar en inmersión pero sus travesías antes del combate las hacían en superficie.

Por último, palabras como «generalísimo» o «caudillo», führer o duce solo han sido empleadas en citas textuales o debidamente entrecomilladas. La razón es obvia…

Bibliografía comentada

Cuando el autor de estas líneas publicó en 2017 su obra Guerra Civil española. Los libros que nos la contaron (La Antorcha), añadió un anexo titulado «Cien obras básicas sobre la Guerra Civil española». En él podía leerse lo siguiente:

Concluimos con un ramillete de obras, cien más una de propina, que no son ni las mejores ni, acaso, las más representativas, pero sí las que mejor reflejan el espíritu de cada tiempo dentro del enfoque cronológico con que hemos abordado este trabajo.

La presente orientación bibliográfica será, por el contrario, temática. Y de nuevo la lista, sobre ser inevitablemente subjetiva, se dejará muchos títulos por el camino. Porque sabido es que la bibliografía de la contienda del 36/39 es literalmente inabarcable (acaso más de noventa mil referencias en los últimos censos académicos realizados). De lo que aquí se trata es de mostrar al lector el «andamiaje» sobre el que se ha levantado este libro y proporcionar al que quisiera saber más ciertos hilos de los que tirar para conocer mejor el drama.

Por supuesto, en ella figuran libros de todas las «sensibilidades» y tendencias: leer solo a derechas o solo a izquierdas no tiene ningún sentido cuando se trata de estudiar una guerra civil tan compleja como la española. Junto a los estudios más fiables de cada materia, figurarán guiños a clásicos o a ciertas obras menos representativas pero que han resultado de gran utilidad en el proceso de documentación de esta historia. En general, se citará la edición de fecha más antigua, para entender en qué marco temporal y circunstancias se escribió determinado texto, pero en otras ocasiones, por el contrario, se apuntará la edición más avanzada o completa, en la inteligencia de que esa fue la última que dio por válida el autor de que se trate, pues algunos de ellos dedicaron toda una vida a perfeccionar sus obras con el noble propósito de iluminar la tragedia.

Obras generalistas

Cuatro grandes autores escribieron en su momento obras generalistas sobre la España contemporánea. Algunas de ellas abandonaban el estricto campo de la historia para adentrarse en el de la reflexión moral, tan sugerente. Su lectura nos ayuda a entender el gran marco de la Guerra Civil. Salvador de Madariaga culminó en el exilio una en la que venía trabajando durante décadas: España. Ensayo de historia contemporánea (México-Buenos Aires, Hermes, 1955). Quince años después, la entrañable Biblioteca Básica RTV publicaba la versión definitiva de Aproximación a la historia de España, del maestro Jaume Vicens Vives (Madrid, Salvat-Alianza, 1970). Dos historiadores de raza que nos han sido presentados como antagónicos, cuando en realidad siempre se respetaron mutuamente y dialogaban a través de sus obras, ciertamente complementarias, hicieron lo propio con sendos textos que conviene leer en paralelo. Son Manuel Tuñón de Lara, autor de La España del siglo XX (París, Librería Española, 1966), y Ricardo de la Cierva, autor de Historia básica de la España actual (Barcelona, Planeta, 1974).

Antecedentes

Sobre la historia de la II República española, apenas cinco años en la gran rueda del tiempo, se ha escrito casi tanto como de la propia Guerra Civil. Para empezar, habría que consultar el documento fundacional del régimen del 14 de abril, la Constitución de la República Española, al alcance de un clic en internet o en ediciones facsímiles que lucen en sus portadas la bandera tricolor. Un clásico de gran formato y eminentemente visual, que además tiene la virtud de repasar los numerosos Gobiernos de esta tan convulsa como apasionante etapa, sigue siendo de gran ayuda: La Segunda República. Imágenes, cronología y documentos, de Jesús Lozano (Barcelona, Acervo, 1973). Una síntesis más reciente que cumple bien su doble carácter de texto divulgativo y ecuánime es la Historia de la Segunda República Española, firmada por Luis Palacios Bañuelos (Córdoba, Almuzara, 2021). Las elecciones de febrero del 36 han hallado al fin el estudio que merecían en 1936. Fraude y violencia en las elecciones del Frente Popular, de Álvarez Tardío y Villa García (Madrid, Espasa, 2017).

Las intrigas contra la República han sido en general correctamente

analizadas, aunque no estaría de más profundizar y matizar ciertos hechos en futuros estudios. Lo mejor en este apartado es acudir directamente a la fuente, el director de la conspiración, general Emilio Mola Vidal, con sus voluminosas Obras completas publicadas a título póstumo (Valladolid, Librería Santarén, 1940). En la actualidad, Roberto Muñoz Bolaños ha ofrecido un panorama sintético pero a la vez exhaustivo en Las conspiraciones del 36. Militares y civiles contra el Frente Popular (Barcelona, Espasa, 2019). Solapando la conspiración con la propia sublevación, existe un atlas firmado por Víctor Hurtado titulado La sublevación (Barcelona, DAU, 2011). Su excelente factura gráfica nos permite «visualizar» los dramáticos hechos con los que comenzaba la conflagración. Y la novela de no ficción que firmara en su día Luis Romero sobre los primeros compases de la tragedia sigue siendo una lectura indispensable… y conmovedora: Tres días de julio (Barcelona, Ariel, 1967, hay reimpresiones posteriores).

Política

Quizá solo exista una obra generalista, objetiva y amena del conflicto, el clásico La guerra civil española del inglés Hugh Thomas. No en vano se dice que los anglosajones son maestros a la hora de instruir deleitando o de divulgar sin menoscabo del rigor. A más de sesenta años de su aparición, generaciones de historiadores no han sido capaces de superar al lord, dicho sea en mérito de este y en demérito de los investigadores que le han sucedido. Si su primera edición en Ruedo Ibérico contenía muchos errores, el éxito de Thomas fue ir limpiando su texto, que afortunadamente sigue en el mercado (Barcelona, Debolsillo, 2018, última edición). Convendría leerlo junto al que pudiera ser considerado su precedente, El laberinto español, de Gerald Brenan (París, Ruedo Ibérico, 1962, existen reediciones).

Más recientemente, otro extranjero, esta vez italiano, ha estudiado las dimensiones políticas del conflicto en ambas zonas. Se trata de Gabriele Ranzato y su meritorio El eclipse de la democracia. La guerra civil española y sus orígenes, 1931-1939 (Madrid, Siglo XXI, 2006). Siguiendo la estela de otro buen hispanista, Stanley Payne, Ranzato intenta no solo estudiar la problemática española de los años treinta del siglo pasado, sino hacerlo además de forma comparada con la de otros países europeos. Para la evolución política de la zona nacional, el Franco en la Guerra Civil (Barcelona, Tusquets, 1992) de Javier

Tussell envejece bien y nos describe el proceso en virtud del cual un «Estado campamental» se convirtió en un Estado «de derecho» (sostenido, eso sí, sobre bayonetas). Lo mismo valdría decir para la España republicana de La guerra civil española. Revolución y contrarrevolución, del galés Burnet Bolloten (Madrid, Alianza, 2015). Habría que advertir sobre el agrio debate que genera este libro desde sus primeras ediciones, en especial entre ciertos ámbitos de izquierda, quienes olvidan que las opiniones del autor son obviamente discutibles, si bien la catarata de datos que aporta difícilmente puede ser puesta en tela de juicio.

Durante más de treinta años de excelencia como editor, Rafael Borràs dirigió para Planeta la colección «Espejo de España». Borràs sugería, encargaba y animaba a historiadores y testigos de toda tendencia a estudiar la historia contemporánea de España, con especial atención a la Guerra Civil. Una de las mejores obras de la serie es un diccionario… que se puede leer del tirón, tal es el acierto de su autor, Manuel Rubio Cabeza: Diccionario de la guerra civil española (Barcelona, Planeta, 1987). Por él desfilan entradas relativas a personajes públicos, partidos políticos, hechos bélicos, represión, etcétera, por lo que no dudamos en incluirlo dentro de este apartado como complemento a las lecturas mencionadas arriba.

Economía

Durante muchas décadas la economía constituyó el gran agujero negro en la bibliografía de la contienda. Un terreno ignoto que los no economistas parecían temer, un terreno yermo que los economistas no se atrevían a hollar por la dificultad para encontrar datos (los registros oficiales sobre magnitudes financieras o industriales son muy recientes, por lo que la búsqueda de cifras fiables —dispersas y confusas— era ardua tarea).

Afortunadamente, a principios del siglo XXI, la situación cambió… Y lo hizo de la mano de dos de los mejores economistas españoles de la historia contemporánea. Por un lado, el benemérito Enrique Fuentes Quintana coordinaba a un conjunto de excelentes investigadores para culminar una obra de vida: Economía y economistas españoles en la guerra civil (2 vols., Madrid, Círculo de Lectores, 2007). Todo —las alteraciones en los precios, la producción, el agro, las operaciones financieras, el comercio, las colectivizaciones— está contenido en este

cofre… y al acabar su lectura uno se pregunta cómo se podía entender la guerra antes de su publicación. Porque si la economía no lo explica todo, sin economía no se concibe nada. Por su parte, el profesor Sánchez Asiaín terminaba exhausto tras redactar La financiación de la guerra civil española (Barcelona, Crítica, 2014), para la que había estado toda una vida recabando datos, incluyendo —detalle muy importante— entrevistas con banqueros, ministros, empresarios, trabajadores, profesores de la época… El resultado, además de esclarecedor, es un modelo de cómo escribir historia económica, comprensible para todos, precisa y sugeridora para los especialistas.

Debemos a Ángel Viñas el estudio definitivo del polémico asunto de las reservas del Banco de España: El oro español en la guerra civil (Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1976). Más recientemente, y ampliando el foco, Pablo Martín Aceña volvía sobre el asunto con El oro de Moscú y el oro de Berlín (Madrid, Taurus, 2001). Por su parte, Manuel Aguilera ha añadido a los oros el de Mussolini, desvelando uno de esos hechos que ha permanecido oculto durante generaciones pero que ilumina la bibliografía de la contienda: El oro de Mussolini (Madrid, Arzalia, 2022)… ¡O cuando la República quiso vender en plena guerra las islas Baleares al fascismo italiano! Definitivamente, nos queda aún mucho por conocer de una guerra sobre la que pensábamos que estaba todo escrito.

Guerra. Aspectos estratégicos y orgánicos

Aunque en los últimos años la tendencia ha cambiado, paradójicamente por tratarse de una guerra, los aspectos bélicos del conflicto han sido preteridos en favor de los ideológicos. Las líneas generales de la estrategia militar, preferentemente terrestre, fueron fijadas por José Manuel Martínez Bande, durante décadas destinado en el antiguo Servicio Histórico Militar. Lo hizo con gran acierto en una obra recientemente reeditada, La lucha por la victoria (Córdoba, Almuzara, 2019). Algo parecido ha ocurrido con la fundamental guerra de los mares, que tiene un estudio definitivo —y es difícil hablar de libros definitivos en la bibliografía de la guerra— con La guerra silenciosa y silenciada. Historia de la campaña naval durante la guerra de 1936-1939, de los hermanos Moreno de Alborán (Madrid, Gráficas Lormo, 1998). Lo mismo vale decir para el papel desempeñado por las aviaciones: Guerra aérea, 1936/39, Jesús Salas (Madrid, Instituto de Historia y Cultura Aeronáuticas, 1998) y

Aviación republicana. Historia de las Fuerzas Aéreas de la República española, 1931-1939, Carlos Saiz (Madrid, Almena, 2006).

Quizá por su peculiar idiosincrasia, la orgánica e historiales de las unidades del Ejército Popular de la República han sido mejor estudiados que los del bando nacional. Junto al clásico de Ramón Salas Larrazábal, Historia del Ejército Popular de la República (Madrid, Editora Nacional, 1973, hay reedición en La Esfera de los Libros), figura otro libro también clásico debido a Michael Alpert, El Ejército de la República 1936-1939 (Barcelona, Crítica, 2007). Un infatigable buceador de los archivos, Carlos Engel, nos proporcionó en su momento una interesante trilogía: Historia de las Brigadas Mixtas del Ejército Popular de la República (Madrid, Almena, 1999), Historia de las divisiones del Ejército Nacional (Madrid, Almena, 2000) y El cuerpo de oficiales en la Guerra de España (Valladolid, AF Editores, 2008).

Por supuesto, el Anuario Militar de 1936, editado por el Ministerio de la Guerra, es de obligada consulta, pues contiene la organización y el despliegue del ejército español previos a la guerra junto a la relación completa de sus unidades y los nombres de los generales, jefes y oficiales en activo en aquel año. Constituye una preciada reliquia que es, en sí misma, una pieza de la historia de la contienda incivil. También es obligado frecuentar los partes oficiales de guerra emitidos por los estados mayores de ambos bandos, que han sido recogidos en diferentes años y formatos, si bien destacamos el voluminoso tomo Memoria de la guerra civil española. Partes de guerra nacionales y republicanos (Barcelona, Belacqva, 2004). Se trata de textos que es muy recomendable consultar junto a una buena cronología, como La guerra civil española día a día, 1936-1939 (AA.VV., Madrid, Libsa, 2004), y también en paralelo al entrañable «álbum» de fotos de la contienda firmado por Bernardo Gil Mugarza, España en llamas, 1936 (Barcelona, Acervo, 1969, acompañado de dos vinilos en que se reproducen canciones e himnos de los dos rivales, una auténtica delicia, un imprescindible documento sonoro).

Guerra. Campañas, batallas y armamento

Cuentan que en 1939 el Servicio Histórico del Ejército propuso a Franco escribir una versión oficial sobre la recién acabada contienda. Al negarse este cautamente para evitar las implicaciones políticas que

de ello se pudieran derivar, lo que sí aprobó fue la redacción de estudios particulares sobre cada campaña o batalla. A ello dedicaría su vida el ya mencionado Martínez Bande, quien durante más de tres décadas fue publicando, muy elocuentemente en una editorial civil, diecinueve Monografías de la Guerra de España que trataban pormenorizadamente todas las batallas y campañas (Madrid, Editorial San Martín, 1968-1993). Más allá de ser un monumento bibliográfico realmente impresionante, casi cada línea de las miles de páginas del conjunto contiene un dato perfectamente documentado y con su correspondiente referencia al Archivo Militar de la Guerra Civil, un auténtico mar de documentos con tesoros aún por descubrir y hoy conservado en Ávila. La revista Desperta Ferro publica números extra sobre batallas, como Guadalajara, Brunete o Levante, y todos destacan tanto por la calidad de sus mapas —no es fácil realizar buenos mapas militares— como por la precisión en los órdenes de batalla.

Lucas Molina es el máximo experto en armamento de la contienda, pues no solo sabe diferenciar las armas sobre las que escribe, sino que ha logrado localizar prácticamente todos los envíos de pertrechos realizados por las potencias extranjeras a ambos bandos, así como datos sobre la producción bélica de estas. Son varias las obras que ha publicado al respecto —mucho dato de fuentes primarias, poca opinión especulativa—, si bien destaca entre todas ellas otra de las pocas referencias que podríamos calificar como definitiva: Las armas de la guerra civil española (Madrid, La Esfera de los Libros, 2006), una enciclopedia eminentemente visual y precisa sin la cual no es posible comprender los hechos castrenses ni el arsenal empleado.

Porque todo ejército se debe a sus combatientes. A finales de los años sesenta y hasta los años ochenta, el Servicio Histórico Militar fue recogiendo en varios tomos reseñas de los héroes del bando vencedor, es decir, aquellos que merecieron las dos más altas recompensas al valor, la Cruz Laureada de San Fernando y la Medalla Militar, es la Galería Militar Contemporánea. La llegada de la democracia favoreció que también se profundizara en el estudio del personal que luchó por la República. Abrió el camino Cristóbal Zaragoza con Ejército Popular y militares de la República (Barcelona, Planeta, 1983), lo continuó Vicente Talón con 1936-1939. Luchamos por la República (Madrid, Grafite, 2003) y lo culminaron varios autores con la obra 25 militares de la República (Madrid, Ministerio de Defensa, 2011).

Intervención extranjera

He aquí uno de los temas más espinosos, por controvertido, de la bibliografía de la guerra. Existe, sin embargo, un trío de libros cuya lectura conjunta permite comprender las implicaciones extranjeras de la guerra de España… y viceversa. Porque se centran en el estudio tanto del contexto europeo como de las maniobras diplomáticas realizadas por las dos Españas, sin olvidar la escalada de armamentos a la que preferentemente la URSS de Stalin y la Alemania de Hitler dieron pie. Están escritos, respectivamente, por un diplomático, un historiador y un militar, lo que enriquece el cabal conocimiento de los hechos al tratar todas las derivadas de una guerra civil tan internacional: La internacionalización de la guerra civil española, Fernando Schwartz (Barcelona, Planeta, 1999); El reñidero de Europa, Enrique Moradiellos (Barcelona, Península, 2001), y La intervención extranjera en la guerra civil española, Jesús Salas Larrazábal (última edición Valladolid, Galland Books, 2017).

Aunque cada vez aparecen más estudios sobre las Brigadas Internacionales, muchos de ellos matizan pero no logran superar al bien documentado y mejor escrito Brigadas Internacionales en la guerra de España, de Andreu Castells (Barcelona, Ariel, 1974). La editorial Susaeta produce atlas de gran formato cuya principal virtud es combinar una excelente iconografía con rigurosidad en los textos; uno de ellos es el que trata sobre los alemanes, Atlas ilustrado de la Legión Cóndor (Madrid, 2008). Por su parte, la intervención soviética dispone de una clara referencia en el excelente catálogo de la exposición que se celebró hace años en el centro cultural Conde-Duque de Madrid, Los rusos en la Guerra de España, 1936-1939 (Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 2009). Para la participación intensa y extensa de Mussolini destaca Militares italianos en la guerra civil española (Madrid, La Esfera de los Libros, 2010). En cualquier caso, todos los contingentes extranjeros, incluyendo otros menores como, por ejemplo, los de portugueses e irlandeses en la España de Franco, la escuadrilla Malraux o los pilotos norteamericanos en la España republicana, han sido correctamente investigados y, aunque siempre hay lugar para nuevos hallazgos, se puede decir que disponemos de una completa información al respecto.

Cultura, sociedad y retaguardia

El estudio del comportamiento de los intelectuales durante la Guerra Civil tiene un listón muy alto en Las armas y las letras, que Andrés Trapiello va perfeccionando con cada nueva edición que lanza al mercado (la última, en Barcelona, Destino, 2019). Y es difícil hacerlo porque, aunque no agote el tema, la prosa del autor es excelente y la maquetación del tomo realmente fascinante. Lo que cuenta, además de dramático y a veces vergonzoso, es el reflejo que tuvo la incivil lucha en los escritores, de Baroja a Unamuno, de Federico asesinado al asesinado Maeztu, de Juan Ramón Jiménez a Ortega y Gasset. En su día, Fernando Díaz Plaja recogió los que él consideraba mejores textos literarios sobre la guerra en un título tomado en préstamo de un verso de Machado (Antonio), Si mi pluma valiera tu pistola (Barcelona, Plaza y Janés, 1979). Es una lástima que nunca se haya publicado exento el ensayo que escribiera uno de nuestros mejores autores teatrales, Enrique Jardiel Poncela, y que solo está recogido en sus Obras completas (Barcelona, AHR, 1975). Biblioteca en guerra es un excelente catálogo sobre la protección patrimonial y las vicisitudes de los tesoros de la Nacional entre 1936 y 1939 (Madrid, Biblioteca Nacional, 2005). La odisea padecida por los cuadros de nuestra mejor pinacoteca —y por sus diligentes funcionarios— tiene una obra sumamente interesante y que se lee como una novela de aventuras en El milagro del Prado de José Calvo Poyato (Madrid, Arzalia, 2018). Por su parte, la (irregular) filmografía de la conflagración dispone de un apreciable catálogo en Las cien mejores películas sobre la guerra civil española, de Javier Juan (Madrid, Cacitel, 2006). Pero para la gran pantalla, nada como volver a ver La vaquilla, de Berlanga... La colección de carteles de los hermanos Carulla es un esfuerzo realmente encomiable y un placer para la vista: La Guerra Civil en 2000 carteles (Barcelona, Postermil, 1997). Los más famosos fotógrafos y sus respectivas obras están bien estudiados: Capa y Gerda Taro, Lola Baleztena, Centelles, Deschamps y el largo etcétera que produjo una contienda tan «fotogénica».

Dicen que los escritores proclives al bando nacional ganaron la guerra pero perdieron los manuales de Literatura. Más allá de la veracidad del aserto, lo cierto es que vencedores y vencidos escribieron excelentes obras sobre la tragedia: El laberinto mágico, de Max Aub; Madrid de corte a cheka, de Agustín de Foxá; La plaça del Diamant, de Mercè Rodoreda; La fiel infantería, de Rafael García Serrano; La gran cruzada, de Gustav Regler; Legión 1936, de Pedro García Suárez; La forja de un rebelde, de Arturo Barea; La soledad de Alcuneza, de Salvador García de Pruneda; Primera memoria, de Ana María Matute; Los cipreses creen en Dios, de José María Gironella; Misión al pueblo desierto, última pieza de Antonio Buero Vallejo; Hombres o cadáveres,

del poeta Edwin Rolfe; Visto y vivido, memorias de Mercedes Formica; Incerta glòria, de Joan Sales; San Camilo 1936, de Cela, Verdes valles, colinas rojas, de Ramiro Pinilla; Las bicicletas son para el verano, de Fernando Fernán Gómez… Porque la literatura ilumina aquellos rincones a los que la historia, por definición, no puede llegar. Sin su lectura, perderíamos un más cabal entendimiento del drama.

El gran cronista que fue Rafael Abella escribió las dos mejores obras sobre las sociedades y la retaguardia de ambas Españas, La vida cotidiana en la Guerra Civil. España nacional/España republicana. Lo hizo en la mentada colección «Espejo de España» y por ellos no pasa el tiempo, llenos de jugosas anécdotas sobre lo que vieron en el cine, leyeron, comieron, bebieron, compraron o cómo flirtearon los españoles desde el 18 de julio de 1936 hasta el primero de abril de 1939 (ambos en Barcelona, Planeta, 1973-1975, hay edición posterior). Recientemente, Fernando Ballano ha recogido el testigo sorprendiendo a propios y extraños con una obra que tiene la principal virtud de mostrar el rostro más amable, generoso y benévolo del drama, Tierra de nadie (Madrid, Arzalia, 2021). El falangista impenitente y gran escritor navarro Rafael García Serrano escribió una obra inclasificable que sigue cautivando por su mordacidad, buena prosa y originalidad, Diccionario para un macuto (edición ilustrada, Madrid, Editora Nacional, 1964). Sin olvidar en el orden de los estudios sociales la escalofriante historia oral recopilada por Ronald Fraser en Recuérdalo tú y recuérdalo a otros (Barcelona, Crítica, 1979).

Memorias

Todo escritor de memorias que se precie… miente. Unos lo hacen por fallos de «memoria» —suelen redactarlas estando ya en provectas edades—; otros conscientemente, para embellecer sus responsabilidades… y no tanto por lo que cuentan como por lo que dejan de contar. Lo interesante en la bibliografía de la contienda, o en la de cualquier otro hecho histórico, es leer varias al mismo tiempo como si de un conjunto se tratara. Por choque de mentiras o comparación de lagunas, la verdad se alza en ese proceso provocando en el lector la sensación de que un mismo acontecimiento histórico vivido por protagonistas de los hechos puede ser visto, recordado, relatado e interpretado de muy contradictorias maneras. En estas lindes, habría que delimitar dos campos: las memorias de las figuras

más relevantes, aquellas que ostentaron cargos políticos y militares de importancia, y el de las memorias a ras de trinchera, las vividas por los soldados de primera línea o por los sufridores de la retaguardia.

Para el primer grupo, es imprescindible frecuentar las Obras completas de Manuel Azaña, presidente de la República en guerra, publicadas por primera vez en México y recientemente completadas en siete tomos coordinados por Santos Juliá (Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007). El general Franco escribió —y al parecer hablaba— poco sobre la contienda que había ganado, si bien dejó fragmentos de su pensamiento al respecto en prólogos, algún artículo y obras menores editadas en circuitos militares. Todo ello fue recopilado para la «Biblioteca de la Guerra Civil contada por sus protagonistas», en Guerra de Liberación (Córdoba, Almuzara, 2019). El presidente del Gobierno Juan Negrín tampoco escribió demasiado, si bien para el socialismo hubo quien lo escribió todo: Indalecio Prieto. Su obra es extensa y rica, polémica y apasionante, bien escrita e inagotable, siendo fundamentales sus Convulsiones de España (México, Oasis, 1967). Quien pergeñara el aparataje político que definiría el régimen de Franco, Ramón Serrano Suñer, solo culminó sus memorias una vez muerto el general, Entre el silencio y la propaganda, la Historia como fue (Barcelona, Planeta, 1977). Lo hizo para la citada colección «Espejo de España», dirigida por Rafael Borràs, quien además se ocupó de la publicación de los recuerdos de otros personajes: Carrillo y Pasionaria para el comunismo, Girón de Velasco para el falangismo, Alcalá Zamora y Diego Martínez Barrio para el republicanismo, Vegas Latapié para los monárquicos impenitentes, Dionisio Ridruejo o Manuel Tagüeña para los desencantados… Por su parte, el general Vicente Rojo escribió varias obras sobre la conflagración, entre las que destaca ¡Alerta los pueblos! (Buenos Aires, Aniceto López, 1939). Los textos póstumos de José Antonio Primo de Rivera son de obligada consulta, Obras completas (se recomienda acceder a las más recientes tiradas, pues las que se hicieron durante el régimen de Franco estaban censuradas).

Los combatientes republicanos o líderes de «segundo nivel» tienen una trilogía excelente en Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista, Cipriano Mera (París, Ruedo Ibérico, 1976), Guerra y vicisitudes de los españoles, Julián Zugazagoitia (la primera edición, aparecida tras el fusilamiento del autor, se titulaba Historia de la Guerra en España, Buenos Aires, La Vanguardia, 1940) y Testimonio de dos guerras, Manuel Tagüeña Lacorte (México, Oasis, 1973). Sin olvidar el imprescindible testimonio del hombre de Stalin en España… luego por él ejecutado, Mijaíl Koltsov, Diario de la guerra de España (París, Ruedo Ibérico, 1963). Y los nacionales en Al dejar el fusil. Memoria de

un soldado raso en la guerra de España, de José Llordès (Barcelona, Ariel, 1968), el Diario de campaña de un capellán legionario, de José Caballero (Córdoba, Almuzara, 2019) o el conjunto de testimonios de combatientes carlistas recogido en la fascinante obra colectiva intitulada Requetés. De las trincheras al olvido (Madrid, La Esfera de los Libros, 2010). Sin olvidar otra obra censurada debida, ni más ni menos, que a uno de los generales de confianza de Franco, Alfredo Kindelán, Mis cuadernos de guerra (Madrid, Plus Ultra, c. 1940).

Dentro del campo de lo que podríamos denominar versiones oficiales, la de la España de Franco no vino de la mano de la Falange, sino del grupo monárquico agrupado antes de la guerra en torno a la cabecera Acción Española, la publicación que al parecer leía el general: Historia de la Cruzada española (Joaquín Arrarás [coord.], Madrid, Ediciones Españolas, 1939-1944), Historia militar de la guerra de España (Manuel Aznar, Madrid, Idea, 1940) y la Causa general. La dominación roja en España (Madrid, Ministerio de Justicia, 1943). Por el lado de las izquierdas, destacan La CNT en la revolución española (José Peirats, Toulouse, CNT, 1951-1953) y Guerra y revolución en España (Dolores Ibárruri [coord.], Moscú, Progreso, 1966-1977), complementado por Bajo la bandera de la España republicana. Recuerdan los voluntarios soviéticos en la guerra nacional-revolucionaria de España (Córdoba, Almuzara, 2019).

Como en el soneto de Lope de Vega, burla burlando hemos alcanzado un ramillete de cien obras de lectura muy recomendable para saber más… Faltaría un bis, que en este caso es lo más importante, pues es el único libro que podríamos calificar de imprescindible en la bibliografía de la incivil. Se trata de uno de los más breves, apenas cincuenta páginas, pero sin el cual es imposible comprender la única lección que debe dejar como huella una contienda entre hermanos, la de la reflexión moral. Es el ensayo La guerra civil, ¿cómo pudo ocurrir? (Fórcola, Madrid, 2018), de Julián Marías. Porque en realidad este librito contiene el diagnóstico, pero también el tratamiento, para esa enfermedad del alma que España padeció, la Guerra Civil. Si la pereza nos embarga y no queremos leer las decenas de libros que aquí han sido glosadas, pasemos aunque solo sea las hojas de este ensayo ejemplar que, respondiendo a la pregunta de cómo pudo ocurrir una contienda fratricida de tal violencia en España, contiene las respuestas para evitar otro drama similar en un futuro que a todos nos pertenece.

YA SABES MI PARADERO…

PRIMERA LÍNEA DE FRENTE

1. Uno de los tres millones de soldados que lucharon en la Guerra Civil española, echando la vista atrás, parte hacia los campos de

batalla.

2-3. Recién estallada la guerra en julio de 1936, ambos bandos hubieron de completar sus unidades militares con todo tipo de combatientes: soldados, guardias, voluntarios, carabineros, etc. Arriba,

el general sublevado Miguel Cabanellas pasa revista a una columna improvisada; abajo, milicianos y guardias civiles y de Asalto celebran, entremezclados, una victoria en la zona leal.

4-5. Muy pronto, ambos ejércitos habrían de recurrir a levas masivas de soldados de reemplazo, de forma que las columnas de los primeros

tiempos fueron cediendo paso a un aluvión de movilizados… sin importar su ideología. Arriba, soldados republicanos haciendo instrucción; abajo, soldados nacionales durante una jura de bandera en Bilbao.

6-7. El Ejército Nacional fue, en realidad, un sumatorio de contingentes: unidades de origen colonial, regimientos tradicionales de las fuerzas españolas anteriores a la contienda, banderas o tercios de milicianos de Falange o el Requeté, «voluntarios» italianos. Arriba,

una bandera de la Legión desfilando; abajo, una columna mixta de fascistas y soldados enviados por Mussolini avanzan sobre Málaga.

8-9. El Ejército Popular de la República fue una fuerza de nueva creación que aprovechó tanto estructuras de las fuerzas armadas

previas a la contienda como unidades de la Guardia Civil y Carabineros, junto a milicianos de diversas tendencias políticas y «voluntarios» extranjeros agrupados en las Brigadas Internacionales. Arriba, combatientes republicanos equipados con armamento soviético en el frente de Madrid; abajo, jinetes en plena marcha.

10-11. Cada uno de los dos bandos llegó a disponer en sus momentos

de máximo poderío de un Ejército con más de un millón de soldados en armas… Unos soldados que había que reclutar, instruir, foguear y emplear en las grandes batallas. Arriba, soldados nacionales descansan entre batalla y batalla; abajo, soldados republicanos camino de primera línea.

12-13. «Saber manera» era una expresión empleada por los militares africanistas que habían combatido en las campañas de Marruecos de principìos de siglo para referirse a los que ya sabían luchar; luego se popularizó en la guerra civil. Una vez entrado en combate, al soldado

le cambia la expresión —y el corazón— para siempre. Arriba, combate en población; abajo, guerreros que han visto el rostro de la batalla (nótese que el soldado de la derecha lleva en la muñeca la chapa con la que sería identificado en caso de muerte).

14. Entre 1936 y 1939, el mejor armamento de la época desfiló, literalmente, por las calles de España.

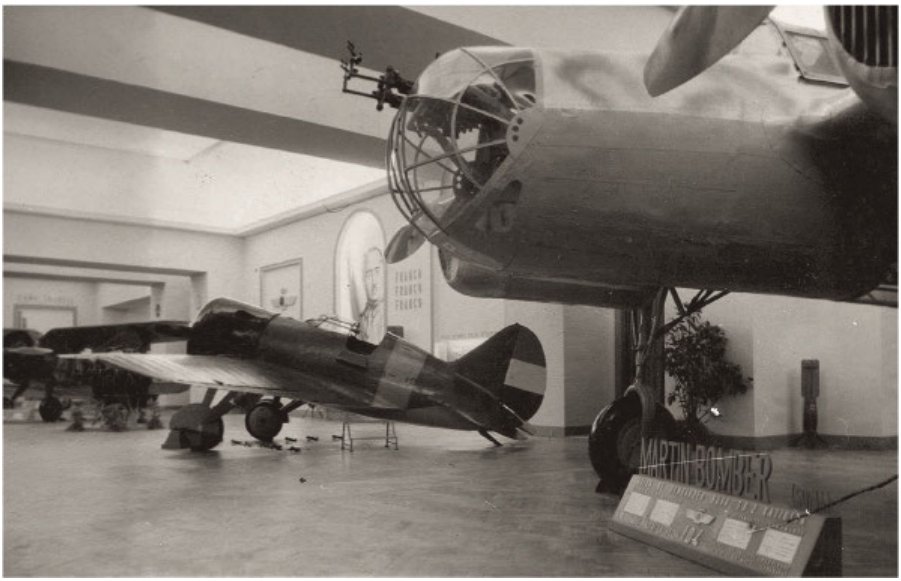
15-16. La guerra civil española fue un conflicto muy artillero. Ambos bandos se nutrieron de miles de bocas de fuego, bien preexistentes en España, bien aprovechando armas importadas… y pagadas a buen precio tanto a Italia y Alemania como a la URSS y otras naciones. Arriba, obús entrando en posición con sus sirvientes; abajo, una batería preparada para hacer fuego.

17-18. El Ejército español anterior a la guerra no estaba bien dotado de material antiaéreo. Dada la importancia que adquirió la aviación, ambas zonas demandaron a sus proveedores piezas de este tipo, tanto ligeras como de gran calibre. Arriba, ametralladora pesada tomando puntería; abajo, uno de los mejores cañones de la guerra, el alemán de 8,8 cm, «Otto con Otto» en el argot de la tropa.

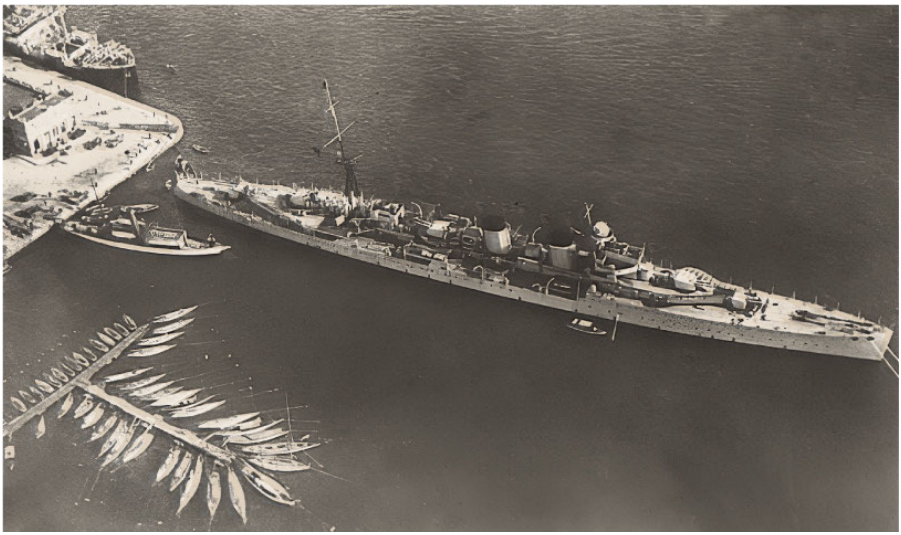
19-20. Aunque más famosa que la ayuda en artillería, la de vehículos blindados fue importante pero no decisiva. Arriba, T-26 de origen soviético, el único carro de combate digno de tal nombre que operó en España; abajo, el mismo modelo bien camuflado. Por su velocidad campo a través, su blindaje, su armamento y sistema de comunicaciones era uno de los mejores tanques del momento en todo el mundo.

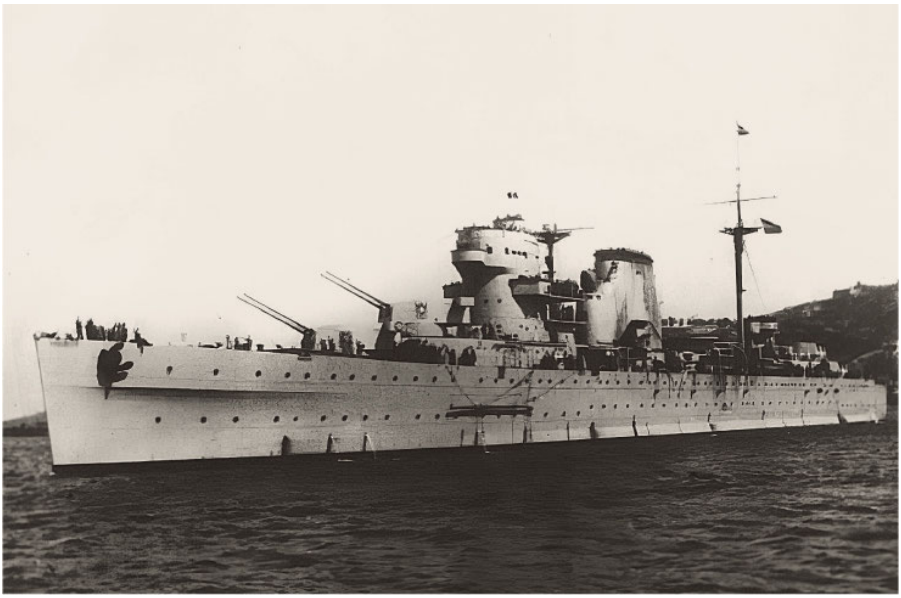
21-22. Los italianos enviaron el material «blindado» que tenían en aquel momento mientras que los alemanes sólo «tanquetas» muy livianas armadas de ametralladoras, no de cañón (se guardaban algún as en la manga para sus siguientes guerras). Arriba, «carro veloce» entrando en Reinosa (Cantabria); abajo, el primer modelo de los famosos Panzer.

23-24. Ambos bandos recibieron grandes cantidades de aviones de combate, casi siempre de los mejores modelos de la época; los pilotos, por su parte, recibían una excelente instrucción de combate. Arriba, el caza biplano de origen italiano CR-32 o «chirri», columna vertebral de las fuerzas aéreas nacionales; abajo, aviadores republicanos preparados para una misión.


MARTIN BOMBER

25-26. Arriba, los dos mejores aeroplanos recibidos por la República desde Rusia: el caza I-16 «Mosca» y, en primer plano, el morro de un bombardero «Katiuska» o «Martin Bomber»; abajo, aviador nacional preparando una misión junto al timón de cola de su aparato, un «pavo» en el que se aprecia la cruz en aspa de San Andrés con que los sublevados tacharon de los aviones inicialmente a su disposición la escarapela tricolor.





27-28. La Armada es la gran desconocida de la contienda, a pesar de su papel crucial. Si los nacionales aprovecharon al máximo los pocos buques de guerra de que disponían en julio de 1936, los republicanos dilapidarían su gran ventaja inicial. Arriba, el crucero gubernamental Libertad; abajo el nacional Canarias, auténtico «amo» de los mares.

29. Vela de armas: los fusiles reposan formando pabellón y el soldado, calzado con alpargatas, leyendo.

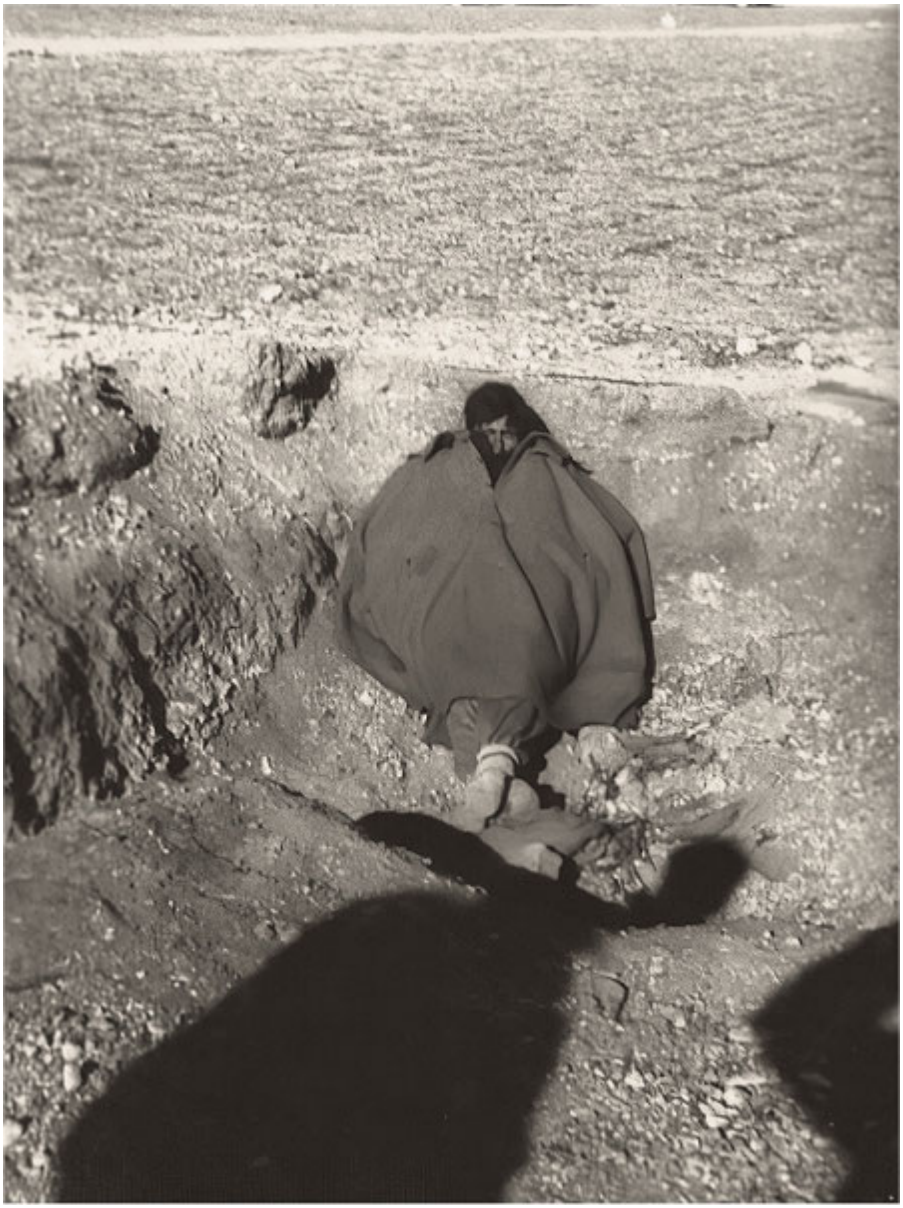
ESCENAS DE SOLDADOS Y PAISANOS.

LA VIDA DETRÁS DE LOS FRENTES

30. La gente de guerra va y viene por la geografía española; los paisanos, si tienen la suerte de sobrevivir, permanecen apegados al terruño.

31-32. Los soldados, antes que armas o municiones, necesitan comer. Arriba, soldados cargando con el rancho por un ramal de trinchera en la Ciudad Universitaria de Madrid; abajo, «menú de degustación» incluyendo todo un lujo en primera línea: una buena rebanada de pan

como acompañamiento.



33-34. Cuando no combaten o se alimentan, cuando no hacen instrucción o están realizando una inacabable marcha, los soldados buscan cualquier momento, postura y lugar para dormir.

35-36. Los soldados, también, se divierten. Arriba, dándole un buen tiento a la bota; abajo, jugando como niños durante una pausa entre combate y combate.

37-38. Más momentos para la risa y la ironía. Arriba, aviso a los que en ambos bandos llamaban «emboscados», aquellos que veían la guerra solo de «turismo»; abajo, sonrisa… y la inevitable manta ceñida al cuerpo en bandolera, junto a su fusil, los mejores amigos del

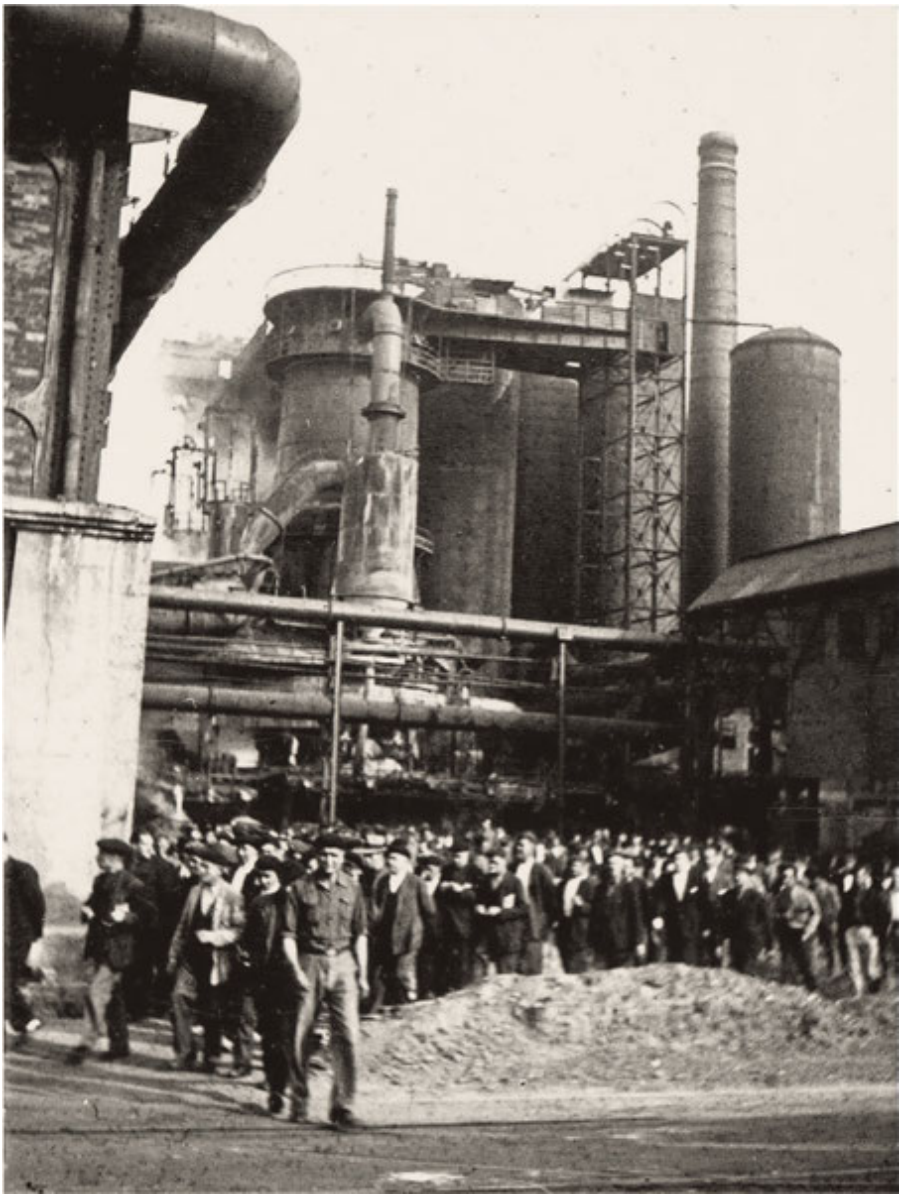
guerrero..

39. Los «turutas», normalmente niños o adolescentes, eran una institución en un ejército que se levantaba a toque de corneta y recibía órdenes por el mismo «conducto reglamentario».

3
Habitado
por su
dueña.
Viva Franco

40-41. No fue fácil la vida en la retaguardia. Al dolor de ver a los hijos partir para el frente se unía el miedo a las represiones, al hambre, a los bombardeos, a la miseria. Arriba, unas mujeres de un pueblo «explican» en la puerta de su casa que está habitada por su dueña y lo firman ¿por cautela o simpatía? con un «Viva Franco»; abajo, un herido convalece de las heridas provocadas en el bombardeo de Zaragoza.

42-43. Pero las faenas del campo no podían ser abandonadas: tanto los soldados como los paisanos procuran comer cada día, a ser posible varias veces. Arriba, joven vendimiando; abajo, pastoreando ovejas y vacas: la leche es un bien muy preciado en tiempos de contienda.



44-45. El trabajo en la fábrica tampoco podía ser abandonado. A las necesidades propias de un país en desarrollo se unían las necesidades bélicas. Arriba, operarios fabricando los planos para los aviones de combate; abajo, salida de un turno de trabajo en los altos hornos de Vizcaya.

46-47. Todo valía en la guerra de la propaganda… empezando por adoctrinar a los niños, vivero de futuros partidarios de una u otra causa. Arriba, niños brazo en alto, zona nacional; abajo, un pequeñín con el puño cerrado, zona republicana.

48-49. Si bien es conocido que en el bando republicano hubo milicianas en los primeros tiempos, pronto ambos bandos relegarían a las mujeres a labores de retaguardia. Arriba, combatiente republicana junto a un camarada; abajo, jóvenes falangistas del Socorro Azul.

50-51. La sanidad es fundamental en una guerra. Los soldados heridos, una vez repuestos, podían disfrutar de ciertas atenciones en los hospitales de la retaguardia. Arriba, enfermera de la Cruz Roja; abajo, un sanador paseo por el campo.

52-53. La retaguardia, muchas veces, se confundía con la vanguardia, por lo que era conveniente señalar los «peligros». Arriba, poste señalizando en Huesca dónde comenzaba el riesgo; abajo, cartel avisando del límite entre las dos zonas, justo donde comenzaba la peligrosa «tierra de nadie».

54-55. Los desastres de la guerra. Éxodo, destrucción, hambre y muerte. Toda guerra, en especial una civil, produce movimientos forzosos de población. Los que huyen del frente, los que huyen de la represión, los que huyen de los bombardeos.

56-57. Niños, las víctimas más inocentes de todas.

58. Sector de Castellón, frente de Valencia. Tenía 16 años y solo sabemos de él que un día de junio de 1938, tras dos años de guerra fratricida en España, clavó su mirada en una cámara fotográfica. «A fuerza de golpes, fuerte, / y a fuerza de sol, bruñido» (Miguel Hernández).

CARTOGRAFÍA DE LA GUERRA CIVIL

En muchos sentidos podría afirmarse que la Guerra Civil española es el 18 de Julio de 1936, entendida esta fecha simbólica como el periodo histórico que media entre el día 17 y finales de dicho mes. En ella, están contenidas todas las claves de la quiebra de un país que se había ido encaminando hacia el conflicto abierto, pero también las claves para entender lo que sucedió después, tanto durante la conflagración como en la larga posguerra.

Por eso, la presente cartografía, diseñada completamente de nueva planta, se centra en el análisis de esos vitales días y dedica comparativamente pocos mapas al resto de vicisitudes de la contienda. Una contienda que vio como media España iba haciéndose a paso lento pero seguro con la otra media… hasta teñirla totalmente de azul.

1

ESPAÑA

1 DE ENERO DE 1936

RADIOGRAFÍA DE UN PAÍS ANTES DE LA TORMENTA

Si hay alguna ciencia digna del libro, esa es la Geografía.- Estrabón

DIVISIÓN TERRITORIAL Y DATOS SOCIO-DEMOGRÁFICOS

Régimen político:
República desde el 14/IV/1931

Metrópoli:
Superficie 505.944 km²
15 regiones, dos de ellas archipiélagos, Baleares y Canarias.
50 provincias.

Plazas de soberanía:
Mayores: Ceuta y Melilla.
Menores: islas Chafarinas, Alhucemas y el peñón de Vélez de la Gomera.

POSESIONES

PROTECTORADO DE MARRUECOS
Menos de 25.000 km².
Dos zonas:
Norte –el Rif y la Yebala–
Sur, o Cabo Juby

TRES COLONIAS

Ifni
1.750 km²

Sáhara
275.000 km²
Dos regiones:
Saguía el Hamra
y Río de Oro.

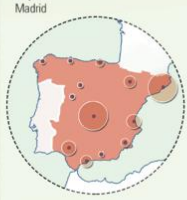
Guinea Española
En torno a 28.000 km²
Una parte continental
–Río Muni– y otra insular,
Fernando Poo e islas
adyacentes.

DATOS TERRITORIALES

Ciudades con mayor población, más de 100.000 habs.: Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla, Málaga, Zaragoza, Bilbao y Murcia.

Sobre el 20% de la población vivía en las principales ciudades y en las capitales de provincia.

Capital:
Madrid



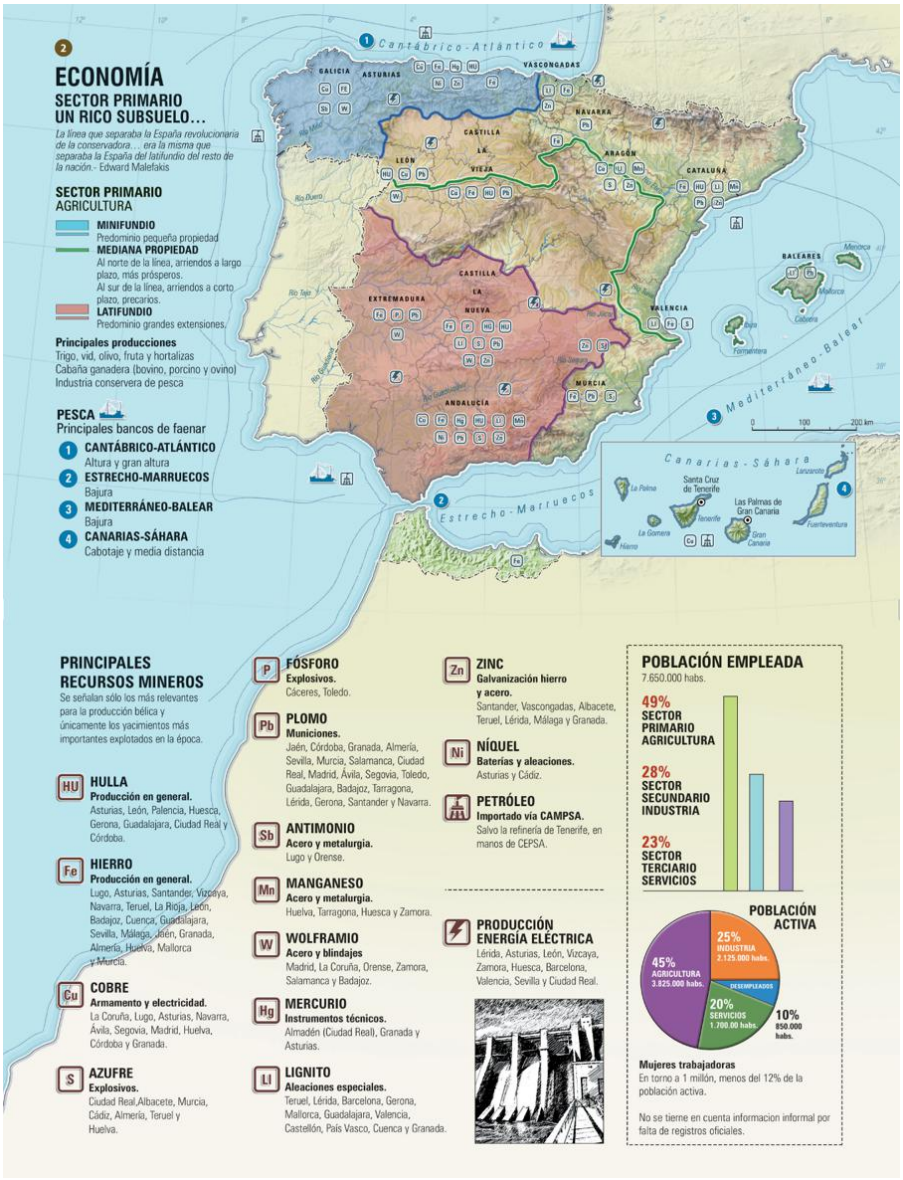
Principales núcleos urbanos

DATOS SOCIO-DEMOGRÁFICOS

Población: Ajustada a 1º de julio de 1936: 24.981.504 habs.
Natalidad: 27,2 por cada 1.000 habs.
Mortalidad: 16,3 por cada 1.000 habs. De las más altas de Europa.
Esperanza de vida: 50 años (media Europa Occ., 60 años).
Analfabetismo: Entorno al 40%. Mayor en mujeres.
Densidad de población: 50 habs./km²

La Península Ibérica, un pentágono irregular con 3.821 kilómetros de perímetro.

Nota: Se muestra la división regional de España en 1936 con la nomenclatura de la época.



PRINCIPALES RECURSOS MINEROS

Se señalan sólo los más relevantes para la producción bélica y únicamente los yacimientos más importantes explotados en la época.

HULLA (HU)
Producción en general.
Asturias, León, Palencia, Huesca, Gerona, Guadalajara, Ciudad Real y Córdoba.

HIERRO (Fe)
Producción en general.
Lugo, Asturias, Santander, Vizcaya, Navarra, Teruel, La Rioja, León, Badajoz, Cuenca, Guadalajara, Sevilla, Málaga, Jaén, Granada, Almería, Huelva, Mallorca y Murcia.

COBRE (Cu)
Armamento y electricidad.
La Coruña, Lugo, Asturias, Navarra, Ávila, Segovia, Madrid, Huelva, Córdoba y Granada.

AZUFRE (S)
Explosivos.
Ciudad Real,Albacete, Murcia, Cádiz, Almería, Teruel y Huelva.

FÓSFORO (P)
Explosivos.
Cáceres, Toledo.

PLOMO (Pb)
Municiones.
Jaén, Córdoba, Granada, Almería, Sevilla, Murcia, Salamanca, Ciudad Real, Madrid, Ávila, Segovia, Toledo, Guadalajara, Badajoz, Tarragona, Lérida, Gerona, Santander y Navarra.

ANTIMONIO (Sb)
Acero y metalurgia.
Lugo y Orense.

MANGANESO (Mn)
Acero y metalurgia.
Huelva, Tarragona, Huesca y Zamora.

WOLFRAMIO (W)
Acero y blindajes
Madrid, La Coruña, Orense, Zamora, Salamanca y Badajoz.

MERCURIO (Hg)
Instrumentos técnicos.
Almadén (Ciudad Real), Granada y Asturias.

LIGNITO (LI)
Aleaciones especiales.
Teruel, Lérida, Barcelona, Gerona, Mallorca, Guadalajara, Valencia, Castellón, País Vasco, Cuenca y Granada.

ZINC (Zn)
Galvanización hierro y acero.
Santander, Vascongadas, Albacete, Teruel, Lérida, Málaga y Granada.

NÍQUEL (Ni)
Baterías y aleaciones.
Asturias y Cádiz.

PETRÓLEO
Importado vía CAMPSA.
Salvo la refinería de Tenerife, en manos de CEPSA.

PRODUCCIÓN ENERGÍA ELÉCTRICA
Lérida, Asturias, León, Vizcaya, Zamora, Huesca, Barcelona, Valencia, Sevilla y Ciudad Real.

POBLACIÓN EMPLEADA

7.650.000 habs.

POBLACIÓN ACTIVA

Mujeres trabajadoras
En torno a 1 millón, menos del 12% de la población activa.

No se tierne en cuenta informacion informal por falta de registros oficiales.

3

SECTOR SECUNDARIO

La situación era de predominio agrícola, escaso peso de la clase media y caída de la producción industrial. José. A. S. Asiain.

FOCOS INDUSTRIALES

Madrid
1.050.000 habs.
Barcelona y alrededores
Más de 1.040.000 habs.
Valencia
380.000 habs.
Sevilla
270.000 habs.
Málaga
210.000 habs.
Zaragoza
204.000 habs.
Eje Murcia-Cartagena
Más de 200.000 habs.
Bilbao
178.000 habs.
Oviedo-Gijón-Avilés
Más de 125.000 habs.

PRODUCCIÓN INDUSTRIAL

SINDICATOS PREDOMINANTES

UNIÓN GENERAL DE TRABAJADORES, UGT

≈1.500.000 afiliados
La Rioja, Teruel, Cáceres y Badajoz, Ciudad Real, Jaén, Málaga, Almería, Murcia.

UGT

CONFEDERACIÓN NACIONAL DEL TRABAJO, CNT

≈1.000.000 afiliados
Toda Cataluña, Huesca, Zaragoza, Asturias, La Coruña, Sevilla y Cádiz.

CNT

COMPARTIDO UGT/CNT

Madrid, toda Valencia, Albacete, Huelva, Córdoba y Granada.

CNT UGT

SINDICALISMO CATÓLICO-CONSERVADOR

>300.000 afiliados
Lugo, Orense, Pontevedra, León, Vascongadas, Navarra, Santander, Burgos, Palencia, Valladolid, Ávila, Segovia, Soria, Guadalajara, Toledo, Cuenca, Baleares y Canarias.

INFRAESTRUCTURAS

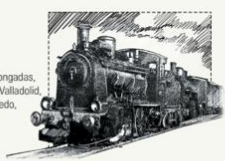
ESQUEMA RED RADIAL DE CARRETERAS PRINCIPALES

ESQUEMA TENDIDO FERROVIARIO

Principal y conexiones más importantes.

COMPAÑÍAS CONCESIONARIAS

NORTE
Compañía de los Caminos de Hierro del Norte de España.
MZA
Compañía de los Ferrocarriles de Madrid, Zaragoza y Alicante.
OTRAS COMPAÑÍAS
Central de Aragón y Oeste-Andaluces.



COMERCIO EXTERIOR

EXPORTACIONES

Aceites, almendras, cítricos, vino, trigo, carnes y pescado, plomo, otros minerales estratégicos

IMPORTACIONES

Algodón, químicos, siderurgia, maquinaria, productos manufacturados, alimentos

FLOTA MERCANTE

Más de 1.000 buques sobre un millón de toneladas registro bruto.

PETROLEO

CAMPSA
Monopolio para la importación y refinado de petróleo (con flota propia de motonaves modernas con gran capacidad de carga)

CEPSA
Como concesionaria en Tenerife para islas Canarias

SERVICIOS FINANCIEROS

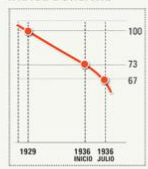
BANCO DE ESPAÑA

- Cuartas reservas de oro del mundo occidental.
- 707 toneladas oro fino (principalmente amonedado): 638 en Madrid, 59 en depósito en Francia, resto en corresponsales.
- 1.225 toneladas de plata principalmente en lingotes.

PRINCIPALES BANCOS

Hispano, Banesto, Bilbao, Vizcaya, Central, Urquijo, Pastor, Valencia, Herrero. 69% cuota conjunta de mercado; resto banca local y extranjera.
85 cajas de ahorro
3 bolsas de valores
Madrid, Barcelona y Bilbao

ÍNDICE BURSÁTIL



4

ELECCIONES

FEBRERO 1936
¿NO FUE POSIBLE LA PAZ?

Los socialistas se cegaron a sí mismos para la verdad política: la derecha era tan fuerte como la izquierda. - Raymond Carr

CENSO: 13.578.056 electores
VOTANTES: 9.687.108
ABSTENCIÓN: 28,5%
CIRCUNSCRIPCIONES:
50 provincias + 8 grandes ciudades (con más de 100.000 habitantes) + Ceuta y Melilla. Total, 60 circunscripciones. En algunas hubo que celebrar segunda vuelta.

Frente Popular: La Coruña, Pontevedra, Asturias, Bilbao, Huesca, Zaragoza ciudad, toda Cataluña, toda Valencia, Madrid capital y Madrid provincia, Cuenca, Murcia capital y Murcia provincia, toda Andalucía y Extremadura, Las Palmas de Gran Canaria, Ceuta y Melilla. 35 circunscripciones.

Centro, nacionalistas, otros (Lugo, Vizcaya provincia –no Bilbao–, Guipúzcoa, Soria) / 4 circunscripciones.

División Frente Popular / Derechas: sólo Álava. 1 circunscripción.

Derechas y afines: Orense, todo León, toda Castilla la Vieja excepto Soria, Navarra, Zaragoza provincia –no ciudad–, Teruel, Guadalajara, Toledo, Ciudad Real, Albacete, Santa Cruz de Tenerife, Baleares. 20 circunscripciones.

NOTA: Los números en el mapa hacen referencia a la circunscripción, por orden alfabético de provincia.

0 100 200 km

CANARIAS
Lanzarote
La Palma
Santa Cruz de Tenerife
Las Palmas de Gran Canaria
Tenerife
Fuerteventura
La Gomera
Gran Canaria
Hierro
44
26

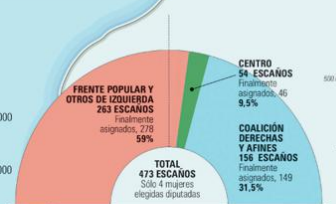
CIFRAS TOTALES DE VOTOS ESCRUTADOS

9.687.108 sobre 13.578.056 electores (abstención 28,5%)

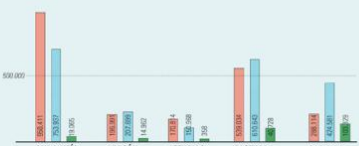
Frente Popular +otros de izquierda
4.545.740 votos, 47%
Otras fuentes: 4.450.000-4.555.000

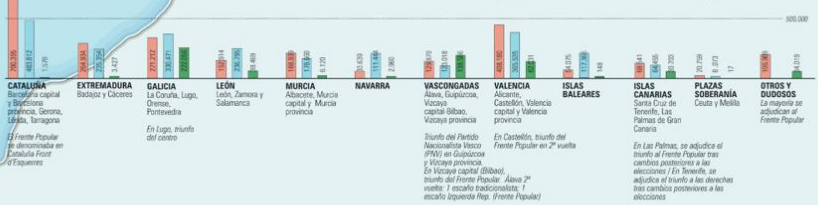
Coalición derechas +otros afines
4.402.811 votos, 45%
Otras fuentes, 4.380.000-4.500.000

Centro, nacionalistas no de izquierdas y otros
738.557 votos, 8%
Otras fuentes, 605.000-625.000



La ley electoral favorecía grandes coaliciones, de ahí la considerable diferencia en número de escaños con respecto al número de votos reales





Elaboración propia en base a ÁLVAREZ, M. y VILLA, R.: *1936. Fraude y violencia en las elecciones del Frente Popular*, Barcelona, Espasa, 2017; RANZATO, G.: *El eclipse de la democracia. La Guerra Civil española y sus orígenes, 1931-39*, Madrid, Siglo XXI, 2006; TUSELL, J.: *Las elecciones del Frente Popular en España*, Madrid, Editorial Cuadernos para el Diálogo, 1971; página web *Historia elecciones* (https://www.historiaelectoral.com/e1936c.html)

5

EL ESTALLIDO
18 DE JULIO DE 1936

DESDE EL INICIO DE LA SUBLEVACIÓN HASTA FINALES DEL MES

Fecha mortal... alumbra
España lo que al fin quería.
- Rafael Alberti

DÍA 17 E INMEDIATAMENTE ANTERIORES

0. **Noche del 16 de julio.** Alhucemas. Un tabor de Fuerzas de Regulares Indígenas es la primera unidad del Ejército en insubordinarse.
1. **Tarde del 17 de julio**. Poco después de las 16.00 horas, sucesos de la Comisión de Límites. Inicio de la sublevación en Melilla.
2. **Anochecer**. Sublevación de Ceuta.
3. **Medianoche**. Sublevación en Larache.

Para el día 18, todo el Protectorado está alzado, incluyendo su capital, Tetuán. Durante estas horas se han producido ya los primeros derramamientos de sangre.

Día 19. Procedente de Canarias, el general Franco aterriza en Marruecos y se hace cargo de las "Fuerzas Armadas de África" como comandante en jefe.

4. 5. **Desde el día 15.** El Gobierno de Madrid ha ido despachando buques tanto desde el Cantábrico como desde Cartagena hacia el Estrecho de Gibraltar al objeto de aislar el levantamiento.
5. Poco después de iniciado el movimiento insurreccional comenzarán los bombardeos aéreos y marítimos de diversas plazas del Protectorado.

DÍA 18 DE JULIO
CANARIAS

6. Pronunciamientos en Las Palmas y Tenerife. Al día siguiente Lanzarote y Fuerteventura.
7. Resistencias en las islas de La Gomera, Hierro y La Palma. No sofocadas hasta el 27 de julio. La Comandancia Militar de Canarias, para la sublevación.

ANDALUCÍA

8. Sublevación de San Fernando (Cádiz). Le siguen Algeciras y Jerez, lo que permitirá a los golpistas unir el corredor del litoral con la ciudad de Sevilla.
9. Queipo de Llano toma el mando de la 2ª División. Enfrentamientos hasta la noche, en que Sevilla queda dominada por los rebeldes... en precario hasta el día 23 de julio.
10. Sublevación en Córdoba, que sólo triunfa en la ciudad y alrededores tras una dura represión.
11. Sublevación en Málaga, aplastada por una pleada revolucionaria apoyada por la flota. Desde el Cuartel General de la Armada en Madrid, el radiotelegrafista Benjamín Balboa alerta a las dotaciones para que vigilen a sus oficiales y detengan a los sospechosos.
12. Enfrentamientos en Granada, ciudad que no quedará totalmente dominada por la insurgencia hasta el día 24... pero a costa de quedar aislada hasta mediados de agosto.

Tras semanas de indecisiones, voluntarios y guardias civiles se recluyen con sus familias en el Santuario de Nuestra Señora de la Cabeza, Jaén. El lugar quedará sitiado hasta el 1º de mayo de 1937.

CASTILLA / ARAGÓN / GUIPÚZCOA

13. Tras un tiroteo en la 7ª División Orgánica, los sublevados se imponen en Valladolid. La rebelión irradia desde allí a los restantes territorios de la circunscripción.
14. Sublevación de Burgos. La secundan algunos territorios de esa misma 6ª División Orgánica: en principio Palencia, Logroño y la mayor parte de la provincia de Álava.

15. En San Sebastián, tropas insurgentes se acogen a la Comandancia Militar, el Gran Casino y el María Cristina. Unos focos que quedarán totalmente sofocados por fuerzas gubernamentales el día 23.
16. Sublevación de Zaragoza (5ª División). Le siguen Huesca y Teruel. No obstante, la parte oriental de la región quedará a merced de las fuerzas leales. Soria, dependiente de esta división, se une al alzamiento.

DÍA 19 DE JULIO
NAVARRA / BALEARES / CATALUÑA

17. Sublevación de Mola, Director de la conspiración, en Pamplona. Afluencia masiva de requetés a la plaza del Castillo.
18. Éxito de la sublevación en Ibiza y Mallorca; fracaso en Menorca.
19. De madrugada, las fuerzas de los cantones sublevadas, se lanzan sobre las calles de Barcelona (4ª División). Por la tarde, la Guardia Civil muestra su lealtad al gobierno y, secundada por guardias de asalto y anarquistas, domina el golpe. Con ello, la rebelión fracasa en toda Cataluña.

Caza Nieuport - 52

MADRID / CASTILLA / NORTE

20. Cambio de Gobierno en Madrid: se ordena armar al pueblo. Los sublevados se encierran en el Cuartel de la Montaña, que será asaltado el día 20 por la mañana, con lo que fracasa el alzamiento en la capital (1ª División Orgánica).
21. En Toledo, un grupo de guardias civiles, soldados y voluntarios mandados por el coronel Moscardó se acoge al foco de resistencia del Alcázar de Toledo.
22. Albacete se subleva... sólo para caer una semana después.
23. Fracaso en Bilbao, esperado, y en Santander, imprevisto.
24. Tras mandar una columna de mineros a León, el coronel Aranda proclama por sorpresa el estado de guerra en Oviedo. Se le suman los cuarteles de Gijón, si bien en posición precaria.

Acorazado Jaime I

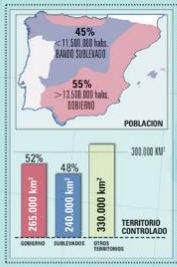
DÍA 20 DE JULIO
Y SUCESIVOS

24. Fracaso en Valencia y provincia (3ª División Orgánica).
25. Triunfo reñido en Galicia (8ª División), incluyendo la importante base naval de El Ferrol.
26. El núcleo Vigo-Tuy resiste en manos leales hasta el día 28.
27. Lo mismo ocurre con otro núcleo de resistencia progubernamental en Ponferrada y El Bierzo.
28. El 29 de julio cae en poder de la sublevación la ciudad de Huelva. Esto proporciona solidez a la base de operaciones de Queipo de Llano formada por Sevilla-Cádiz-Huelva y, pronto, Córdoba.
29. Con el inicio del puente aéreo sobre el Estrecho de Gibraltar, los rebeldes lanzan a primeros de agosto desde Sevilla columnas en dirección a Madrid.
30. Las colonias van cayendo a lo largo del verano-otoño en poder de los alzados: Sáhara (18-19 de julio), Ifni (15-16 de agosto) y Guinea (mediados de octubre de 1936).

6

DIVISIÓN DE RECURSOS

Ni los rebeldes habían tomado la capital ni el Gobierno había podido reducirlos. Este doble fracaso desencadenó la Guerra Civil -Gabriel Cardona



CUENCAS FLUVIALES

ZONA CONTROLADA POR EL GOBIERNO

Curso bajo y desembocadura del Ebro, la mayor parte del Tajo, el Guadiana español, gran parte del Guadalquivir, Turia-Júcar-Segura.

ZONA CONTROLADA POR LA SUBLEVACIÓN

Río Miño, Duero (en su recorrido por España), cursos alto y medio del Ebro, partes del Guadalquivir (con interrupciones).

SISTEMAS MONTAÑOSOS

GOBIERNO

Pirineos orientales, vertiente septentrional Cord. Cantábrica, partes Sistema Ibérico, vertiente meridional Sistema Central, montes de Toledo, Sistemas Béticos y Madrona-Morena.

SUBLEVACIÓN

Pirineos occidentales, vertiente meridional de la Cordillera Cantábrica, montes de León, partes Sistema Ibérico, vertiente septentrional Sistema Central.

LITORAL

SUBLEVACIÓN

Atlántico (gallego y gaditano), ambos archipiélagos (salvo Menorca), Marruecos, Sáhara y Guinea.

GOBIERNO

Cantábrico, toda la costa mediterránea peninsular, isla de Menorca.

CIUDADES CON MÁS DE 100.000 HABITANTES

ZONA CONTROLADA POR EL GOBIERNO

Seis: Madrid, Barcelona, Valencia, Málaga Murcia y Bilbao. (Total: 22 capitales de provincia)

ZONA CONTROLADA POR LA SUBLEVACIÓN

Dos: Sevilla y Zaragoza. Total: 28 capitales de provincia.

RECURSOS ESTRATÉGICOS

GOBIERNO

La mayor parte de la producción de lignito.
La mayor parte de la producción de plomo.
Mercurio (25% producción mundial) Hulla / Zinc /Azufre.
Asturias-Santander-Vascongadas, Aragón oriental, Cataluña, Castilla la Nueva, Murcia, partes de Andalucía.

SUBLEVACIÓN

La mayor parte de la producción de mineral de hierro
La mayor parte de la producción de cobre Wolframio (entre principales provedores). Estaño / Fósforo /Materiales bituminosos.
Galicia, León, Álava-Logroño-Navarra, Aragón occidental, partes de Andalucía y de Extremadura.

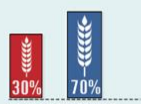
CENTRALES HIDROELÉCTRICAS O MIXTAS

GOBIERNO

1. Cantábrico, 2. parte de Aragón, Cataluña, 3. Murcia-Levante.

SUBLEVACIÓN

4. Galicia, León, 5. Valladolid, Burgos, 6. Navarra, parte de Aragón.



SECTOR PRIMARIO AGRICULTURA 70% PIB

90% Agrios
80% Arroz
60% Aceite

Mayoría de la producción hortofrutícola.

Caladeros cantábricos y mediterráneos.

2/3 Trigo
Producción y reservas.
2/3 Patatas
80% Azúcar

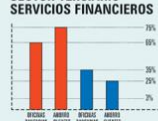
Ganado lecho y tiro:
75% vacuno
70% ovino

70% industria pesquera. Caladeros atlánticos y producción de conservas.

SECTOR SECUNDARIO INDUSTRIA 30% PIB

Metalúrgica
Industria textil
Industrias químicas
Astilleros
Material ferroviario
Automóviles
Aeronáutica

SECTOR TERCIARIO SERVICIOS FINANCIEROS



METALES PRECIOSOS

100% GOBIERNO
707 Ts. ORO FINO
638 en Madrid, 59 en Francia, resto en sucursales.
1.225 Ts. PLATA

0% SUBLEVACION
Cantidades residuales en sucursales provinciales y en empresas privadas o en manos de particulares.

MEDIOS DE TRANSPORTE

66,6% GOBIERNO

2/3 Vehículos automóviles (230.000).
2/3 Locomotoras y vagones.
70% Flota mercante. Principales puertos: Pasajes, Bilbao, Santander, Gijón, Málaga, Almería, Cartagena, Alicante, Valencia, Castellón, Tarragona, Barcelona, Mahón.
CAMPSA: petróleo.

33,3% SUBLEVACIÓN

1/3 Vehículos automóviles (120.000).
1/3 Locomotoras y vagones.
30% Flota mercante (principales puertos: La Coruña, El Ferrol, Vigo, Cádiz, Algeciras, Palma de Mallorca, Santa Cruz Tenerife, Las Palmas de Gran Canaria, Ceuta y Melilla).
CEPSA: petróleo.

7

FRACTURA DEL EJÉRCITO

Todos los oficiales padecimos el choque moral de vernos obligados a romper con compañeros.
-Jesús Pérez Salas

EFECTIVOS MILITARES EN CADA ZONA

DIVISIONES ORGÁNICAS

Gobierno
1ª Madrid, dos regimientos de la 2ª, 3ª Valencia
4ª Barcelona, un regimiento de la 6ª División

Sublevación
2ª Sevilla, menos un regimiento,
5ª Zaragoza, 6ª Burgos, menos un regimiento,
7ª Valladolid y 8ª La Coruña

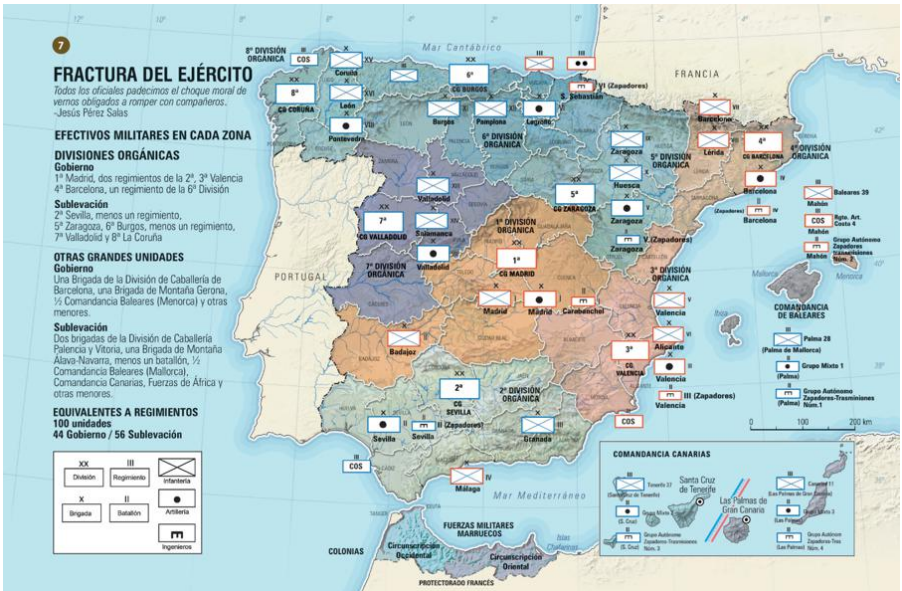
OTRAS GRANDES UNIDADES

Gobierno
Una Brigada de la División de Caballería de Barcelona, una Brigada de Montaña Gerona, ½ Comandancia Baleares (Menorca) y otras menores.

Sublevación
Dos brigadas de la División de Caballería Palencia y Vitoria, una Brigada de Montaña Álava-Navarra, menos un batallón, ½ Comandancia Baleares (Mallorca), Comandancia Canarias, Fuerzas de África y otras menores.

EQUIVALENTES A REGIMIENTOS

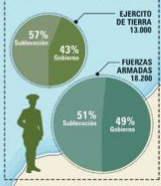
100 unidades
44 Gobierno / 56 Sublevación



MARRUECOS Y COLONIAS

Gobierno
0
Sublevación
2 "legiones" del Tercio: 6 banderas.
5 Grupos de Regulares: 15 tabores de Infantería y 5 de Caballería.
Mehala jalifiana.
2 agrupaciones de Cazadores: 6 batallones.
Artillería, Ingenieros y Servicios.

GENERALES, JEFES Y OFICIALES



EJERCITO DE TIERRA
(según C. Engel)
<13.000
Gobierno
5.500 (43%)
Sublevación
+7.500 (57%)

FUERZAS ARMADAS
(ET, Armada, Aviación y FOP) 18.200
Gobierno
8.900 (49%)
Sublevación
9.300 (51%)

NÚMERO DE HOMBRES

EFECTIVOS TEÓRICOS
Generales, jefes, oficiales, suboficiales y tropa / Teórico / Plantillas.
258.500

Gobierno
55.225 Ejército de Tierra (Metropolitano)
3.300 Servicio Aviación
14.000 Marina
40.500 Orden Público

113.025 (43,5%)

Sublevación
62.275 Ejército de Tierra (Metropolitano)
47.000 Ejército de África
2.200 Servicio Aviación
7.000 Marina
27.000 Orden Público

145.475 (56,5%)

EFECTIVOS REALES
Real en base a estadillo AGMAV con revista de comisario, verano 1936.
184.000 - 201.500

Gobierno
34.000 Ejército de Tierra
15.000 - 17.000 Aviación y Marina
35.000 - 40.500 Orden Público

84.000 - 91.500 (45%)

Sublevación
31.000 - 38.000 Ejército de Tierra (Metropolitano)
35.000 - 36.000 (Ejército de África)
9.000 Aviación y Marina
25.000 - 27.000 Orden Público

100.000 - 110.000 (55%)

FUSILES

Gobierno
+275.000
Sublevación
325.000

AMETRALLADORAS

Gobierno
+750
Sublevación
1.100

ARTILLERÍA Cañones, obuses, otros	Gobierno 770 Península 230 obsoletos 50 de Marina	Sublevación 900 Península 150 Africa e islas 200 obsoletos 100 de Marina
2.400 aprox.	1.050 aprox. (44%)	1.350 aprox. (56%)

INDUSTRIAS MILITARES

Gobierno
Fábricas militares: Toledo, Trubia, Murcia.
Fábrica armas Placencia de las Armas
Fábrica armas ligeras y morteros: Éibar y Guernica.
Fábrica pólvora y explosivos: Galdácano.
Explosivos: Asturias, Vizcaya, Tarragona, Murcia. Ciudad Real.
Fábrica de municiones: Madrid, Barcelona y Vizcaya.
Naval: SECN Reinosa.
Aviones:Barcelona, Madrid y Guadalajara (Hispano-Suiza).
CASA, Loring, Elizalde).
Aparatos precisión: Aranjuez.

Sublevación
Fábrica de armas de Oviedo.
Fábrica municiones y Artillería de Sevilla.
Fábrica de pólvora de Granada.
Explosivos: Álava, Zaragoza, Huesca, Sevilla.
Naval: SECN Cádiz.
Aviones: Cádiz (CASA).
Nueva creación: La Coruña y Palencia.

8

ALZAMIENTO EN LA MARINA Y LA AVIACIÓN

El bando que desarrolló la mejor estrategia naval fue el vencedor.- José Cervera Pery

JURISDICCIONES NAVALES

- Jurisdicción Base Naval Principal (BNP) El Ferrol
- Jurisdicción BNP Cádiz
- Jurisdicción BNP Cartagena
- Jurisdicción Base Naval Secundaria (BNS) Mahón
- Litoral republicanos
- Litoral nacionales

Bases navales

Bases aéreas y aeronavales

RUTAS Y SITUACIÓN NORTE / BANDO REPUBLICANO

Acorazado *Jaime I*
De Santander al Mediterráneo.

Cruceros *Libertad y Cervantes*
Desde El Ferrol al Mediterráneo.

Destructor *Almirante Antequera*
De Santander al Mediterráneo.

BASE NAVAL PRINCIPAL EL FERROL / BANDO NACIONAL

Acorazado *España*
Arrumbado; semioperativo en agosto de 1936.

Crucero *Almirante Cervera*
En dique seco. operativo a finales de julio de 1936.

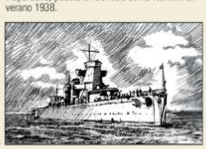
Crucero pesado *Baleares*
Construcción retrasada.
Operativo principios 1937.

Crucero *Canarias*
Construcción avanzada. Operativo septiembre 1936.

Minadores: *Júpiter*, construcción retrasada, operativo en marzo 1937; *Vulcano*, operativo mayo del 1937; *Marte*, operativo noviembre 1938; *Neptuno*, operativo al acabar la guerra, no entró en combate.

SUR / BANDO NACIONAL BASE NAVAL PRINCIPAL CÁDIZ

Crucero *República*
Inoperativo, puesto en servicio como *Navarra* en verano 1938.



Con los nacionales: 3 cañoneras y 5 torpederos en distintos puertos y aguas.

Con los republicanos: un total de 7 cañoneros y torpederos.

BASE NAVAL PRINCIPAL CARTAGENA / BANDO REPUBLICANO

Destructores antiguos: *Alsedo* y *Lazaga*
Destructores modernos: *Alcalá Galiano*, *Almirante Ferrándiz*, de Cartagena a Barcelona y vuelta, *Almirante Miranda*, *Almirante Valdés*, al Estrecho; *Churruca*, al Estrecho; *Ciscar*, fase de armamento; operativo en noviembre del 1936; *Escaño*, fase de armamento; operativo en septiembre 1936; *Gravina*, fase de armamento, operativo en septiembre 1936; *Jorge Juan*, fase armamento, operativo agosto 1936); *José Luis Díez*, *Lepanto*, al Estrecho; *Sánchez Barcáiztegui*, al Estrecho; *Ulloa*, en construcción, operativo en noviembre 1937.

GUINEA
Crucero *Méndez Núñez*
En septiembre en el Mediterráneo.

Submarinos: *B5*, *B6*, al Estrecho; *C1*, al Estrecho; *C2*, *C3*, al Estrecho; *C4*, al Estrecho; *C5*, reparación, operativo en agosto del 1936; *C6*, Estrecho; *D1*, *D2* y *D3*, los tres en fase muy retrasada de construcción, no llegaron a estar operativos.

BALEARES
MAHÓN / BANDO REPUBLICANO
BASE NAVAL SECUNDARIA
Submarinos: *B1*, reparaciones, operativo en diciembre 1936; *B2*, *B3* y *B4*.

NÚMERO DE BUQUES

1	Acorazados	1
3	Cruceros	2
14	Destructores	1
18	**A. SUBTOTAL BUQUES DE SUPERFICIE PRINCIPALES**	4
11	Sumergibles	0
11	**B. SUBTOTAL SUBMARINOS**	0
7	Cañoneros, torpederos y minadores	8
18	Otros (escuela, guardapescas, transportes…)	18
25	**C. SUBTOTAL OTRAS UNIDADES**	26
54 (65%)	**TOTAL A+B+C**	30 (35%)

NOTA: Sólo se computan los buques que entraron en operatividad durante los inicios de la contienda (entre julio y septiembre de 1936).

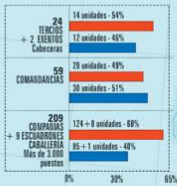
9

LA RUPTURA
FUERZAS ORDEN PÚBLICO

EL HONOR ES MI DIVISA -
Lema de la Guardia Civil

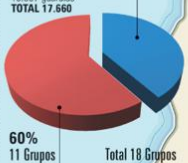
GUARDIA CIVIL

EFECTIVOS: 5 generales, 223 jefes, 885 oficiales, 1.300 suboficiales, 30.064 números (total 32.477)



"GUARDIA DE ASALTO"

EFECTIVOS
450 jefes y oficiales
543 suboficiales
16.667 guardias
TOTAL 17.660



CUERPO DE SEGURIDAD Y ASALTO (NATURALEZA CIVIL Y DISCIPLINA MILITAR

CUERPO DE CARABINEROS

EFECTIVOS
TOTAL: 15.000 Carabineros

CUERPO DE CARABINEROS (NATURALEZA Y DISCIPLINA MILITARES)

OTRAS FUERZAS POLICIALES

8 REGIONES POLICIALES
EFECTIVOS
TOTAL: 5.000 aprox.

COTROS CUERPOS "LOCALES"

Miqueletes (Guipúzcoa)
Miñones (Vizcaya)
Mozos de Escuadra (Cataluña)

Otros: Vigilantes de caminos, peones, guardias jurados, municipales...

Miñones (Álava)

Otros
Vigilantes de caminos, peones, guardias jurados, municipales...

GOBIERNO
Teórico: + 40.000 / Real: + 35.000

SUBLEVACIÓN
Teórico: + 27.000 / Real: + 25.000

TOTAL TEÓRICO: 70.000 aprox
TOTAL REAL: 60.000 aprox.

10

OPCIONES ESTRATÉGICAS

JULIO DE 1936

La República tuvo en sus manos la superioridad… y ha dejado que se le escape de las manos.
- Vicente Rojo Lluch

ACCIONES DEL GOBIERNO

1 Bloquear el paso del Estrecho a las fuerzas rebeldes de Marruecos. Realizado al principio de la sublevación pero sólo en parte.

2 Atacar plazas vulnerables en el Sur e impedir al enemigo la formación de una cabeza de puente. Fracasó.

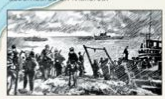
3 Impedir progresión de las columnas nacionales hacia Madrid. Fracasó.

xxxxxxxxx

4 Defender Madrid a toda costa. Realizado tanto en la sierra como ante el ataque directo a la capital.

5 Atacar sobre Aragón e intentar enlazar con fuerzas provenientes de Vizcaya-Guipúzcoa (éxitos en Aragón, fracaso en unir ambas porciones de su territorio).

6 Ocupación de Baleares con una operación combinada desde Cataluña, Valencia y Menorca. Fracasó el desembarco en Mallorca.



xxxxxxxxx

7 Barrera defensiva en el Norte y ataque a Oviedo. Lo primero conseguido durante 1936 y gran parte de 1937; lo segundo fracasó.

8 Refrenar la revolución para concentrar esfuerzos en la guerra (realizado tardíamente) y reprimir "quintas columnas" (realizado).

9 Recabar apoyos externos (conseguido principalmente de la URSS).

ACCIONES DE LOS REBELDES

1 Marchar sobre Madrid con las columnas del Norte. Fracasó, fueron detenidas en la sierra.

2 Pasar las fuerzas de África a la península. Conseguido entre el verano/otoño de 1936.

3 Consolidar cabeza de puente en Andalucía occidental y marchar hacia el centro por Badajoz, uniendo ambas porciones de su territorio. Conseguido.

4 Cerrar frontera guipuzcoana con Francia y ocupación de San Sebastián. Realizado.

5 Socorro a Oviedo (realizado precariamente en octubre del 1936.

6 Potenciar la flota con las pocas unidades existentes más medios de circunstancia y tomar la iniciativa en los mares, especialmente desde las bases de El Ferrol en el Norte y de Baleares en el Mediterráneo. Realizado de forma progresiva a lo largo de la guerra.

xxxxxxxxx

7 Barrera defensiva en Aragón. Conseguido en parte. Pérdida de territorio pero conservación de las tres capitales.

8 Unidad de mando político-militar y limpieza retaguardia. Lo primero realizado el 1 de octubre, lo segundo a lo largo de la contienda.

9 Recabar apoyos extranjeros. Conseguido de Portugal y, especialmente, de Alemania e Italia.

11

ARTILLERÍA

MATERIAL ESPAÑOL E IMPORTADO

No podréis ser superados. Estáis en condiciones de resistir la comparación con los Artilleros de más alta táctica del mundo.- General López Pinto

ARTILLERÍA BANDO NACIONAL

Iniciales
Cañones y obuses: 1.050 uds.
Obsoletas o navales desembarcadas: 300 uds.
Producción propia en la guerra: 150 uds.
TOTAL: 1.500 uds.

Importación y ayudas:
Italia: 1.600 uds.
Alemania: 922 uds.
TOTAL: 2.522 uds.

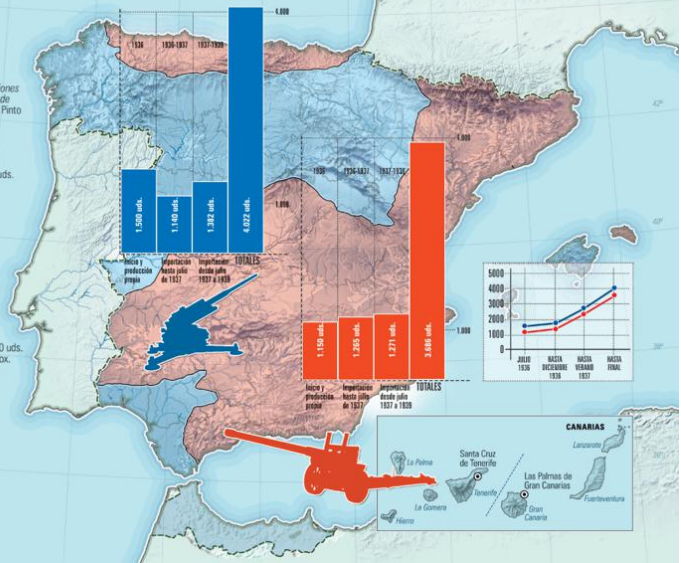
Total bando nacional:
4.022 unidades. aprox.

ARTILLERÍA BANDO REPUBLICANO

Iniciales
Cañones y obuses: >775 uds.
Obsoletas o navales desembarcadas: <300 uds.
Producción propia en la guerra: 50 uds. aprox.
TOTAL: 1.150 piezas

Importación y ayudas:
URSS: 1.106 uds.
Otros: 1.430 uds.
TOTAL: 2.536 uds.

Total bando republicano:
3.686 unidades. aprox.



APORTACIÓN INTERNACIONAL

ALEMANIA Y LEGIÓN CÓNDOR	HASTA DICIEMBRE 1936	HASTA FEBRERO 1937	HASTA JULIO 1937	DESDE JULIO 1937 A FINAL	TOTALES
ACOMPAÑAMIENTO	0	80	80	0	**80**
CAMPAÑA	0	44	44	120	**164**
MONTAÑA	0	0	0	0	**0**
CONTRACARRO	52	52	150	150	**300**
ANTIAÉREA	36	112	112	191	**303**
NAVAL Y COSTA	36	39	57	18	**75**
	124	**327**	**443**	**479**	**922**

El 65% contracarro y antiaéreo

Las tres primeras columnas reflejan el dato acumulado

URSS	HASTA DICIEMBRE 1936	HASTA FEBRERO 1937	HASTA JULIO 1937	DESDE JULIO 1937 A FINAL	TOTALES
ACOMPAÑAMIENTO	0	0	0	250	**250**
CAMPAÑA	138	158	294	239	**533**
MONTAÑA	53	53	53	0	**53**
CONTRACARRO	30	30	145	23	**168**
ANTIAÉREA	0	50	50	32	**82**
NAVAL Y COSTA	0	14	14	6	**20**
	221	305	556	550	**1106**

El 75% acompañamiento, campaña y montaña

Las tres primeras columnas reflejan el dato acumulado

ITALIA Y CTV	HASTA DICIEMBRE 1936	HASTA FEBRERO 1937	HASTA JULIO 1937	DESDE JULIO 1937 A FINAL	TOTALES
ACOMPAÑAMIENTO	40	218	235	105	**340**
CAMPAÑA	0	307	338	688	**1026**
MONTAÑA	0	0	0	6	**6**
CONTRACARRO	2	4	4	12	**16**
ANTIAÉREA	28	106	118	92	**210**
NAVAL Y COSTA	2	2	2	0	**2**
	72	**637**	**697**	**903**	**1600**

El 85% acompañamiento y campaña

Las tres primeras columnas reflejan el dato acumulado

OTROS PAÍSES	HASTA DICIEMBRE 1936	HASTA FEBRERO 1937	HASTA JULIO 1937	DESDE JULIO 1937 A FINAL	TOTALES
ACOMPAÑAMIENTO	0	158	244	232	**476**
CAMPAÑA	26	146	273	272	**545**
MONTAÑA	11	53	53	7	**60**
CONTRACARRO	0	0	15	44	**59**
ANTIAÉREA	59	59	116	162	**278**
NAVAL Y COSTA	4	4	8	4	**12**
	100	**420**	**709**	**721**	**1430**

70% acompañamiento y campaña, 25% contracarro y antiaérea

Las tres primeras columnas reflejan el dato acumulado

12

DOS FUERZAS AÉREAS

ESPAÑA, UN GIGANTESCO AERÓDROMO MILITAR

¡VISTA, SUERTE Y AL TORO!- Lema de la escuadrilla Morato.
Bando Nacional.

¡AQUÍ TE ESPERO!- Lema del grupo Potez.
Bando Republicano.

AERODROMOS EN SERVICIO 1/III/1938

Bando Nacional

Bando Republicano

BANDO NACIONAL

Los más numerosos

FIAT CR.32 "CHIRRI"
377 Aparatos

BOMBARDERO SAVOIA 79
172 Aparatos (SM79 y SM81)

El mejor

CAZA ME. Bf 109
Legión Cóndor

El más versátil JUNKERS J 52

BANDO REPUBLICANO

Los más numerosos

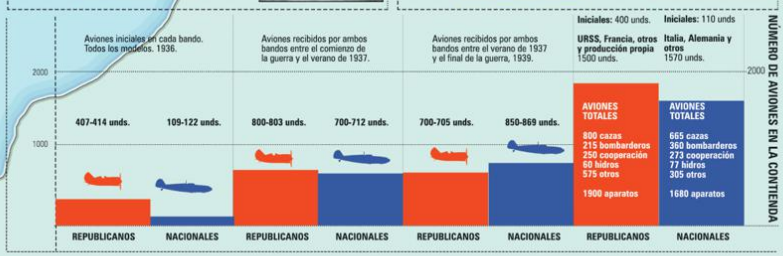
POLIKARPOV I-15 "CHATO"
390 Aparatos

BOMBARDERO "KATIUSKA" TUPOLEV SB
Soviético
185 Aparatos ("katiuskas" y "natachas")

El mejor

POLIKARPOV I-16 "RATA O MOSCA"
Soviético

POTEZ 540
Bombardero Francés



13

OPERACIONES ENTRE AGOSTO DE 1936 Y ABRIL DE 1937

Cuando las primeras bombas caigan / disparatadamente sobre tu vida, recordarás Madrid -Edwin Rolfe

LEYENDA

- Líneas de la República.
- Ofensivas
- Líneas del Bando Nacional.
- Ofensivas

Más que de líneas de frente, en la Guerra Civil española se puede hablar de "fajas" de frente, amplias bandas de terreno que dividían, a veces de forma muy fluida, todo el país. Entre medias, la tierra de nadie.

ACCIONES DE LOS NACIONALES

1. **2 de agosto de 1936.**
   Enlace con Córdoba
2. **14 de agosto.**
   Toma de Badajoz.
   Enlace ejércitos sublevados del Norte y del Sur.
3. **16 de agosto.**
   Enlace con Granada.
4. **13 de septiembre.**
   Toma de San Sebastián.
   Cierre de la frontera con Francia por Irún y posterior caida de toda Guipúzcoa.

El alcazar de Toledo al final del asedio en 1936

5. **27 de septiembre.**
   Enlace con el Alcázar y Toledo.
6. **17 de octubre.**
   Enlace con Oviedo.
7. **Noviembre - Diciembre.**
   Ataques directos a Madrid.
8. **8 de febrero de 1937.**
   Toma de Málaga.
9. **31 de marzo.**
   Inicio ofensiva sobre Vizcaya.

ACCIONES REPUBLICANAS

1. **Verano-Otoño 1936.**
   Ofensiva contra Aragón oriental y capitales
2. **6 de agosto-20 de septiembre**
   Desembarcos en Ibiza y Mallorca
   Reembarque tras derrota.
3. **Noviembre-Diciembre**
   Defensa de Madrid.

Cae herido Durruti, el 19 cerca del Clínico.

VEHÍCULOS BLINDADOS

REPUBLICANOS		BLINDADOS	NACIONALES	
Carros ligeros y auto-ametralladoras. Escaso valor militar.	48	**INICIALES En julio de 1936**	16	Carros ligeros y auto-ametralladoras. Escaso valor militar.
De ellos, 500 poco valor militar.	+700	**PRODUCCIÓN**	33	Poco valor militar.
La mayoría de origen soviético y excelente calidad (281 T-26B y 50 BT-5)	+500	**IMPORTACIONES**	280	Carros ligeros sin cañón (122 Pz-I alemanes y 158 italianos)
	Mínimos	**CAPTURADOS**	178 - 200	
-	**+1.200**	**TOTALES**	**+500**	

4. **6-27 de febrero de 1937.**
   Batalla del Jarama.

Avión italiano Savoia-Marchetti S.M.81

Carro soviético T-26 usado por las fuerzas republicanas.

5. **8-23 de marzo.**
   Batalla de Guadalajara.
6. Operaciones varias en Andalucía.
7. **Desde noviembre de 1936.**
   Valencia, capital de la República

14
CAMPAÑAS Y BATALLAS
ENTRE ABRIL Y DICIEMBRE DE 1937
A finales del 37, cada una de las dos Españas disponía de un ejército mayor que el de cualquier país, excepto Francia. - Hugh Thomas
Campañas bando sublevado
1 Campaña de Vizcaya y caída de Bilbao 31/III-1/VII/1937
2 Campaña sobre Santander 14/VIII - 17 /IX/1937
3 Campaña de Asturias y caída de Gijón desde septiembre hasta 21/X/1937
Batallas planteadas por los republicanos
1 Batalla de Brunete 5-25/VII/1937
2 Belchite. 24/VIII– 6/IX/1937
3 Inicio batalla de Teruel 15/XII/1937
4 Caída del Santuario de la Cabeza, 1 de mayo de 1937
Hundimiento de submarino C6
Enfrente de Gijón
Abril de 1937, cabo Mayor, Santander
El acorazado Español choca contra una mina
Junio de 1937
Cartagena
El acorazado Jaime I, hundido por explosión
Hundimiento de submarino B5
Enfrente de Estepona
Canarias
Santa Cruz de Tenerife
Las Palmas de Gran Canarias
BATALLA DE BRUNETE
5 - 25 julio 1937
EJERCITO DE MANIOBRA
V Modesto
XVIII Jurado
Dos divisiones de reserva
Línea del frente inicial.
Líneas de ataque republicanas
Máxima penetración
Línea del frente final (25-26 julio)
Línea final nacionales
Contención y contraataques
Ataque fallido republicano desde sur de Madrid
Valdemorillo
Navalagamella
Villanueva Pardillo
Las Rozas
Majadahonda
Villanueva de la Cañada
Quijorna
Villafranca Castillo
Brunete
Boadilla Monte
Sevilla la Nueva
Villaviciosa Odón
MADRID
BATALLA DE BELCHITE
25 agosto - 6 septiembre 1937
Línea inicial
Avance republicano
Línea de frente final
Yebra
Huesca
Zuera
Agrupación A
Dos brigadas + reservas y refuerzos
Villamayor
ZARAGOZA
Agrupación B
Fuentes de Ebro
Agrupación C
Belchite
Agrupación D
Río Ebro
Hacia Teruel
Montalbán

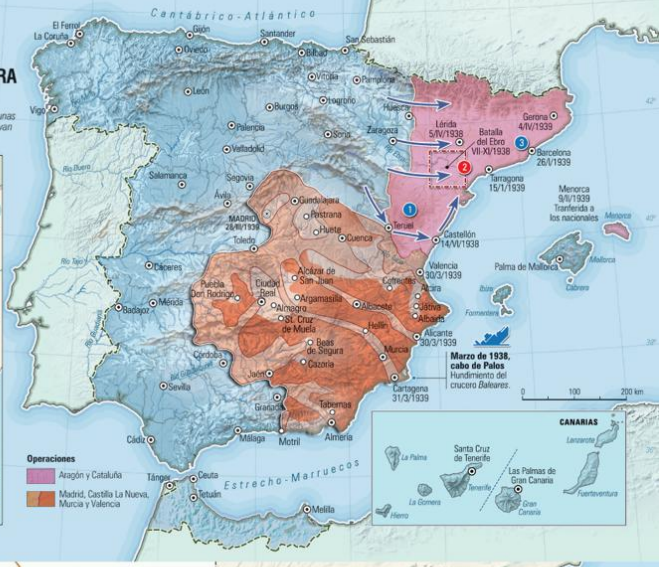
15

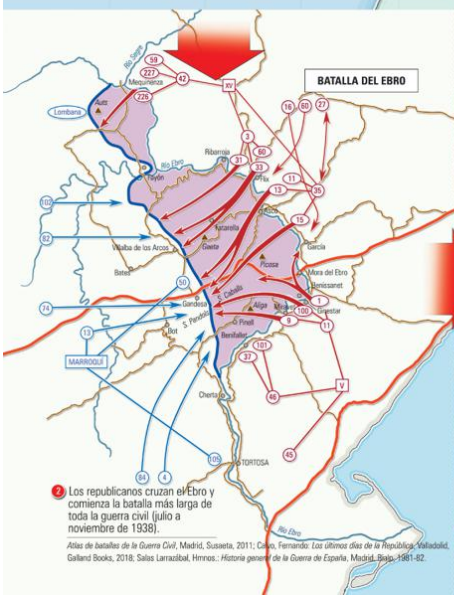
OPERACIONES HASTA EL FINAL DE LA GUERRA

LA GUERRA SE RESUELVE EN EL VALLE DEL EBRO

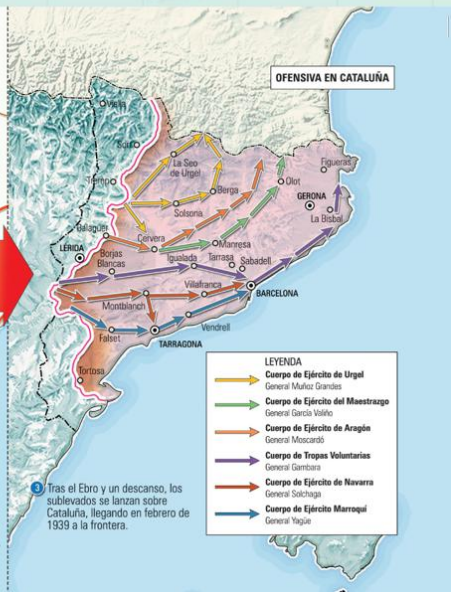
Tocan alarma, y todas las tropas, menos algunas cohortes que dejaron de guardia, mueven y van en derechura al Ebro.- Julio César

1 Tras la batalla de Teruel, los nacionales realizan una ofensiva en dos fases: una al Norte del Ebro (ocupación de Lérida) y otra al Sur.





2 Los republicanos cruzan el Ebro y comienza la batalla más larga de toda la guerra civil (julio a noviembre de 1938).



3 Tras el Ebro y un descanso, los sublevados se lanzan sobre Cataluña, llegando en febrero de 1939 a la frontera.

Atlas de batallas de la Guerra Civil, Madrid, Susaeta, 2011; Calvo, Fernando: *Los últimos días de la República*, Valladolid, Galland Books, 2018; Salas Larrazábal, Hmnos.: *Historia general de la Guerra de España*, Madrid, Biblo, 1981-82.

Todos los mapas de este cuadernillo son de elaboración propia en base fundamentalmente a las siguientes fuentes:

Economía:

FUENTES QUINTANA, E. (dir.): Economía y economistas españoles en la guerra civil, Barcelona, Círculo de Lectores, 2008.

SÁNCHEZ ASIAÍN, Á.: La financiación de la Guerra Civil española, Barcelona, Crítica, 2014.

VIÑAS, Á.: El oro español en la guerra civil, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1976.

VV.AA: Atlas de la industrialización de España 1750-2000, Barcelona, BBVA-Crítica, 2003.

Política:

PALACIOS, L.: Historia de la Segunda República española, Córdoba, Almuzara, 2021.

RANZATO, G.: El eclipse de la democracia, Madrid, Siglo XXI, 2006.

THOMAS, H.: La guerra civil española, Barcelona, Debolsillo, 2018.

TUSELL, J.: Las Elecciones del Frente Popular, Madrid, Cuadernos para el Diálogo-Edicusa,1971.

VILLA, R. y ÁLVAREZ, M.: 1936. Fraude y violencia en las elecciones del Frente Popular, Barcelona, Espasa, 2017.

Operaciones militares:

ALPERT, M.: El Ejército republicano en la Guerra Civil, París, Ruedo Ibérico, 1977.

MARTÍNEZ BANDE, J.M.: La lucha por la victoria, Córdoba, Almuzara,

2019.

SALAS LARRAZÁBAL, Hs.: Historia General de la Guerra de España, Valladolid, AF, 2007.

VV.AA.: Historia militar de España. Edad Contemporánea, 1898-1975, Madrid, Real Academia de la Historia/Ministerio de Defensa, 2016.

Varios sobre Ejército:

ENGEL, C.: Historia de las Brigadas Mixtas del Ejército Popular de la República, Madrid, Almena, 1999; Historia de las Divisiones del Ejército Nacional, Madrid, Almena, 2000.

ESTADO MAYOR: Anuario militar de 1936, Madrid, Imprenta del Ejército, 1936.

VV.AA.: Memoria de la Guerra Civil española. Partes de guerra nacionales y republicanos, Barcelona, Belacqva, 2004.

Consultas varias al Archivo General Militar de Ávila (AGMAV) y al Instituto de Historia y Cultura Militar (IHCM) de Madrid.

Armamento:

MOLINA, L.: Las armas de la Guerra Civil española, Madrid, La Esfera de los Libros, 2006.

MORENO DE ALBORÁN, Hs.: La guerra silenciosa y silenciada. Historia de la guerra naval española, Madrid, Lormo,1998.

SALAS LARRAZÁBAL, J.: Guerra aérea 36/39, Madrid, IHCA, 1999.

Internacional:

MORADIELLOS, E.: El reñidero de Europa, Barcelona, Península, 2001.

SALAS, J.: La intervención extranjera en la Guerra Civil, Valladolid, Galland Books, 2017.

SCHWARTZ, F.: La internacionalización de la guerra civil española, Barcelona, Planeta, 1999.

VV.AA.: Importación de armas en la Guerra Civil española, Valladolid, Galland Books, 2016.